

CIENCIA FICCIÓN DURA

LUNA PERDIDA

ECLIPSE LUNAR



BRANDON Q. MORRIS

LUNA PERDIDA: ECLIPSE LUNAR

Ciencia ficción dura

BRANDON Q. MORRIS

Traducido por
SANTIAGO MACHAIN



Índice

[Luna Perdida: Eclipse Lunar](#)

[Al abrigo de la hoguera](#)

[Otros títulos de Brandon Q. Morris](#)

[El absurdo mundo cuántico](#)

[Glosario de acrónimos](#)

[Extracto: La Fragua de Dios](#)

Luna Perdida: Eclipse Lunar





—ESTOY MUY PREOCUPADO POR ÉL —dijo Maurice—. ¿No puedes acelerar un poco?

—Voy lo más rápido que me atrevo —respondió Steve—, teniendo en cuenta el pésimo estado de la autopista.

Steve había dado parte de ello muchas veces a los del Control de Misión, pero siempre había cosas más importantes de las que ocuparse. Si a Tom no le sometían pronto a una intervención quirúrgica, tendrían que cavar la segunda tumba en la Luna.

—Lo sé —comentó Maurice—. Solo esperaba... No sé lo que esperaba.

Tom, quien se encontraba en la enfermería por una rotura de apéndice, era el mejor amigo de Maurice, el técnico jefe de Steve.

—Si es necesario, que le opere el *robodoc* —afirmó Steve.

—No le hagas caso —objetó una pálida Daniela, que iba sentada junto a Steve—. Cuando estudiaba, vi lo que puede hacer un *robodoc* si no está seguro. Menos mal que bajo aquel bisturí solo estaba un cuerpo artificial.

Daniela Vasiljevic era doctora, la mejor que había en la Luna. Por desgracia, también era la única. Trabajaba en la Aldea Lunar de la ESA, y él se encontraba invitado allí cuando el estado de Tom empeoró. Daniela se ofreció inmediatamente a acompañarle.

—¿No hay nada que podamos hacer? —preguntó Maurice—. Me resulta insoportable ver morir a mi amigo mientras yo me quedo de brazos cruzados.

—No morirá —aseguró Daniela—. El *robodoc* mantiene estable la circulación de Tom y lo desintoxica. Solo se niega a practicar la cirugía. He visto los datos de diagnóstico. Tiene razón en negarse.

—Siempre nos dijeron que podía realizar cualquier operación —señaló Steve.

—Es una máquina. En este caso, el riesgo de que estirpe tejido no dañado es demasiado alto —explicó Daniela.

—Pero ¿tú puedes hacerlo? —preguntó Maurice.

—¡Ahh! —chilló Daniela. Un golpe impulsó a Steve contra el techo y se ajustó el cinturón de seguridad, luego miró a la derecha. Su pasajera se aferraba a la manija situada bajo la ventanilla lateral.

«Malditos baches».

—Sí, uf, puedo hacerlo —dijo Daniela—. Es una operación bastante sencilla. Solo tenemos que llegar de una pieza. —Le miró con los ojos muy abiertos.

—Perdona, claro —contestó Maurice, quien asintió disculpándose—. Todas esas luces de la cama de Tom me están volviendo loco. Conducid con cuidado. Base Lunar cambio y corto.

—Hasta ahora —agregó Steve, aunque la conexión había terminado.



CONDUCIR CON CUIDADO mientras vas deprisa nunca es fácil. ¿No podrían la ESA y la NASA haber acordado otra ubicación? Los 300 kilómetros de carretera entre la Aldea Lunar y la Base Lunar no podían mantenerse en las condiciones de una autopista terrestre sin un gran esfuerzo. Steve maldecía en voz baja mientras esquivaba los socavones, algunos tan grandes como casas, que se habían formado en el firme.

El hecho de que la autopista se hubiera deteriorado con relativa rapidez se debía a su construcción. Simplemente se había mezclado polvo de luna con agua para formar barro y se había aplicado a la superficie. La mezcla se endurecía en un santiamén. Sin embargo, cuando la carretera quedaba expuesta a la luz solar durante un periodo más prolongado, las moléculas de agua se disolvían de las capas superiores, y la dura superficie de la carretera volvía a ser lo que era antes: polvo.

—¡Cuidado, a la derecha! —gritó Daniela.

Oh, no iba dormida. Steve había visto el agujero, pero le dio las gracias de todos modos. Daniela había echado el asiento hacia atrás y se había colocado la gorra de visera sobre la frente. Con la tenue luz de los instrumentos de la cabina, parecía como si hubiera cerrado los ojos.

El siguiente bache apareció, de nuevo, en el lado derecho. Steve no tenía que temer el tráfico en sentido contrario, así que podía cambiar de carril libremente. La carretera había sido construida con ancho suficiente como para que dos Rovers pudieran pasar sin desviarse hacia el profundo polvo lunar.

—Otro —señaló Daniela.

Aquello se estaba poniendo interesante, porque los faros revelaron un segundo agujero que se había formado justo después del primero, pero en el otro lado de la carretera. El segundo socavón era más pequeño. Steve comprobó el velocímetro, el cual marcaba 35 km/h. No debería ser demasiado para el bache más pequeño.

—No te preocupes —le advirtió Steve.

En lugar de desviarse para evitar los dos baches y arriesgarse a volcar, Steve pisó el acelerador y se lanzó hacia el agujero más pequeño. El Rover los empujó, aunque obedeció. Los seis neumáticos de globo giraban más deprisa, y la columna de polvo que dejaban a su paso se hacía cada vez más espesa. Entonces llegó el agujero. El Rover despegó. Apenas se notaba antes de tocar tierra de nuevo. Steve estaba a punto de relajarse cuando divisó el siguiente agujero. Estaba justo delante de ellos. A esa velocidad, no debía girar el volante bajo ningún concepto, ni seguir sus reflejos y frenar.

Al contrario, volvió a pisar el acelerador. El motor eléctrico del Rover reaccionó de inmediato, la aceleración le apretó contra el asiento. No oyó nada, el Rover despegó en completo silencio. Estaban volando. El tiempo se detuvo. Steve sintió las vibraciones del motor en la espalda y notó una gota de sudor rodar por su frente. Percibió el aroma del delicado perfume que usaba Daniela y vio el rayo de luz que era la Tierra elevándose sobre el horizonte, precisamente ahora.

—¡Uf! —jadeó Daniela cuando hubieron dejado atrás el bache.

—¡Uf! —secundó Steve.

La conmoción retardada se zambulló en la conciencia del conductor. ¿Y si no hubiera sido suficiente? ¿Habrían sobrevivido las ventanillas de la cabina al impacto, o habrían muerto él y su

pasajera? La Luna no perdonaba los errores.

—Base Lunar a Rover 2, por favor, respondan.

—Aquí Rover 2 —contestó Steve y pulsó el botón de «Aceptar»—. ¿Qué ocurre?

—Soy yo otra vez —informó Maurice—. ¿Ha sucedido algo?

—¿*Suced*er? No, ¿por qué? —repuso Steve.

—Se te oía... estresado.

Steve miró a Daniela. Ella asintió. ¿Notaba ella todavía la conmoción en su voz? Inspiró y espiró hondo.

—No, todo va bien —dijo Steve a continuación—. Pero la carretera es un auténtico reto. El año que viene, sin falta, tenemos que ocuparnos de ella. ¿Algo más?

—Todavía estoy preocupado por Tom. Su estado...

—¿Puedes transferirme el control del *robodoc*? —le interrumpió Daniela.

—¡Claro! Buena idea —respondió Maurice.

—Gracias. Te llamaré en cuanto sepa algo más —declaró Daniela.

La doctora de la ESA se echó hacia atrás, cogió su mochila, sacó una tableta y la encendió. Otra sacudida estremeció el Rover.

—¿Puedes frenar un poco, por favor? —le preguntó Daniela.

Por el rabillo del ojo, Steve vio que ya estaba trabajando en la tableta.

—Lo intento —contestó él, frotándose los ojos.

La concentración continua era agotadora, sobre todo por la falta de contraste. Seguían a la sombra de la pared del cráter. En unos minutos mejoraría. En primer lugar, la Tierra se elevaba cada vez más sobre el horizonte cuanto más se acercaban a la base lunar, y, en segundo lugar, el sol saldría pronto.

—Tengo que operarle —comentó Daniela—. Será mejor que vayas lo más rápido como puedas. —Guardó la tableta en la mochila, tensó el cinturón de seguridad y se agarró al asa lateral.

«¿Más rápido? Entonces, lo de Tom no pinta bien ».

—¿Ni siquiera me preguntas, Steve?

—No es necesario. Basta con mirarte para saber que el estado de Tom es preocupante.

—Mucho —sentenció Daniela—. Se encuentra al borde de un fallo multiorgánico. Al *robodoc* cada vez le cuesta más mantenerlo estable. Tengo que intervenirle lo antes posible.

Menos mal que eso no le presionaba. ¡Mierda! Si perdía el control del Rover, Tom moría. Y ellos podrían hacerlo también. Si conducía demasiado despacio, Tom moría. Pero vivirían... sabiendo que no lo habían intentado todo.

Él sí.



—DIME ALGO —pidió Steve. Poco a poco, la fatiga iba venciendo a la consternación por el estado de Tom. Necesitaba algo que lo mantuviera despierto.

—¿Qué? —inquirió Daniela.

—¿Cuánto llevas aquí?

A grandes saltos, el Rover prosiguió por la carretera que, en esa parte, se asemejaba a una pista repleta de baches. Eso se debía a que atravesaba la zona de impacto de un meteorito relativamente reciente. Sin embargo, él había entrenado allí antes, compitiendo con Maurice. No podía pisarle mucho porque las jorobas corrían más o menos perpendiculares a la dirección de la

marcha. Bueno, los amortiguadores sufrirían, pero llegarían aunque fuera con amortiguadores destrozados.

—Medio año —dijo Daniela.

—¿Qué?

—Llevo ya seis meses. Me acabas de preguntar desde cuándo estoy aquí.

—Cierto. Perdona. Estoy un poco despistado.

El Rover saltó desde lo alto de una joroba, cruzó la sombra de la siguiente y tocó tierra justo antes de un profundo agujero. Steve tiró del volante. La rueda delantera izquierda flotaba sobre el socavón, pero el impulso del pesado vehículo dominaba la baja gravedad lunar. Tenía que prestar más atención.

—Entonces te marcharás pronto a casa, ¿no? —concluyó Steve.

—Sí, en la próxima Blue Moon. Llegaré a tiempo para disfrutar del Año Nuevo con mi familia.

—¿El día veintinueve? Yo también me iré en ese vuelo —añadió Steve.

Por fin. Llevaba un año y medio allí, es decir, tres ciclos. Y ese era el cuarto. En el primer ciclo, su mujer se había separado de él. ¿Cuánto hacía ya? Por eso no le había importado extender su estancia una y otra vez. No obstante, ahora quería volver a ver verde de verdad, no creciendo en un contenedor hidropónico. Quizá volvería a finales del año que viene. Si la NASA seguía necesitándole. A los 54 años, ya no era ningún jovencito.

—Esas luces de ahí delante, ¿son de la estación? —preguntó Daniela.

Steve se frotó los ojos. El Rover aceleró por una pendiente de modo que solo se veía la carretera. Llegaron al punto más alto y aparecieron unas luces en el horizonte.

—Sí, la misma —indicó el conductor—. ¿Has venido antes?

—No —respondió ella—. Siempre hay muchas cosas que hacer, tendría que tomarme tiempo libre.

—No es diferente de la Aldea Lunar, solo que más compacta.

Daniela miraba la tableta, que mantenía en su regazo.

—¿Todavía tenemos prisa? —interrogó Steve.

—Sí, mucha —se limitó a decir, aunque Daniela quería gritar: «¿De qué coño estás hablando, Stevie? ¿Por qué no me preguntas si ya ha muerto?».

—Entiendo.

Desde allí, el camino seguía recto hasta la base. El riesgo de volcar el Rover era mínimo. Steve pisó el acelerador a fondo. Daniela le hizo un gesto con la cabeza. El Rover los zarandeó, de un lado a otro, como un caballo tratando de librarse de su jinete.

Una inscripción roja apareció en el panel de control: «¡Peligro! ¡Deténgase inmediatamente!».

¿Y ahora qué? ¿Había sobrecargado la pila de combustible? Pero el Rover logró recorrer el último kilómetro con la energía de la batería. La batería almacenaba la electricidad generada por la pila de combustible. Steve abrió la configuración del Rover. Estaba a punto de desconectar la célula cuando respondió una voz.

—¿Qué os pasa? Veo un obstáculo en la zona de aterrizaje. Quitadlo de mi camino ahora mismo. —Era Mike, del Portal Lunar, la estación espacial que organizaba los traslados entre la Tierra y la superficie lunar.

—No puedo apartarme ahora —dijo Steve. Mierda. Se había olvidado de que llegaba el Blue Moon 34. El módulo de aterrizaje traía suministros frescos y estaba previsto que le llevara a casa el día 29—. Es una cuestión de vida o muerte.

—Hola, ¿eres tú el de la plataforma de aterrizaje? Son cien toneladas. ¿Crees que puedo detenerlas un momento?

—Sí, soy yo. Se trata de un transporte urgente, lo siento.

—¿Qué quieres decir con «lo siento»? ¡No puedo parar el módulo de aterrizaje! ¡Joder, Steve, lo sabes tan bien como yo!

—¿No puede hacer otra órbita...?

—¡Se encuentra ya en aproximación directa! ¡Si aborto ahora, me arriesgo a perder el Blue Moon 34!

—Lo reconozco, fue una estupidez. Pero Tom...

—¡Vamos, Steve, sabes que todo depende de esto! ¡Eres el jefe de la base!

Mike tenía razón. El trayecto desde Aldea Lunar había sido planeado de otra manera. Más lenta. El Blue Moon 34 habría estado descargando mucho antes de que llegaran al lugar de aterrizaje. Realizó un cálculo rápido. El chorro de escape del cohete medía 50 metros como máximo. El Rover viajaba a solo 40 km/h, u 11 metros por segundo. Así que, en menos de 5 segundos, él y Daniela habrían cruzado la zona más peligrosa. Era un riesgo aceptable.

—Mike, olvida lo que te dije. Deja que el Blue Moon aterrice como estaba previsto. No abortes.

—¿Estás loco? He recibido un aviso de colisión.

—Ignóralo o apágalo. Es muy sencillo.

—¡Tío, si esto sale mal...! ¡Ese monstruo te achicharrará! Al menos, espero que estés solo ahí fuera.

—No pasará nada. Confía en mí.



STEVE SINTIÓ LA mirada de Daniela clavada en él. No iba solo. Si se equivocaba, ella también moriría. Sin embargo, la doctora permaneció sorprendentemente tranquila. ¿Se había dado cuenta del punto de luz que se acercaba desde el horizonte? Volvió a teclear algo en la tableta. El estado de Tom parecía seguir deteriorándose.

El punto se hundía espantosamente rápido. El módulo de aterrizaje había salido de su órbita y estaba en su trayectoria de descenso. Una y otra vez se apagaba, solo para volver a encenderse. Eran correcciones de órbita necesarias. No resultaba fácil apuntar a un punto concreto de una base giratoria, la superficie lunar, aunque podía lograrse. Desde que existía la Base Lunar, ningún módulo de aterrizaje había errado el blanco. Para evitarlo, sin embargo, la nave debía frenar en los instantes y ángulos adecuados. Entonces, si algo interfería en el momento más inoportuno, como un Rover, por ejemplo, era imposible tenerlo en cuenta.

La tripulación del módulo de aterrizaje ni siquiera se daría cuenta. El chorro de escape se los llevaría por delante. Después de todo, tenía que proporcionar suficiente ímpetu para desacelerar 100 toneladas hasta cero. En comparación, el Rover, que pesaba unos 900 kilogramos, era un peso mosca.

—Ya vienen —dijo Steve, señalando hacia adelante.

La mirada de Daniela siguió su indicación. Seguía sin mostrar miedo, más bien asombro. La torre de la Base Lunar había encendido su luz de aterrizaje, que ahora iluminaba la nave que llegaba desde abajo. Brillaba como si estuviera hecha de mercurio. Su extremo inferior resplandecía. Solo se podía adivinar el chorro de escape que salía de las salidas incandescentes de los tres motores. Steve pisó el acelerador a fondo, aunque ya no pudo sacar más potencia del

motor.

Hacía un momento, Steve había pensado que era imposible que lo consiguieran, pero la maniobra de frenado había ralentizado considerablemente el módulo de aterrizaje. Ahora parecía como si flotaran sobre la estación. Eso era engañoso, por supuesto, porque no había fondo para calcular su velocidad de descenso real. Pero aún cabía esperanza porque el Rover no estaba desacelerando.

Steve dirigió el Rover a través de las luces rojas y verdes que indicaban el círculo por el que descendería Blue Moon 34. La diagonal era el camino más corto. Necesitaban llegar a la esclusa para que Daniela pudiera ayudar a Tom. Se lo debía. Tom habría arriesgado su vida por él.

Aquello resultaba de lo más extraño. Steve había trabajado muchos años en la Tierra y nunca habría esperado algo semejante de sus colegas. Pero allí era normal.

El módulo de aterrizaje se hallaba ahora justo encima de ellos. El polvo se arremolinaba a su alrededor. Solo en el radar Steve seguía reconociendo el objetivo, la esclusa de aire. Tuvo que sujetar el volante. Era como si les hubiera sorprendido una tormenta tropical. Lo único que faltaba eran la lluvia, los relámpagos y los truenos. En realidad, había incluso agua, la que se producía al quemar el metano del tanque. Aunque no formaba gotas porque se congelaba antes. La mitad del polvo que rodeaba aquello debía consistir en H_2O , tan poco frecuente en la Luna.

El Rover se desplazó hacia la derecha, pero Steve recuperó el control. La nave de aterrizaje estaba diagonalmente detrás de ellos. No tuvo tiempo de darse la vuelta, pero sabía lo majestuosa que lucía al descender en picado los últimos centímetros como un dios de la ingeniería, como si ya estuviera lista para recibir los honores de la gente de la Luna.

Daniela le cogió del brazo. Ella tenía razón: la esclusa de aire estaba allí. Steve pisó el freno y el Rover empezó a derrapar. La rueda delantera izquierda saltó un obstáculo bajo y siguió deslizándose. Lo había practicado con Maurice durante las carreras. Steve dirigió hábilmente la dirección, compensó la rotación y el Rover se detuvo justo al lado de la cerradura.

La manguera de conexión se soltó. Daniela le apretó el hombro, se desabrochó el cinturón y se deslizó hacia atrás para tomar la salida. Ella no necesitaba su ayuda. Por su parte, Steve dejó que lo que acababa de experimentar se filtrara lentamente en su conciencia. Lo habían conseguido. Habían sobrevivido. Esperaba que hubiera merecido la pena.



—SAMMY, lo siento, pero tengo que irme.

El gato blanco y negro no se movió. El animal se había sentado en las rodillas de Steve cuando empezó a desayunar sus cereales. Steve había intentado darle un poco, pero el felino desdeñó aquellos copos húmedos. Probablemente estaba buscando un lugar donde calentarse, porque hacía bastante fresco en la cafetería donde solía estar.

—Sammy, me necesitan —dijo Steve.

Steve apartó al gato de sus rodillas con la mano derecha, pero el animal le arañó los pantalones. Steve suspiró. ¡Ojalá fuera una mascota completamente negra! Pero con Sammy daba igual lo que se pusiera, aún le quedaba un pelaje notable.

—Oye, colega, eso no se hace.

Steve retiró su silla hacia atrás. Por lo general, a Sammy no le gustaban los asientos que resultaban tan visibles. Sin embargo, en esa ocasión, el gato se limitó a mirarle con expresión interrogante. Aquello podía significar «¿Qué quieres?». El ojo derecho de Sammy mostraba la pupila estrecha típica de los su especie. En cambio, el izquierdo era de un gris turbio. Ciego. Nadie sabía qué le había sucedido.

—Oh, aquí estás —dijo Daniela, quien abrió la puerta y echó un vistazo a la estancia.

—Quería ir a la enfermería, pero este tío no me deja. —Steve señaló al gato que seguía sobre sus rodillas.

Como para demostrarle que estaba equivocado, Sammy se bajó de un salto, corrió hacia Daniela, le acarició las piernas y empezó a ronronear.

—Ni siquiera sabía que tenías un gato.

—Se llama Sammy. Espero que no seas alérgica. No logro librarme de sus pelos.

—No hay problema, tenemos gatos en casa.

Daniela se inclinó y acarició la cabeza de Sammy. Él ronroneó más fuerte.

—Está encantado de haber encontrado una nueva víctima —afirmó Steve.

—¿Cómo ha llegado aquí? —preguntó la doctora—. No recuerdo haber leído que hubiera un gato en la Base Lunar.

—Nadie lo sabe —respondió Steve—. Samantha, nuestra técnica de mantenimiento, afirma que Sammy fue el primero en llegar. Aunque, entonces, debería tener más de veinte años, lo cual es improbable, y sabría respirar en el vacío.

—¿Y eso por qué?

—Hace unos veinte años, por culpa de un accidente en la Base Lunar, toda la estación perdió el aire. Si hubiera vivido aquí entonces, habría muerto, porque no había trajes espaciales para él.

—Lo recuerdo, fue cuando yo terminé el colegio —comentó Daniela—. En aquel accidente murió un astronauta.

—Sí, el único enterrado en la Luna. Él lo quiso así. —Una locura. Llevaba tres años como astronauta.

—Pero ¿cómo llegó Sammy? ¿Nunca se ha investigado?

—Para la NASA, no está aquí, así que no hay presupuesto para llevar a cabo una investigación oficial. De todos modos, nunca apareció en ninguna lista de carga.

—Tal vez vino en su propia nave espacial —bromeó Daniela.

—Samantha dijo lo mismo—rio—. No me extrañaría. A veces le gusta actuar como un extraterrestre.

—Tal vez te espía para una potencia extranjera.

—No creo. Es demasiado vago —replicó Steve.

—¿Y de dónde sacáis su comida y la arena para sus necesidades?

—Le hacemos la arena sinterizando polvo lunar. Funciona muy bien. Al fin y al cabo, hay mucho polvo. La cocinera lo alimenta con sobras y cosas así.

—Gracias por esta pequeña distracción —contestó Daniela y se enderezó. De repente, su rostro parecía muy serio—. A ti también, Sammy. Pero ahora debemos tratar de otro asunto.

—¿Tom no lo consiguió? —preguntó él.

—No te precipites, Steve. Se encuentra entre la vida y la muerte. Le atendí durante toda la noche. El *robodoc* me ayudó mucho. Pero, por el momento, no puedo hacer más. ¿Por qué no vas a verlo?

—¿Me estás diciendo que está en el punto en el que tiene que decidir volver a la vida?

—Oh, eso son tonterías románticas. Está sobre una pierna, en un precipicio, y se tambalea. Nadie puede saber hacia dónde se inclinará, si se estrellará o se estabilizará. No obstante, un poco de viento en la dirección adecuada podría ayudarle. Tú podrías ayudarle.

—Gracias, Daniela. Por todo.

—Es mi trabajo. Y ahora necesito descansar unas horas. ¿Puedes llevarme de vuelta a la Aldea Lunar mañana? Dejé todo mi equipaje allí.

—Por supuesto. Ve a dormir un poco.



DANIELA SE HABÍA marchado de la cafetería. Steve esperaba que Sammy volviera a sentarse sobre su regazo para tener una excusa. Pero el gato se negó a concederle el favor. Steve odiaba los hospitales desde que, con dos años, había tenido que ir a uno a ver su madre. ¿Y los demás? Lo normal era que todos estuvieran desayunando a esas horas. Ni siquiera oyó a Ricky, el cocinero, trajinando con las ollas en la cocina.

Claro. El Blue Moon 34. La tripulación de la Base Lunar estaba descargando. ¿Por qué no le habían informado? Era el comandante. Se alegraba de que Maurice le permitiera dormir hasta tarde, pero su adjunto debería haberle incluido, al menos, por guardar las formas.

Steve se levantó y salió de la cafetería. Sin embargo, en lugar de ir a la enfermería, se dirigió hacia la salida. A medio camino, se topó con Samantha. Utilizando una correa electrónica, conducía un robot de carga de cuatro ruedas en el que llevaba tres grandes cajas de madera. Samantha detuvo el vehículo para dejarle pasar.

—¡Buenos días, Steve! —Samantha le miró insegura. Su alegría habitual había desaparecido por completo de su expresión. ¿Qué la preocupaba?

—¿Está bien? —se interesó Steve. Con Samantha, una pregunta solía bastar para que se desahogara. Eso era lo que le gustaba de ella. Una vez ofendió a Maurice con un estúpido comentario, pero solo se dio cuenta meses después y porque su ayudante no le dirigió la palabra durante todo ese tiempo.

—¿Qué quieres decir? —replicó ella.

—¿Llegaron todas las piezas de repuesto que pediste?

—Oh, lo dices en serio. —La cara de la mujer se iluminó un poco—. Por increíble que parezca, sí. Eso significa que, por fin, puedo arreglar la ducha ultrasónica y los dos urinarios.

—Muy bien. ¿A qué otra cosa podría referirme?

—Lo siento, Steve, pero eso no es asunto mío. Soy tu fontanera, nada más. ¿Por qué no lo hablas con Maurice?

Oh, oh. Algo había pasado. Pero ¿qué? Tendría que preguntárselo a Maurice.

—Gracias, Samantha. Lo haré. Suerte con las reparaciones.



EL PASILLO SE ENSANCHÓ, conducía hacia arriba, y finalmente se abrió en un vestíbulo muy iluminado. Steve oyó murmullos a lo lejos. Gran parte de la tripulación de la estación debía de haberse reunido. La mayoría estaban de pie frente a las ventanas que iban del suelo al techo, proyectando largas sombras. La luz brillante procedía del exterior, donde Blue Moon 34 parecía disfrutar del resplandor de unos focos de gran potencia. Steve contó nueve siluetas.

Faltaban cuatro. Tom, por supuesto; Samantha, con la que acababa de cruzarse; él... y Maurice. Ya se lo imaginaba. Se acercó a la ventana de cristal. Stephanie, la persona que estaba a su lado, le dejó sitio sin pronunciar palabra. Bajo los focos, el enorme módulo de aterrizaje tenía un aspecto impresionante. No había muchas novedades allí arriba, así que una visita como esa era todo un acontecimiento.

Un murmullo recorrió la sala. En el vientre del módulo de aterrizaje se veía un agujero ovalado en el que acababa de aparecer una persona plateada y brillante. Steve no daba crédito a lo que veían sus ojos. ¡No llevaba traje espacial! Era imposible. ¿O es que por fin habían recibido los nuevos modelos ajustados que les habían prometido durante años?

—¿No es precioso? —preguntó Stephanie.

¿Por qué decía eso de un visitante?

—¿Se trata de los nuevos trajes? —preguntó Steve en vez de responder.

—¿Trajes?

—Sí, el que lleva ese hombre.

—No es un hombre. ¿No te has enterado? —Stephanie frunció el ceño.

No. Algo parecía habersele pasado por alto. ¡Necesitaba hablar con Maurice! Eso no era bueno.

—¿De qué? —interrogó Steve.

—Es un androide —respondió Stephanie—. Es el primer envío. Tenemos que probarlo. Estoy entusiasmada. Supuestamente, tiene un nivel de autonomía de tres, así que no necesita supervisión constante.

—Muy interesante. Gracias, Steph.

El androide había descendido con soltura por la escalera hasta la superficie lunar. Steve se separó de la zona de observación y se dirigió a la esclusa. Steve estaba seguro de que encontraría a Maurice allí.



LA ESCLUSA FORMABA un extremo de una manguera de plástico flexible que se extendía hasta la nave. Un extremo de la manguera podía conectarse al compartimento de la tripulación del módulo de aterrizaje, pero eso se había omitido en esa ocasión porque no había tripulación humana a bordo. El compartimento de carga no estaba presurizado, por lo que los robots de carga iban y venían entre Blue Moon 34 y la esclusa. De ese modo, no se precisaba que un humano en traje espacial transportara las cajas, como había sido habitual hasta ahora.

Maurice aguardaba delante de la esclusa. Parecía como si tuviera la cabeza pegada a la puerta porque, de puntillas, miraba a través de la pequeña ventanilla de inspección para supervisar lo que ocurría en la esclusa.

—Estará aquí en un minuto —dijo Maurice y Steve le apoyó una mano en el hombro y Maurice se agachó—. La puerta exterior ya está cerrada.

—Podrías haberme avisado de que esperábamos a un visitante tan distinguido —comentó Steve.

La puerta interior de la esclusa resonó. Maurice adoptó una postura como si un general de rango estelar estuviera a punto de salir. La pesada puerta se abrió. El androide tuvo que agachar la cabeza, pero incluso así parecía elegante. Se detuvo frente a ellos, se inclinó y ofreció la mano primero a Maurice y, luego, a Steve.

—Me llamo Sean —se presentó—. Me alegro mucho de estar con vosotros.

—¿Sean qué? —preguntó.

«Sean, entonces. No es muy imaginativo».

—Durkin.

—¿De verdad tienes apellido?

—Sí. Mis padres creen que me integraré mejor con un nombre humano real, en vez de con uno artificial.

—Me temo que destacarás por tu tamaño.

El androide superaba el metro ochenta y cinco de Steve.

—Ah, es verdad. Un momento.

La criatura se encogió ante sus ojos. Steve, con la boca abierta, se quedó atónito.

—Por tu expresión, sé que estás asombrado —indicó Sean.

—Cierto. ¿Cómo lo haces?

—¿Te refieres al reconocimiento de sentimientos o al ajuste del tamaño corporal?

—A lo del tamaño.

—Puedo variar la longitud de la parte superior e inferior de mis piernas. Funciona como un bastón telescópico.

—Increíble. No sabía que la tecnología había llegado tan lejos.

—Eso es solo una pequeña muestra de lo que soy capaz de hacer, Steve.

—Estoy deseando poner a prueba tus habilidades.

«¿Era orgullo lo que había percibido en la voz del androide?».

—Lo lamento, Steve, pero no tienes autorización para eso —respondió este.

—Porque regresas el veintinueve —añadió enseguida Maurice.

—¿Por qué no me has contado nada de esto, en cualquier caso? —preguntó Steve.

—Ya hablaremos más tarde —contestó Maurice.

Steve suspiró.

—Estás frustrado —comentó Sean.

—Me alegro de que sepas reconocer los sentimientos. Sin embargo, aún tienes que aprender cuándo una persona desea oírlo.



STEPHANIE HABÍA REQUISADO EL ANDROIDE. Quería que la ayudara con un estudio geológico. Era una impresionante pieza de tecnología.

Sean era más fuerte, más rápido y más hábil que un humano. El vacío exterior no le afectaba, solo necesitaba electricidad. Y aprendía rápido. Había asimilado las explicaciones de Stephanie sin rechistar y Steve confiaba en que realizaría todas las tareas a la perfección.

—¿Es posible que pretendan sustituirnos por androides? —cuestionó Steve, quien se dirigía a la cafetería con Maurice. Tendría que haber visitado a Tom, aunque no dejaba de posponerlo. Al menos la cafetería se hallaba de camino a la enfermería.

—Los del Control de Misión lo insinuaron, sí —admitió Maurice.

—¿Hablaron contigo de esto?

Steve se detuvo. En el pasadizo excavado en la roca solo estaban encendidas las cadenas de luces de navidad, que parpadeaban con bonitos colores brillantes, pero apenas aportaban luminosidad. Por eso no había reconocido lo que ocurría en el rostro de Maurice.

—Sí. Y, de hecho, me prometieron que también te lo contarían. Pero supongo que me lo han dejado esa tarea a mí.

—¿Cómo que *también*? Deberían haber hablado conmigo en primer lugar. Soy el comandante de la Base Lunar.

—Ese es el problema. Después de tu comportamiento con la nave de aterrizaje, tenían que reaccionar de alguna manera. Una actuación semejante no podía quedarse sin consecuencias. ¿Qué habría sido de la disciplina, especialmente a la luz de los cambios que se avecinan en un futuro próximo?

—¡Maurice, era cuestión de vida o muerte! Tú lo sabes. Ven conmigo a la enfermería a ver a Tom y pregúntale qué opina al respecto.

—No podrá decir nada hasta dentro de unas semanas, si entendí bien a la doctora. No obstante, aunque lograra hacerlo ahora, no importaría. Desafiaste las normas y tienes que responder por ello. Tom puede estarte muy agradecido. No todos, ni ninguno de los de aquí se habría molestado en hacer lo mismo. Pero es...

—Maurice, no puedes hablar en serio.

—Déjame terminar. En realidad, no es para tanto. Te marchas el 29, de todos modos. Así que en tus últimos días aquí, pon los pies en alto y relájate, o echa un vistazo por la zona. ¿Quién sabe cuándo volverás? Me han asegurado que esto no repercutirá en tu pensión. Si no, no habría aceptado el puesto.

«Sí, hablas en serio. Debes de llevar mucho tiempo planeándolo».

—Ah, ¿así que eres mi sucesor? Debería haberlo adivinado. ¿Te has chivado? —Steve golpeó la pared.

«¡Maurice, eres un traidor!» Y lo había considerado un amigo.

—Por favor, Steve. Nadie tuvo que informarles. Corriste con el Blue Moon 34 a través del penacho de escape. Te has saltado las reglas. No podías seguir siendo comandante en semejantes circunstancias.

—Lo dice el nuevo *comandante*.

—Lo dice Maurice, tu amigo. Por favor, no seas injusto. Algunos del Portal Lunar querían

expulsarte sin más. En cambio, ¡yo no! Alégrate de marcharte de aquí. Los androides como Sean, poco a poco, se encargarán de todo el trabajo. Yo no duraré más de dos años. Estoy seguro de que no habrías disfrutado de esta labor con una menguante tripulación humana. Dios, ¿de qué estoy hablando? Ibas a marcharte de todos modos.

Steve apoyó la frente en la lisa pared. Maurice tenía razón. Aún le quedaban cinco días para volver a casa. No importaba si ya no era el comandante. Lo más importante era que había salvado la vida de Tom. Tal vez.

«Ojalá».

—Está bien, Maurice. Sin resentimientos, ¿vale? Es solo que... La forma en que...

—Lo siento, Steve. He sido demasiado gallina y esperaba que los del Portal Lunar te informaran.



FUE UNA MALA idea ir allí, pensó Steve.

Tom parecía como si no hubiera estado entre los vivos durante mucho tiempo. Flotaba desnudo en un recipiente de cristal similar al ataúd de Blancanieves. El líquido nutritivo, ligeramente aceitoso, fluía a su alrededor de arriba abajo. Su densidad estaba calculada para que el cuerpo flotara en el recipiente sin ninguna superficie de apoyo. El paciente recibía el aire a través de una mascarilla opaca, lo que no permitía ver que estaba intubado.

Tom tenía los ojos cerrados. Steve se lo imaginó abriéndolos bajo el agua: se asustaría, no podría respirar, querría arrancarse el tubo. Nada de eso ocurriría, ya que la medicación lo mantenía en un perpetuo estado de ensoñación. Steve se obligó a acercarse. Vio las finas líneas rojas y brillantes en su piel, junto al ombligo, donde Daniela le había operado.

El *robodoc*, que se había negado a realizar la operación, se hallaba sujeto al pie del contenedor, aunque no mostraba la menor actividad. El contenedor se encargaba de monitorizar el estado de Tom. En ese momento, la mitad de los indicadores luminosos lucían en verde y el resto, en naranja. Cuando todas fueran verdes, si tal cosa llegaba a suceder, significaría que Tom había mejorado. Su estado era estable, pero aún no estaba claro qué dirección elegiría la poca vida que aún quedaba en su interior. Podía ocurrir rápido. Daniela opinaba que Tom debía de haber tenido dolor aunque, en algún momento, debió de conseguir reprimirlo. Quizá Tom, con solo veintinueve años, se creía inmortal.

Steve miraba a su alrededor. Había tres zonas de tratamiento de ese tipo en la enfermería. Con una tripulación de trece miembros, solo tenían derecho a dos, pero él había discutido con los del Control de Misión para que les concedieran la tercera, debido a las visitas que habían acudido con frecuencia durante los primeros años. La Luna se había vuelto aburrida, tanto para los exploradores como para los turistas. Los que se preciaban se iban de vacaciones a Marte y exploraban el planeta rojo. A diferencia de la Tierra y la Luna, aún quedaban nuevas formaciones por descubrir. Era una suerte que volviera pronto a la Tierra. Quizás algún día haría un viaje como ese, aunque a Marte. Por otro lado, ya había visto suficientes desiertos hostiles en su vida. Salir de casa sin máscara respiratoria ni traje espacial le parecería auténtico lujo, al menos, al principio. ¿Y después? Ya vería. Poco a poco, tendría que pensar en la jubilación. Planeaba inscribirse en una página de citas, buscar una mujer agradable, también divorciada y sin ataduras, y luego establecerse en algún lugar del norte. Tal vez en las colinas de Illinois, donde el paisaje era agradable y verde.

Una de las luces de Tom parpadeó. Se tornó verde. Steve lo tomó como un buen presagio.



25 de diciembre de 2099

EL COLCHÓN SE movió bajo su cuerpo. A continuación, la suspensión emitió un suave chirrido. ¿Se había colado Sammy en su habitación? Steve abrió los ojos. Había alguien delante de él, con su pijama puesto.

—Buenos días, dormilón —le saludó Daniela.

Steve volvió a cerrar los ojos enseguida. Así que no había sido un sueño inducido por el vino tinto de la cena. Su corazón empezó a latir más deprisa. ¿Qué debía decirle, agradecerle una bonita noche? Menuda estupidez. ¿Y si a ella le había parecido horrible? ¿Le juraba amor eterno? Eso sería una irresponsabilidad. Dentro de cuatro días y se marcharía en el Blue Moon 34 y... Oh, Daniela también se iba ese día.

—Sé que estás despierto —afirmó la doctora, con su cálida mano acariciándole el cabello.

Steve abrió los ojos. Su rostro se hallaba muy cerca del suyo. Cerró la boca y respiró por la nariz, suponiendo que tenía mal aliento. Daniela olía como si hubiera salido del baño.

—No te preocupes —añadió Daniela—, no soy especialmente melosa. Gracias por esta agradable velada.

—De nada —replicó Steve, molesto.

Qué respuesta tan idiota. «De nada, gracias, hasta pronto». Pero ¿qué otra cosa podía decir? Había tenido el sexo más increíble de los últimos dos años. Aunque, bueno, durante ese periodo, sus únicas experiencias habían sido consigo mismo, así que no era difícil mejorar el resultado. Steve esperaba dormirse de nuevo cuando Daniela saliera de la habitación.

Sin embargo, ella se dedicó a observarla y estudiar sus pertenencias. No quedaba mucho, porque ya había metido la mayoría en un cajón de carga. Esa mañana, Samantha iría con uno de los robots a recogerlas. *¡Esa mañana!* ¿Qué hora era?

Steve comprobó la pantalla digital situada sobre la puerta. Pasaban un poco de las diez. Si Samantha lo pillaba con la doctora, toda la Luna se enteraría. Samantha incluso tenía amigos en el Palacio Lunar. A menudo, la base china había sido su último recurso en la búsqueda de piezas de repuesto.

Steve tuvo que levantarse y apartó la manta. Estaba desnudo, ya que Daniela llevaba su pijama. Ella hizo el signo del pulgar hacia arriba. ¿Qué significaba eso? No importaba. Se levantó y fue a la taquilla, cogió una toalla limpia y se la puso alrededor de las caderas. Luego colocó una segunda toalla sobre su hombro derecho y se dirigió al baño comunitario. Abrió la primera ducha y se sobresaltó de nuevo. Delante de él, una mujer desnuda le daba la espalda y se enjabonaba.

—¡Por fin! ¡Pasa! —ordenó la mujer sin darse la vuelta.

Supo por la voz que se trataba de Samantha. Al menos no tenía que preocuparse de que estuviera a punto de aparecer en su puerta con el robot de carga. No hizo el menor ruido y cerró la puerta. Entró en otro cubículo y cerró con llave. Acababa de abrir la ducha cuando oyó una voz masculina hablar con Samantha. Ni siquiera sabía que tenía novio. Pero ¿Ricky? Si creía que se odiaban.

Steve se colocó bajo el suave chorro de la ducha. Las gotas lo envolvían porque crecían mucho con la escasa gravedad y caían muy despacio. Era casi como si se bañara de pie. Tendría que volver a acostumbrarse a las gotas pequeñas y duras de la Tierra.



LENTAMENTE, el Rover rodó cuesta arriba. La ladera del cráter era plana. Steve podía conducir más rápido, aunque el estado de la carretera seguía siendo malo, aunque no le apetecía. Pasaron por un desvío. Ninguna señal indicaba adónde llevaba el camino.

—¿A dónde va eso? —preguntó Daniela.

—Al Palacio Lunar. ¿Has estado alguna vez en el cráter Zeeman?

El llamado Palacio Lunar, construido en la cara oculta de la Luna por las agencias espaciales china y rusa, no era muy impresionante en comparación con el enorme radiotelescopio que ocupaba todo el cráter. En su momento, se movieron cantidades increíbles de regolito para remodelar el cráter para el telescopio.

—No, nunca —contestó Daniela.

—¿Aunque os quede mucho más cerca?

La mujer levantó un hombro, lo que no le dijo gran cosa.

La Aldea Lunar de la ESA se hallaba situada en el cráter Shackleton, casi en el Polo Sur. Allí había zonas en las que casi siempre brillaba el sol, lo que resultaba conveniente para la producción estable de energía con células solares. La NASA no había sido tan valiente al planificar la Base Lunar: construir en los bordes de los cráteres tenía algunas desventajas. En el antiguo cráter Demonax que estaban dejando, todo estaba garantizado para ser estable, y como se encontraba en el lado frontal, la Tierra nunca se hallaba en la sombra de radio.

—¿Qué distancia hay desde aquí hasta el Palacio Lunar? —preguntó Daniela.

—¿Tienes tiempo para una pequeña excursión?

Steve introdujo el nuevo destino y la indicación «497 kilómetros», apareció en la pantalla. Leyó en voz alta el valor y luego introdujo el cráter Shackleton de la Aldea Lunar como punto de partida.

—Y otros cuatrocientos cincuenta kilómetros de vuelta, a vuelo de pájaro, por así decirlo —explicó él.

—Casi mil kilómetros —señaló Daniela—. Son, por lo menos, veinticinco horas de viaje. Creo que lo dejaremos para otra ocasión.

—Tengo tiempo. Ya no me necesitan en la Base Lunar.

—Lo sé, Steve. Lo lamento. Sin embargo, creo que hiciste lo correcto. Tom está mejor. Fui a verlo antes de irnos.

—Gracias.

Steve se había sentido incómodo con otra «visita», no quería quedarse allí viendo el cuerpo de su amigo flotando entre la vida y la muerte, con un aspecto tan vulnerable en medio de aquel fluido nutritivo. Ya se habría ido cuando Tom despertara, dentro de unas semanas.

El Rover había llegado al borde del cráter. La vista continuaba a través de la llanura lunar

iluminada por el sol. Aunque la había admirado muchas veces, aquel paisaje le seguía impresionando. En el horizonte se alzaba la cordillera de Malapert. La rodearían por el oeste, atravesando el cráter Scott. Más adelante, la carretera serpenteaba hacia el cráter Shoemaker, antes de llegar a la Aldea Lunar, en el kilómetro 356, en las laderas de Shackleton.

Steve activó el piloto automático. No tenían prisa, así que no precisaba forzarlo. Ya no le necesitaban, pero tenía una agradable compañera con la que era maravilloso viajar, incluso en silencio, mientras aquel grandioso paisaje les pasaba por delante.



26 de diciembre de 2099

EN ESA OCASIÓN, Steve se despertó solo en la habitación de invitados de la Aldea Lunar. Había tenido cuidado con el alcohol porque esperaba visita, pero Daniela no había aparecido. Probablemente era lo mejor. Al final, podrían haberse enamorado y ella era casi veinte años más joven.

«No te hagas ilusiones, tonto. A Daniela solo interesaba pasar una agradable velada. Eso fue lo que dijo».

Steve se levantó y echó un vistazo a la pequeña habitación. Era rectangular, no redonda como las excavadas en la roca de la Base Lunar. A un lado estaba la puerta y del otro, colgaba una persiana. La subió y se echó hacia atrás. Solo un dedo de ancho le separaba del vacío de la Luna. El sol eterno iluminaba un panorama que nunca podría disfrutar en la Base Lunar, que había sido construida bajo el suelo lunar. Construir en las laderas exteriores de un cráter tenía algunas ventajas.

La vista le hacía sentirse desnudo, aunque llevara puesto el pijama. Nadie podía pasar por delante de su ventana, pero bajó la persiana hasta que solo los dedos de luz del sol que brillaba sobre el horizonte lograron atravesar aquellas lamas metálicas.

Se oyó a alguien llamar a la puerta.

—Soy yo, Daniela.

—Entra —respondió Steve.

—Primero tienes que abrir.

Oh, no. ¿Por eso no había ido? Por costumbre, había cerrado con llave. En su habitación lo hacía siempre porque no le gustaban las visitas sorpresa del gato de la base, que hacía tiempo que había aprendido a usar los picaportes. Steve se acercó a la puerta y giró la palanca situada bajo el picaporte.

—Oh, ni siquiera estás vestido todavía —comentó Daniela, lo miró y se fijó en su erección matutina—. Y veo que aún no has ido al baño.

—Como nadie me despertó...

—Tienes razón. —Daniela le dio un fugaz beso en la frente—. Debería haberte explicado cómo funciona todo. Puedes comunicarte con el edificio por voz, en el idioma que quieras.

—Solo sé inglés y un poco de ruso.

—¿Ruso?

—Antes era obligatorio. Una reliquia de la época de colaboración en la ISS.

Una vez más, se sintió como si procediera de la Edad de Piedra.

—Vaya. Ayer quería venir. Así, te habría explicado cómo es todo aquí. Sin embargo, el pavo

de la cena acabó conmigo. Lo único que pude hacer fue meterme en la cama.

—Conmigo, el vino caliente. Manni tiene mucho peligro.

—Es de Alemania. Su verdadero nombre es Manfred Weber. Solo puedes llamarle Manni si él te lo pide. Es muy exigente.

—Me invitó a llamarle así.

—Eso también debió ser por el vino. Manni no suele concederle tantas confianzas a nadie. De todos modos, celebramos la Navidad según una tradición diferente cada año. El próximo le toca a italiana.

—Te la vas a perder, entonces.

—Aún no es seguro. Me han ofrecido volver dentro de seis meses. Es cuando François, nuestro comandante, se jubile.

—Qué oportuno. Entonces tendrán comandante y médico por un mismo sueldo.

—Sí, imagino que esa será su idea. El médico que me va a relevar solo tiene un contrato de seis meses. Llegará en el Blue Moon 35, justo después de Año Nuevo. ¿Qué te parece un viajecito? Nuestro vuelo a casa no sale hasta mañana por la noche. Date prisa y ponte algo de ropa. Después te llevaré a la cafetería. Manni ha horneado un *stollen*. ¡Tienes que probarlo!



EL *STOLLEN* PARECÍA una barra de pan gigante enrollada en azúcar en polvo. Su sabor era mitad dulce, mitad salado, con aromas de vainilla, almendra, especias, frutas y frutos secos, y era tan suave y húmedo como el pan fresco. Steve quitó un poco de azúcar glas de la rebanada y le dio otro mordisco. El *stollen* era un pastel delicioso. Aldea Lunar tenía mucha suerte de contar con un *chef* así.

—Buenos días —saludó Manni.

Steve se sobresaltó. Manfred se había acercado por detrás, con su uniforme blanco y su gorro de cocinero.

—¡Buenos días! ¿Así que este es el *stollen* que horneas y que es alabado en todo el sistema solar?

—Si todos salieran tan buenos como ese, podría abrir una fábrica —explicó Manfred.

—No sería mala idea, ¿eh? ¿*Stollen* lunar?

—No te lo vas a creer, pero la baja gravedad hace que el *stollen* tenga un sabor diferente. Queda mucho más suelto porque a la levadura le resulta más fácil hacer subir la masa. El único problema sería transportarlo a la Tierra, lo que supondría un gasto excesivo.

—¿Eso significa que has hecho los cálculos?

—Oh, sí. Hay programas de financiación para montar un negocio en la Luna. Por desgracia, los costes de transporte serían demasiados, y además tendría que traer los ingredientes hasta aquí.

—Podrías diseñar algún tipo de tirachinas que catapultara los *stollens* a la Tierra.

—Entrega directa, ¡genial! —rio—. Bueno, funcionaría si DeWitt tiene suerte con su máquina cuántica.

—Lo dudo —replicó Steve—. Pero si lo lograra, te vendría de fábula para el negocio.

—Sí, una pena, aunque probablemente tengas razón. Es una gran idea. Alguien en Nueva York me hace un pedido, y, al minuto siguiente, el *stollen* se materializa en la mesa de su comedor.

—Seguro que, por eso, Amazon es el mayor inversor de DeWitt, y los veinte mil millones que cuesta la instalación de pruebas en la Luna tienen que provenir de algún sitio.

—Yo también lo he oído. Es una lástima que lo mantengan tan en secreto. ¿Has podido visitar sus instalaciones?

—No, se trata de una empresa privada. La NASA no posee acciones. El viejo DeWitt, además, se siente bastante orgulloso de que habérselas arreglado sin recurrir al dinero de los contribuyentes.

—Un tipo extraño, es cierto. Pero dime, Steve, ¿qué tal os va a vosotros? Perdona mi curiosidad.

—¿A nosotros? Me gusta Daniela, si te refieres a eso. —Steve se ruborizó como un colegial.

—No —se carcajeó—. Lo que pase entre Daniela y tú no es de mi incumbencia. Quiero decir, en la Base Lunar. ¿Te han reemplazado? Y, ¿has traído androides?

Steve volvió a dejar la rebanada de *stollen* antes de dar su siguiente bocado.

—Estás bien informado, Manni.

—Lo siento. Por tu expresión, me temo que te he estropeado el desayuno. Pensaba que estabas a punto de volver a casa.

—Es una mierda que tu segundo al mando te apuñale por la espalda.

Manni le dio un pequeño apretón en el hombro para animarle.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniela—. En cuanto te dejan solo, pones una cara que ni llevara tres días seguidos lloviendo.

—Oye, hace tanto que no veo llover que no sé qué daría por tres días así —contestó Manfred.

—Date una ducha fría con la ropa puesta. La sensación es igual —se burló Daniela—. Tengo buenas noticias. Podemos coger el Rover.

Un rayo de esperanza, al menos. Un último día a solas con Daniela... Eso debería ahuyentar sus lúgubres pensamientos, y no habría sido posible si todavía fuera comandante. Todo tenía su lado bueno.

—¿Te apuntas, Manni? —inquirió Daniela—. Queríamos echar un vistazo al MIGO-TP.

¿Qué? Por favor, no. Steve no tenía nada en contra del cocinero, pero imaginaba su salida de otra manera.

—Gracias, Dani, pero tengo que preparar un festín. Si a los tortolitos no os importa esperar un momento, os envolveré las sobras de ayer.



DANIELA SE SENTÓ AL VOLANTE. Steve se ajustó el cinturón de seguridad. Solo quedaban 45 kilómetros lineales hasta el cráter de Gerlache, así que llegarían en dos o tres horas.

—Toma, haz algo útil —señaló Daniela, entregándole la lista de comprobación.

Steve leyó las entradas una por una, y Daniela las confirmó. Era una sensación tranquilizadora. El estado del Rover era casi perfecto. Steve se fijó en el logotipo del fabricante, cuatro círculos, en la cabina. El asiento era cómodo y dejaba espacio para estirar las piernas.

Daniela pisó el acelerador. La carretera se hallaba marcada con balizas cortas cada cien metros, pero su superficie no había sido repavimentada y el Rover se balanceaba más que en la que enlazaba la Base Lunar y la Aldea Lunar. Aún había luz en las laderas del cráter Shackleton. El mapa de colores de la cabina mostraba que estaban conduciendo más o menos a lo largo del grado 270 de longitud. Cruzaron una colina y, a la derecha, rodearon un cráter cuyo nombre no aparecía en el mapa.

Ninguno de los dos dijo nada, aunque aquel silencio resultaba agradable. En ese momento, Steve comprendió que se había enamorado, y que una relación entre ambos no tenía la menor

oportunidad. Su carrera en la NASA había terminado, y la de Daniela acababa de empezar. ¿Qué iba a hacer ella con un viejo como él? Lo extraño fue que apenas se dio cuenta.

«Es lo que es». Se sentaron juntos en el Rover sin necesidad de hablar.

Finalmente, el ruido de la conducción le adormeció. Steve siempre se había cansado en el coche, incluso de niño, y confiaba en Daniela.



—SE ESTÁ BIEN AQUÍ, ¿verdad? —preguntó Daniela. Steve se despertó cuando el vehículo se detuvo. Delante de ellos había un agujero oscuro con un haz de luz apuntando hacia abajo. Entonces Daniela se volvió hacia él y sonrió. Se desabrochó el cinturón y, luego, hizo lo mismo con el de él.

Steve asintió. Daniela se levantó del asiento. ¿Qué iba a hacer? ¿Quería salir? No. Se acercó a él, se sentó a horcajadas en su regazo y lo miró.

—Eres preciosa —murmuró Steve.

La mujer sonrió, se inclinó y le besó. Si ese momento pudiera durar para siempre. Las manos femeninas se colaron bajo la camisa de él. Se desnudaron el uno al otro. De repente, Steve deseaba quitarle la ropa lo más deprisa posible. Quería sentirla, toda ella, acariciar su piel, sus pequeños y firmes pechos.

«¿Qué he hecho para merecer esto?», se preguntó.

Daniela se quitó la última prenda y, por fin, lo cabalgó, gimiendo, con la cabeza contra su cuello, mientras sus pensamientos se desvanecían por la sensación de ser completamente uno con ella.



SUDANDO, se separaron. El parabrisas delantero del Rover estaba empañado. Steve aumentó la ventilación, recogió la ropa que tenía esparcida por el habitáculo y empezó a ponérsela, sonriendo todo el rato. No podía evitarlo.

«Ojalá esta sensación durara para siempre».

Daniela ya se encontraba de nuevo al volante mientras él seguía luchando con sus pantalones.

—¿Estás listo? —le preguntó Daniela.

—Aún no, pero arranca.

—No, esperaré. Tienes que experimentar el descenso con todos tus sentidos.

—¡Vale, listo! —La cremallera de la bota derecha de Steve se atascó. Tuvo que volver a bajarla porque el calcetín se había enganchado. Steve finalmente se abrochó el cinturón de seguridad.

Se pusieron en marcha. El camino descendía abrupto. Cruzaron la frontera entre la luz y la oscuridad y, de repente, era noche cerrada. La negrura casi parecía una cortina que lo ocultaba todo. Durante un instante, los faros del Rover dejaron entrever los secretos del cráter, pero pronto aquella cortina volvió a caer con fuerza. Cuanto más se adentraban, más se desvanecía la conexión de Steve con la realidad. Parecía como si los faros ya no estuvieran abriendo una cortina imaginaria, sino arrastrando las cosas de la fantasía a la realidad. Era como si miles de rocas, de todas las formas, estuvieran esperando en su imaginación a ser arrastradas hacia el fondo negro por los mágicos haces de luz, para desaparecer poco después. Incluso le pareció oír

los suspiros que emitían al hacerlo, aunque también podía tratarse del sonido de la suspensión sometida a un gran esfuerzo por aquel largo descenso.

—Es mágico, ¿verdad? —dijo Daniela.

—Sí, un mundo aún por crear.

«¡Ella me entiende!», pensó para sí.

—¿Te das cuenta de que el interior de este cráter no ha visto ni un mísero rayo de luz natural desde que se formó, hace miles de millones de años?

—Sí, es alucinante. ¿Por qué construyeron MIGO aquí?

—MIGO-TP. Son las siglas en inglés de «Observatorio del Interferómetro de Ondas Gravitacionales-Proyecto de prueba». El cráter de Gerlache no está tan lejos como el Schrödinger, donde se ubicará el proyecto final.

Daniela tecleó algo en el salpicadero y apareció un mapa de la zona que rodeaba el Polo Sur.

—Es más barato instalar primero el observatorio de ondas gravitacionales a pequeña escala —explicó Daniela—. Así, podremos comprobar si es viable alcanzar la potencia deseada. Más tarde, se trasladará al cráter Schrödinger. Va a ser genial. —Daniela amplió la pantalla—. Los dos brazos se desplazarán a lo largo de los Valles Planck y Schrödinger. Así que tendremos cuatrocientos kilómetros de longitud de brazo. Cuanto más largos sean estos, más débiles serán las ondas que podamos medir.

—Te veo muy emocionada. ¿Seguro que quieres irte a la Tierra el veintinueve?

—Sí, aunque volveré. Pasarán unos años antes de que se construya el MIGO definitivo.

Steve no regresaría. Si lo hacía, sería un subalterno de su antiguo adjunto.

—¿Qué sabes del proyecto DeWitt? —preguntó Steve—. Hablé con Manni sobre ello antes.

—Muy poco, lo siento. Aunque te confieso que no me gusta mucho esa empresa. Actúan con demasiado secretismo para mi gusto. Una investigación de semejante envergadura no debería permitirse sin ningún tipo de control.

—Me encantaría echar un vistazo al complejo.

—Imposible. Nunca te dejarían entrar.

—Bueno, podríamos presentarnos sin avisar.

—Olvidas que tenemos que estar mañana en tu base —rio—. No podemos perdernos el lanzamiento. Estoy deseando pasar unos días en la Tierra contigo. Seguro que te sobran vacaciones.

Steve asintió. Aún le quedaban unos días. No podría retener a la joven durante más tiempo, pero no envidiaba que estuviera comenzando su carrera. Desde luego, tenía cosas mejores que hacer que salir con un astronauta fracasado de la NASA.

El Rover frenó y les empujó contra los cinturones de seguridad. El faro derecho había desprendido una especie de tienda de campaña de la oscuridad. A Steve le costó calcular su tamaño. Si era tan alta como el Rover, debía de estar a unos 50 metros de distancia.

—Vamos a dar una vuelta —dijo Daniela.

—¿Por qué no te acercas más?

—¿Te da pereza caminar? —bromeó—. No, resultaría demasiado arriesgado. El penacho de polvo del Rover interferiría con la trayectoria de la señal.

—Así que, no queda más remedio. —Steve se desabrochó el cinturón de seguridad y trepó por su asiento hasta la parte trasera. La zona estaba vacía, salvo por una bolsa de tela con las provisiones que Manni les había preparado—. ¿Dónde guardas los trajes espaciales?

—Fuera —indicó Daniela—. ¿Ves las solapas en la pared del fondo?

—¿Son SuitPorts? Este Rover es lo más.

Un SuitPort permitía ponerse el traje espacial en la parte exterior del vehículo sin necesidad de esclusa de aire. Steve nunca había utilizado uno.

—Bueno, es un prototipo. El fabricante quiere empezar a producirlo en pequeñas series. ¿Has usado algún SuitPort?

—Todavía no. ¿Y el ejercicio previo al EVA?

—¿Ves los pedales?

—Sí, pero no hay asiento.

—Espera.

Daniela se acercó, dobló un asiento de la pared y sacó una máscara respiratoria del mismo compartimento. Steve la sujetó y la abrazó con fuerza.

—Podríamos salir juntos, después de todo —comentó Steve—. Como antes.

—Interesante idea —contestó Daniela—. Por desgracia, eso aún no se ha probado. Por tanto, será mejor que no nos arriesguemos.

Steve suspiró, se puso la máscara de respiración que proporcionaba oxígeno puro, montó en el asiento y comenzó su entrenamiento.



STEVE SUDABA 15 minutos más tarde. Daniela continuaba con el procedimiento habitual.

—¿Un pañal? ¿En serio? —protestó él—. No vamos a estar fuera tanto tiempo.

—Pero este traje no es para ti solo. ¿Y si lo necesitas?

—Vale, vale... dámelo.

Steve se colocó el pañal y luego el LCVG, el cual lo enfriaba o calentaba según fuera necesario. Daniela fue más rápida y ya procedía a abrir las solapas de la pared trasera. Ninguna de aquellas dos aberturas ovaladas parecían lo bastante grandes como para que Steve trepara por ellas.

—¿Tú a la derecha, yo a la izquierda? —preguntó la mujer.

—Me da igual. Aunque necesito que me ayudes.

—Claro.

Steve ajustó la última correa de velcro y comprobó la lectura de la LCVG. No había ningún problema. Se estremeció. El sudor del entrenamiento se había enfriado y resultaba cómodo.

—Te toca. No te preocupes. No es más difícil que ponerse un condón. —Daniela le tocó el brazo.

Pues nunca los habían usado. Steve sintió que se ruborizaba. Sin embargo, durante su primera noche juntos, Daniela le había dicho que tomaba anticonceptivos.

—Eres tan fácil de leer, cielo —rio—. Es muy divertido.

—¿Yo? —Los ojos de Steve se abrieron de par en par.

—Te sentiste culpable por un segundo porque... ya sabes. Y después, volviste a pensar en lo que estamos haciendo ahora.

—Mentira. —Steve sonrió.

—Vamos. —Daniela señaló la abertura de la derecha—. Tenemos que comprobar una cosa.

—Oh, ¿esta no es una excursión sin más?

—No, conseguí el Rover porque Varga me encargó una misión.

—¿Varga?

—Gábor Varga, nuestro físico. Captó algo de una dirección inusual y quiere saber si esos datos son correctos.

—Entendido. Entonces, ¡manos a la obra!

Steve subió primero con la pierna derecha, luego con la izquierda y se tiró hacia abajo por dos asas sujetas al interior. El traje ofrecía más espacio del que había sospechado y olía más neutro que a sudor ajeno, como había temido. Tanteó en busca de las aberturas para los brazos. Ya, ¡si no estuviera tan oscuro! ¿Y la radio?

—Daniela, ¿me oyes?

—Alto y claro.

«Ah, la conexión está establecida».

—¿Cómo hago que se encienda esto?

—Empuja el escudo sobre el visor.

Ah, claro. La visera del casco se rayaría a la larga, así que había una cubierta delante como protección. Levantó una mano, la encontró y la apartó. No se iluminó, pero se tornó más brillante. El edificio en forma de tienda estaba en el haz de luz del Rover. Steve jugueteó con las piernas mientras una sombra se desprendía a su izquierda y emprendía camino.

—¿Cómo la suelto? —preguntó él.

—Con el control de voz. Di lo que quieras.

—Desacoplar. —Steve se dejó caer y aterrizó sobre su trasero.

—Perdona, debería haberte dicho que pusieras los pies en los reposapiés. —Daniela se rio.

—No pasa nada. —Steve se levantó.

Se dirigieron en fila india hacia la tienda de campaña. No se oía nada, salvo el sonido de su respiración. La tienda era de construcción sólida. Steve golpeó la pared exterior. Pensó que debía de ser de plástico fino.

—Es solo un guardapolvo primitivo —afirmó Daniela.

—¿Y es suficiente?

—No hay viento, y la ubicación en el cráter protege la tecnología de sensores.

—¿Cómo funciona?

—Al igual que el LIGO en la Tierra, dos brazos forman un ángulo de 90°, por lo que se ven afectados de forma diferente por las ondas gravitacionales entrantes. La ventaja es que aquí tenemos vacío y temperaturas bajísimas todo el tiempo. Gábor está muy contento con el dispositivo.

—A menos que, ahora, proporcione datos erróneos.

Daniela abrió una tapa e introdujo un dispositivo similar a una llave en una ranura. Steve quiso colocarse a su lado para observarla mejor, pero ella lo empujó hacia atrás.

—Perdón —se disculpó ella—. Casi te pilla el rayo láser.

—Me he librado por los pelos, ¿eh?

No veía ningún láser aunque, debido a la falta de atmósfera, era de esperar.

—No tiene suficiente potencia para matarte. Además, habrías alterado la calibración y a Gábor no le habría hecho ninguna gracia.

—¿Y qué revela tu revisión?

—Eso no te lo puedo decir. Solo estoy cargando los datos en bruto en la memoria. Gábor les aplicará un poco de magia y los utilizará para averiguar si se trata de un efecto real de la medición o solo de un valor atípico.

—Estupendo. Siempre he querido ver colisionar dos agujeros negros.

—En la pantalla de Gábor, se puede. Aunque no en tiempo real. La colisión, si la hubo, tuvo lugar hace millones de años.

Daniela continuó trabajando en el equipo bajo la tienda. Guardó la llave en el bolsillo

exterior del traje espacial.

—¿Qué tal si ahora damos un paseo? —interrogó Daniela.

—¿Hay algo que ver aquí?

—Por supuesto. Inspeccionamos el cráter antes de construir el MIGO-TP y encontramos algo interesante.

—Una nave alienígena, ¿no? De ahí sacasteis la tecnología moderna.

—Has visto demasiadas películas de ciencia ficción —se carcajeó—. No, lo que encontramos es antiguo.

—Una nave antigua... ¿De las antiguas de verdad?

—Ahora lo descubrirás.



LA CAMINATA SE ALARGÓ. Steve se preguntó si se debía a la oscuridad. No tenía ni idea de la distancia que habían recorrido. Cuando miró hacia atrás, la tienda de campaña había desaparecido. La senda fue ligeramente cuesta abajo durante un rato, y luego subieron con dificultad una pequeña colina. La capa de polvo era muy espesa, lo que hacía que andar fuera tan agotador como hacerlo sobre la nieve. El traje no olería tan neutralmente limpio después.

Daniela llevaba un ritmo decente. Era más pequeña y delgada que él, aunque llevaba un traje equivalente, por lo que cada movimiento debía resultarle aún más agotador. La idea de perderla en pocos días era difícil de soportar. Tal vez debería tragarse su orgullo. Si preguntaba a sus superiores, suponía que tendría muchas posibilidades de conseguir un puesto bajo las órdenes del nuevo jefe, Maurice. Las largas misiones a la Luna ya no eran tan populares como en la década de 2030. Una misión a Marte resultaba más prestigiosa, y un trabajo en una empresa espacial privada proporcionaba más dinero.

—Presta atención. Ya casi hemos llegado —dijo Daniela, quien caminaba lentamente. Steve se le acercó y ella lo sujetó con el brazo derecho. Ahora veía el porqué. El suelo se abría en picado justo delante de sus pies. Steve empezó a tambalearse sin querer hasta que Daniela lo estabilizó.

—Asqueroso agujero —exclamó él.

—Neville estuvo a punto de morir aquí.

—¿Neville?

—Neville Youngs, nuestro genio de la electrónica.

Steve iluminó el agujero. El foco no reveló el fondo. El agujero se abría hacia ambos lados como una boca fruncida para besar.

—¿Qué le pasó?

—Neville se estrelló y quedó atrapado en una grieta. Por eso pudimos sacarlo.

—¿Cuándo fue eso?

—En la segunda fase de expansión de la Aldea Lunar, a mediados de los 80.

—Tú no podías formar parte del equipo por aquel entonces. Eres demasiado joven.

—Qué galante, aunque paso de los cuarenta, cielo.

—¿Cómo le fue a Neville?

—Necesitó cirugía de emergencia. Casi pierde la pierna derecha.

—Pero lo salvaste.

—Hice lo que había que hacer. Si los demás no hubieran actuado tan rápido y conseguido trasladarlo a tiempo, tal vez no hubiera logrado salvarle la pierna.

—¿Qué profundidad tiene el agujero?

—Aquí, desciende por lo menos cien metros. No obstante, si te metes por el borde, te encuentras con algo parecido a un balcón que solo tiene unos quince metros de profundidad.

—¿Quién cava agujeros así en la Luna? —preguntó Steve.

—Probablemente sea el nido de un dragón lunar.

Steve se echó a reír.

—No, es un resto de la fase caliente de la Luna, un antiguo respiradero volcánico del que, en su día, escaparon gases calientes.

Steve involuntariamente retrocedió.

—Por ahora, se ha calmado —explicó Daniela—. Probablemente estés más seguro en el agujero que en la superficie.

—Si no me quedo atrapado.

—¿Quieres bajar? Dejamos ganchos y cuerdas en el otro lado, solo por seguridad, por si alguien no familiarizado con la zona se perdiese aquí.

—No, gracias, tal vez en otra ocasión. ¿Cuántos excursionistas esperas que se acerquen hasta aquí?

—Bueno, entre la Aldea Lunar, el Palacio Lunar y la Base Lunar, seremos unas treinta o cuarenta personas. Eso sin contar a la tripulación de las instalaciones de DeWitt.

—Entonces, la Luna ya no está tan sola como antes, ¿verdad? —comentó Steve—. Vamos, regresemos.

—Tienes razón. Cuanto antes lleguemos a la Aldea Lunar, antes...

—Lo estoy deseando.

—Iba a decir que antes podremos reunirnos con Gábor. Ya está analizando nuestros datos.



LA COMPUERTA YA se estaba abriendo cuando se acercaron a la torre, que parecía un huevo cortado por abajo. Hasta ahora, siempre habían salido por un tubo, así que Steve estaba muy emocionado. La esclusa era tan grande que incluso el módulo de aterrizaje del Blue Moon habría cabido dentro si hubiera podido volar de lado.

—¿Qué vais a transportar a través de la esclusa gigante? —interrogó Steve.

—Dentro de unos años, habrá autobuses para que los turistas vayan a los cráteres circundantes o los trabajadores, a las fábricas —explicó Daniela.

—Entonces, ¿aún crees en la futura economía lunar? —cuestionó Steve.

Durante años, se pensó que la Luna se convertiría en el banco de trabajo ampliado de la Tierra, pero el coste del transporte seguía siendo demasiado.

—Si DeWitt tiene éxito, podría funcionar.

—Pero hace mucho que no sabemos nada de él. ¿No se dedica ahora a colonizar exoplanetas?

—¿Quién sabe? A lo mejor está harto de la Tierra. A veces, yo opino lo mismo —respondió Daniela—. Sin embargo, una semana de vacaciones en un paraje verde, me basta para recordar de nuevo su belleza.

Llamaron a la ventana. Un hombre con bata blanca se hallaba fuera. Parecía la personificación del típico científico, incluso tenía el cabello alborotado como Einstein.

—¿Es Varga? —preguntó Steve.

—Sí. Aunque parece tener mucha prisa.

Daniela se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la salida del lado izquierdo de la

cabina. El investigador desapareció de la vista. La puerta de la esclusa se abrió hacia el exterior. Daniela salió y Steve la siguió.

—¡Ya lo he encontrado! —exclamó el científico en un tono grave que no encajaba del todo con su aspecto.

—¡Eh, todavía quiero saber qué decían los datos en bruto! —exclamó Daniela.

—¡De acuerdo!

Varga golpeó la puerta interior de la gran esclusa. Esta se abrió lentamente. Gábor Varga saltó el escalón y echó a correr, seguido de Daniela. Steve esperó un poco más. Casi los pierde a los dos. El óvulo cortado parecía mucho más espacioso desde dentro que desde fuera. Ascendieron las escaleras y llegaron a una estrecha sala llena de ordenadores.

—Un momento —dijo el investigador, deslizando el lápiz de datos de Daniela en una ranura—. Ah, es muy interesante. Estaba pensando en algo parecido. Mirad. Ahí se ve. Los datos en bruto lo demuestran. Tenemos que avisar a los que están ahí abajo. Urgentemente.

—¿Puedo ayudarte? —quiso saber Steve.

—¡Shh! —chistó Daniela.

—¡Shh! —repitió el investigador—. ¡Ahí, esa línea! —El hombre golpeó con los dedos en la pantalla, reordenó el gráfico y extendió la resolución, pero la línea permaneció—. Está claro. Esperad un momento. Ahora, si...

—¿Por qué no nos lo explicas todo? No somos idiotas, ¿sabes? —indicó Steve—. Y si hay que avisar a alguien, lo lograremos más deprisa si lo hacemos juntos.

—Yo... —El científico se rascó la cabeza—. Sí, claro. Buena idea.

—¿Y?

—Vale, sin duda conoces el propósito del MIGO. Las ondas gravitacionales cambian la distancia entre los transmisores y los receptores en los dos brazos del dispositivo, y en diversos grados. Así podemos determinar no solo su intensidad, sino también su dirección.

—Sí, ya lo sé. Continúa —añadió Steve.

—MIGO-TP tiene una longitud de brazo de veinticinco kilómetros, y por lo tanto es capaz de medir ondas gravitacionales significativamente más débiles que el viejo LIGO terrestre con sus cuatro kilómetros. Nuestro preciado instrumento lo ha demostrado ya varias veces. Pero, esta noche, ha ocurrido algo que provenía de una dirección inusual. ¿Adivinas de dónde?

—Venga, suéltalo —se impacientó Daniela.

—De la Tierra. —Varga resopló, decepcionado porque no querían seguirle el juego.

—Pero eso no significa que haya ocurrido en la Tierra —apuntó Daniela—. La Tierra no apantalla las ondas gravitacionales. Eso lo sabe hasta un médico.

—Tiene razón, doctora Vasiljevic. Pues resulta que el LIGO también ha registrado este estallido de ondas gravitacionales. Mira, aquí.

—Esos son los vectores que nosotros y el LIGO medimos. —Varga mostró en la pantalla una representación tridimensional del sistema Tierra-Luna. A continuación, dibujó dos flechas.

Estas se encontraron ligeramente por encima de la superficie de la Tierra.

—¿Insinúas que dos estrellas de neutrones colisionaron en la atmósfera terrestre? —preguntó Steve—. Habríamos notado *algo* si eso hubiera ocurrido.

—No, debido a la proximidad, el evento no debió ser tan energético. O dos masas bastante grandes tuvieron alguna interacción, o hubo una enorme liberación de energía, la cual perturbaría el campo gravitatorio debido a la equivalencia masa-energía.

—Aun así, ¿no debería haberse percibido de algún modo? —cuestionó Daniela.

—Estos son los intervalos de falla. Como ves, el proceso también podría haber ocurrido

dentro de la corteza terrestre. —El investigador trazó algunas líneas más en el gráfico.

—¿Un terremoto? —preguntó Daniela.

—Las sacudidas de la Tierra se eliminan automáticamente de los datos de LIGO, y no llegan hasta nosotros.

—¿Se te ocurre alguna otra explicación?

—¡Se me olvidaba! —El investigador se golpeó en la frente. El globo terráqueo daba vueltas. América, donde los vectores se encontraron por primera vez, se movía hacia abajo. Ahora, Europa estaba en la zona crítica. Gábor amplió la pantalla.

—Europa centro-occidental, diría yo. La erupción debió de producirse allí. Sin embargo, no se informó de ningún desastre desde la Tierra.

—Antes comentabas que debíamos avisar a alguien —señaló Daniela.

—Ah, ¿en serio? Así es, esa fue mi primera impresión. Mmm. Creo que DeWitt podría ser el responsable de esto.

—Pero ¿no está en la Luna, en el cráter Amundsen? —indagó Steve.

—DeWitt está en todas partes. Bueno, casi. Sé que tiene un centro de investigación en los Alpes. Eso encajaría con la intersección de los vectores.

—¿Deberíamos dar la voz de alarma? —quiso saber Daniela.

—Yo... eh... Sí, puede que sí.

—Bueno, probemos suerte.

—Gracias, Dani.



—TENEMOS QUE IR A VIVIEN —mencionó Daniela.

—¿Directamente a la comandante? ¿No es un tanto exagerado?

Avanzaron por un pasillo circular. Steve conocía a Vivien Rose. Era su colega en la base de la ESA. *Era*. Una mujer fuerte con grandes habilidades de negociación.

—Vivien tiene que aprobar esto. No podemos llamar a cualquier parte en nombre de la ESA. Vosotros lo tenéis más fácil. Siempre debemos tener cuidado de no pisar a ninguno de los estados miembros. Vivien es perfecta en eso.

Se detuvieron frente a un ascensor. La puerta se abrió y subieron a la octava planta. No era la primera vez que Steve la visitaba, pero siempre le impresionaba. La octava planta, situada sobre el hielo, consistía en una gran sala con ventanales de cristal del suelo al techo que ofrecían una vista brillante del paisaje lunar. Arriba se dio cuenta, por primera vez, de lo equivocado que era el uso peyorativo del término «paisaje lunar». La Luna, aunque solo conociera el blanco y el negro y varios tonos de gris, estaba viva, aunque en ciclos mucho más largos que la Tierra.

—Me alegro de volver a verte, Steve. —Vivien les saludó justo en la puerta, como si el ascensor hubiera anunciado su llegada.

—Yo también me alegro —dijo Steve—. ¿Cómo sabías que veníamos?

—Lo sé todo —afirmó Vivien riendo—. En serio, iba a pedirle a Manni un trozo de *stollen*. ¿Por casualidad sabes si todavía tiene?

—No lo sé —comentó Steve, encogiéndose de hombros.

—Me he enterado de lo que te ha pasado —añadió Vivien—. Espero trabajar bien con tu sucesor. Ya sabes lo mucho que nos necesitamos.

—Lo mejor que puedes hacer es invitarle.

—Ya lo he hecho, pero me ha dicho que aún no sabe cuándo estará disponible—contestó

Vivien—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Tenemos que avisar a DeWitt —señaló Daniela.

—¿A DeWitt? ¿El de la instalación cuántica de la Luna?

—Sí, ese. Pero no se trata de la Luna, sino de la Tierra. En concreto, de Europa.

—¿De Europa? Oh, oh.

—En los Alpes.

—Necesito que me lo aprueben. Lo siento. No sé cuál es el papel de DeWitt allí.

—¿Cuánto tardarás? —preguntó Daniela.

—Veinticuatro horas como mínimo.

—Para entonces, Steve y yo nos habremos ido ya a la Base Lunar. El Blue Moon 34 nos espera.

—Bueno, pues es una suerte. Puedes escaparte una temporada de este estrés.

—¿Te importa si hablo con mi sucesor sobre esto? —preguntó Steve.

—Por supuesto que no. Lo que haga Maurice no es asunto mío.

—Gracias, Vivien.



—¿MAURICE?

—Ah, Steve. Qué alegría.

Los remordimientos de su antiguo ayudante eran evidentes porque Maurice nunca había sido tan amable.

—Seré breve. Al parecer, hay un serio problema en una instalación de DeWitt en Europa.

—¿Eso es malo para DeWitt, supongo?

—También podría serlo para nosotros. Tienes que avisarles. Se ha producido una gran liberación de energía.

—¿Avisarles de qué?

—No estamos seguros. Sobre lo que su empresa esté haciendo ahí abajo ahora mismo.

—¿Así que quieres que les diga que, por favor, dejen lo que están haciendo, sea lo que sea?

—En efecto.

—Steve, comprendo que estás molesto conmigo. Pero que recurras a semejante artimaña para desacreditarme...

Daniela le apoyó la mano en el hombro para evitar que golpearla la pantalla.

—Te estoy hablando en serio —sentenció Steve—. Los datos son claros.

—¿Tanto que no me puedes decirme sobre qué advertirles?

—¡Maurice, puede haber vidas en juego!

—Seguro que DeWitt ya lo sabe. Si la ESA lo midió utilizando MIGO, en la Tierra, alguien lo habrá captado.

—¿Y si no es así? Se trata de una simple llamada, Maurice. Te lo ruego.

«Así que hemos llegado a esto. Tengo que suplicar a este traidor».

—¿Es Daniela la que va a tu lado? Podría preguntarle a su jefa. Si se ha producido en Europa, ¡sería lo lógico!

—Vivien tiene que consultarlo primero con la central.

—Una mujer muy sensata. ¿Ves? ¿Y yo...? ¿Quieres que me arriesgue?

«Sí, imbécil, me estoy inventando una historia enrevesada en vez de machacarte como te mereces».

—Tengo que irme —dijo Maurice, el nuevo androide que entró en escena—. No olvides que tu vuelo sale dentro de tres días. Por cierto, Tom se encuentra un poco mejor. Dale las gracias de nuevo a Daniela.

La imagen desapareció. Steve golpeó la pantalla.

«¡Maldito gilipollas!», exclamó para sí.



STEVE BOSTEZÓ. Quizá debería haberse acostado más temprano. El hueco a su lado estaba vacío, pero todavía caliente. Daniela se había levantado y encendido las luces, eso debía ser lo que le había despertado. La luz azulada de los tubos de neón le hizo lagrimear. Entonces, cogió el reloj del pequeño armario que había junto a la cama y se lo puso. ¡Mierda! Ya eran las cinco. Habían querido salir hacía una hora.

Tenían por delante más de 350 kilómetros. El Blue Moon 34 empezaba a las nueve de la noche. Eso significaba que tendrían que conducir a más de 20 km/h durante todo el trayecto. Iba a ser un viaje caluroso, pero eso iba en consonancia con la noche anterior. Steve torció la boca en una amplia sonrisa. Luego se golpeó las mejillas para combatir la fatiga y evitar que la saliva le goteara de la boca.

¡Concéntrate! Ya habían metido el equipaje en el Rover de la NASA. Tenía que darse una ducha rápida. La habitación de invitados tenía su propio cuarto de baño. Cuando él entró, Daniela estaba desnuda, maquillándose frente al espejo. Se prohibió tocarla. Tenían que salir a tiempo.

—¿Dormiste bien? —preguntó ella.

—Muy poco.

—Yo también —respondió ella, dándole un suave beso.

Guardó sus utensilios de maquillaje y su cepillo de dientes en un pequeño neceser y salió del cuarto de baño. Steve la observó hasta que se cerró la puerta y activó la ducha con un comando de voz. ¿Quién sabía si volvería a verla así? En la Tierra, probablemente irían cada uno por su lado.



EN ESA OCASIÓN, Steve iba en el asiento del conductor. El volante, sin embargo, lo controlaba el piloto automático, que los trasladaba a través del paisaje lunar a una velocidad constante de 25 km/h. Así se garantizaban el llegar a tiempo. Aún les quedaba por delante la mitad del viaje. Steve había intentado varias veces entablar conversación, pero Daniela estaba extrañamente monosilábica. ¿Se arrepentía de lo ocurrido en las últimas horas?

Mientras tanto, Steve se preocupaba por cuestiones críticas. ¿Qué pasaría al llegar a la Tierra? ¿Podría arreglárselas para seguir con Daniela? ¿Debería intentarlo? Ella se iría al espacio de nuevo, eso seguro. Entonces sería él quien la esperaría. Su exmujer no había aguantado ni medio año. ¿Seguiría resultándole atractivo si le fuera bien como jubilado?

—Sabes... —empezó Steve.

—Quería... —dijo ella al mismo tiempo.

—Sí, ¿qué? —añadió él.

—Empieza tú.

—Las damas primero.

—Está bien. Quería... No te he contado todo sobre mí. —Daniela suspiró.

«Estás gravemente enferma y morirá pronto. ¿Es eso?». Steve se agarró con más fuerza al borde del asiento.

—Verás, hay alguien esperándome en la Tierra. Marco. Mi marido.

Mierda. Estaba casada. Solo había sido un juguete para ella. El sudor frío se acumuló en su frente. Steve no dijo nada.

—Por favor, no te lo tomes a mal. A Marco ya no le amo, desde hace mucho tiempo. Lo sabía antes de esta misión, pero aquí me quedó claro. No le he echado de menos ni un segundo. Al principio pensé que era por la emoción, las nuevas exigencias, el entorno, aunque no cambió después de instalarme.

Steve se secó la frente con el dorso de la mano. Le gustaría decir algo, consolarla, pero tenía la lengua seca.

—Había planeado contárselo cuando volviera. No quería romper por radio. Bueno, y ahora ha pasado esto contigo.

«Esto. ¿Qué quiere decir? ¿Lo considera una especie de desliz que, finalmente, le permite decidirse por la separación?», se preguntó.

—Lo siento —lamentó Steve.

—Yo no. Me alegro de haberte conocido. Lo pasamos muy bien, después de todo.

Para Steve, eso sonaba a un adiós. Daniela había terminado con él. Había sido el clásico hombre de transición que le hizo más fácil salir de una larga relación.

—Pero cuando lleguemos a la Tierra —continuó Daniela—, tengo que hacer algo. Debo terminar con Marco limpiamente. Se lo debo. No tengo ni idea de cuánto tiempo me llevará. Si después sigues interesado en mí, me gustaría volver a verte.

—Eso... me parece razonable —aceptó Steve, tragándose el nudo que tenía en la garganta—. ¿Tienes hijos?

—Por fortuna, no. Marco quería formar una familia, pero yo siempre antepuse mi trabajo. ¿Y tú?

—No. Supongo que a mí me pasó lo mismo.

Aunque Steve ya no estaba casado. No obstante, no podía ser injusto. Su mujer se había separado de él. Quién sabía si él habría encontrado la fuerza para hacerlo. Nunca se le habían dado bien enfrentarse a los conflictos.

—Es extraño —dijo Daniela y le apoyó la mano cálida, casi caliente, sobre la rodilla—. Lo siento mucho por Marco. Pero, aun así, tengo un buen presentimiento. Debes de ser tú.

—Gracias —murmuró Steve—. Recuérdame, por favor, que te dé mi número de teléfono antes de que lleguemos a la Tierra. Espero tu llamada cuando lo hayas solucionado con Marco. En cualquier caso.

—Nos recordaremos...

Una sacudida asaltó el Rover. El piloto automático se desconectó. Steve se hizo cargo de la dirección. La pendiente frente a ellos se había vuelto completamente loca, retorciéndose y girando como una serpiente. Steve pisó a fondo el freno, pero eso solo aumentó el impulso angular, que quería inclinar el vehículo hacia delante. Así que pisó el acelerador. Las ruedas

traseras ya estaban en el aire, aunque las delanteras seguían agarradas. Intentaron tirar del Rover hacia delante para sacarlo de su propio balanceo, pero no funcionó. La reacción de Steve solo prolongó el balanceo.

En ese instante, una grieta apareció en la carretera justo delante de ellos. Iban a chocar contra ella. Steve pisó el freno. El chasis metálico del Rover emitió un cruel gemido, aunque se mantuvo estable. Con suerte, lo mismo ocurrió con la cabina parcialmente acristalada. No llevaban trajes espaciales. Las ruedas delanteras se agarraron bien y el Rover se deslizó hacia la grieta de la carretera. El vehículo levantó la parte trasera, empujó las ruedas delanteras como un gimnasta con sus manos y volaron, dando volteretas, sobre la fisura.

Rebotaron boca abajo en la escarpada ladera. La estructura metálica absorbió la mayor parte del impacto, pero Steve también vio la piedra hacia la que volaba el techo de cristal. No podía apartar la mirada, aunque se arriesgaba a que le entraran esquirlas en el ojo. Krkrkrkr. El sonido le puso la piel de gallina. El cristal de seguridad se tornó blanco al chocar contra la piedra. Este crujió estrepitosamente en mil pedacitos, pero no se hizo añicos. La cabina permaneció sellada. Colgaban boca abajo de sus arneses, el Rover se hallaba indudablemente dañado, aunque habían sobrevivido al accidente.

¿O no? Steve miró hacia el asiento del copiloto. Daniela tenía los ojos cerrados y no se movía. Le dio un codazo y le tomó el pulso. Su corazón latía. Abrió los ojos. Uf. Estaba tan contento que casi no importarle lo que acababa de pasar.

—Tío —murmuró la doctora—. ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. ¿Un terremoto lunar?

—Pero la Luna lleva muerta tectónicamente millones de años.

—Bueno, eso pensábamos. Ahora no parece del todo exacto. De todas formas, vamos, tenemos que ocuparnos del Rover.

Steve se aferró a un asidero y se desabrochó el cinturón. Poco a poco, se dejó hundir hasta que sus pies aterrizaron en los barrotes del armazón.

—Ten cuidado de no pisar el cristal —indicó Steve—. Ya no sé si es estable.

—Parece hielo agrietado.

—Esperemos que dure al menos hasta que podamos ponerlos los trajes.

Krkrkrkr. Una grieta recorrió lentamente el parabrisas.

—¿Has visto eso? —preguntó Daniela.

—Sí. Ven, ponte el traje espacial en cuanto puedas.

—Espera, voy a bajar la presión del aire. Eso reduce la carga a la que está sometida la cabina.

Daniela se acercó a la cabina y pulsó unos botones. El Rover advirtió de la reducción de la presión por debajo del 60 %. Ella confirmó la entrada. Steve asintió. Serían capaces de soportarlo unos minutos.

Por desgracia, no era tan fácil meterse en los trajes en un Rover volcado. Apoyarse en el suelo, o sea, en el antiguo y ahora resquebrajado techo de cristal de la cabina, quedaba descartado, así que tuvieron que subirse a asientos y barras. Por fin, comprobaron que todas las correas y botones estaban cerrados.

—¿Me recibes? —preguntó Steve por la radio del casco. Tomó una profunda bocanada de aire del tanque. Estaba mareado, lo que probablemente se debía a la baja presión del aire.

—Alto y claro.

—¿Has revisado el suministro de oxígeno?

—Siete horas y media.

—El mío también. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, Steve. Tenemos que poner en marcha el Rover.

Exacto. Todavía les faltaban unos 160 kilómetros para llegar a la base de la NASA. No lo lograrían a pie, al menos no con el oxígeno de sus trajes.

Krkrkrkr. La grieta del parabrisas se extendió hacia dos direcciones. El sonido podía percibirse incluso a través del micrófono exterior.

—¿Te has cerrado el casco? —preguntó Steve.

—Claro —contestó Daniela.

—En el Rover disponemos de suficiente oxígeno para tres días.

—No lo que no ayuda mucho es que esté volcado panza arriba.

—Tenemos que volver a ponerlo en vertical.

—Eso parece. Pero antes pidamos ayuda por radio.

¿Cómo no se le había ocurrido eso a él? De alguna manera había tenido la sensación de que estaban solos. Ese terremoto lunar difícilmente podría ser algo localizado. Probablemente, en ese mismo momento, los demás también luchaban por sus vidas.

—Aldea Lunar, adelante. —Daniela se estiró hacia la cabina de nuevo. Intentó contactar con sus compañeros. Era comprensible. Sin embargo, lo único que se captaba era la estática.

—Aldea Lunar, adelante.

No obtuvo respuesta. Mierda. Con suerte solo se debía a una antena afectada. Steve vio a Daniela cambiar de canal.

—Base Lunar, adelante.

—Aquí Base Lunar.

—Soy Daniela Vasiljevic.

—¿Daniela? ¿La doctora? ¡Eres justo la persona que buscaba! ¿Dónde estás?

—¡Aquí Rover dos! —gritó Steve.

—Steve, ¿eres tú? Soy Samantha. Estoy tan contenta de oíros. Necesitamos un médico desesperadamente, y las demás estaciones no contestan. Ni siquiera el Portal Lunar ni la Tierra.

—Esperábamos que vosotros nos ayudarais —comentó Daniela—. Nuestro Rover ha volcado a unos ciento sesenta kilómetros de la Base Lunar.

—Lo lamento —señaló Samantha—, pero no creo que funcione ninguno de los nuestros. Parte de la base se ha derrumbado. Hay dos víctimas mortales.

—¡Mierda! —exclamó Steve—. ¿Tienes idea de qué lo ha provocado?

—Un terremoto. No se me ocurre otra cosa. Pero el hecho de que estemos hablando ahora mismo hace que la situación sea mucho más difícil. Significa que nuestra antena funciona, pero que las demás estaciones, además del Portal Lunar en órbita, y muy probablemente incluso la Tierra, tienen el mismo problema.

Samantha tenía razón. Se enfrentaban a una catástrofe de naturaleza desconocida y, fuera lo que fuera lo que había ocurrido, era de una escala enorme.

—¿El sol resulta visible desde vuestra posición? —quiso saber Daniela—. Porque ya no lo vemos desde aquí, aunque antes del... accidente sí.

Steve miró hacia el exterior. Era verdad. Recordaba el *accidente*. Había visto la grieta en la carretera claramente. El sol no se había asomado por encima del horizonte, sino que había estado en algún punto como a medio camino del cenit. Ahora, solo los faros del Rover iluminaban la pendiente frente a ellos.

—En realidad, debería haber... Hmm, ya ha pasado una hora... Espera. Tienes razón. No puede ser que el sol no haya llegado aún al horizonte.

—Es bastante raro, ¿no? —cuestionó Daniela.

—Pero, según el horario, ¿no deberíamos estar viéndolo todavía? —preguntó Steve.

—Sí, acabo de revisar la carta —respondió Samantha—. Desde nuestra posición, debería haber sido visible durante cincuenta y tres minutos.

Steve se quedó helado. Que el sol se hubiera retrasado, o desaparecido de repente, ¡era *imposible*!

—Esperad un momento. Me he dado cuenta de otra cosa muy extraña. La Tierra también ha desaparecido. No me extraña que no podamos conectar con ella.



—VAMOS. Tenemos que poner el Rover en vertical —advirtió Daniela—. Tu base necesita nuestra ayuda.

—¿Y la Aldea Lunar?

—No sabemos nada de ellos, y se encuentra más lejos. Sería una estupidez ir allí para, después, descubrir que ha sido destruida.

Daniela tenía razón. No obstante, el hecho de que se las arreglara para no anteponer a sus amigos como prioridad era un auténtico logro. Steve vio la bolsa de comida que Manni les había dado para la Base Lunar.

—Ahora tenemos que ser muy sistemáticos, Steve —añadió la doctora, quien le apoyó la mano en el hombro—. En primer lugar, necesitamos una hipótesis de trabajo. No tiene por qué ser lo más importante.

—¿Alguna sugerencia?

—Digamos que el sistema Tierra-Luna se ha alterado. Piensa en la explosión de energía que medimos. Una masa mayor en el sistema podría haberlo perturbado. Si la órbita y la rotación de la Luna han cambiado, eso explicaría por qué la Tierra ya no está ahí, y el sol aún no es visible.

—Sin embargo, el sol estaba bastante lejos sobre el horizonte, y ahora no está allí. La Luna debe de haber girado de repente, como si alguien hubiera chocado contra ella.

—Quizá fue así. El impulso repentino también causó los temblores lunares. O, tal vez, permanecemos inconscientes más tiempo del que creíamos.

—Yo no perdí el conocimiento, Daniela.

—Bueno, entonces el impulso repentino. ¡Ya lo tengo! Un asteroide rozó la Luna, como una bola de billar. Y ahora nos hallamos como tambaleantes por el espacio. Eso lo explicaría todo.

—No sé...

—Una hipótesis de trabajo nunca es definitiva. Vamos, ocupémonos de los problemas a los que nos enfrentamos ahora: el vehículo.



EL ROVER NO tenía mejor aspecto desde fuera que desde dentro, pero eso se debía sobre todo a las grietas de los cristales y al polvo. Steve examinó el chasis, que daba estabilidad y forma al vehículo. Este parecía prácticamente intacto. Los sólidos neumáticos y la suspensión también tenían buen aspecto. Si el Rover aún funcionaba, por el momento estaban salvados, aunque la cabina tuviera fugas, porque siempre podrían rellenar los depósitos de sus trajes desde el principal del Rover. No podrían llegar a la estación de la NASA a pie.

Aunque lo primordial era poner el vehículo en vertical y, si era posible, sin dañarlo aún más.

El Rover pesaba alrededor de 1,2 toneladas en la Tierra. Allí, eso equivaldría todavía a 200 kilogramos. Entre los dos, no serían capaces de lograrlo con la fuerza bruta.

—Vamos. Necesitamos que encontrar algunas palancas —mencionó Daniela.

Para ser doctora, ¡era bastante hábil! Aunque solo encontraron una «palanca», una barra de remolque sujeta al lateral del Rover. Además, Steve localizó una roca que seguramente pesaría 400 kilos en la Tierra. Empujaron la barra de remolque por debajo del lado izquierdo del vehículo, de modo que la barra descansara relativamente adelantada sobre la piedra, lo que les permitió tirar del lado más largo de la palanca.

—El techo de cristal podría meterse más hacia dentro —dudó Daniela.

—Sí, pero tendremos que arriesgarnos. De todos modos, prefiero no volver a sentarme en la cabina sin casco.

Una sacudida les arrebató el poste de las manos. La pesada piedra rodó medio metro, así que Steve fue a recuperarla.

—Parece que el suelo tiene prisa —comentó Steve.

—Mira, detrás de ti —dijo Daniela.

Steve se dio la vuelta. El faro de su casco iluminaba una grieta que empezaba unos tres o cuatro metros detrás de ellos.

—No me había dado cuenta antes —apuntó él.

—Porque no estaba.

—Pongámonos en marcha, entonces. —Steve volvió a colocar la barra—. ¡Ahora!

Juntos tiraron de la palanca con todas sus fuerzas. Daniela incluso se colgó de ella, sin embargo, el Rover no se movió.

—Colgarse así no sirve de nada —dijo Steve—. Solo estás tirando con tus, quizás, 10 kilos aquí. Tienes que anclarte al suelo.

La siguiente sacudida los alcanzó. Y no se detuvo. La Luna no cesaba. Steve cogió otra piedra y una para él. No era tan fácil colocar los trozos de manera que pudieran meter los pies debajo de las piedras mientras tiraban de la palanca.

—¡Ahora!

¡Steve lo había hecho bien! Funcionó. ¡La varilla levantó el Rover! Con todas sus fuerzas, empujaron su lado de la palanca hacia abajo. ¿Y ahora? El vehículo se hallaba ahora en un ángulo de 30°, aunque necesitaban más de 45°. Pero la barra había llegado a la parte inferior. Steve puso un pie en ella. Daniela no sería capaz de mantener el Rover sola. Se agachó y buscó una roca para empujar en sus brazos.

¡Mierda! A Steve se le resbaló el pie. Como se temía, Daniela no lo consiguió. El Rover se estrelló de nuevo contra el pobre parabrisas. ¿Qué era ese ruido? Provenía del micrófono externo. Como la Luna no tiene atmósfera, el sonido tampoco podía viajar, ni siquiera como leve rumor. Steve se arrastró hasta la ventanilla lateral del Rover, donde se originaba la fuente del sonido. Palpó la zona y sintió que se liberaba presión del interior. El cristal tenía una fuga y dejaba salir el aire del interior como a través del silbido de una tetera. Había mucho aire, lo que dio al sonido la oportunidad de propagarse.

—¿Qué sucede? —preguntó Daniela.

El sonido cesó.

—Ahora la cabina gotea.

—Oh, mierda —se lamentó Daniela.

—Eso no es... ¡Oh! —Sentía como si la Luna lo había agarrado por la nuca y lo sacudiera.

—La grieta se acerca —advirtió Daniela—. No por culpa tuya, quise decir.

Steve estaba buscando más rocas por la zona y llevó dos especialmente grandes hasta el Rover. Una la colocó en el punto de palanca y la otra, en los brazos de Daniela. Con suerte, ella podría sostenerla, ya que le ayudaría a empujar la barra hacia abajo.

—¡Vamos!

Juntos empujaron la palanca hacia abajo. Steve volvió a pisar el extremo con el pie. Luego levantó la pesada piedra con un gemido.

—¡Abre los brazos! —gritó él.

—Uf, no aguantaré mucho más. —Daniela cogió la piedra.

—Solo un minuto hasta que... —Steve corrió hacia el Rover y empujó.

Solo 12°, 10°, 8°, 6°... apoyó con todas sus fuerzas, y finalmente el vehículo cedió y se inclinó sobre su chasis. El impulso arrastró a Steve. A Daniela le pareció que estaba abrazando el Rover.

—Puedes soltarlo —dijo Steve.

—Lo tengo. Tú también.

—Intenta encender el Rover. —Steve se desenganchó y se sacudió el polvo del traje.

—Claro.

Daniela subió en el interior a través de la esclusa de aire en la parte trasera. Steve la vio sentarse en el asiento del conductor. La doctora pulsó algunos botones, pero no ocurría nada, ¿o se lo parecía porque él no oía nada?

Otro temblor. Steve rodeó el Rover justo a tiempo para ver cómo la barra de remolque desaparecía en la grieta. ¡Mierda! Si volvían a rodar, no conseguirían poner el vehículo en vertical.

—Deberíamos apartarnos —comentó Steve—. La grieta casi ha llegado al Rover.

—No pinta bien —replicó Daniela—. El motor está en marcha, pero las ruedas no reaccionan. Debe ser la transmisión.

«Mierda. El golpe debe haber dañado la transmisión».

—Por favor, no pises el acelerador. Miraré debajo del Rover.

—Entendido.

Steve deslizó sus piernas bajo el vehículo. Estaba apretado, y tuvo que encajar la cabeza... No tenía forma debido al casco.

—Así es imposible. Empujemos el Rover hasta un agujero.

Daniela volvió a salir. Juntos empujaron el Rover hacia adelante. Steve se alegró cuando habían despejado la nueva grieta.

—Si es necesario, tendremos que rodar hasta la estación así —indicó Daniela.

—A ese ritmo, ni siquiera el tanque principal del Rover resistirá.

Empuje, empuje, empuje, aguante. Steve sudaba y necesitaba hacer sus necesidades, pero con las prisas se había olvidado el pañal. Así que apretó esos músculos también. Empuje, empuje, empuje, aguante. No bajaron de intensidad. Empuje, empuje, empuje, aguante. Una y otra vez. Empuje, empuje, empuje, aguante. De repente, el Rover se detuvo.

—Ahí está tu hueco —advirtió Daniela.

Tenía razón. Ahora debían empujar el vehículo sobre el borde del hueco. Eso no era tan fácil, sin embargo, porque subió alrededor de la longitud de un antebrazo.

Steve se colocó en la parte trasera del Rover y empujó con todas sus fuerzas. No lo consiguió. Empujó un poco, soltó, empujó más fuerte, volvió a soltar, quería hacer que el vehículo se balanceara, aunque no lo lograría solo.

—¿Me ayudas, por favor?

Daniela no reaccionó. Permaneció de pie junto al talud con la vista fija en el horizonte. ¿Qué habría llamado tanto su atención? Él se situó a su lado. Lo que vio fue extraño. Una franja dorada se extendía por los lejanos planos lunares. La franja creció, se hizo gruesa como un dedo, dos dedos, tres... Adoptó una estructura, mostrando rayas finas y paralelas, y siguió creciendo. Steve cogió la mano de Daniela. El fenómeno que estaban compartiendo era increíble. Cambiaría sus vidas. Escalofríos recorrieron su espina dorsal.

Cada minuto que pasaba, la forma de aquel objeto se hacía más evidente. Era un disco inmenso, mucho más grande que la Tierra, y con un patrón bastante diferente. No había continentes, solo franjas que parecían moverse y que, de vez en cuando, se veían interrumpidas por remolinos. Steve captó colores ocres, marrones, amarillos y rojos, y a veces azules en los remolinos. Era completamente irreal, como un decorado que se iba montando delante de ellos porque estaba a punto de empezar un nuevo acto. Solo faltaba la música para crear tensión.

—¿Será Júpiter? —preguntó Daniela.

Daniela iba bien encaminada. Había similitudes, cierto. Era un planeta gaseoso, pero no se trataba de Júpiter. Pero ¿qué significaba aquello? Steve no quería entenderlo. Le bastaba con verlo, ¿no? Probablemente estaba inconsciente, en coma, en la base, soñando. ¿Cuándo empezó? ¿El Blue Moon 34 lo había alcanzado cuando atravesaron la zona de aterrizaje? Parecía lo más sensato. ¿Por qué iba a interesarse por él la bella y joven doctora? Solo se trataba de una mera ilusión, era la única explicación posible.

—Es evidente que estamos en otro sistema solar. Esto es una locura. —Daniela le cogió de la mano.

¿Cómo había conseguido expresarlo con tanta naturalidad? ¿Comprendía lo que significaba? Nunca volverían a ver a nadie de la Tierra. Estaban completamente solos, sin los recursos que normalmente les llegaban cada mes. No lograrían sobrevivir sin esa cadena de suministros. Ninguna de las bases lunares era autosuficiente. Nunca habían llegado a eso. Al fin y al cabo, la Tierra no estaba lejos.

Steve se desplomó de rodillas. Todo lo que habían vivido hasta entonces había sido fácil. Incluso poner el Rover en vertical parecía ahora pan comido. Las verdaderas dificultades aún les esperaban. La Luna se lo confirmó con otra potente sacudida.

—Podemos hacerlo —aseguró Daniela—. Créeme, Steve, lo conseguiremos.

Él deseaba creerla, aunque era imposible. ¿Tan lejos de la Tierra? Estaban condenados a morir.

—Te equivocas, Daniela. Todos vamos a morir.

—Por supuesto, algún día. Pero no hoy. Vamos, llevemos el Rover sobre la hondonada. Tengo la sensación de que vamos a ver este extraño planeta mucho más en el futuro.



«¡Empuja!».

«Adelante. Vamos, vamos».

«¡Empuja!».

«Empuja. Descansa».

«¡Empuja!».

Daniela tenía razón. El trabajo físico le distraía. En ese momento, lo importante era colocar bien el Rover para echar un vistazo a la transmisión.

«¡Empuja!».

¡Ja! Las ruedas delanteras llegaron a la cresta. Steve miró a los lados del vehículo. Debía haber 50 centímetros entre el suelo y los bajos. Puso una piedra detrás de cada rueda trasera para que al Rover no se le ocurriera rodar hacia atrás y aplastarle cuando el terreno volviera a temblar. A continuación, Steve se arrastró por debajo del vehículo.

No era la primera vez que lo hacía, pero sí con un traje espacial. La mecánica del tren motriz era deliberadamente sencilla para que los astronautas pudieran encargarse ellos mismos de las reparaciones. Steve trató de recordar cómo era todo. El motor se hallaba encima del eje trasero. Estaba el bloqueo del diferencial. Y había una roca presionando en una zona que no pertenecía. Steve la sacó. ¿Era eso? Tiró y empujó de todas las piezas, pero estaba atascada.

—¿Podrías ayudarme a salir de aquí?

Steve estiró las manos hacia fuera, y Daniela tiró de ellas. Cuando la parte superior de su cuerpo estaba libre, podía usar sus brazos para empujar contra el Rover.

—Había una roca en la transmisión —explicó—. Si se trataba solo eso, estamos de suerte.

—Espera, voy a probar —respondió Daniela mientras subía al Rover.

Poco después, el vehículo retrocedió de forma independiente desde el borde de la hondonada. Daniela condujo unos metros y luego se detuvo.

—¡Eres genial! ¡Listo! —exclamó la doctora, sonriéndole—. ¿Vienes?

—Enseguida. Solo voy a...

«...mirar el planeta».

Sin embargo, las palabras se le atascaron en la garganta. Al oeste del disco marrón anaranjado, otra aparición se alzaba sobre el horizonte. Era mucho más brillante que el planeta. Steve se volvió y saludó a su sombra. El cuerpo celeste era casi tan brillante como el Sol, pero no se trataba de la estrella bajo cuya luz había nacido Steve. Mientras que el Sol parecía frío y blanco desde la superficie de la Luna, esa estrella se asemejaba a una bombilla blanca y cálida.

—Steve, ¿qué ocurre?

—Tienes que ver esto. Sal. —El visor de su casco se oscureció automáticamente, de modo que el nuevo objeto apareció casi rojo. Steve volvió a la transparencia normal. Tenía que ver la estrella alienígena como realmente era.

Una mano le dio un golpecito y Steve se estremeció.

—Soy yo.

—Lo sé, pero... —Steve señaló el horizonte—. Pero ¿qué es *eso*?

Otra sacudida. Steve estaba con las piernas abiertas como el capitán de un barco. Se podía creer que la Luna estaba dando a luz a un niño.

—¡Un milagro! —exclamó Daniela.

—No existen los milagros. Si no me equivoco, eso es una enana roja. Probablemente la estrella central de este sistema.

—¿Eso nos indicará dónde nos encontramos?

—Por desgracia, no. Hay incontables enanas rojas con, al menos, un planeta gaseoso. Antes tenemos que estudiar el sistema con más detalle.

—Supongo que eso no es posible en el Rover.

—No; tienes razón, Daniela.

—Entonces hay muchas razones para que sigamos. En la Base Lunar, tal vez hallemos los instrumentos necesarios... y a los demás.



—AHÍ VA TU hipótesis de trabajo —comentó Steve. El piloto automático había vuelto a tomar el mando. El viaje no fue tan cómodo como antes, porque tuvieron que ponerse los trajes espaciales. Steve era dolorosamente consciente de la ausencia del pañal.

—Es el destino de las hipótesis.

—¿Por qué no estás tan sorprendida como yo?

—Es que ya sospechaba algo así. Aunque no quería preocuparte sin motivo.

—¡Eh! Soy capaz de aceptar la verdad —le aseguró Steve.

—Pero aún no sabía si lo era. Si un paciente tiene varios diagnósticos posibles, no le diré primero el más amenazador hasta que sepa si es siquiera una posibilidad.

—Ya. Es una cosa de médico-persona.

—Tal vez, o de Daniela.

—¿Y ahora? ¿Qué nos aguarda?

—Bueno, supongo que es innegable que estamos en otro sistema solar. Soy doctora. Lo que eso significa para nosotros, no te lo puedo decir.

—Tom es físico.

—¿Tom?

—Sí, al que operaste.

—Pues déjalo en paz, por favor; te digo, como su doctora.

—Oye, esa es...

«No, esa no es decisión mía; ya no estoy al mando de la base». Steve apretó los dientes. Maurice le había sustituido. ¿Seguía siendo válido ahora ese nombramiento como nuevo comandante? La NASA debía de hallarse a años luz.

—Revisaré su estado. Si no se encuentra mal, podrás hablar con Tom. Si no, habrá otros compañeros que sepan de estrellas y planetas lejanos.

—Stephanie podría. Es geóloga.

—O ese androide elegante, Sean se llamaba. Apuesto a que lo sabe todo. ¿Conoces al Comandante Data del Enterprise?

—Claro, es un personaje de *Star Trek*, de la Segunda Generación, con Picard. Aunque me gustaban más Kirk y su tripulación.

—¿En serio? ¿Debes estar sufriendo una aberración del gusto? Kirk era un niño que no quería crecer. ¿Pondrías a alguien así al mando de una nave estelar más rápida que la luz?

—Oye, ¿Daniela? Se me ha ocurrido una idea.

—Solo tratas de distraerme.

—No, es cierto. El motor *warp*. Siempre estuvo claro que la fantasía permanecería. Y, ahora, aquí estamos sentados a unos pocos años luz de la Tierra, aunque hace apenas unas horas nos hallábamos orbitando nuestro planeta natal en conjunción con la Luna.

—¿Qué intentas decirme? —preguntó Daniela.

—Lo que estamos experimentando es simplemente imposible —afirmó Steve—. Alguien nos está jodiendo a lo grande.

—¿Y el proyecto de DeWitt? Quería enviar cosas por teletransporte cuántico.

—Nunca volvimos a saber nada de eso. ¿Realmente crees que podría enviar una luna entera a través del universo? ¿Y para qué?

—No creo que encontremos la solución hoy. Y no logro imaginar que esto sea un gigantesco engaño, aunque me gustaría que lo fuera. Sin embargo, podríamos comprobarlo con el Blue Moon 34. El cohete debería estar aún en su estación.



ERA IRREAL. Daniela no quería seguir su razonamiento, pero parecía convincente. ¿Y la navaja de Ockham? ¿Qué hipótesis era más probable, que la Luna se hubiera desplazado años luz, o que fueran actores involuntarios de un espectáculo teatral?

El indicador del nivel de oxígeno parpadeó. Steve se desabrochó el cinturón de seguridad y se arrastró hasta la parte trasera porque no quería despertar a Daniela.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó la doctora.

Mierda, la había despertado de todos modos.

—No, gracias. Solo estoy tomando un poco de aire.

Steve conectó la manguera a su traje espacial y comenzó a llenar. Todavía faltaban unos 50 kilómetros para llegar a la base. ¿Qué encontrarían allí? Tal vez era hora de volver a ver a Samantha.

El indicador de nivel de llenado se iluminó en verde. El aire fresco olía mejor, pero supuso que era producto de su imaginación. Volvió a la parte delantera, donde cambió todos los canales. Nadie contestó, como había ocurrido antes, hasta que llegó al canal de la NASA. Samantha seguía atendiendo la radio.

—¿Qué tal os va? —le saludó Samantha. Maurice era el responsable de la radio de la estación, pero Steve se alegró de que Samantha contestara.

—Tuvimos un pequeño accidente, pero ahora avanzamos bien. Llegaremos en unas dos horas. Estoy deseando veros.

—Tened cuidado.

—¿Por qué?

—Aquí no nos va muy bien. Cuando apareció el gigante de gas alienígena, Josie y Michael se enloquecieron. Trataron de escapar en el Blue Moon 34. Pudimos detenerlos, pero luego, cuando los dos soles se unieron, por lo visto, a Ricky también le entró el pánico. Los liberó, y los tres intentaron asaltar el transbordador. La única forma en que Maurice logró protegerlo fue cortando la conexión.

—Espera, espera... ¿Dos soles?

—¿Aún no los has visto? Una enana «M» y una enana «K».

—Solo hemos visto la enana «M».

—La «K» es significativamente más grande. Al parecer, el gigante gaseoso orbita alrededor de ambas estrellas simultáneamente.

—¡Es increíble! ¿Qué demonios ha pasado? ¿Y Ricky?

—Maurice está atrapado en el túnel que va a la nave. Ricky y sus dos cómplices quieren cruzar. Un Rover le vendría de perlas. Así que os están esperando.

—¿Sabe que vamos?

—Se lo dije. No estaba tan... asustado entonces. De verdad, es una buena persona.

—Pero el Rover no les servirá de nada. Los paneles de vidrio de la cabina están rotos y tienen fugas. Morirán si lo intentan.

—No te creerán, estoy segura. Pensarán que no quieres ayudarles. Por eso debéis tener cuidado. Lo mejor es no atracar. Salid y entrad por la puerta trasera.

—Gracias por la advertencia, Samantha.

—Yo os habría avisado por radio. ¡Como si no tuviéramos suficientes problemas! Por favor, tened cuidado. Base Lunar cambio.

—¿Has oído, Daniela? Tal vez deberíamos haber ido a la Aldea Lunar.

—Seguro que allí también hay bichos raros. Y mi paciente me necesita.
—¿Qué me dices de lo de la enana «K»?
—Lo sospechaba.
—¿¡Qué!?
—¿No te has dado cuenta de que las piedras tienen todas dos sombras con diferentes longitudes y apuntan en distintas direcciones?
—Sinceramente, no.
—Vale, echa un vistazo. Una de las sombras es aparentemente creada por la enana «K». Debe estar en diagonal, detrás de nosotros.
Steve dirigió el Rover de modo que quedara en ángulo sobre la calzada. En efecto, ahora vio la segunda estrella. Parecía tan fría y blanca como el Sol. Probablemente necesitaría un espectrograma para notar su color ligeramente más cálido. De acuerdo. Que fuera una estrella central o dos, poco importaba para su posición.
—La enana «K» debe ser casi tan grande como nuestro sol —apuntó Daniela.
—Sí —afirmó Steve.
—Eso es bueno para nosotros. Será considerablemente más cálida. También nos indica dónde estamos. Los planetas que orbitan una estrella binaria son bastante raros.
—¿Sabes dónde estamos?
—Tal vez, y por influencia de *Star Wars*. Verás, algunos astrónomos apodaron «Tatooine» al gigante gaseoso porque, como el planeta de *La guerra de las galaxias*, está iluminado por dos soles. Sin embargo, he olvidado el nombre astronómico.
—Eso nos servirá, supongo. Ahora tenemos que averiguar cómo evitar a Ricky.



EL ROVER SE acercó a la estación a través de la pendiente. Tratar de conducir por un terreno fuera de la carretera era algo de lo que habían hablado antes y acordaron que no era prudente. Había muchas fisuras nuevas en el suelo lunar, que los continuos temblores habían desgarrado. En la ladera, al menos las detectaron a tiempo.

La Base Lunar semejaba intacta desde lejos. Las luces de posición brillaban en los pocos edificios situados sobre el suelo. El módulo de aterrizaje, que parecía en condiciones de volar, se hallaba en el centro. Pero ¿adónde querían llevarlo los amotinados? Seguro que entendían que la Tierra era un destino inalcanzable.

Solo cuando se acercaron se dieron cuenta de que una fisura de, como mínimo, 20 metros de largo atravesaba la zona de la estación. Debió de golpear justo en el centro de control; en concreto, en su ventana panorámica. Era como si alguien hubiera cortado el edificio, en dos, con un cuchillo afilado. Ojalá no hubiera nadie dentro en ese momento.

El centro de control servía de conexión entre el bloque subterráneo de habitaciones y cocina, por un lado, y los talleres y la enfermería excavados en el regolito, por el otro. Al diseñar la estación, en primer lugar, los ingenieros tuvieron en cuenta los peligros inherentes a los asteroides espaciales y la radiación cósmica. Que la muerte, en forma de temblores, pudiera provenir del interior de la Luna parecía inconcebible. Ahora faltaba la conexión, lo que significaba que la gente estaba atrapada en sus respectivos lados. Había salidas de emergencia para llegar a la superficie, pero quien quisiera utilizarlas necesitaba un traje espacial.

—Base Lunar a Rover 2, adelante —contactó Samantha.

Steve tenía a Daniela escuchando en su canal.

—Aquí Steve. ¿Alguna novedad?

Samantha hizo un sonido estrangulado. Steve oyó un clic, clic, como si alguien estuviera probando el micrófono.

—En efecto, la hay.

Steve reconoció enseguida aquel acento del irlandés. Ricky era un genio capaz de resolver casi cualquier problema técnico y conocía la emisora por dentro y por fuera.

—¿Qué quieres, Ricky? Deja en paz a Samantha.

—Ahora mismo no puede hablar contigo, pero está bien. Por el momento. Si eres razonable, seguirá así.

¿De verdad Ricky haría daño a su novia? Solo el hecho de que amenazara con ello demostraba lo desesperado que debía de estar.

—¿Qué ocurre, Ricky? Sabes que todos los problemas tienen solución. Eres el especialista de los problemas que parecen irresolubles.

—Tienes razón, Steve. Y, además, ya he encontrado una solución.

Un terremoto lunar sacudió el Rover. La frecuencia parecía ir en aumento. Steve cedió el control al piloto automático.

—Oh, ¿vas a transportarnos de nuevo al sistema solar?

—No hace falta. Nunca salimos de él. Eso está claro. La NASA ha montado este absurdo tinglado para nosotros. Debe ser una prueba para comprobar cómo reaccionamos en situaciones de estrés.

En eso estaba de acuerdo con Ricky. Aquel desastre había dejado muy claro cómo reaccionaban bajo estrés.

—Vamos, Ricky. El planeta, los dos soles, los temblores, la fisura que atraviesa el centro...

—Deben de haberte echado algo en la comida para evitar que te dieras cuenta. Josie y Michael lo descubrieron enseguida. Lo que se supone que nos ha pasado es imposible. ¿Nunca has oído hablar de la navaja de Ockham? —Ricky se echó a reír.

Por supuesto que sí, lo había pensado antes. Era muy tentador. Todo sería tan maravillosamente simple si aquello formara parte de un truco. Pero eso no tenía sentido. Todas las naciones espaciales de la Tierra tendrían que conspirar para llevar a cabo ese extraño experimento con ellos.

—Ricky, deberíamos permanecer todos juntos y resolver nuestros verdaderos problemas.

—Qué lástima, Steve. Siempre te he tenido por una persona razonable que no se traga sin más lo que le dicen los demás. Pero supongo que me equivoqué.

—Eso parece, Ricky. No me niego a enfrentarme a la realidad. Dime, ¿qué quieres?

—Quiero la nave. Con ella, puedo mirar entre bastidores. Es lo que están esperando. Lo único que tengo que hacer es encender los motores y la función terminará. ¡Ya verán! Este es un experimento para probar cuan creativas pueden ser sus ratas de laboratorio bajo nuevas y probadas condiciones.

—¿Sabes lo que les pasa a los animales de laboratorio que se escapan de sus jaulas?

—Merece la pena. Aunque la caja se abra solo un poco, comprobarás que no es más que un experimento. Entonces tendrán que creerme, y el experimento finalizará.

—Así que quieres sacrificarte por nosotros. Qué noble eres.

—Sé que estás siendo irónico, Steve, aunque no me importa. Sí, si es necesario, me sacrificaré por vosotros. No es para tanto. Pero no voy a dejar que me jodan.

—Sin embargo, si no te entregamos la nave, matarás a Samantha.

—Yo... —Ricky tragó saliva—. Sí. Estoy dispuesto a todo, incluso a sacrificar lo que más

quiero.

—Estás loco, Ricky.

Steve oyó un «crack». Ricky debía de haber golpeado el micrófono.

—¡No digas eso! Por lo visto, soy el único que tiene las ideas claras. Maurice ha sellado el túnel de paso a la nave. Necesito un traje espacial para cruzarlo. Los nuestros están al otro lado, en el almacén que hay tras la enfermería.

—¿No sois tres? Solo disponemos de dos trajes.

—Con uno es suficiente. Cuando haya cruzado, abriré el túnel de nuevo. Así, Josie y Michael podrán seguirme.

—De acuerdo, accederemos por la entrada trasera. Pero prométeme que no le harás nada a Samantha.

—Ni hablar. Soy yo el que impone las reglas. Y tampoco vendréis en pareja.

—De acuerdo, voy enseguida —respondió Steve.

—¿Me tomas por estúpido? —rio—. Tú no me traerás el traje espacial. Lo hará tu chica.

—No. De eso nada.

Daniela le dio un golpecito. Steve la miró y ella asintió enérgica.

—De acuerdo —concedió Steve—, está bien.

—Os estaré vigilando, Steve. Nada de tonterías, ¿entendido?

—Vale.

—Nos vemos dentro de unos minutos, entonces. Base Lunar corto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Steve a Daniela.

—Lo haremos como desea Ricky. Saldré y le llevaré el traje. Después, trataré de razonar con él.

—¿Estás segura? Podría hacerme pasar por ti.

—Y te descubriría en cuanto dijeras algo, Steve. No, déjame a mí. Ricky me subestima y eso me confiere ventaja.

—Como quieras. Pero no me gusta nada que te enfrentes a ese loco.

—A mí me pasaría igual. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, desde su punto de vista, nosotros somos los locos que le seguimos el juego a los de la NASA. Por tanto, cree que él se comporta de forma racional.

—¿Y de qué nos sirve eso?

—Ricky actúa con lógica, aunque sobre una base diferente. Así que podemos averiguar lo que trama.

—Entonces, ¿qué planea? —preguntó Steve.

—Ricky no nos considera sus oponentes, por ahora. Solo quiere poner fin a esta supuesta pantomima. Necesita el Blue Moon 34 para lograrlo, pero si no lo consigue porque se lo impedimos...

—Se podría furioso.

—Sí, por eso tenemos que detenerlo lo antes posible. Y tengo una idea al respecto.

—¿Ah, sí?

—Vaciamos el contenido del tanque de aire de mi traje para que solo cuente con suministro suficiente para quince minutos como máximo. Se lo entregaré y cuando se dé cuenta de que le queda poco aire, será demasiado tarde.

—¿Y si tardas más de quince minutos en llegar a la base porque, por ejemplo, la puerta está atascada?

—Entonces volveré. No te preocupes.

Sin embargo, él estaba muy preocupado.



—¿Me recibes? —preguntó Daniela.

—Alto y claro.

Habían acordado permanecer en contacto. Steve esperó en el Rover, y si Daniela necesitaba ayuda, saldría deprisa tras ella.

—Ya estoy fuera —informó la doctora.

—Espera. Cambio de planes —profirió Ricky—. Quiero asegurarme de que no vas a intervenir, Steve.

—Tienes mi palabra. Esperaré en el Rover como un niño bueno.

—Con eso no basta. Entra por el otro lado, por la enfermería. Allí te sacarás el traje y, así, me aseguro de no tenerte en medio.

—De acuerdo —contestó Steve al tiempo que echaba a correr. Mierda. Daniela solo disponía de aire para 15 minutos.

Steve salió de la esclusa de aire.

—Tienes prisa —comentó Ricky.

—Quiero que esto acabe lo antes posible —dijo Steve. Y no mentía. Sin embargo, la entrada trasera del complejo, junto a la enfermería, estaba más lejos de lo esperado. La fisura más reciente se interponía en su camino, y tuvo que saltar por encima de los escombros del centro de control. Poco antes de llegar a su destino, otro temblor casi lo derriba.

Habían pasado seis minutos, así que a Daniela solo le quedaban nueve de aire. La trampilla del suelo que ocultaba la entrada parecía combada. Bajo los escombros, había visto una barra de metal, así que Steve corrió a buscarla.

—¿Por qué tardas tanto? —preguntó Ricky.

—La entrada está atascada —contestó Steve sin aliento, deslizó la barra por debajo de la placa y la abrió haciendo palanca. Un agujero negro esperaba debajo. Se puso de rodillas y trepó. A los cinco metros se topó con la cerradura. El botón de apertura brillaba en rojo. Lo pulsó, pero mientras la cámara se vaciaba, tuvo que esperar. ¡Verde! Ahora podía desbloquearse la entrada. Steve se dejó caer por la escotilla abierta. Se cerró de golpe sobre él. Otro botón rojo. Una vez más, Steve tuvo que esperar hasta que hubiera suficiente aire en la cámara. Al 60 %, se quitó el casco y comenzó a abrir todos los pestillos de la cabina.

¡Verde! Bajó otros dos metros. ¡Por fin! Esa era la salida de emergencia que daba a ese lado de la estación. No había nadie. Steve corrió por el pasillo, giró a la izquierda, luego a la derecha. Había una pantalla de comunicaciones. La encendió mientras se deshacía de la parte superior. Luego, los pantalones. La pantalla se iluminó.

—Te ha llevado lo suyo —señaló Ricky.

—Diez minutos —dijo Steve con la mayor frialdad posible mientras consultaba su reloj.

Eso le proporcionaba cinco a Daniela. Esperaba que fuera lo suficientemente inteligente como para correr a la otra entrada trasera.

—Tengo visita —se burló Ricky—. Espérame, ¿de acuerdo?

El rostro de Ricky desapareció. Steve sostuvo el casco para escuchar la radio. Oyó a alguien respirar casi sin resuello. Debía de ser su novia. Un chirrido, luego un ruido de botas pesadas sobre metal. La imaginó saliendo de la esclusa y bajando por el pasillo.

Un estruendo.

—¡Mierda!

Otro estruendo, seguido de una respiración fatigada.

—¡Ay! —con indignación.

«Daniela».

—¡Ya te tengo!

«Ricky. ¿Qué estaba haciendo aquel cerdo?». Steve estaba a punto de volver a ponerse el traje para ayudar a Daniela.

—Está bien —dijo Daniela—. Como ves, no supongo ninguna amenaza. —Su voz sonaba más tranquila.

Ya se había quitado el casco.

—¡Dame eso! —exigió Ricky.

—Toma.

—¡Quítate todo! ¡Incluso el LCVG!

—¿También necesitas el sujetador?

—No soy ese tipo de hombre. ¡Hago esto por todos nosotros! Ya lo entenderás.

—Por favor, date la vuelta mientras me desnudo.

—Ni de broma —contestó—. Vamos, termina de una vez.

—Iría más rápido si no me apuntaras con la pistola.

¿¡Tenía un arma!? ¿Cómo demonios se las había arreglado para colarla en la Base Lunar? ¡Joder! Ojalá Daniela no pretendiera neutralizarlo.

—Si te portas bien, no apretaré el gatillo. Vamos.

Ricky debía estar poniéndose el traje. «Por favor, Daniela, sé razonable. Cíñete al plan».

—¿Quieres que te ayude?

La voz de Daniela ahora sonaba mucho más tranquila que la de Ricky. Debía tener el casco con el micrófono de radio justo encima.

—¡Quédate ahí! No quiero hacerte daño, pero si es preciso, ¡lo haré!

—Está bien. Baja el arma, por favor.

—No puedo. Compréndelo. No puedo fiarme de ti. Quizás este lío lo hayáis causado vosotros, los europeos. Todo empezó cuando llegasteis aquí.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—¡Ja! Tú misma lo has dicho: *con eso*. Así que algo ha pasado.

—Tío, esta mierda ha llegado hasta aquí. Moriremos todos si no actuamos juntos. Eso es un hecho.

—¡No pienso a escucharte! ...a... o...

Ricky debía haber cerrado el casco. Ahora empezaban la cuenta atrás. ¿Cuántos minutos de aire le quedarían al irlandés? Seis, o tal vez ocho. Eso dependía de cuánto tiempo había respirado Daniela por el suministro. De cualquier forma, con seis minutos u ocho, Ricky no llegaría a la nave. Si se daba cuenta del truco mientras todavía se hallaba en la esclusa de aire, aquello no habría servido para nada.

Durante un momento que se le hizo eterno, Steve solo oyó la respiración de Ricky. Ahora estaba obligado a correr hacia la esclusa. Oyó el típico siseo de la puerta de una esclusa. Un golpe metálico, luego otro silbido.

—Michael, Josie, ¿me recibís?

Ricky no se había dado cuenta de que el segundo canal continuaba abierto y de que, por tanto, él también le oía. Era un técnico excelente, pero rara vez salía al exterior.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Josie.

—Estoy en la esclusa. En diez minutos llegaré a la nave. Luego, volveré a buscarte.

—Ten cuidado con Maurice.

—Tranquila, recuerda que llevo pistola. Eso significa que Maurice se quedará quietecito. Menos mal que sustituyeron a Steve por él.

—Seguro que eso formaba parte del plan —afirmó Josie—. Steve no se lo habría tragado esto.

—Olvídate de Steve. Él también está en el ajo.

Un pitido, seguido de un tintineo metálico, pero sorprendentemente silencioso. Luego un gemido.

Steve se imaginó a Ricky salir de la esclusa de aire.

—Estoy fuera —informó Ricky—. Guardad silencio a partir de ahora.

Otro gemido, y otro. ¿Qué estaba haciendo? Steve oyó un fuerte pitido. Una alarma. No tenía suficiente aire para respirar.

—Mierda.

Ricky se dio cuenta por fin y gimió. ¿Estaría tratando de abrir la esclusa de aire de nuevo? Si Daniela se ceñía al plan, bloquearía la esclusa desde el interior. Sin embargo, ella ya no tenía conexión con Ricky, por lo que Steve necesitaba hablar con él. Debía intentar salvarle la vida.

—Ricky, ¿me recibes?

—Ah, Steve. Qué agradable sorpresa. —La señal de alarma pitó de nuevo.

—Tira el arma y entregarte, Ricky. Si lo haces, Daniela te abrirá la esclusa de aire.

—No sabía que fueras tan bromista, Steve. Estoy subiendo a la esclusa de aire del Rover ahora mismo.

—¡Pero tiene una fuga! ¡No puedes hacer eso!

—Steve, admite de una vez que he ganado. —Ricky gimió—. Mira, la esclusa se está llenando de aire.

—Ricky, la cabina del Rover no tiene oxígeno.

—No cuela, tío. Tú mismo viniste en el Rover desde la Aldea Lunar.

—Pero nosotros...

—Olvídalo, Steve. No soporto que la gente me tome por estúpido por no haber ido a la universidad.

—Eres el mejor en tu trabajo.

—Eso es verdad —rio—. Y, por eso, ahora estoy abriendo la puerta de la esclusa y subiendo a la cabina.

—¿Cogiste el casco...?

Steve oyó unos chirridos y arañazos. Luego, un ruido sordo, seguido de un grito. Steve lanzó el casco contra una esquina. Era demasiado tarde. Aquello lo perseguiría el resto de su vida.



SE REUNIERON FRENTE a la pantalla de comunicaciones en la antesala de la enfermería dos horas más tarde. Todos los trajes espaciales estaban apilados en un rincón. Steve primero arrastró dos, luego Samantha y Daniela le ayudaron a proveer de trajes al resto de la tripulación.

Steve miró a su alrededor. Eran ocho, la mayoría se hallaba de pie. Stephanie se había acurrucado en el suelo. En su regazo estaba el gato, que ronroneaba porque ella le acariciaba el cuello. Steve sonrió. Probablemente Sammy estaba merodeando por las salas de suministros cuando destruyeron el centro de control, lo que le salvó la vida. ¿Y el androide?

—Me alegro de que, al menos, algunos sigáis vivos —dijo Maurice, oficialmente comandante de la Base Lunar, quien estaba conectado a la estación a través de una pantalla de comunicaciones—. Siento no poder reunirme con vosotros, pero aquí no tengo traje espacial.

—Te llevaremos uno —le prometió Steve.

—Gracias, Steve. Sé que no te ha ido muy bien estos últimos días. Me gustaría solucionarlo. Vuelve a tomar el mando. Ahora, necesitamos a alguien como tú.

Los demás aplaudieron. Steve tragó saliva. ¿Quería asumir la responsabilidad? No ganaría nada, ya que estaban aislados de la Tierra. Sola, la Luna no era viable, ni siquiera en órbita terrestre. ¿Y allí? Un temblor sacudió la habitación. El polvo caía del techo. Siempre había considerado que la ubicación de la Base Lunar en el subsuelo profundo era la forma más segura de sobrevivir en la Luna.

—¿Aceptas, Steve? —preguntó Maurice.

Él tendría que ver cómo morían uno tras otro. Eso era lo único seguro. Aunque sucedería igual, con independencia del puesto que ocupara. Como comandante, podría prolongar su supervivencia, pero ¿con qué fin? Esa era la cuestión equivocada. ¿Por qué? Eso era lo importante. La supervivencia no servía para nada.

—Está bien, acepto.

—Gracias. —Maurice exhaló con fuerza. Parecía aliviado—. Entonces te cedo la palabra.

Estupendo. Responsabilidad.

—Muy bien, chicos —comentó Steve—. Ya me conocéis y sabéis que no me gusta dar discursos. Centrémonos en las que tareas que nos aguardan a partir de este momento. Y, por favor, preguntad si algo os queda poco claro.

—Queremos disculparnos —añadió Josie—. El pánico sacó lo peor de nosotros mismos. Solo deseábamos salir de aquí.

Michael asintió en silencio.

—No hay salida posible, lo comprendéis, ¿verdad?

Ambos asintieron.

—Muy bien, disculpas aceptadas. Me gustaría que los dos fuerais al Rover a por Ricky. Vamos a necesitar ese traje espacial. Y el arma que llevaba, traédmela también.

—Por supuesto —dijo Josie, acompañada de nuevo por el asentimiento de Michael—. Pero ¿dónde te localizaremos, en el cuartel general?

—Mi *oficina* será mi habitación en el ala residencial. No creo que tengamos recursos para reconstruir la sede. Eso nos lleva a las siguientes tareas. La primera y más importante, por supuesto, es enterrar a los fallecidos. Y también debemos recoger todo lo que aún se pueda utilizar del cuartel general.

—Yo me encargaré de eso —se ofreció Maurice.

—Te ayudaré —agregó Stephanie.

—Estupendo, pues entonces será mejor que le lleves un traje a Maurice, Stephanie —dijo Steve—. La segunda tarea es hacer una lista de nuestros suministros. Necesitamos saber cuánta comida nos queda, y cómo va la producción de agua y energía. Esencialmente, precisamos un inventario completo.

—Yo me ocupo de eso —dijo Samantha.

—Gracias. Tienes veinticuatro horas.

Samantha se rio, aunque volvió a callarse. Debió de darse cuenta de que hablaba en serio.

—Daniela y yo intentaremos contactar con las otras bases lunares. Deben de tener tantos problemas como nosotros, si es que aún no se han visto afectadas. En última instancia, solo

lograremos sobrevivir trabajando juntos con todos los que están ahí fuera. Nosotros nueve no tenemos ninguna posibilidad.

—Somos diez —le corrigió Daniela—. Te olvidas de Tom.

—Por supuesto. Lo siento.

—¿Hay enlace por radio con los demás? —preguntó Stephanie.

—Por desgracia, no. Y no es por nuestra antena. Seguiré intentándolo —replicó Samantha.

—¿Quién no tiene una misión todavía? —interrogó Steve.

Delia Zelloth y Lennart Jaffé hicieron un gesto con la mano. Eran científicos. Lennart era astrónomo, y Delia física. Perfecto.

—Muy bien —dijo Steve—. Vosotros os ocuparéis de averiguar dónde estamos, qué significa esto para nosotros, cómo hemos llegado hasta aquí y cómo podríamos volver.

—Ya hemos averiguado lo primero —señaló Delia—, y sabemos bastante sobre la segunda pregunta.

—Entonces iluminadnos —animó Steve.

Delia miró a Lennart, que le respondió con un movimiento de cabeza.

—Muy bien. Es probable que nos encontremos en el sistema Kepler-16 y las dos estrellas centrales que orbitan entre sí serían Kepler-16A y Kepler-16B; la masa de «A» es unos dos tercios la de nuestro sol, y la de «B» una quinta parte. En consecuencia, el planeta que hemos visto se llama Kepler-16 (AB)-b porque orbita simultáneamente alrededor de ambas estrellas. Tiene un tamaño similar al de Saturno. En resumidas cuentas, la Tierra se encuentra a doscientos años luz. Así que no es de extrañar que no recibamos respuesta por radio; un mensaje tardaría, al menos, doscientos años.

—¿Estáis seguros?

—Bueno, por supuesto, podría haber otros sistemas similares que desconocemos. Las estrellas no llevan etiquetas con sus nombres, y solo encontramos planetas que orbitan alrededor de sus estrellas en el plano previsto. Sin embargo, cualquier otro sistema de este tipo tendría que hallarse aún más lejos de la Tierra. Conocemos bastante bien nuestro sistema.

—Nuestro *antiguo* sistema —puntualizó Stephanie.

—Bien dicho —continuó Steve—. Aunque pudiéramos ir a la mitad de la velocidad de la luz, ninguno de nosotros sobreviviría a un viaje tan largo. Así que haríamos bien en considerar en esta luna como nuestro nuevo hogar. ¿O tenemos alguna alternativa?

—Tal vez sería mejor que la tuviéramos —comentó Lennart—. La luna llegó a este sistema con un determinado impulso. En el sistema Tierra-Luna, ese impulso le habría asegurado una larga existencia, pero esto no es la Tierra. Y pesa unas cien veces más. Como resultado, nos hallamos en una órbita mucho más estrecha. La atracción gravitatoria del planeta está masajeando la Luna y su interior tanto que la presión se libera constantemente por los temblores.

—Al nivel actual sería... tolerable —indicó Steve.

—Ah, pero no se detendrá ahí. El interior de la Luna se está calentando. Pronto los volcanes volverán a entrar en erupción. Podría ser muy desagradable. Con el tiempo, la órbita también se irá reduciendo a medida que la interacción con el planeta ralentice la Luna. Todavía no he podido calcularlo con precisión aunque, al final, la Luna podría chocar contra el planeta.

—Saturno también tiene muchas lunas —señaló Samantha.

—Se aproximaron a él en el momento justo o se crearon con él. Urano se encuentra en su órbita porque colisionó con un planeta rocoso.

—¿De qué periodos de tiempo estamos hablando? —preguntó Steve.

—Millones de años.

—Bien, entonces nos ocuparemos de ese problema más tarde.

—Preveo erupciones dentro de unos días. —Lennart se rio.

—¿Hay *buenas* noticias?

—Sí, el planeta orbita en una zona habitable. Si la Luna tuviera un poco más de agua, podríamos terraformarla. En cualquier caso, podemos generar suficiente energía con paneles solares.

—Hasta dentro de veinte o treinta años, cuando su eficiencia empieza a disminuir —señaló Delia.

—Sí, ese es nuestro principal problema —concedió Lennart—. Ahora mismo tenemos suficiente de todo, aunque nuestra tecnología no durará siempre. Una alternativa que proporcione agua, aire y alimentos sin medios tecnológicos sería preferible.

—Una segunda *Tierra* —concluyó Steve.

—Seguimos buscando, pero no creo que encontremos una. Y, aunque lo hiciéramos, jamás llegaríamos a ella. De nosotros, ocho podrían ir en el Blue Moon 34, pero el resto tendría que quedarse aquí.

—¿No se podría repostar el cohete? Es reutilizable, ¿no? —planteó Daniela.

—No fue construido para lanzarse desde un planeta. Cuando aterrizara, no podría volver. Necesitaríamos la nave de transferencia que estaba atracada en el Portal Lunar, aunque parece ser que también la hemos perdido.

Steve no pudo evitar pensar en Mike, que tenía las mismas funciones que él en el Portal Lunar. ¿Qué habría sido de él? La Puerta se hallaba en órbita lunar, por lo que daba vueltas alrededor de la Luna basándose en su gravedad. Y, ¿qué pasaba cuando se balanceaba algo y se rompía el amarre?

—Buen trabajo —alabó Steve. No obstante, necesitaba concentrarse—. Dadas las circunstancias, sería estupendo que encontrarais alguna forma de volver.

—Yo no me haría ilusiones —opinó Delia—. Lo siento, pero tengo que dejarlo claro. Según las leyes de la física, volver por nuestros propios medios es completamente imposible.

—En teoría, ¿DeWitt no resolvió ese problema? —preguntó Stephanie.

—Tal vez, sí. Aunque para mover la Luna se precisaría una cantidad de energía demencial que nunca podremos reunir sin el apoyo de la Tierra. Si bien todavía no sé explicar del todo el proceso de nuestra dislocación, supongo que la energía necesaria se almacenó en la Tierra.

—Entonces, ¿podrían rescatarnos?

—Para eso, antes tendrían que localizarnos. Y no harán hasta dentro de, al menos, doscientos años.

Eso podría ser importante. En caso de que sobrevivieran, tenían una tarea más que completar: enviar un mensaje a la Tierra. Solo la gran antena parabólica del Palacio Lunar serviría para ello. Una razón más para visitar a sus colegas lo antes posible.

Oyeron un golpe, no de la esclusa, sino de la puerta de seguridad que comunicaba su habitación con el pasillo que conducía al centro de control. Sin embargo, detrás de la puerta había un vacío, así que ¿cómo podía haber nadie? Todas las conversaciones cesaron.

Toc, toc. Estaba claro que alguien quería entrar. Steve se golpeó en la frente.

«¡Claro! El androide». Steve se dirigió a la puerta.

—¿Eres tú, Sean Durkin?! —gritó Steve.

—Sí, soy yo, Sean Durkin.

Steve oyó una risita tras él. No era el único que no se había acordado del androide.

—Solo se puede entrar en esta zona por la esclusa del túnel de emergencia. La puerta se selló

automáticamente cuando el centro de control se quedó sin aire.

—Vale, Steve. ¿Estás al mando?

—Afirmativo.

—Entonces iré por la esclusa.

El androide no tardó mucho. Poco después, la esclusa de aire silbó detrás de ellos, y Sean salió. Su cuerpo humeaba, y su pie derecho se arrastraba un poco al caminar.

—No me toques —advirtió el androide—. Mi piel exterior aún no alcanza ni los 100 °C bajo cero.

—Vaya, gracias. ¿Dónde has estado?

—Me cayó un travesaño de acero encima de la parte inferior de mi pierna. Tuve que acumular energía varias veces antes de poder liberarme.

—Ah, ¿por eso que arrastras el pie? —cuestionó Steve.

—Sí. Se cortaron unos tendones cuando tiré de la pierna.

—¿Puedes arreglarlo?

—No. Pero si descargo el plano en el *robodoc*, sustituiré los filamentos.

—Me temo que no podrá ser —acotó Steve.

—¿Porque el *robodoc* debe atender a otro paciente? Según la información de la que dispongo, Tom está lo suficientemente estable como para que ya no lo necesite.

—No, Sean. La opción de descarga ya no está disponible. Ya no estamos en órbita alrededor de la Tierra.

—Bien, entonces seguiré arrastrando el pie.

Steve envidiaba al androide. Acababa de decirle que la Tierra había desaparecido, y Sean lo aceptó encogiéndose de hombros. No, ni siquiera con eso.

—Yo me ocuparé de ayudarte —aseguró Daniela—. Si puede hacerlo el *robodoc*, yo también.

—Muy amable —dijo el androide.

—Por desgracia, tendremos que posponer la cirugía —señaló Steve—. Mañana tenemos que visitar a nuestros colegas de las otras bases.

—Pues será mejor que me repares ahora. No necesito anestesia ni fase de cicatrización. Las heridas de mi piel se pueden cerrar con un simple láser quirúrgico.

—Genial —exclamó Daniela—. Siempre he querido intervenir a un androide.

—¿Estás segura? —interrogó Steve—. Ha sido un día muy largo.

—Descuida, y un androide completamente funcional podría sernos útil. ¿Qué te parece si nos lo llevamos con nosotros? Es una tirada.

—Muy bien, Sean, nos acompañarás. ¿O alguien necesita su ayuda mañana? —Nadie respondió—. Entonces, decidido. ¿Puedo verla la intervención?

—No tengo inconveniente —respondió Sean.



TOM DORMÍA PROFUNDAMENTE. El *robodoc* solo lo despertaba cada 48 horas para mover los músculos. Steve acarició el hombro de Tom. Se preguntó si Tom incorporaba eso a sus sueños de algún modo. ¿Soñaba?

Había una segunda cama recién hecha a su lado. El androide se quitó los zapatos y los pantalones y se tumbó sobre la sábana. «Qué pena», pensó Steve. «Me habría gustado ver su aspecto desnudo». ¿Hasta dónde llegaría la imitación? Pero tampoco se atrevió a preguntar.

En cualquier caso, la piel desnuda de la pierna parecía natural, salvo que no tenía vello.

—¿Puedo? —preguntó Steve.

—Por supuesto —dijo Sean.

En ese momento, Steve tocó su piel.

—Tengo una temperatura superficial de 35 °C y una central de 45 °C —explicó Sean—. Mi piel se encarga de enfriarme.

—Es bastante alta —reconoció Steve.

—Una necesidad técnica. Mi cuerpo tiene una batería de radionúclidos como reserva, y su producción de calor se convierte en electricidad. Durante ese proceso, queda calor residual.

—¿Puedes trabajar sin cargarla con frecuencia?

—Durante cierto tiempo, sí, pero esa opción la reservo para posibles emergencias. Si almaceno la producción de energía de la célula de radionúclidos durante veinticuatro horas, puedo estar activo aproximadamente una hora.

—Entonces eres inmortal.

—Longevo, sí, aunque la vida media del polonio es de ochenta y siete años, o una generación humana.

—Eres como nosotros, los humanos. A los ochenta y siete, también perdemos la mitad de nuestras capacidades.

—La diferencia es que, en mi caso, basta con que enchufe a una fuente de energía para volver al cien por cien de potencia.

—Así es. Nosotros aún no hemos conseguido tanto.

—¿Podéis dejarlo ya? —rogó Daniela—. No logro concentrarme.

Steve asintió y permaneció en silencio mientras el androide le daba instrucciones. La doctora utilizó un bisturí para practicar una incisión de unos diez centímetros de largo en el lateral de la parte inferior de la pierna derecha. A continuación, abrió la piel artificial. Rezumaba un gel transparente. Debajo se veía un metal brillante. ¿Eran los huesos?

—¿Es esto? —preguntó Daniela, quien había hurgado sin pestañear en el corte y metió en él el pulgar y el índice. Finalmente, sacó un tendón metálico y resistente.

El androide se llevó la mano al ojo derecho, lo abrió anormalmente y sacó el globo ocular. Después, miró el tendón con el globo ocular entre los dedos.

—Sí, es la parte superior. También debe haber un extremo en la inferior. Y faltan otros dos. Quizás haya que cortar más. Siento no haber sido más preciso.

—No hay problema.

Daniela volvió a hurgar en la herida. Triunfante, sacó otro trozo de tendón de la zona inferior. Luego separó aún más el corte con ambas manos.

—No te preocupes por el gel. Puedo rellenarlo por vía oral —aseguró Sean y sonrió.

—¿No sientes dolor? —se asombró Steve.

—Hay sensores en mi piel que me informan del tacto, el daño o las temperaturas fuera del umbral de tolerancia. Es comparable a tu sensación de dolor.

—Aunque puedes apagarlo.

—En realidad, no. Pero sí ignorar esas señales.

—¡Ya los tengo! —exclamó Daniela—. Se encontraban más hacia la articulación de la rodilla.

Ahora cuatro «cuerdas de guitarra» rotas colgaban de la parte inferior de la pierna de Sean. El androide comprobó los restos de tendón con la mirada.

—¿Podrías sostener los extremos unos dos centímetros ante mi ojo? Así podré examinarlos

en modo macro.

—Claro —respondió Daniela, doblando el primer tendón para que el extremo colgara justo delante del ojo.

—Ah, muy bien. Una grieta uniforme. —Sean puso su globo ocular de nuevo en su cuenca—. Normalmente se arreglaría con un manguito, pero no tengo ni idea de dónde están mis repuestos. Aunque puedes soldar los extremos con el láser quirúrgico del *robodoc*.

—Por supuesto. —Daniela se dio la vuelta y tiró del brazo láser del *robodoc* hacia ellos. Entonces, pulsó unos botones y el brazo se despertó—. ¿De qué material?

—Una aleación de titanio.

—Oh, yo había supuesto nanofibras de carbono. Me alegro de haber preguntado. —Daniela pulsó más botones. Luego la doctora asintió—. Eso debería bastar.

Steve no podía ver exactamente lo que estaba pasando porque el brazo láser del *robodoc* se hallaba en medio. En el aire flotaba un desagradable olor a aceite de máquina quemado. Daniela bostezó. De repente, el androide también contorsionó la cara en un bostezo.

—¿Estás cansado? —preguntó Steve, quien ni siquiera sabía si los androides se fatigaban.

—No, ha sido mi módulo de empatía. Entre los humanos, bostezar es contagioso.

—¿Puedes ignorar eso también?

—Si es necesario, sí. Por lo general no es un proceso consciente, sino que ocurre en segundo plano.

—¿Y cómo sabe el proceso cuándo se necesita determinada respuesta?

—Aprendizaje automático. He visto miles de películas.

—¿Os importa si interrumpo vuestra charla, chicos? Ya he terminado.

—También puedes cerrar la herida con el láser del *robodoc* —dijo Sean.

—Ya está completamente cerrada.

—Ah. —El androide se enderezó y palpó la parte inferior de la pierna. Luego la tensó y volvió a estirla—. Muy bien —comentó.

—Deberían sustituirte los tendones. Ya no serán tan estables.

—Si no encontramos mi caja de piezas, no veo cómo evitarlo.

—Bueno, pues ten un poco más de cuidado.

—Gracias, doctora. —Sean se levantó y se puso los pantalones y los zapatos.

Daniela bostezó de nuevo, seguida por el androide y Steve. Empatía. Steve nunca había pensado en ella como algo terriblemente complicado. Sin embargo, al parecer, lo era tanto como para hacer que una inteligencia artificial viera miles de películas.

¿Cómo se comportaría Sean con otro androide? Si la NASA hubiera continuado según lo previsto, al final, sus máquinas lo habrían dirigido todo en esa estación. Máquinas parecidas a los humanos, aunque nunca sonrientes.

Steve sacudió la cabeza. Basta, esas especulaciones pertenecían al pasado.



28 de diciembre de 2099

STEVE FINGÍA QUE DORMÍA. Le encantaban los ruiditos que hacía Daniela mientras se vestía. Le indicaban que no estaba solo, aunque luego ella saliera de la habitación. Habría sido aún más agradable si ella lo hubiera despertado con un beso y le hubiera dicho que la nave para trasladarlos a la Tierra les aguardaba a los dos. Pero eso no iba a ocurrir.

En ese instante, abrió los ojos.

—¡Buenos días, Steve! —saludó Daniela, besándole. Al parecer, le estaba esperando.

—Buenos días —dijo él mientras bostezaba.

—Date una ducha rápida mientras voy a la cafetería. Prepararé café. Tenemos un largo viaje por delante.



EL CAFÉ ERA FUERTE, perfecto para esa mañana. Desde la jornada anterior notaba en su estómago como un bulto y el café caliente, le pareció, lo disolvía como si estuviera hecho de hielo y polvo: una sucia bola de nieve.

Steve tenía que ir al baño, lo que le vino muy bien porque no tendría ocasión de hacer sus necesidades en el Rover. Cerró la puerta del cubículo, se sentó en el retrete y sintió la humedad que alguien debía de haber dejado antes. Arg. Debería haber comprobado el asiento. De pronto, recordó los acontecimientos previos y se echó a reír.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Daniela.

¡¿Cariño?! Claro. Se hallaban en medio de una catástrofe en la que todos iban a morir, ¿y a él le molestaban unas gotas de orina en el asiento de la tabla del inodoro? El ser humano es realmente extraño. Un débil temblor lo sacudió. Steve terminó, se aseó, se lavó las manos en el pequeño lavabo y se dirigió a la cafetería.

Sean estaba sentado a la mesa. Tenía la piel polvorienta, lo que indicaba que probablemente había trabajado toda la noche, ayudando a limpiar el centro de control. En la mesa, frente al androide, había un plato lleno de gelatina transparente. Con una rapidez impresionante, el androide se llevó una cucharada tras otra a la boca, tragando el contenido con la misma rapidez. De repente, reparó en la mirada de Steve, porque redujo la velocidad.

—No te cortes —comentó Steve.

—Me he dado cuenta de que mi rápido consumo de comida te incomoda. Y no quiero molestarte.

—Tranquilo, es por tu velocidad.

—Lo sé. Creo que mis ingenieros querían, con mi forma de comportarme, hacerme parecer más humano. Pero el efecto es el contrario al que buscaban.

—No tienes que comer, ¿verdad?

—No, solo cuando he perdido gel, como ayer en el quirófano.

—¿No se gasta?

—Con el tiempo, sí. Dreno el gel usado por vía anal y añado el nuevo por vía oral.

O sea, que Sean acabaría enfrentándose al mismo problema con el que se encontrarían todos: como todo lo demás, los suministros de gelatina eran, sin duda, limitados.

—Tus constructores tuvieron algunas ideas muy extrañas.

—Supongo que querían diseñarme extraordinariamente bien. A estas alturas, me suelen preguntar si también tengo pene.

Steve se ruborizó.

—La respuesta es no.

—¿Te arrepientes?

—¿Por qué? Cualquier cosa que no sirva para un fin concreto resulta poco práctica y, por lo tanto, más que superflua.

—De acuerdo, gracias por contármelo.

—Te avergüenza por nuestra conversación. Descuida. Me gusta dar información siempre que puedo. Me encanta ayudar a otros.

—¿A los demás?

—Principalmente a los humanos, pero también a todas las demás criaturas, otros androides incluidos.

—Eres fascinante —añadió Steve, terminándose el café de un trago.

—Gracias —dijo Sean.



STEVE ESTIRÓ LAS PIERNAS. El asiento trasero plegable era muy incómodo. No encontraba la postura para evitar, al menos, que una de sus extremidades se torciera de forma antinatural. Sean había elegido el asiento más cómodo del conductor. Resultaba más seguro. El piloto automático conducía con fiabilidad, pero si de repente aparecía una nueva grieta, el androide lograría reaccionar más rápido.

Hasta ahora, sin embargo, Sean no había tenido que intervenir. La frecuencia y la fuerza de los terremotos lunares habían disminuido un poco. Tal vez, las numerosas grietas y fisuras nuevas estaban disipando la presión, pero Steve tenía la sensación de que algo que no les gustaría se gestaba en el interior de la Luna. De ahí su deseo de ir al Palacio Lunar.

—Tal vez deberíamos haber enviado a Sean a la Aldea Lunar —opinó Steve.

—No empieces con eso otra vez. Nuestra misión actual tiene prioridad. La Tierra necesita saber dónde estamos.

—Debes estar preocupada por tus amigos.

—Por supuesto. Preferiría que Samantha hubiera logrado conectar con ellos, pero estarán bien. De todas formas, que yo estuviera allí no cambiaría mucho las cosas.

—Así es —aseveró el androide—. En todos los escenarios probables, la presencia de una persona más no tiene ningún efecto, o no uno insignificante.

—¿Insignificante? No me lo creo —replicó Steve.

—Eso sucedería si la base de la ESA fuera destruida. Calculo un treinta por ciento de

posibilidades para ello.

—Gracias, Sean. No es necesario explicar más —indicó Steve.

—Tengo una curiosidad que seguro puedes responder —dijo Daniela—. ¿Cómo afectó a la Tierra la desaparición de la Luna?

—Bueno, la Luna tiene solo una octava parte de la masa de la Tierra. Así que la órbita de la Tierra alrededor del Sol se desplazaría ligeramente hacia fuera al aligerarse el sistema en su conjunto. Sin embargo, la rotación de la Tierra debería acelerarse significativamente. La Luna ha actuado como freno durante miles de millones de años. No puedo dar cifras, pero es probable que el efecto sea catastrófico, alterando el clima y llevando a la civilización a sus límites.

«Genial», pensó Steve. Sean era un sujeto muy sensible. ¿No debería intervenir su módulo de empatía y hacerle contar unos cuantos chistes inofensivos?

—Gracias, Sean —exclamó Daniela.

—La doctora le preguntó a su paciente: ¿Puede decirme exactamente dónde le duele?

—Déjalo, Sean —dijo Daniela—. No necesitas animarnos. Pero has sido muy amable al pensar en ello.



LA VISTA DEL cráter Zeeman era, a la vez, magnífica y aterradora; magnífica porque la antena de 150 kilómetros de diámetro seguía siendo un impresionante testimonio de la creatividad humana y aterradora porque, incluso semejante tecnología, poco tenía que hacer contra las nuevas fuerzas de la Luna.

Una grieta en forma de Y atravesaba la malla metálica del fondo del cráter. Desde allí arriba, parecía tan fina como un cabello, pero su ubicación actual en el borde del cráter estaba a unos 4000 metros de altitud, por lo que la grieta se encontraba a muchos kilómetros de distancia. Si podían verla tan bien desde allí, debía tener al menos 100 metros de ancho.

Por el momento, las penurias del viaje habían terminado. Con los escombros que los constructores chinos y rusos de la antena de radio habían retirado del cráter, habían construido una carretera de acceso de tierra a lo largo de la pared interior del cráter, la cual conducía en un gran arco serpenteante hasta el Palacio Lunar.

El Rover llevaba unos minutos recorriéndolo. Si todas las bases lunares hubieran estado conectadas por carreteras de esa calidad, su trayecto se habrían reducido a la mitad. Sin embargo, el proyecto había fracasado debido al dineral que suponía, aunque el gobierno chino lo había ofrecido como «Ruta de la Seda Lunar» a precio de coste. Ahora ya era demasiado tarde, y todos tenían prioridades muy distintas. Eso se podía ver en los edificios administrativos y residenciales, que para evitar interferencias de radio se hallaban alojados en el pequeño cráter Zeeman Y. La designación de «Palacio Lunar» siempre se había entendido en un sentido principalmente poético, pero ahora tenían ante sí un campo de ruinas.

El culpable, en ese caso, no eran fisuras recién formadas, sino un considerable desprendimiento de rocas en la delgada pared que separaba Zeeman de Zeeman Y. El talud estaba en el lado del cráter. Por fortuna, la carretera discurría a lo largo de la pared exterior pues, de lo contrario, no habrían podido llegar al asentamiento ruso-chino. Las rocas que se habían desprendido de la pared habían destruido un gran porcentaje de los edificios planos del cráter. Steve no logró distinguir ni un solo edificio intacto.

—Es una locura. Los trozos miden por lo menos diez metros —señaló Steve.

—De doce a quince metros —le corrigió Sean—. Suponiendo que los edificios tuvieran antes

entre cinco y seis metros de altura.

Steve echó un vistazo más de cerca. La mayoría de los edificios parecían de dos pisos. Se preguntó si habría sobrevivido alguien. Solo esperaba que los constructores también hubieran excavado en el suelo. La supervivencia podría ser posible en viviendas subterráneas si aún funcionaban infraestructuras como el tratamiento del aire y del agua.

—Tenemos que buscar supervivientes —declaró Daniela.

—Qué os parece si salgo el primero y echo a correr. No necesito el descenso gradual —replicó Sean.

—Es una buena idea —afirmó Steve.

El androide dejó el asiento del piloto. Steve trepó hacia delante. Detrás de él, la esclusa de aire silbaba, y, un momento después, una forma humana descendía por la pendiente sin traje espacial. Sean ni siquiera había esperado a que el Rover se detuviera. El androide ya había llegado al asentamiento antes de que rodaran por la pendiente serpenteante.

—Voy a empezar con la inspección —informó Sean—. Al hacerlo, me limitaré a los edificios con radiación infrarroja.

Estupendo. Nadie podría sobrevivir sin calor. Steve miró hacia arriba, donde brillaban los dos soles. Quizás eso cambiaría. El más brillante de los dos se estaba poniendo sobre la pared norte del cráter principal. La diferencia de altura era especialmente impresionante. La pared debía elevarse casi ocho kilómetros por encima del suelo del cráter.

—¿Has visto la cara norte? —preguntó a Daniela—. Es casi del tamaño del Everest.

—Stephanie ya me había avisado. Esa pared no pudo haberse formado con el cráter. Debe datar de los primeros tiempos de la Luna, cuando aquí había tectónica.

—¿Qué le hace pensar eso a Stephanie?

—Hablamos esta mañana, mientras aún dormías —explicó la doctora—. Es geóloga, y a mí me gusta saber adónde voy antes de hacerlo.

—Ah, muy interesante. ¿Dijo también por qué la antena se creó justo aquí?

—Quizá tenía el tamaño adecuado, y el suelo del cráter era relativamente liso. Hace mucho tiempo, todo estaba lleno de roca incandescente.

Como si fuera música de fondo, un temblor sacudió el Rover. El piloto automático mantuvo el rumbo.

—Oh, sigue siendo emocionante —añadió Steve—. Vamos, pongámonos los trajes espaciales.



SEAN LES HIZO SEÑAS. Steve detuvo el Rover, y salieron por la esclusa de aire. Steve sacudió la cabeza. La imagen era tan... incongruente. No podía acostumbrarse a ver a un *hombre* con ropa informal en medio del paisaje lunar.

—He encontrado cinco zonas de radiación térmica —explicó el androide—. Toma, te las enviaré al sistema.

Un mapa de los alrededores se iluminó ante la lente de su casco, con cinco zonas marcadas y numeradas en rojo.

—Lo mejor será dividirnos —indicó Steve.

—Vale. Yo me encargo de la uno a la tres, y vosotros os dividís la cuatro y la cinco —apuntó Sean.

Steve quiso objetar, pero enseguida comprendió que la sugerencia era razonable, sobre todo

cuando se dio cuenta de lo rápido que el androide salió corriendo.

—Yo me quedo con la cinco —declaró Steve, haciéndole un gesto con la mano a Daniela.

La zona que debía investigar se hallaba a solo cien metros. Lo primero que encontró Steve fue un cartel volcado con el logotipo de la agencia espacial rusa, un breve texto en letras cirílicas y una flecha amarilla. Así que se trataba de una estructura de los cosmonautas rusos.

Se trataba. Bajo la roca que se estrelló allí, apenas se veía el edificio de dos plantas. El golpe fue tan perfecto que uno casi se habría visto obligado a suponer que fue intencionado, si otras rocas de dimensiones similares no hubieran caído en el cráter detrás de ella. Miles de rocas más pequeñas bloqueaban el camino. Steve comenzó a sudar por la escalada constante. No tenía miedo. Ya nada humeaba, así que las rocas debían de haberse estrellado hacía muchas horas. Después se habían producido más temblores, pero no había sucedido nada.

De nuevo, una sacudida estremeció el interior del cráter. Steve casi se cae de la roca que acababa de escalar.

«¿Aquí captó Sean la radiación térmica?», se preguntó. Esperaba que no fuera un generador de emergencia subterráneo que se había encendido solo.

Si hubiera aceptado alguna de las invitaciones de Vitali, sabría si tenían sótanos. El médico ruso que dirigía la base de Roskosmos había estado dos veces en la Base Lunar. Visitarle habría supuesto una reacción desdeñosa de la parte china. Y por su culpa... Si se hubiera quejado, los rusos seguramente habrían podido insistir.

Ahora, debía concentrarse en lo que hacía... Tenía que haber un sótano por si se producía un estallido de radiación solar, ya que la Luna no tenía atmósfera que les protegiera de ella. Steve tenía que encontrar la entrada de emergencia. Lo razonable era colocarla cerca del edificio, aunque no demasiado cerca de la pared, pues de lo contrario podría quedar inaccesible tras un derrumbe estructural de la parte superior.

Como el segundo sol también se ocultaba tras la cresta del cráter, necesitaba su linterna. Buscó en el suelo sin éxito hasta que volvió a fijarse en el letrero de Roskosmos. Lo había encontrado antes, a diez metros del edificio. ¿Por qué iba alguien a señalar un edificio visible? Solo transportar del cartel debía de costar unos doscientos dólares.

Steve volvió corriendo. El cartel se hallaba boca abajo, así que le dio la vuelta. Se devanó los sesos en busca del poco ruso que le recordaba. La inscripción ponía «Sapasnoi wuichod». *Wuichod* significaba salida. *Sapasnoi* no le decía nada. *Opasnostch* era peligro, aunque sonaba diferente. Pero daba igual. Una salida era una salida. ¿Dónde había estado la señal? Vio el poste hundido en el suelo, así que volvió a poner la señal. La flecha apuntaba a la derecha. O a la izquierda si colocaba el cartel al revés. ¿Qué tenía más sentido? ¿Quién necesitaba saber dónde estaba la salida de emergencia? La persona que venía de fuera. Cualquiera que golpeará la señal desde el interior ya había encontrado la salida.

Así que a la derecha. A dos metros de la señal había una piedra de, al menos, un metro de circunferencia. Steve se sobresaltó, luego recordó dónde estaba. Empujó la roca hacia un lado. Debajo apareció una trampilla. La abrió.

—Voy a entrar por la salida de emergencia del edificio ruso —informó Steve.

—He encontrado una superviviente —afirmó Sean—. Pero no me dejará salvarla.

—Ten cuidado, Steve. Aguarda, Sean. Llegaré enseguida. El edificio cuatro está completamente destruido.

—¿No habrá un sótano donde pudiera haberse refugiado alguien? —preguntó Steve.

—No, era una especie de hangar o garaje. También localicé la fuente de calor: una mini central nuclear de electricidad.

—Seguro que podremos usarla. ¿O está estropeada?

—No, parece nueva, solo un poco polvorienta.

—De acuerdo. Ya voy.

Tras bajar tres pasos por la escalera, se le bloqueó la señal de radio. Ya no oyó la conversación entre Sean y Daniela. El eje llevó más a las profundidades. Steve contó a lo largo. Había descendido ciento ochenta peldaños cuando llegó al fondo, unos 30 metros si calculaba seis peldaños por metro. Desde allí, un pasillo horizontal llevaba aproximadamente en dirección al edificio cuyas ruinas había visto fuera. No había luz, pero eso no era inusual en una salida de emergencia de ese tipo. Finalmente, Steve llegó a la puerta exterior de una esclusa. Llamó, pero nadie respondió. Así que giró la rueda que cerraba la esclusa. Ni siquiera necesitó mucha fuerza. Por seguridad, se colocó junto al mamparo por si se abría de repente, aunque la esclusa estaba vacía. Entró y cerró la puerta tras de sí. A continuación, llamó a la puerta interior. No quería asustar a nadie con su aspecto. De nuevo, no obtuvo respuesta. La puerta se hallaba rotulada en cirílico, sin embargo, el principio de una esclusa era siempre igual, y rojo y verde significaban lo mismo en todo el mundo. Esperó a que se igualara la presión y salió de la esclusa. La luz estaba encendida en el pasillo. Se quitó el casco. Olía a vaho. Se oía un murmullo delante de él.

Por último, Steve llegó al final del pasillo y abrió la puerta. Al principio, nadie se fijó en él. Se hallaba en una habitación del tamaño de dos aulas, iluminada por unas pocas lámparas de pie. Las luces del techo parecían apagadas. En un rincón, ardía un fuego, probablemente alimentado con trozos de papel y madera. Había gente arrodillada cerca, como si estuvieran rezando. Dos hombres y tres mujeres, todos vestidos de paisano. Al otro lado de la sala había algunas personas de uniforme. Se encontraban demasiado lejos para apreciar más detalles, así que se acercó.

—*Witali, eto tui?*

El hombre preguntó si era Vitali, el comandante. Entonces, Vitali no estaba allí. Uno de los uniformados se aproximó a él, extendiendo los brazos, pero luego se detuvo.

—*Kto wui?*

«¿Quién es usted?», tradujo Steve para sí. Con suerte, la discusión se mantendría a ese nivel.

—*Menja sawut Steve. Ja komandir NASA* —declaró, dando su nombre y su rango.

—*Strastwuitje* —contestó el hombre—. *Ja Wiktor. Vui widjeli Witalija?*

—*K saschaleniju, njet. Ja chochu vam pomostsch.*

No, no había visto a Vitali. Quería ayudar. Steve hizo una mueca porque no se fiaba de su gramática. Pero Viktor sonrió.

—*Tui kak ras vremja. Mui sastrjali sdjes. Nam otschajanno nushnui skafandru.*

Aquello se ponía difícil. En la última frase, Viktor dijo algo sobre trajes espaciales, *skafandru*, que necesitaban. Llevaban dos de repuesto, pero no podían dejarlos allí o les faltarían en la Base Lunar.

—*U nas jestch dwa skafandra. Datch. Vernutsja.*

—*Idealno. Mui snajem gdje chranjatsja naschi skafandru. Mui sabjerem ich i patom wernjesch swoje.*

Por lo visto, tenían algunos en un almacén. Viktor quería ir a por ellos con unos prestados, y luego se los devolverían. Era un buen plan. El ruso gritó algo a los que rezaban, que ahora se levantaban y se unían al grupo. Parecía que habían ganado algo de esperanza.

—*Ja wjernus c skafandrami* —comentó Steve.

«Vuelvo con *skafandru*».

Uf, si al menos hubiera practicado más el ruso. No recordaba casi nada. Y luego estaba lo de la gramática... No importaba. Sería capaz de ayudarles.



—¿Y Steve? —preguntó Daniela.

«¿He estado fuera mucho tiempo?», se inquietó. Le encantaba oírla por radio, pero su voz sonaba preocupada.

—Aquí estoy —anunció Steve, saliendo del agujero en el suelo—. ¿Me has echado de menos?

—Eso también, por supuesto. Pero, mira la ladera norte.

Steve se volvió hacia el norte. Alguien había... ¿encendido una luz rojiza? Venía del suelo y se hallaba en el punto más bajo de la pared norte del cráter.

—¡Vaya! ¿Qué es *eso*? —preguntó él.

—Lava, creo.

—Sí, en efecto —agregó Sean—. La temperatura de salida, medida espectroscópicamente, es de unos 850 °C.

—¿Supone una amenaza? —interrogó Steve.

—Sí, de varias maneras —replicó Daniela—. Primera, la antena será destruida; segunda, los restos del Palacio Lunar se hallan en peligro, y tercera, la lava nos cortará la ruta de salida.

—Entonces deberíamos darnos prisa. Hay una docena de rusos en el sótano. Necesitan los dos trajes espaciales que trajimos.

—Pero dos no les bastarán.

—Sí. Los usarán para ir a por los suyos.

—De acuerdo, me encargaré de ellos —afirmó Sean—. Mientras tanto, ¿podrías ocuparte de nuestros negociadores chinos, Steve?

—¿Qué pasa? —quiso saber él.

—Es difícil —explicó Daniela—. Dudan de nuestra autoridad y creen que lo harían mejor por su cuenta. Y, por supuesto, no nos permitirían usar su antena sin permiso de la Tierra.

—Enseguida me ocupo. —Steve suspiró.

—Voy a introducirte nuestra posición en el sistema.



STEVE MARCHÓ HACIA el punto que parpadeaba en la pantalla de su casco. Se cruzó con el androide, que había vuelto con rapidez al Rover.

El edificio donde se había refugiado la tripulación china no parecía haber sufrido daños. Tenía dos plantas y parecía un parque de bomberos, con cuatro amplias puertas enrollables de altura completa, tras las que seguramente se ocultaban vehículos especializados. Se garantizaba que la construcción de la antena de radio había requerido una docena de excavadoras.

En el centro, entre las puertas enrollables, había una puerta normal con caracteres chinos. Steve llamó, y una esfera de cristal incrustada en la puerta más o menos donde se esperaba que se hallara la mirilla empezó a brillar.

Steve dio un paso atrás. La esfera le siguió. Un dron, por lo visto, que podía desprenderse de la puerta. Voló a su alrededor a corta distancia. Steve intentó esquivarla con la cabeza, pero no pareció reaccionar. Después, volvió a volar hacia la puerta. Todo en completo silencio, por supuesto, porque él todavía estaba en el vacío de la superficie lunar.

—Daniela, ¿estás detrás de esta extraña puerta?

—Sí, tranquilo, es una cámara automática. Puedo ver las imágenes desde aquí. Me han dicho que es una medida de precaución.

De repente, la puerta se abrió.

—La puerta está abierta.

—Pues pasa. Justo detrás está la esclusa. Pero es...

Steve atravesó la puerta, que inmediatamente se cerró tras él. Y, se cortó la radio. ¿Qué había empezado a decir Daniela? ¿Que estaba muy oscuro? ¡De repente, algo le golpeó desde el frente! Y por detrás, por ambos lados, por arriba y por abajo. A través del traje sintió como chorros de agua caliente. El techo se tiñó de rojo y la ducha terminó. Comenzó un rugido sibilante que lo abarcaba todo. *Creía* que la esclusa contenía aire ya, pero no se quitaría el casco hasta que el techo se iluminara de verde.

Justo, ahora. Casi al mismo tiempo, la puerta se abrió. Olía a desinfectante. Tras la puerta le esperaba una mujer asiática uniformada, de unos 60 ó 65 años, con el cabello negro azabache, muy corto, que apenas asomaba bajo la gorra del uniforme.

—Bienvenido, comandante Knight.

Y hablaba su idioma. Genial. Steve siempre había tenido la intención de aprender chino, aunque no había tenido tiempo. Tal vez ahora tendría la oportunidad. ¿Así que el desastre también tenía un lado bueno? Debía de estar perdiendo la cabeza.

—Le pregunté si se encontraba bien, señor Knight.

—Oh, disculpe. ¿Por qué no me llama Steve?

—Encantada, Steve. Me llamo Shi Fei. Soy la jefe de estas instalaciones de la Academia China de Ciencias. Sígame, por favor.

Entraron en una estancia del tamaño de un salón, amueblada al estilo occidental, una mezcla entre sala de reuniones y salón. Daniela ya esperaba allí, sentada entre dos jóvenes y comunicándose por señas.

—¿Le apetece un té, Steve?

—Me encantaría, señora Shi.

Esperaba haber acertado. Por lo que tenía entendido, en su país, antepónían el apellido al nombre de pila. La mujer era mayor que él, así que no podía tutearla. Shi Fei asintió con amabilidad, así que no debía de haber metido la pata. Luego desapareció en una habitación contigua y regresó con una tetera y una taza. Dejó la taza sobre la mesa y la llenó. Ya había cuatro tazas al otro lado de la mesa, así que se atrevió a coger la nueva y darle un sorbo. El té estaba caliente y casi tan fuerte como su café matutino.

—Perdonen mis modales —lamentó Shi Fei—, pero vivimos tiempos emocionantes. ¿En qué puedo ayudarles?

—Nos gustaría utilizar su antena para enviar un mensaje de radio a la Tierra para informarles de nuestra localización y situación.

—Sí, eso me temía. El problema es, como ya le he explicado a su amable colega, tal uso es imposible sin el permiso de nuestros superiores.

—Pero usted es científica y conoce el problema. El permiso no llegará hasta dentro de cuatrocientos años, si lo piden hoy.

—Ya lo hemos consultado. Debe saber, Steve, que tenemos una directriz no oficial para estos casos. Si nuestros superiores no responden en veinticuatro horas, yo misma tomaré la decisión. Así que solo tenemos que esperar dieciséis horas más.

—¿Han observado el horizonte norte?

—Sí, estamos al tanto de la erupción de lava. Llega en el momento más inoportuno.

—Señora Shi, si no actuamos a tiempo, la Tierra nunca sabrá qué ha sido de nosotros. ¿Cree que es lo que sus superiores desearían?

—No me corresponde analizar a mis superiores. Especialmente en medio del caos, es importante respetar los principios de la toma de decisiones.

A Steve le habría gustado zamarrear a aquella mujer. Durante unas horas aún tenían la oportunidad de informar a los de la Tierra, ¡y ella se atenía a sus reglas!

—Señora Vasiljevic, creía que había preguntado por el baño —indicó Shi Fei.

—¿Yo? Sí, claro.

Daniela se levantó. ¿Qué tramaba? ¿Intentaba distraer a Shi Fei? Las dos mujeres salieron de la habitación, dejándole a solas con los jóvenes. Todos guardaron silencio. Steve siguió tomando su té hasta que regresaron. Daniela volvió a sentarse.

—Señora Shi, tengo una...

—Déjalo, Steve —murmuró Daniela, con firmeza.

—Señora Shi, yo... —¿Qué sentido tenía? Steve se rascó la barbilla. Mujeres.

—Steve... —Aquello sonó casi como una amenaza.

—Me gustaría invitarla a la Base Lunar de la NASA, y por supuesto, a toda su tripulación. Sospecho que, pronto, será bastante incómodo permanecer aquí.

—¿Tienen mucho espacio?

—No es un palacio, por supuesto, aunque contamos con un montón de almacenes que podemos reconvertir en viviendas.

—Querido Steve, su invitación es un honor. Estoy de acuerdo con usted en que deberíamos unir nuestras fuerzas. Si eso tiene que ser necesariamente en el emplazamiento de la base operada por los Estados Unidos de América es algo que aún debo discutir con mi gente.

—Y con sus supervisores, por supuesto.

—Con ellos también. —Shi Fei sonrió.

—¿Puedo decirme cuántos forman la tripulación del Palacio Lunar?

—Tres científicos, cinco técnicos y yo misma como miembros del Ejército Popular de Liberación.

—No son muchos para un proyecto tan grande.

—El mantenimiento de la antena se realiza desde casa. Solo se nos necesita para reparaciones menores. La tripulación se habría reducido a la mitad el año que viene.

—Sí, la NASA tenía planes similares en marcha. Íbamos a ser reemplazados por androides. Probablemente ya conozcan a uno de ellos.

La mujer china asintió rápidamente.

—Impresionante tecnología, ¿verdad?

—Claro, pero...

—¿Sí?

—Lo siento, ya he dicho demasiado. Supongo que, mi edad, me hace descuidada. Ahora, me gustaría pedirles que se fueran.



—NOS HA ECHADO. ¿Te lo puedes creer!?

—Sí, Steve. Venga, caminemos un poco.

—Y tonto de mí, ni siquiera fui al baño.

—Yo tampoco.

—¿Cómo? Pero Shi te llevó...

—No. Me contó cómo usar la antena para enviar una señal a la Tierra.

—Oh —exclamó Steve.

Eso presentaba una perspectiva totalmente nueva. La líder china no era la anciana rígida que había fingido ser.

—Sí. De esa manera, no perdió credibilidad ante su pueblo.

—Claro. Entonces, ¿cómo funciona?

—Ese es el problema. Tenemos que llegar al centro del cráter. Allí hay un punto de recogida de señal que podemos emplear para alimentar nuestra transmisión en la antena.

—¿Y no han asegurado eso?

—No se sabe. Primero, tenemos que arreglárnoslas para llegar al centro de la antena. *Antes* de la lava. Y, por desgracia, esa cosa lleva ventaja.

—¿Tienen prisa? —preguntó una voz masculina con acento ruso en su canal de radio—. Aquí Viktor.

¿i Viktor hablaba su idioma!? Entonces, ¿por qué se había dirigido a él en ruso?

—*Vy govorite po-angliyski?* —Steve le preguntó si hablaba inglés.

—*Da, tovarishch, konetschno.*

«Por supuesto, camarada», tradujo Steve para sí.

—¿Qué dice? —inquirió Daniela.

—Sí, tenemos bastante prisa —respondió Steve, ignorándola—. Tenemos que llegar al centro de la antena de radio. ¿Puedes ayudarnos?

—Ah, ¿quieren intervenir la antena?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo hemos hecho algunas veces, cuando teníamos que transmitir noticias urgentes.

—Pero sin preguntar.

—Claro: «Haz muchas preguntas, obtén muchas respuestas». Eso es lo que decís vosotros, ¿no?

—Casi. Entonces, ¿puedes ayudarnos?

—Por supuesto. Tenemos un Lada Rover de alta velocidad en el garaje, el nuevo WSV, *Wuisoko-skorostnoi vjesdjechod.*

—Lo siento, no he oído hablar de él.

—También era secreto, aunque eso ahora no importa. Enviaré al androide con él. El WSV puede alcanzar los 70 km/h.

—¿Cómo lo consigue? ¿Con un cojín de aire? ¿Con levitación magnética?

—En la Luna, no —se carcajeó—. Lo único que ayuda aquí es su suspensión de alta tecnología y el buen acero ruso.

Dos minutos más tarde, Sean llegó con el prometido WSV. El vehículo tenía forma de cuña y se hallaba recubierto de metal por todas partes. En la parte delantera, donde estaría el parabrisas, había hendiduras. Steve golpeó la rueda delantera izquierda. Goma sólida, pero sorprendentemente blanda.

—Podría llevaros yo —se ofreció Sean.

—No, déjalo. Nosotros lo haremos —añadió Steve—. Eres demasiado valioso. Por favor, ayuda a nuestros colegas rusos a encontrar sus trajes espaciales. Vamos a tener que llevarlos a la Base Lunar. ¿Hablas ruso?

—*Konechno.* Mandarín y cantonés también.



—DÉJAME CONDUCIR. Tengo mejores reflejos —pidió Daniela.

—¿Perdón?

—Oye, está científicamente demostrado. Soy bastante más joven que tú. No puedes tomártelo como algo personal.

—Está bien.

Steve subió por la derecha y Daniela por la izquierda. El WSV era un Rover lunar clásico preparado para la velocidad sin cabina presurizada, básicamente un Lunokhod a toda velocidad. Steve se abrochó el cinturón. Dos correas transversales le sujetaban el cuerpo. Probablemente tendría que prepararse para un ritmo salvaje. Miró hacia delante a través de las rendijas del metal. El resplandor rojo ya había avanzado considerablemente. Al parecer, la lava había llegado a las estribaciones de la antena. Gracias a la gran huella de la antena, debería seguir produciendo suficiente potencia de transmisión durante bastante tiempo. Sin embargo, la antena no podía alinearse, porque estaba construida sobre el cráter. Tendrían que esperar hasta que, más o menos, apuntara en dirección a la Tierra porque la Luna había girado.

—Sujétate fuerte —advirtió Daniela.

Steve solo notó la fuerte aceleración del WSV por las vibraciones que el motor transmitía al chasis y por la inercia que lo apretaba contra el respaldo. Enseguida comenzaron las sacudidas. Estas se dirigían desde el suelo lunar directas a su abdomen, era peor que montar en bicicleta desnudo sobre adoquines. Sus reflejos eran mejores entonces. Suponía que los fabricantes de automóviles rusos no sabían nada de acolchado de asientos. Por otra parte, cualquier otro vehículo se habría averiado hace tiempo. Los cantos rodados del tamaño de una calavera, esparcidos por todas partes, ponían al límite la supuesta suspensión de alta tecnología.

Daniela hizo poco caso. Mientras, Steve echó un vistazo a su lado del vehículo. El instrumento circular situado detrás del volante mostraba la velocidad y las revoluciones por minuto con dos agujas de reloj, nada más. Ya habían alcanzado los 50 km/h, y ella seguía acelerando. A esa velocidad, solo podía evitar los obstáculos más grandes. Steve tensó todos sus músculos para protegerse de los impactos, sudando como si estuviera corriendo una maratón.

El trayecto fue más agradable cuando pasaron por debajo de la antena. Sus elementos individuales estaban interrumpidos por líneas de servicio dispuestas radialmente. Allí uno se daba cuenta de la increíble potencia de las excavadoras que debían de utilizar los constructores chinos. Las vías no estaban diseñadas para circular a 70 km/h, pero los obstáculos eran menos importantes, por lo que las sacudidas solo golpeaban la parte trasera de Steve, ya no justo en la barriga. Las sujeciones del asiento hicieron un trabajo excelente. Sin ellos, su cabeza habría chocado con el techo hacía mucho.

Sin embargo, la labor de Daniela era cada vez más estresante. La oscuridad era total desde que se pusieron los dos soles. Atravesaron una cueva artificial, en cuyo techo solo se veía una estrecha franja de cielo nocturno: allí era aún peor que cerca. El camino, sin embargo, no era tan recto como podía parecer desde arriba. Los armazones de aspecto estable sobre los que descansaba la rejilla de alambre de la antena sobresalían a veces más, otras menos en la pendiente. El WSV, gracias a su inercia de unas dos toneladas, aún podía derribarlos, lo que posiblemente provocaría el derrumbe de todo un segmento de la antena encima de ellos. Steve agradecía ahora que Daniela se hubiera puesto al volante.

Los faros del WSV eran fabulosos. Tenían amplios conos de salida de luz que alcanzaban unos 15° a izquierda y derecha. Como iban cuesta abajo, iluminaban unos 150 metros. Sin

embargo, los postes metálicos siempre parecían saltar de repente a su paso, como si la propia antena quisiera detener a los intrusos no invitados.

¿Por dónde iría la lava? Steve consultó su reloj. Llevaban media hora de trayecto, así que estaban a mitad de camino.

—¿Quieres que te sustituya? —quiso saber Steve.

—Hablemos de eso cuando lleguemos.

Vale. Ser copiloto ya resultaba bastante agotador.



STEVE SE DIO cuenta de que se aproximaban al centro porque los postes se acercaban cada vez más, obligando a Daniela a efectuar un eslalon salvaje. A su estómago le gustaba incluso menos que las constantes sacudidas desde abajo, así que se concentró en mirar hacia delante y trató de fijarse en un punto lo más alejado posible, una táctica que se suponía ayudaba contra el mareo. Sin embargo, los constantes movimientos del volante lo dificultaban, y lo único que veía era lo que iluminaban los faros.

Daniela le apoyó la mano en la rodilla, por lo que Steve procuró quejarse menos cuando tomaba una curva. Ella condujo con elegancia alrededor de otro obstáculo. De repente, algo saltó en medio del camino.

—¡Cuidado! —gritó Steve.

Daniela ya estaba frenando. La inercia le empujó hacia delante, hacia los cinturones que se clavaron en su traje y en su cuerpo como un látigo. El WSV derrapó a la derecha... ¿o Daniela se había dirigido hacia allí? Ocurrió justo a tiempo, porque así evitaron la inevitable colisión contra la columna de un metro de grosor que se erguía en medio de la calzada.

—¡Mierda! ¿Qué fue eso? —preguntó Steve.

—Nuestro objetivo, creo.

—Pero ¿por qué...?

—Por la curva anterior. Los faros deben haberla pasado zumbando. Aunque no importa. ¡Llegamos!

Steve se echó hacia atrás. Su corazón latía como loco. Al menos, su estómago se había calmado. Daniela ya se estaba desabrochando y saliendo. Necesitaba unos segundos más.

—Oh-oh, tenemos un problema —advirtió Daniela.

—Menuda novedad —añadió Steve.

Daniela se rio, y Steve se alegró de oírla tan alegre. Se desabrochó las correas, salió y se dirigió a la columna. Daniela ya había abierto una trampilla, detrás de la cual se ocultaba una pantalla. Ese era el problema.

—Está todo en chino —se lamentó Steve—. Qué fastidio.

—No, ese no es problema —afirmó Daniela.

—¿Ah, no? ¿Sabes chino?

—No, pero Shi Fei me dijo qué botones pulsar y en qué orden.

—A mí me parecen todos iguales.

—No. Mira el abeto, el gordo, es una botella; y esto, un policía saludando.

Steve tuvo que reírse. El policía podría ser un ciclista con un gran sombrero. Sin embargo, ¿no había mencionado Daniela un problema?

—Me alegro de que hayas captado la perspectiva. Vale, ¿cuál es el problema?

—He tecleado las coordenadas del objetivo que me dio Shi Fei.

—¿Ya había calculado dónde está la Tierra?

—Por supuesto. Nuestra acción fue planeada, después de todo. Pero ¿ves estos números? —Daniela señaló a la esquina superior derecha de la pantalla.

—¿Ese es el tiempo que falta para que la Tierra quede a la vista? —preguntó Steve, quien distinguió un uno y un cuarenta.

—Exacto. Una hora y cuarenta minutos.

—¿No podemos teclear el mensaje y programar este cacharro para que lo envíe en cuanto la Tierra sea visible?

—Se trata de una consola de mantenimiento. No tiene nada para guardar mensajes. Solo podemos enviarlos directamente.

—Pues tu amiga china nos ha metido en un buen lío. ¿Y si la lava nos pilla antes?

—Solo necesitamos un poco de suerte. Ten fe, cariño.

Uf. Ya habían tenido muchísima, empezando por su primer viaje a la Base Lunar. En algún momento, la suerte se les acabaría.

—Podríamos llamar a Sean.

—No creo que estemos en su radio de alcance. Además, es demasiado valioso para perderlo en medio de la lava.

—¡Oye, tú eres mucho más valioso para mí que Sean!

—Gracias.

—Pero, para la supervivencia de todos, somos prescindibles. Nuestras muertes podrían, incluso, ayudar a otros. —Daniela sonrió y le acarició el casco con la mano.

—¿Qué quieres decir? No soy tan mal jefe, y tú eres la única doctora capacitada que tenemos.

—Me temo que pronto habrá cosas más importantes que un tratamiento médico. Nos quedaremos sin recursos. Somos unos veinticinco o treinta. Aunque empezamos a producir alimentos ya, no lograremos alimentar a todos durante el primer año. A menos que los rusos o los chinos tengan grandes reservas almacenadas.

—Es poco probable. Cualquier producto terrestre podía llegar en veinticuatro horas. No valía la pena tener una gran reserva.

—Veremos. Ya lo discutiremos cuando tengamos una visión general de todos los suministros.

—Pero no ahora —sentenció Steve.

—Vamos, esperemos en el Rover. —Daniela suspiró.

—Tengo una idea mejor —propuso Steve—. Hay una escalera que sube justo al lado del Rover. Apuesto a que la vista es preciosa.



LA VISTA NO era solo preciosa, era impresionante. Casi todo tenía el mismo aspecto que antes de la catástrofe. Estaban allí, en la antigua parte trasera de la Luna, desde la que nunca podrían ver la Tierra. Sobre ellos se alzaba un cielo con decenas de miles de luces claras. A su alrededor, la gigantesca antena se extendía hasta las laderas del cráter. Steve se sintió como una hormiga en el fondo de una ensaladera.

Sin embargo, Steve no le embargó el miedo, sino una calma y una grandeza absolutas. Incluso el resplandor al rojo vivo que rodaba lentamente hacia ellos encajaba de algún modo en el cuadro. Podía ser el pincel de un pintor invisible que aún estaba corrigiendo algunos detalles

de su obra de arte, borrando una aplicación exagerada de pintura u otorgando al borde del cráter una curva más elegante. Steve se alegró de ser tan pequeño, porque así ese pintor podría no darse cuenta de la mota de polvo pegada al lienzo que había en el centro del cráter, cerca de una segunda mota de polvo. Y lo que no viera, no lo soplaría ni lo borraría con una pincelada al rojo vivo.

Ambos se sentaron espalda con espalda y contemplaron el paisaje y el cielo, por separado y, sin embargo, juntos.

—¿Cuál de estas estrellas crees que será el Sol? —preguntó Steve.

—Espera. Con las coordenadas de Shi Fei, debería poder decírtelo. Allí, en dirección oeste, a medio camino del cenit.

—¿No debería salir por el horizonte?

—No, tiene que estar relativamente alto. La antena no lo alcanza hasta que está cerca del cenit.

—Ah. ¿Entonces, tal vez sea esa estrella de ahí? —Steve señaló una de las muchas del oeste.

—Esa será... el Sol —confirmó Daniela y le cogió la mano. No podía saberlo, porque no tenía instrumentos de medición para las coordenadas. No obstante, bastaba con que estuvieran de acuerdo. Entonces, se hizo realidad.



POCO A POCO RESULTÓ INCÓMODO. La lava no bromeaba, un hecho revelado por las vibraciones transmitidas a través de las piezas metálicas sobre las que se asentaban. Alrededor de una quinta parte de aquella zona ya había sido destruida, y un dedo incandescente señalaba el centro donde esperaban. No había nada de malo en ello: la lava solo seguía la gravedad y la presión de la masa que salía de la fisura.

—¿Será suficiente la capacidad de transmisión? —inquirió Daniela.

—Sí, seguro que sí. Doscientos años luz no son tantos en términos cósmicos, y hay receptores potentes en la Tierra. O los había. Esa es, quizá, la pregunta más importante: ¿quedará alguien allí que pueda captar nuestra señal dentro de doscientos años?

—Yo creo que sí. Estarán esperando el informe de la Luna.

—Si ni siquiera sabrán que nos hallamos tan lejos.

—Ya deben haber descubierto cómo sucedió todo. A partir de ahí, seguro que calculan la distancia a la que el accidente lanzó a la Luna. Tiene que haber habido un aporte de energía proporcional a la masa, ¿no?

—Supongo que tienes razón. ¿Y si no fue un accidente? —interrogó Steve.

—¿Crees que es posible que hubiera alguna intención oculta detrás?

—Unos terroristas con dotes científicas que utilizaron un experimento científico para sus propios fines... Piensa en el asalto al CERN en su día. —Él se refería a 2078, cuando unos islamistas habían tomado brevemente el control de la instalación de investigación porque creían que podían producir agujeros negros.

—Habrían provocado mucho daño —aseguró Daniela—. No, la gente no es capaz de llegar a eso. Espero.

—Ya veremos. En algún momento, nuestra situación también podría complicarse. Lo mencionaste antes. ¿Qué sucederá cuando nos quedemos sin recursos?

—Nos las arreglárnoslas. —Daniela suspiró.

De repente, el segmento de antena sobre el que estaban sentados se movió. Este se inclinó

hacia delante, muy despacio, pero aun así resultó perceptible.

—Tenemos que bajar —advirtió Steve, quien se puso en cuclillas y se acercó a la escalera, comprobando por su visión periférica que Daniela le seguía. Acababa de alcanzar el último peldaño cuando ella se inclinó hacia atrás. Al mismo tiempo, supo la causa: el segmento de la antena se estaba inclinando. Entonces, soltó la escalera e intentó asir a Daniela. Esta había caído de espaldas y boca abajo. Apenas pudo cogerla por un pie. Por su parte, Daniela braceó, pero no consiguió agarrarse. Se hallaba a unos tres o cuatro metros. Steve la sujetaba con fuerza, pero empezaba a escurrírsele. ¡Mierda!

«Se acabó», pensó Steve, en el mismo instante en que su mano libre logró agarrarse de la escalera. Estaba sujetando a su novia con una sola mano y a la vez temblaba. Tenía que tirar de ella hacia él. Si Daniela cayera sobre su casco... Steve se mordió los labios para ahogar aquel pensamiento. El dolor le ayudó a reunir sus últimas fuerzas. Steve tiró. Daniela se deslizó más cerca. La zona en torno a la escalera seguía estable. La alzó unos centímetros y se detuvo un momento. Los músculos le ardían, aunque lo había conseguido.

Allí, donde estaba casi nivelada, Daniela consiguió usar las manos para poner los pies debajo de sí misma y agarrarse también a la escalera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Steve.

—Nunca he estado mejor —respondió ella, riendo histérica.

—Bajemos. Tú primero.

Daniela descendió. Por su parte, Steve necesitó un momento de descanso y bajó tras ella. Al llegar, cayeron abrazados.

—Por los pelos —declaró Daniela.

—Tuvimos suerte otra vez —dijo Steve.

—Sí, gracias a ti.

Steve negó con la cabeza.

—¡La pantalla! —exclamó Daniela.

Steve comprobó los números. La cuenta atrás aún no había llegado a 0. La Tierra no estaría en el rango de máxima potencia de transmisión hasta dentro de veinte minutos. Se dio la vuelta. El flujo de lava podía verse ahora también desde allí abajo. Probablemente no tendrían de más de dos minutos.

—Esperaremos hasta el último segundo —propuso Steve—. ¿Conduces tú?

—¿No prefieres ir tú al volante?

—Demuéstrame que eres mejor conductora. —Si él no lo conseguía, al menos Daniela podría arreglárselas y escapar.

—De acuerdo. Aunque no me arrancaré hasta que te hayas sentado a mi lado. Que lo sepas.

Daniela debía haber imaginado el porqué se lo había propuesto. Chica lista.

—El mensaje es más importante. —Steve negó con la cabeza.

—Te equivocas. Dos o tres segundos no importarán, así que por favor no te hagas el héroe. ¿Quién va a salvarme el pellejo cuando ya no estés?

—¿Sean, quizás? Es más rápido de reflejos y tiene más resistencia.

—¿Eso es lo que pensabas hace un momento, cuando estuvimos a punto de morir aquí?

—No «pensaba» en nada.

—Entonces, te mostraré cómo enviarlo ahora.



PALMERA, gafas, signo de interrogación, pincel, pincel, sol, OK.

Esa era la secuencia que tenía que recordar. Siete elementos. Seguro que no era tan difícil. Habría sido mejor si Daniela hubiera podido guiar el sistema hasta el último paso. Sin embargo, si no se pulsaba ninguna tecla durante 10 segundos, volvía al principio.

—Palmera, gafas, signo de interrogación, pincel, sol, OK —repitió.

—No, debes pulsar «pincel» dos veces, no una.

—Palmera, gafas, signo de interrogación, pincel, pincel, sol.

—Casi. No olvides el «OK» al final.

—Palmera, gafas, signo de interrogación, pincel, brocha (pincel), sol, OK.

—Eso es.

—Palmera, gafas, signo de interrogación, pincel, pincel, sol, OK.

Cuanto más lo recitaba, más absurdo le parecía. ¿Qué era una palmera? De repente, ya no tenía una imagen de esa palabra en la cabeza. Debía reconocer la palmera en los caracteres. Steve caminaba en círculos. P-A-L-M-T, cuando pensaba en «palmera», las letras surgían en su cabeza.

—Palmera, gafas, signo de interrogación, pincel, pincel, sol, OK —dijo.

—Muy bien —lo felicitó Daniela.

—¿Qué es una palmera?

—¿Un cocotero?

Había vuelto a acertar. Uf. Su mente visualizó una palmera en una isla desierta. El sol poniente brillaba tan rojo como el flujo de lava que se acercaba.

—Palmera, gafas, signo de interrogación, pincel, sol, OK.

—Dos pinceles, Steve. ¡No lo olvides!

—Palmera, gafas, signo de interrogación, pincel, pincel, sol, OK.

—¡Sí!

P, A, L... ¡No debía pensar en las letras! La imagen de la isla regresó a su mente. Su traje pitaba. Hacía demasiado calor por la radiación producida por la lava. Steve fue a la pantalla, la cual parpadeaba. Mierda.

—Voy a empezar —anunció él.

—¡Ya!

Steve cerró los ojos un instante y pulsó los caracteres. Primero el de la palmera, seguido de las gafas y el signo de interrogación. Una breve pausa. Ahí estaba el pincel. Lo pulsó. A su lado apareció el sol. ¡No! Pincel dos veces. Ahora el sol. Casi había terminado. Vio un mensaje de advertencia en rojo. Probablemente debido al calor.

—Hay un mensaje de advertencia con dos opciones. OK no es ninguna de ellas.

—Mierda. Voy.

—¡Quédate en el Rover! ¡Tampoco lo sabrás leer!

¿Una rima para contar? No, lógica. La opción por defecto que el sistema recomendaba era, sin duda, la correcta. Pero ¿qué recomendaba el sistema? Si hacía demasiado calor, apagar, seguro. Steve pulsó el botón izquierdo. Apareció el botón con el OK. También lo pulsó. Surgieron ruidosos mensajes de error, pero estaban en su casco. Una barra de progreso apareció en la pantalla, corriendo hacia la derecha. Ese era el tiempo que debía esperar. La barra llegó al borde derecho. Una marca de verificación verde apareció mientras su casco se volvía loco. Estaba convencido de que ponía «Enviado». ¡Hurra!

Steve corrió hacia el vehículo. La lava se hallaba muy cerca, a tres metros como mucho. Entonces abrió la puerta, saltó al interior y cayó boca abajo en el asiento. De pronto, Daniela salió a toda velocidad. Steve trató de meter las piernas en el vehículo, pero el WSV corría tan

rápido alrededor de las curvas que lo único que podía hacer era agarrarse. Con suerte, Daniela sabría que sus piernas sobresalían hacia los lados. Los movimientos de conducción le hacían deslizarse de un lado a otro. Al mismo tiempo volvió a sentir las sacudidas en el estómago. ¿Por qué corría así? ¡El avance de la lava no podía ser tan rápido!

—Lo siento, cariño, pero la antena se nos viene encima.

¿Eso también? Cuando los movimientos del vehículo se calmaron un poco, Steve logró meter las piernas dentro. A duras penas consiguió sentarse, su inercia le empujaba contra el respaldo. Ahora no tenía que preguntar. Entre los listones del «parabrisas», vio perfectamente lo que ocurría. El segmento de la antena se inclinaba hacia delante, cada vez más rápido. Si tocaba el suelo antes de que pudieran abandonar la zona, quedarían atrapados.

«¡Acelera, Daniela!». Steve se alegraba de no ir al volante, porque ella tenía que seguir esquivando postes por el camino. La antena estaba cada vez más cerca, centímetro a centímetro, un enorme segmento que el Rover nunca sería capaz de mover. Les alcanzaría en nueve, ocho... Mierda, una piedra. Seis, cinco, cuatro, pum... un poste. Dos, uno... ¡buf! ¡El Rover lo había logrado!

—¡Vaya! —exclamó Steve—. ¡Menudo viajecito! —El corazón le latía con fuerza hasta la garganta, el sudor le corría por los ojos.

—Eso fue... alucinante —añadió Daniela—. Creo que me he meado encima.

—Yo te aseguro que lo hecho. ¡Eres increíble! —gritó Steve.

—Me siento como si hubiera renacido —afirmó Daniela, quien lentamente detuvo el vehículo.

—Casi no lo contamos —dijo Steve.

—No sé tú, pero a mí me encantaría hacer el amor contigo ahora mismo.

En ese momento, Steve se dio la vuelta. El resplandor de la lava ya no era visible, por supuesto. No lo sería bajo el segmento de antena colapsado.

—Supongo que eso podría costarnos la vida —concluyó él—. Aunque, valdría la pena.

—Eso es lo que deseaba oír —rio Daniela—. Pero, en serio, ¿podrías coger el volante? Necesito descansar un rato.

—Por supuesto, cariño.



DANIELA DURMIÓ EL resto del camino. Desde luego, se lo había ganado. Steve se tomó su tiempo para que el trayecto tampoco fuera demasiado agotador para él. Intentó imaginarse los días venideros. Sus colegas chinos no podían quedarse en su Palacio Lunar, ni los rusos. El cráter parecía hallarse en grave peligro. Aún se desconocía el estado de la base de la ESA. Steve había evitado el tema a propósito para ahorrárselo a Daniela.

Sin embargo, el hecho era que pronto viviría en la Base Lunar un número considerable de personas y no podían organizarse con las actuales estructuras de mando. ¿Por qué deberían sus invitados someterse a un comandante estadounidense? ¿Mi casa, mis reglas? Eso ocasionaría conflictos. Solo superarían aquel desastre trabajando juntos, así que necesitaban crear una especie de consejo. Tal vez, incluso, celebrar elecciones. Ese sería el momento en el que Steve se apartaría. No era político. Por supuesto, estaba encantado con la posibilidad de ayudar a garantizar la supervivencia, pero no quería cargar con la responsabilidad de todos.

El Rover abandonó la protección del último segmento de antena. De repente, se hizo de día. Debía de haber salido uno de los soles. Steve ni siquiera se había dado cuenta. El patrón de los

días seguía pareciéndole inescrutable, aunque probablemente era normal. La Luna giraba alrededor del gigante gaseoso sin nombre, que a su vez orbitaba alrededor de aquellos dos soles, no se podía esperar una rutina diaria constante año tras año.

—Oh, ¿ya hemos llegado? —murmuró Daniela.

—Sí, cariño.

Steve dirigió el WSV hacia el alojamiento chino. Se habían ganado una ducha tras una visita al lavabo.



SU CORTA ESTANCIA se convirtió en una noche entera. Shi Fei les proporcionó una habitación. Ambos estaban tan agotados que se quedaron dormidos, sin cenar, tras un simple beso de buenas noches. Por la mañana, les despertaron sin mediar palabra y, poco después, les acompañaron para que pudieran desayunar.

La comida parecía pensada, al menos, como una ocasión semioficial. Viktor también se hallaba presente y se sirvieron generosamente huevos revueltos con beicon, que les pasaron en un cuenco de plata. Los acompañaron de tostadas, sorprendentemente crujientes. Shi Fei, quien les había dicho que ya había desayunado, sostenía una taza de té. El mismo joven que les había despertado sirvió tres tazas más de café.

—Me gustaría que habláramos sobre el futuro —les dijo su anfitriona china en un inglés impecable, una vez que todos hubieron sido atendidos.

—Eso es muy sensato —contestó Viktor—. Mis compañeros opinan que solo juntos tendremos alguna oportunidad.

—¿Habéis encontrado ya a Vitali? —preguntó Steve.

—Ha muerto, por desgracia.

—Oh, lo siento mucho.

—Sí, Vitali era un buen comandante. Yo seré su sustituto.

—Mucha suerte.

—*Blagodaryu vas*. Eh, gracias.

—Steve, si pudiéramos retomar la cuestión anterior...

—Por supuesto, señora Shi. No pretendía ser grosero.

—Gracias. La tripulación del Palacio Lunar podría estar dispuesta a establecer una oficina en la Base Lunar de la NASA.

—¿Bajo qué condiciones?

—En primer lugar, la zona que nos corresponde se halla bajo la soberanía territorial de la República Popular China.

—Según el Tratado de la Luna, esta y sus partes no pertenecen a ninguna nación, señora Shi.

—El Tratado no fue ratificado ni por Estados Unidos, ni por Rusia, ni por China —afirmó Shi Fei—. Es más, ni siquiera estoy segura de que podamos asumir la continuidad del orden jurídico terrestre. Pero eso es ir demasiado lejos. Lo que quiero decir es que, dentro de la presencia china, nuestro orden legal no puede ser cuestionado.

—Lo mismo exijo respecto a la presencia rusa —añadió Viktor.

—Entiendo que cada grupo querrá seguir haciendo lo que acostumbra, entre ellos. Bien, de

acuerdo. Seguro de que lo mismo desearán nuestros colegas de la ESA. —Así que los residentes lunares se regirían según las leyes de sus respectivos países de origen, ¿no?

«Vamos, que soy una especie de político», se lamentó Steve. Ya temía que se produjeran negociaciones de ese tipo. Ni siquiera contaba con un mandato de su propio pueblo.

—Se podría decir así —contestó Shi Fei—. ¿Le importaría si lo plasmamos por escrito para que podamos firmarlo todos?

—Por supuesto que no —replicó Steve.

Shi Fei hizo una señal con la mano al joven que había estado tomando notas todo el tiempo. Se levantó y se acercó a Steve con una tablilla en la que la demanda de Shi Fei se recogía generalizada para todas las partes: en perfecto inglés, en caracteres chinos y, más abajo, en alfabeto cirílico. Aquel chico debía dominar los tres idiomas.

—Está perfecto. ¿Por qué nunca dices nada, muchacho?

—Li Bao, por desgracia, no puede hablar —explicó Shi Fei.

«Mierda, acabo de meter la pata otra vez».

—Perdóname, Li Bao. Has hecho un trabajo magnífico.

El joven sonrió, asintió y señaló el sensor de huellas dactilares situado bajo la pantalla. Steve dio un golpecito en él y, al parecer, contó como su firma. Li Bao le acercó la tableta a Daniela.

—Yo solo soy médico —indicó Daniela—. De hecho, ni siquiera debería estar aquí.

—Es usted la máxima representante de la ESA en esta mesa —aseveró Shi Fei—, así que adelante, firma.

Steve todavía no había oído hablar de la Aldea Lunar. Esperaba que Daniela no fuera la única superviviente de la ESA.

—¿Es usted doctora? —quiso saber Viktor—. Eso es genial.

—¿Tienen a alguien que deseen que examine?

—Sí, dos heridos leves. El *robodoc* de nuestros amigos chinos está ocupado.

—¿Ustedes también tienen heridos graves? ¿Y su transporte? —preguntó Daniela.

—Por supuesto, no los moveremos hasta que se pueda hacer sin problemas —señaló Shi Fei.

—Viktor, puedo examinar a sus pacientes ahora, si quiere.



PASARON MÁS DE dos horas hasta que, por fin, pudieron regresar. Sean se quedó para ayudar con el próximo traslado. En el primer tramo, Daniela se sentó al volante del Rover, dando tiempo a Steve para disfrutar del paisaje. El planeta se elevó justo cuando iban por el camino que conducía al borde del cráter.

De repente, la Luna tomó color. Desde abajo, el rojo brillante de la lava llenaba casi por completo la cuenca del valle. Desde arriba, el gigante gaseoso enviaba una luz cálida y amarillenta que suavizaba y acariciaba las duras sombras proyectadas por los dos soles. La Luna causaba así una impresión casi habitable. ¿Podría ser una buena señal?

—Mmm, Daniela.

—¿Sí?

—Sé que no eres geóloga, pero sabes casi de todo.

—¿Qué ocurre?

—¿No podría haber suficiente agua y oxígeno en la corteza lunar para crear, al menos, una fina atmósfera? Hay suficiente radiación térmica tanto desde el interior como desde el exterior. Si se produjera un efecto invernadero, la Luna podría llegar a albergar vida propia.

—Tienes razón, no soy geóloga. Y no sé si hay suficientes gases en la corteza. Pero ¿no era más bien la baja gravedad la que no podía mantener una atmósfera densa?

—¿Tú crees? Sin embargo, Titán, la luna de Saturno, también pesa solo el doble que nuestra luna, y tiene una atmósfera aún más densa y expansiva que la de la Tierra.

—Bueno, si ese es el caso, tal vez tengas razón. Aunque, ¿cómo vas a sacar todos esos gases de las rocas lunares?

—Bueno, ¿y si la atracción gravitatoria del planeta gaseoso está a punto de encargarse de ello? Si no lo hace, solo tendríamos que cubrir la Luna con una serie de explosiones atómicas.

—Eres un bicho raro, Steve. Aunque un bicho raro simpático. Terraformar la Luna, no creo que a nadie se le haya ocurrido esa idea antes.

—Lógico. La Luna estaba demasiado cerca de la Tierra y había candidatos mejores, como Marte. Sin embargo, las condiciones han cambiado radicalmente.

—Me temo que no viviremos tanto como para conocer los efectos de tu propuesta de terraformación.



—BASE LUNAR, aquí Rover 1. Adelante. —Mientras Daniela conducía los últimos kilómetros, Steve se encargó de la radio.

—Rover 1, aquí Base Lunar. ¡Por fin! —Era Samantha. Steve se emocionó al oír su voz.

—Llegaremos en unos quince minutos. Pon dos cervezas en hielo.

—De acuerdo, comandante. Os hemos echado mucho de menos. ¿Ha ido todo bien?

—Yo no diría tanto, pero hemos cumplido nuestra misión principal. Os contaremos el resto en cuanto tengamos las cervezas en la mano. ¿Alguna novedad por ahí?

—Dos, en realidad. Tom ha despertado y se levantado. Incluso pidió algo de comer.

—Por favor, sed prudentes con mi paciente —pidió Daniela—. No quiero que se esfuerce demasiado pronto.

—Tranquila, doctora. La segunda noticia te alegrará especialmente —dijo Samantha.

—Ah, sí, ¿cuál es?

—Esta tarde, hace unas cuatro horas, aparecieron dos Rovers con emblemas de la ESA, con un total de cinco personas a bordo.

—¡Estupendo! —exclamó Daniela—. ¿Se encuentran todos bien?

—Que yo sepa, los terremotos lunares se han cobrado dos víctimas.

—Vaya. ¿Sabes sus nombres?

—Por desgracia, no. El jefe de la misión es un tal Manni. Por lo visto, han decidido trasladarse aquí y traer todo su equipo. Pero enseguida podrán decírtelo ellos mismos.

—Gracias, Samantha. Creo que necesitaré algo más fuerte que una cerveza.



HACÍA TIEMPO QUE no había tanta gente en la Base Lunar. Tenían cinco invitados, tres de los cuales se quedarían. Les faltaba la sección del cuartel general, ahora afectada, en el centro de la base. Para ir de los alojamientos a los campamentos se precisaban trajes espaciales. Colocaron algunos cerca de las esclusas, pero cuando llegaran también sus colegas chinos y rusos, volverían a necesitar el cuartel general como zona de transición. Steve asignaría a algunos miembros del

personal para que se ocuparan de la reconstrucción.

Por supuesto, se pondrían a ello a partir del día siguiente. Ahora, Steve deseaba emborracharse. Probablemente esa sería una de sus últimas oportunidades para hacerlo porque, en cuanto hubieran inventariado los suministros, tendrían que empezar a racionarlos. En realidad, no era razonable retrasarlo una jornada, pero toda aquella situación resultaba poco razonable.

Daniela había estado con Manni toda la tarde, lo que no molestó a Steve porque, así, podía beberse una cerveza tras otra tan tranquilo. Sabía que emborracharse de ese modo le provocaría náuseas, aunque no le importaba. Qué más daba vomitar un par de veces después de lo que había tenido que reprimirse con el traje espacial ese día y el anterior. Tenía que permitir que su cuerpo lo hiciera de vez en cuando para que no insistiera en ello en momentos inoportunos.

«Menudas tonterías te estás inventando. Lo que te ocurre es que estás celoso de Manni», se reprochó.

El alemán había aparecido incluso con un poco de su famoso pan negro y con una guapa compañera suya, Clara Kellner, que hablaba inglés con un acento muy diferente al de Manni, ya que resultaba mucho más melódico. Tenía que preguntarle a qué se venía eso.

Sin embargo, una mesa se interpuso en su camino y Steve cayó de cabeza sobre ella.



STEVE SE ENCONTRABA atrapado en una grieta. La oscuridad era total. Mil toneladas de roca le oprimían el pecho. A lo lejos, una máquina rugía mientras cortaba la roca. Sus vibraciones se transmitían a su cuerpo. Le daban esperanza. Le estaban buscando, pero no habían aliviado la presión que le aplastaba el pecho. Si pudiera...

En ese momento, alguien le tocó en el hombro.

—Eh, colega, ¿te encuentras bien?

Steve abrió los ojos. Tom se hallaba a su lado, con una bata blanca.

—Tom, ¿eres tú? —preguntó Steve y se despertó del todo. Estaba tumbado en una camilla con el *robodoc* frente a él. Notaba la lengua espesa, pesada. No debería haber bebido tanto. Recordó el pan negro de Manni. Pero ¿cómo había llegado a la enfermería?

—¿Quién si no? —cuestionó Tom—. Tengo órdenes de quedarme aquí. Lo de fuera es un caos.

—¿Estoy herido?

—Te trajeron anoche porque te caíste por culpa de la borrachera.

—Mi pecho...

—Sammy lo utilizó como almohada —rio—. Te lo quité de encima cuando empezaste a gemir mucho.

—Soñé que me encontraba atrapado en una grieta oscura y que no podía moverme.

—Una puta pesadilla, te entiendo. Cuando estaba en el *robodoc*...

—¿Hay un baño aquí? —Steve le incorporó. Necesitaba una ducha y ropa limpia.

—Sí, la enfermería está totalmente equipada. Es esa puerta del fondo.

—¿Y ahora vives aquí?

—Sí, hasta que se necesite el *robodoc*.

Steve se miró. Iba en ropa interior. Sammy había dejado las huellas de su firma. Se sacudió unos cuantos pelos de gato de la camiseta interior. El resto de su ropa estaba cuidadosamente doblada a los pies de la camilla. Sin duda, no se había desvestido él mismo. Qué vergüenza.

—¿Puedes prestarme un par de calzoncillos? —preguntó Steve.

—Claro. —Tom fue a uno de los armarios, rebuscó en él y volvió con unos calzoncillos negros—. Toma. Talla M.

—Gracias, me quedarán bien.



—ECUALIZACIÓN DE PRESIÓN ESTABLECIDA —informó Maurice por la radio del casco.

Solo para estar seguro, Steve llevaba su traje espacial. Tiró con cuidado de la manilla de la puerta al final de la escalera. En el pasado, habría llegado al centro de control por allí, pero el primer terremoto lunar lo había destruido.

Sin embargo, la puerta pudo abrirse sin problemas. Más allá comenzaba un túnel hecho de un tejido especial. Steve entró y palpó las paredes, que estaban hinchadas por la presión del aire. Desde el exterior llegaba una luz amarilla brillante procedente de unos potentes focos que Maurice había instalado, aunque estos no se veían porque la tela no era transparente.

A Steve, caminar por aquel pasillo le resultó extraño porque sabía que estaba atravesando la antigua sede. Él y sus colegas habían pasado días trabajando desde ambos lados. A través de la fachada panorámica, podían ver la zona de aterrizaje de las lanzaderas lunares. En algún lugar, un trozo de escombros había golpeado a Jerry, y una viga de acero había empalado a Margaret.

El pasillo, tubular y flexible, se hallaba allí antes para conectar la base con los transbordadores cada vez que aterrizaba uno. Desde entonces, no aterrizarían más naves. Jamás. El Blue Moon 34, el que debía llevarle a casa, permanecería como una especie de monumento a la senda de regreso a la Tierra.

—¿Está bien? —preguntó Steve a Maurice.

—Confirmado, las condiciones son nominales —respondió Maurice.

—¿Sigues trabajando en el calentador? —Steve se quitó el casco y notó el aire helado.

—No tiene buena pinta. No nos quedan espirales infrarrojas de repuesto. Lo máximo que puedo hacer es coger una de la enfermería.

—Gracias, Maurice. Todavía no. Tendremos que congelarnos un poco. Es solo un pasadizo.

—De acuerdo. Voy a entrar ahora.

—Te veré luego, en la reunión con Samantha.



CIFRAS, tablas, previsiones. Esas cuestiones eran el núcleo de las reuniones que siempre le habían disgustado. Para Steve suponía un alivio que Maurice y Samantha se ocuparan de ello. Incluso parecían divertirse revisando las hojas de cálculo. Y ahora solo les preocupaban sus propios suministros. ¿Cuánto más complicado sería cuando Europa, Rusia y China se unieran al grupo?

—¿Me has oído, Steve?

De pronto, Steve levantó la cabeza de las manos. Samantha lo miró con las cejas arqueadas, y se sintió como un estudiante al que su estricto profesor pilla soñando despierto. Negó con la cabeza.

—Pues era *importante* —agregó Samantha.

—Disculpa.

—Dije que el suministro de comida nos durará, como máximo, dos meses.

—Tenemos que cultivar nuestras propias verduras —dijo Steve.

—Ya sabes en qué estado está el proyecto del invernadero.

Sí, desde luego... y no era nada bueno. Simplemente había resultado más conveniente traer la comida de la Tierra. Debido a la falta de atmósfera, cultivar verduras en la Luna resultaba más complicado y mucho más caro que, incluso, en la Antártida terrestre.

—¿Quién se encargaba del invernadero? —preguntó Steve.

—Jerry —comentó Maurice.

—¿Y si intentamos sintetizar alimentos químicamente? Tenemos carbono, agua y oxígeno, ¿no? —Steve asintió. «Mierda... tú sabrás».

—Pero no contamos con las instalaciones —señaló Maurice.

—Ni con los conocimientos. No hay ningún químico entre nosotros —replicó Samantha.

—Daniela debe haber estudiado bioquímica, es doctora —afirmó Steve.

—Pero será responsable de la salud de cuarenta o cincuenta personas —dijo Samantha.

—Y todavía no disponemos de instalaciones adecuadas para ese tipo de síntesis—indicó Maurice.

—Cierto, ¡pero no podemos morir todos en dos meses!

—A partir de ahora, si nos consumimos menos del cincuenta por ciento de nuestras necesidades calóricas diarias, viviremos tres meses —explicó Samantha.

—Eso también prolonga la miseria.

—Lo sé, Steve. Solo te estoy exponiendo los cálculos.

—Debemos discutirlo con nuestros colegas de las otras nacionalidades. Tiene que haber una solución.

—A menos que dispongan de algún almacén secreto, no veo ninguna —comentó Samantha.

—Me alegro de que seas nuestro comandante —dijo Maurice.

«Vale, gracias». ¿Tenía que dirigir una colonia condenada a morir en un plazo de dos o tres meses? Prefería correr con un traje espacial por el paisaje lunar.



—PARECES ESTRESADO —advirtió Daniela cuando volvió a verla aquella noche.

—Lo estoy. Tuve la inevitable discusión, sobre los recursos con los que contamos, con Samantha y Maurice.

—Y, ¿cuándo moriremos?

—En unos dos o tres meses.

—Vaya. Me alegro de no tener que lidiar con eso. Yo solo me he encargado de dolores y molestias durante todo el día.

—¿Sabes? Me estoy planteando renunciar al cargo. Es superior a mis fuerzas.

—No puedes hacer eso, Steve. La gente confía en ti. Te *necesitan*.

—Pero no puedo mentirles, ni tampoco decirles la verdad.

—Creo que la soportarán. Aunque, yo esperaré a que todos estuvieran aquí. Quizás, a los otros residentes se les ocurra algo.

—Cuando lleguen, podrían negarse a compartir sus provisiones. ¡Imagínate tener que morir según nuestra nacionalidad! Lo que eso provocaría...

—Violencia. Pero todo el mundo lo sabe, así que no ocurrirá.

—Yo no estaría tan seguro. Solo la certeza de morir en un futuro previsible hará que se desesperen. Y, sin una salida, la gente es propensa a la violencia.

—Pues les mostraremos una salida.

—Tu optimismo es justo lo que necesito.

—Me encantaría contagiártelo —murmuró Daniela—. ¿Por qué no vienes a mi cama?



31 de diciembre de 2099

LA BASE LUNAR era prácticamente una colmena. Steve intentaba no tropezarse con cajas y contenedores varios, o con las piernas de la gente que se sentaba en el suelo a descansar del viaje. Habían llegado dos Rovers rusos y dos chinos, junto con una gran excavadora, cuya pala estaba vaciando en ese momento el androide. Los chinos, en particular, parecían disponer de recursos considerables, lo que ya le había dicho Samantha. Más incluso de los que cabían en las cámaras de almacenamiento de la Base Lunar, así que todo lo que no precisara frío para conservarse, se almacenaría en la superficie.

Para Steve era una información importante porque estaba a punto de entrar en una de las difíciles negociaciones políticas que tanto odiaba. Había invitado a Shi Fei, Viktor Borodin y Vivien Rose a su habitación. De ese modo, podrían charlar tranquilos.

Cuando entró en la habitación, los tres ya estaban hablando con entusiasmo. Samantha se hallaba en el centro del grupo. La técnica le había sorprendido una y otra vez desde la catástrofe. Quizá debería nombrarla su adjunta y Secretaria de Estado. Sabía cómo tratar con los desafiantes y, en ocasiones, quisquillosos jefes de las naciones lunares representadas.

—Ah, ya estás aquí —comentó Samantha—. Hemos mantenido una pequeña charla sobre esta tensa situación.

Steve comprobó la hora en su reloj. Había llegado justo a tiempo.

—Lo siento, no pretendía reprocharte nada —se defendió Samantha—. Solo nos adelantamos un poco para poder decidir más rápido.

—Muy bien, Samantha —contestó Steve—. Antes de empezar, me gustaría proponerles a Samantha como nuestra coordinadora. ¿Qué les parece? Ella sería nuestro enlace para los asuntos que nos afecten a todos.

Samantha no dijo nada pero, por su sonrisa, Steve supo que la propuesta le agradaba.

—Me gusta la idea —afirmó Shi Fei, quien fue la primera en contestar.

—Yo también estoy de acuerdo —respondió Vivien, y Viktor alzó el pulgar.

—¡Gracias! —exclamó Samantha—. Es un gran honor y haré todo lo que pueda para estar a la altura.

—Estupendo —añadió Steve—. ¿Repasamos entonces el orden del día?

—Perfecto. Empezaré con un inventario de nuestras provisiones. Los presentes han tenido la amabilidad de enviarme sus listas. Además, ya hemos acordado que todos los recursos vitales se gestionarán conjuntamente.

¡Vaya! Ese era el punto más urgente del orden del día, pensó Steve, y Samantha lo aclaró sobre la marcha. Era evidente que tenía excelentes dotes políticas.

—O sea, que compartimos las patatas, pero no el *vodka* —dijo Viktor—. Así nos lo explicó Samantha.

—Bueno, yo utilicé otro ejemplo en lugar del *vodka*. Pasta de dientes, para ser exactos. Aunque, básicamente, es el modelo en el que todos estaban de acuerdo.

—En efecto —confirmó Shi Fei—. Por supuesto, eso no significa que nos neguemos a entregar bienes no esenciales, pero preferiríamos un sistema de trueque para ellos.

—*Vodka* por pasta de dientes —indicó Viktor, que parecía empeñado en valerse de todos los tópicos.

—Me alegro de que estemos de acuerdo —declaró Steve—. ¿Habéis hablado de cómo organizarlos?

—Sí, todos los alimentos y medicamentos se gestionarán conjuntamente. El *chef* de la ESA, Manfred Weber, y la doctora Daniela Vasiljevic se encargarán de ello —explicó Samantha.

—Nuestra física, Vera Romanova, trabajará en el tema de la «energía» —intervino Viktor—. Para ello, pondremos a su disposición nuestro reactor nuclear móvil.

—Mi ayudante, Li Bao, se ocupará de los demás recursos; en concreto, del aire respirable y del agua —expuso Shi Fei.

—Genial. Veo que ya no me necesitan —dijo Steve.

—Me temo que eso no es del todo cierto —continuó Shi Fei—. He analizado matemáticamente nuestra situación para los próximos cien años. Para ello, partí del supuesto optimista de que lograríamos producir una cantidad significativa de materia orgánica apta para nuestra alimentación; si fuera necesario, incluso mediante el cultivo de hongos o algas. Por desgracia, los resultados no son los deseables. No obstante, permítanme demostrar los gráficos.

Shi Fei sacó del bolsillo de sus vaqueros un dispositivo similar a un puntero láser. Lo encendió y, en la pared opuesta, apareció una imagen formada por dos líneas. El eje x estaba marcado con números.

—El eje x representa el tiempo en años transcurridos. La línea superior muestra la producción media de energía y la inferior, la demanda. Como pueden ver, las dos líneas se cruzan en unos ciento veinte años.

—¿La demanda aumenta y la producción disminuye? —preguntó Steve.

—Supongo que la población se reproduce, es decir, crece, mientras que la eficiencia de la central nuclear disminuye. Ahí es donde tendríamos que contrarrestarlo, mediante el control de la natalidad o utilizando otros métodos de generación de energía.

—Se podrían utilizar los paneles solares de nuestro módulo de aterrizaje —indicó Steve.

—Su eficiencia disminuye incluso más rápido que la de la central eléctrica. Sin embargo, el vulcanismo debería proporcionarnos nuevas oportunidades, así que yo no clasificaría esa zona como crítica.

Shi Fei pulsó un botón de su mini proyector. Un nuevo gráfico apareció.

—Estos nuestros suministros de oxígeno y agua. En este caso, también aumenta la demanda con la población, pero eso es más fácil de gestionar mientras no nos quedemos sin energía. Solo será crítico dentro de unos doscientos cincuenta años porque, para entonces, un cierto número de los componentes necesarios habrán fallado. Difícilmente lograremos sustitutos. No obstante, puede haber sinergias con la producción de alimentos. Las algas podrían procesar tanto el aire como el agua.

Steve agradeció a Shi Fei que empezara con las buenas noticias, porque ya sospechaba lo que se avecinaba. Debía llegar. Shi Fei volvió a pulsar un botón. De nuevo aparecieron dos líneas: en la parte inferior, indicando el aumento de la demanda; en la superior, la oferta, que al

principio descendía con rapidez, pero luego volvía a subir lentamente.

—Este gráfico muestra nuestro problema de alimentación infantil. Por desgracia, los políticos no consiguieron que fuéramos autosuficientes en este aspecto antes de la catástrofe. Incluso mi país arrastra parte de culpa.

—No parece tan malo —dijo Viktor—. En doscientos años, podremos alimentar a más de quinientas personas si su proyección es correcta.

—Es correcta. Pero ¿en qué se traduce eso para la dotación de personal de la estación? He resumido las proyecciones en un gráfico aparte.

La mujer pulsó otro botón, lo que generó una curva que se elevaba lentamente y que tenía una clara curvatura al principio, donde casi se unía con el eje x.

—¿Ven lo que quiero decir? —preguntó Shi Fei.

—Esa curva no tiene buena pinta —señaló la comandante de la ESA Vivien Rose.

—Cierto —replicó Shi Fei.

—No ha etiquetado el eje y —dijo Steve.

—En efecto. Este gráfico me da miedo, incluso sin incluirlo. Así que me gustaría evitar que circulara entre la tripulación.

—Y, entonces, ¿cómo sería?

—Bueno, el mejor de los casos, diez personas lograrían sobrevivir; lo que ocurriría dentro de unos ocho años.

Así que, de unos cuarenta hombres y mujeres, treinta morirían cada dos o tres años. Steve se apoyó en la pared porque se mareó. ¿Cómo iban a elegir a los supervivientes?

—¿Qué significa «el mejor de los casos», en este contexto? —preguntó Vivien—. ¿Se trata de restringir la ingesta de calorías?

—No. Todos nuestros suministros de alimentos deben estar a disposición de los diez candidatos a la supervivencia.

—¿A partir de cuándo?

—Empezando *ahora*, Rose. Lo antes posible. Cada día que esperamos podría reducir el número.

—Eso significa que mañana tenemos que deshacernos de treinta personas —comentó Viktor—. Lo siento, Fei, pero no puedo proponerle eso a mi gente.

—Entonces moriremos todos. La mía estaría dispuesta a realizar semejante sacrificio por el bien de la comunidad.

—Esas cifras hablan por sí solas, aunque tampoco me imagino encontrando tantos voluntarios —opinó Vivien—. Dime, ¿cómo has pensado llevar a cabo la selección y el proceso?

—Todavía no he concretado nada. Deberíamos estudiarlo si esta vía resulta. La biomasa que hay en los treinta cuerpos habría que conservarla, sin duda.

—Lo siento, amiga mía, pero eso es imposible. —Viktor negó con la cabeza.

Steve cerró los ojos. Lo que proponía Shi Fei era razonable, pero ¿cómo iba a convencer a sus subordinados? ¿Tenían que echar a suertes quien vivía? ¿Y si alguien perdía y no moría voluntariamente? ¿Deberían matar a esa persona?

—Para seros sincera, ya me esperaba vuestra reacción. Aunque quería informaros.

Eso sería todo. Shi Fei probablemente no creía en la opción que ella misma proponía. Ella quería seguir viviendo, como todos. Pero ahora ya no era la única responsable si la tripulación de la Base Lunar moría.

—Gracias, Shi Fei. Es importante saber a qué atenernos. No rechazo su propuesta de plano. La muerte segura de cuarenta personas frente a la supervivencia incierta de diez es una cuestión

que ninguno de nosotros deberíamos decidir sin una cuidadosa deliberación. La respuesta, por supuesto, incluye la opción de una muerte rápida. ¿Estoy preparado para morir pasado mañana? No lo sé.

Tal vez lo estaría, si supiera que Daniela podría sobrevivir a cambio. Sin embargo, no tendría esa certeza. Los demás, como su novia, tenían derecho a una oportunidad de sobrevivir, aunque solo fuera una contra cuatro.

«Una contra cuatro». No era un porcentaje tan malo. Si pudiera ganar cien dólares con esas probabilidades, compraría un billete de lotería. No obstante, su *vida* estaba en juego, lo que reducía en gran medida su disposición a correr riesgos.

—Propongo que informemos juntos a la tripulación sobre esta propuesta —dijo Vivien.

—¿Está segura? —preguntó Shi Fei—. La perspectiva de morir pronto podría provocar pánico.

—Supongo, sí. Pero deberían saber a qué se enfrentan.

—Sobre todo porque no van a morir pasado mañana, sino dentro de unos años —señaló Steve.

—Dentro de dos años y medio, ¿no? —preguntó Viktor.

—Sí, más o menos —respondió Shi Fei—. Sin embargo, si no actuamos hasta dentro de un año, la oportunidad se habrá perdido. Entonces, toda la base se perecerá unos años después.

—Entendido. Así es como debemos explicárselo a nuestra gente —dijo Steve.

—¿Cuándo? —cuestionó Samantha.

—Hoy es Nochevieja, el último día del año —explicó Steve—. Es un buen momento para pensar en tu propia muerte, ¿no?

—Entonces, ¿por qué no nos reunimos a las dos de la tarde en la antesala de la enfermería? Es mejor que informemos a la gente enseguida y no aplazarlo por cobardía —sugirió Shi Fei.

—Después, me gustaría invitar a todos a nuestra fiesta rusa de Navidad —añadió Viktor.



LA SALA SE encontraba tan llena que a Steve le provocó claustrofobia. Trabajaba en el espacio porque odiaba las multitudes. A pesar de todo, la perspectiva del bufé navideño ruso había despertado la curiosidad de todo el mundo. Con suerte, seguirían teniendo apetito tras oír las malas noticias. Steve no había tenido hambre en todo el día. Por cierto, ¿dónde estaba Daniela?

A las dos de la tarde, Samantha hizo sonar una campana. Se produjo un silencio considerable y todos se giraron hacia ella.

—Antes de que festejemos juntos, me han pedido que os dé una información muy importante. Los cuatro comandantes de las organizaciones representadas en la Luna me han autorizado a hacerlo. Hablo en nombre de cada uno de ellos.

Por el momento, Samantha estaba haciendo un trabajo espléndido. Las tripulaciones incluso retrocedieron dos o tres pasos cuando se dieron cuenta de que Shi Fei, Vivien, Viktor y Steve estaban ante ellos. En ese instante, la puerta de la enfermería chirrió. Daniela saludó a Steve, aunque se quedó junto a la puerta.

—Bueno. Por desgracia, la existencia humana en la Luna es muy frágil. Me gustaría informar de los detalles exactos a continuación. —Samantha describió lo que habían hablado esa mañana.

Con cada frase que pronunciaba, el silencio aumentaba. De vez en cuando se oía un «¡Oh, no!» o un «¿Qué?» en distintas lenguas.

—No tenéis que decidir hoy si preferís morir en la Luna a cambio del propósito superior de

la supervivencia de la humanidad —concluyó Samantha—. Reflexionad sobre ello esta noche. Somos plenamente conscientes de lo que os pedimos. Además, no habrá aplicación coercitiva de ninguna estrategia. Lo que debéis comprender, por supuesto, es que vuestra decisión nos afectará a todos. A menos que treinta reúnan el valor para permitir que el resto sobreviva, no lo conseguiremos. Disfrutaríais de esos dos años pero, al hacerlo, estaríais privando a otros del resto de sus vidas. Espero que entendáis esto como la súplica sincera que es para que meditéis vuestra decisión.

Samantha finalizó su exposición. Nadie dijo nada. Tampoco hubo aplausos. ¿Quién aplaudía el anuncio de la propia muerte?

—¿Puedo preguntar algo? —Un hombre se adelantó.

Los que se hallaban a su alrededor se apartaron y Steve lo reconoció. Era Gábor Varga, el físico de la ESA.

—Por supuesto —indicó Samantha.

—¿Se ha pensado en estudiar las instalaciones que DeWitt posee en la Luna?

—Por lo que sabemos, las instalaciones del cráter Amundsen no cuentan con tripulación humana —respondió Shi Fei.

—Aun así, en ellas, podría haber recursos significativos —apuntó Varga—. Al fin y al cabo, cuando se construyeron se empleó mano de obra humana. Si solo albergaran, por ejemplo, la misma cantidad que había en la Aldea Lunar, eso podría permitir que algunas personas más sobrevivieran. Tal vez, incluso, todos lo lograríamos. No sabemos exactamente lo que DeWitt pretendía hacer con esas instalaciones.

—Se conjeturó que se trataba de experimentos con entrelazamiento cuántico y teletransporte —declaró Shi Fei.

—Gábor, tienes razón, por supuesto —dijo Steve—. El hecho de que aún no hayamos investigado las instalaciones es un descuido que corregiremos lo antes posible.

—Gracias. Si se no descubre nada, al final, seré el primero en ofrecirme voluntario. Ya sabe...

Le interrumpieron varios murmullos y alguien aplaudió, pero nadie se sumó.

—Yo también querría decir algo —pronunció otro hombre.

—¡Sí, por favor! —aseguró Samantha, lo bastante alto como para que se oyera por encima de los murmullos.

—Soy Lennart Jaffé, astrónomo. Steve nos encargó, a mi colega Delia y a mí, que investigáramos el lugar donde nos encontramos. Desde el punto de vista astronómico, no es tan fácil. Solo llevamos aquí cinco días. Sin embargo, hemos conseguido determinar con bastante precisión la órbita del gigante gaseoso. Se mueve en una órbita casi perfectamente circular y con baja inclinación alrededor del par de estrellas.

Las conversaciones aumentaron de volumen.

—Por favor, escuchemos a nuestro colega —pidió Samantha.

—Gracias —contestó Lennart—. El gigante gaseoso se halla en la zona habitable. Eso está claro. No obstante, se trata de un planeta gaseoso, así que eso no nos ayuda, y la Luna está demasiado seca para poder convertirlo en un mundo habitable. En cambio, la órbita del planeta presenta algunas desviaciones, minúsculas pero medibles, que tienen una consecuencia importante: debe haber una segunda luna orbitando el planeta. Sería tan grande como la Ganimedes de Júpiter y tendría un período orbital de diecisiete días. Deberíamos verla en tres o cuatro días a más tardar.

—¿Podría albergar vida? —inquirió Steve.

—Es posible, aunque es difícil de decir. Depende de su historia. Si Ganímedes fuera transportado aquí desde nuestro sistema solar, estoy seguro de que sería apto para la vida.

—Eso sería estupendo —intervino Samantha.

—Por supuesto —continuó Gábor—, decir «apto para la vida» no significa que haya vida en él. Y, aunque así fuera, difícilmente podríamos llegar a ella. A no ser que...

—Estás pensando en el módulo de aterrizaje, Gábor.

—Sí. Con él, cuatro o cinco personas podrían volar a ella para probar suerte.

—Aunque no tendrían ninguna posibilidad de volver.

—No, se quedarían allí para siempre. A menos que se las arreglaran para llenar los tanques con metano, pero eso probablemente sería una tarea imposible para solo cinco individuos.

—Gracias, Gábor —dijo Steve—. Quizá no sea una perspectiva para todos nosotros. Aunque, por favor, seguid estudiando el planeta. Yo, en persona, me encargaré de comprobar las instalaciones de DeWitt mañana.

El jaleo se hizo más fuerte, y algunos empezaron a acercarse a la comida.

—¡Yo también tengo una pregunta! —gritó Maurice, y la multitud volvió a callarse.

—¿Sí, Maurice?

—Gracias, comandante. Ya hemos hablado de la falta de productos orgánicos a la que nos enfrentamos. Samantha ha sido muy clara al respecto. Quiero darle las gracias. También, en cuanto a detalles como reciclar cuerpos humanos muertos. Lo entiendo, por supuesto.

—¿Pero...? —adivinó Steve.

—Bueno... ¿Se aplica eso a todos los seres vivos de la Base Lunar? ¿De verdad, a todos? Mi impresión es que hay ciertas reglas especiales para determinado representante de la familia Felidae. ¿Se mantendrán esas normas para que el animal siga siendo alimentado a nuestra costa?

¿¡Maurice quería matar al gato!? Por lo que Steve tenía entendido, el animal comía a base de desperdicios y nunca se le había consultado si quería vivir en la estación.

—Me gustaría responder a eso —intervino Samantha.

—Adelante, aunque no estoy seguro de que Maurice merezca que le contestes.

—Sí, creo que lo merece. Si Sammy no tiene suerte cuando se tome la decisión final, yo ocuparé su lugar.

—¡Y yo! —corearon al unísono Daniela, Clara y Stephanie.

—Tienes que ser... —empezó Maurice, antes de que Viktor le interrumpiera.

—Gracias a todos por vuestra paciencia —declaró el ruso—. Ahora, en nombre de mis compatriotas, os invito cordialmente a disfrutar de nuestra tradicional cena de Navidad, que siempre celebramos el 31 de diciembre. Más tarde, nos visitarán el Ded Moroz y su despampanante Snegurochka.



—LO SIENTO, pero no tengo tiempo para acompañarte en semejante viaje —dijo Daniela—. Almacenar e inventariar las medicinas de probablemente diez países diferentes para encontrar rápido la adecuada, en caso de emergencia, no es tarea fácil.

—Lástima, ya casi no te veo —respondió Steve—, y quizá solo nos queden unos días. —No había tocado ni una gota de alcohol para estar en forma para el largo trayecto que le aguardaba al día siguiente.

—¿Te sacrificarías? —preguntó Daniela.

—No lo sé. Creo que sí. Me reconfortaría que, al menos, algunas personas sobrevivieran.

Dentro de unos cientos de años, esto podría ser una colonia próspera.

—Aquí nunca florecerá nada. La Luna es demasiado seca. Seguirá siendo un tormento constante. El *robodoc* no durará para siempre, los analgésicos se acabarán y si tienes problemas dentales, tendrás que apañarte tú mismo. Será como la Edad Media, aunque estarás encerrado en tu castillo porque todos los trajes espaciales también se habrán convertido en polvo.

—Esa es una perspectiva sombría. ¿Significa eso que me seguirías?

—¡No lo sé! Soy médico. Estoy aquí para ayudar a la gente. No te atrevas a intentar utilizarme para «ayudar» a los candidatos a llegar a su prematuro final.

—Tal vez solo tendrías que hacérselo más fácil. Seguro que hay medicamentos para ello.

—Antes, seré la primera en suicidarme.

—¿Prefieres que sufran los demás?

—Oh, Steve, no lo sé. Por favor, encuentra algo en las instalaciones de DeWitt que haga innecesarias todas estas muertes, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré. Pero ¿de verdad me dejarás ir solo con Shi Fei? ¿Y si me enamoro de ella? Vivir aventuras una mucho y podría pasar.

—Oh, ya te has enamorado de mí, Steve. Ahora, ven a la cama y hazme el amor como si no hubiera mañana.



1 de enero de 2100

—ES UN NUEVO SIGLO —anunció Steve.

—En sentido estricto, es el último año del siglo XXI —corrigió Shi Fei.

Steve asintió. Se alegró de que Sean, el otro listillo del viaje, no estuviera en la cabina. El androide viajaba en el techo. Iban en uno de los dos Rovers de la ESA, sobre todo por los *Suit Ports*. Sin embargo, en su interior solo cabían dos personas y su equipaje. Steve ya estaba deseando comer el gran trozo de *stollen* que Daniela le había preparado.

Tenían por delante unos 200 kilómetros en línea recta para llegar al cráter Amundsen, donde DeWitt construyó sus instalaciones. Estaba a mitad de camino de la Aldea Lunar de la ESA. A Steve le habría gustado ver qué había sido de la «aldea», pero Manni se lo desaconsejó. La visión de las torres residenciales rotas, los «medios huevos», le pareció demasiado deprimente.

—¿Cómo llegó a la Luna? —preguntó Steve.

—Steve, creo que es hora de que usted y yo nos tuteemos. —Shi Fei se inclinó hacia delante en su asiento—. Si no, me resultará extraño hablar con Viktor y con usted. Así que llámame Fei.

—Gracias. Yo soy Steve.

—Volviendo a tu pregunta, me presenté a la misión Ganímedes en el 87. Todos sabemos cómo resultó, así que me alegro de no haber sido tan buena por aquel entonces. Luego, me convencí de que la Luna también era un buen destino para un puesto de liderazgo, así que aquí estoy. ¿Sabías que se suponía que me relevarían en enero? Así, podría pasar con mi familia más que un par de semanas cada seis meses.

—Oh, lo siento. Yo no tengo familia.

—Yo también lo siento, Steve. ¿Así que nadie llorará por ti?

—Supongo que no. En un principio, solicité servir en Marte, pero a mí tampoco me consideraron lo bastante bueno...

—Es un punto en común interesante que compartimos —señaló Fei.

A continuación, la conversación amainó. A Steve no se le ocurrió nada más que preguntarle, y su compañera debía sentir lo mismo. Contempló el paisaje por la ventanilla, que parecía muy distinto al de su última salida a la Aldea Lunar. Los grises presentaban una neblina de color. Las nubes que perseguían al gigante gaseoso parecían tan cercanas como si se movieran por el cielo lunar. Uno casi esperaba que de repente crecieran plantas del polvo, como después de un chaparrón en el desierto. Sería una verdadera lástima que solo pudiera observarla así unos días más.

—¿Cómo te va con el androide? —inquirió Fei de sopetón cuando Steve estaba a punto de quedarse dormido.

—¿Sean? Es muy inteligente y práctico. Sin él, muchas cosas habrían llevado más tiempo.
—Ajá.
—¿Por qué lo preguntas?
—Los androides autónomos me dan un poco de miedo. No puedes ver dentro de sus cabezas.
¿Y si, de repente, deciden que ya no nos necesitan?
—No me imagino eso de Sean.
—Bien. Muy bien.



STEVE SE DESPERTÓ cuando Sean llamó a la ventana desde fuera. El androide sonrió, como si se alegrara de haberlo despertado. Algo sonó en la parte de atrás. Se dio la vuelta. Fei, en sujetador deportivo, pantalones cortos y su LCVG, se hallaba sentada en la máquina de ejercicios incorporada detrás del asiento. Nunca había visto una persona tan esbelta, pero al mismo tiempo con unos músculos excesivamente definidos.

—¿Haces ejercicio con frecuencia?

—Tengo que hacerlo —dijo Fei y se quitó la máscara de oxígeno—. Te toca.

La máscara, el asiento y las empuñaduras estaban secos. Steve empezó a pedalear, aunque primero tuvo que reducir la resistencia. ¿Cómo lo hacía Fei? Estaba sudando después de las diez primeras revoluciones. Observó a Fei por el rabillo del ojo. Parecía saber moverse por el SuitPort. Rápidamente se había metido hasta la mitad y, cinco revoluciones más tarde, la había perdido de vista. La trampilla se cerró y él tuvo que pedalear durante al menos cinco minutos más.

¿A quién le importa? No le quedaba mucho tiempo. Steve se agachó y se colocó también un LCVG. Después, cambió de idea, se lo quitó, cogió un pañal de su equipaje y se lo puso. Se alegró de que Fei ya estuviera fuera. ¿Llevaba pañal? No se había dado cuenta. Subió al segundo SuitPort.

El edificio ante el que se habían detenido tenía un aspecto muy modesto. ¿Era esa la instalación experimental en la que, se suponía, DeWitt había invertido miles de millones? Delante de ellos había cuatro barracones de tejado plano dispuestos en un cuadrado, con ojos de buey en sus paredes exteriores. Más allá, unas grandes superficies brillaban al sol y Steve pensó que serían paneles solares. Las entradas no eran visibles desde donde estaba aparcado el Rover, pero Sean ya les saludaba desde más adelante.

Steve le siguió. El suelo era duro y apenas estaba cubierto de polvo, así que debían de haberlo limpiado a propósito. Steve tenía una sospecha sobre la ubicación de las instalaciones. Avanzó entre dos edificios perpendiculares entre sí y entró en la plaza central, de unos cien metros de lado.

En el centro, una bandera con el logotipo de la empresa ondeaba en un mástil de unos treinta metros de altura. Por supuesto, lo de «ondear» no era lo adecuado ya que, en efecto, estaba ensartada con un tirante metálico. El mástil se había erigido sobre una colina de unos tres metros de altura.

—¡Aquí! —gritó Fei, que ya había rodeado la colina.

—¿Qué es? —preguntó Steve.

—Hay un camino en la colina, aquí.

Sí, él también lo había visto. Del lado de Fei, un pasadizo conducía casi hasta el centro de la colina, con una puerta de acero en su extremo.

—Ahí es donde está la planta... allí abajo —indicó.

—Estoy de acuerdo —añadió Fei.

—Entonces, vamos a ver.

—Buscamos recursos, así que deberíamos explorar antes los barracones. Ahí es donde se habrían alojado los trabajadores que construyeron estas instalaciones.

Steve asintió. Fei tenía razón. Debía refrenar su curiosidad. Cada barracón tenía una puerta doble como entrada, en el centro y orientada hacia la bandera. A la derecha de la puerta, una cámara sobresalía de la pared. Sin embargo, parecía cegada, porque no reaccionaba ante su presencia. Debajo, colgaba una caja de control del tamaño de una mano. Steve la abrió y descubrió un teclado numérico con dos teclas extras, como una caja fuerte de hotel. Probó 1-2-3-4, aunque no pasó nada cuando pulsó el botón verde de la parte inferior derecha.

—Mierda, necesitamos el código —dijo para sí. Eso suponiendo que el panel de control tuviera energía. Por desgracia, no oía nada.

—Creo que podemos prescindir del código —opinó Sean.

El androide se hallaba frente a la entrada de los barracones, a su izquierda. Steve se acercó y se dio cuenta de que Sean había desmontado la caja de control. De la pared de debajo colgaban unos cables que y ya los estaba conectando.

—¿Dónde aprendiste eso? —se asombró Steve.

—No lo sé. Me pareció lo lógico. Debe de haber una línea de control que desbloquea la entrada cuando se introduce el código. Como no lo averiguaremos, tendremos que activar la línea de control de otra manera.

—Cierto, eso es lógico.

—Ya estoy desmontando esta caja de aquí —explicó Fei.

Ella tuvo la misma idea. Pues él también debía hacerse útil. Steve corrió hacia el tercer barracón y desatornilló sin problema la caja del interruptor. Se encontraba sujeta a la pared con cuatro tornillos Phillips, desde luego, aquella no era una instalación de alta seguridad.

—Vale, revisemos el primer barracón —propuso Sean.

—¿Qué cables debo conectar? —interrogó Fei.

—Por favor, ten cuidado. No estoy seguro de lo que los guantes sean aislantes —dijo Steve.

—Conecté los cables marrón y negro al verde y amarillo —explicó Sean—. Después, la puerta se abrió.

Aquello había funcionado, aunque el androide no había desbloqueado específicamente la línea de control, parecía que solo había provocado un cortocircuito, y tuvieron suerte de que el pestillo de la puerta se abriera. Lo más probable es que las puertas se mantuvieran cerradas electromagnéticamente y, cuando se iba la luz, se abrían de golpe. Eso tenía sentido porque, en la Luna, había más probabilidades de que se produjera un apagón que de que aparecieran los ladrones.

No importaba. Steve sacó el cable marrón de la conexión del terminal de la caja y unió el extremo pelado y brillante con el terminal en el que estaba insertado el cable verde-amarillo. Esperaba una chispa, pero eso no ocurría en el vacío. En su vez de eso, el lado derecho de la puerta doble se movió. Steve dejó caer la caja. Se había abierto un fino hueco entre ambos lados de la puerta de entrada. Utilizó el destornillador para abrirlo.

—Mi puerta también está abierta —afirmó él.

—Ya estoy dentro —dijo Fei—. La esclusa estaba abierta.

La suya también. Steve veía, a través de la pesada puerta de la esclusa, la estancia que había detrás. Los barracones parecían abandonados. Steve entró. La luz de su casco alumbró una típica

instalación de oficina. Debía ser una especie de recepción.

Había un mostrador con un ordenador y una zona de asientos más allá. A la izquierda, unas paredes que llegaban hasta el pecho separaban los típicos cubículos de oficina. Steve los atravesó. La mayoría de los puestos de trabajo seguían completos. Había fotos clavadas en las paredes y notas de colores pegadas a muchas pantallas. Encima de un monitor colgaba un ratón de peluche, que Steve liberó y guardó en su bolsa de herramientas.

A continuación, se fijó en uno de los pequeños despachos. Allí había trabajado un programador porque las paredes se hallaban cubiertas de listas de comandos cortos o funciones de la API. Debajo de la mesa había un coche eléctrico de juguete. Steve lo cogió. Era una réplica de una antigua berlina de lujo americana, pero con una cámara visible en el habitáculo. «Supercoche autónomo», rezaba una etiqueta en los bajos del vehículo. Pulsó el botón de encendido situado junto a él, aunque la batería estaba agotada. Volvió a dejar el coche sobre el escritorio. El programador debía de utilizarlo para vigilar su entorno.

Los cubículos continuaban casi hasta el extremo izquierdo del barracón, donde solo encontró aseos. Giró la manivela de un grifo, pero no había agua. Steve siguió adelante. El lado derecho parecía haber servido de vivienda. Las paredes llegaban hasta el techo. Sin embargo, eran tan finas como las de la sección de oficinas. Las habitaciones, que salían a izquierda y derecha de un pasillo central, eran como compartimentos de tren. En algunas, solo había una encima de la otra. En otras, dos juegos de literas contra las paredes. El alojamiento que proporcionaba DeWitt no era lujoso.

Steve fue contando. Unas cincuenta personas habían vivido y trabajado allí. Más allá de aquellos dormitorios había otra sala de recreo más grande, ingeniosamente estructurada, así como aseos y lavabos. Al final del pasillo, vio una puerta con una señal verde de salida de emergencia. No estaba cerrada. Tras ella, una escalera para acceder a la planta de abajo. Se preguntó si sería un atajo para acceder a las instalaciones. Steve bajó las escaleras y se encontró con un pasillo a la derecha. Al final, otra escalera conducía hacia arriba.

Terminaba en una escotilla. Steve la abrió, trepó por ella y se situó entre los aseos de otra ala de oficinas. Probablemente, todos los barracones estaban conectados de ese modo. Debía de haber pasado por alto la escotilla antes, cuando estaba en «su» edificio. Steve se apresuró a comprobar su teoría cuando le sobresaltó la radio del casco.

—¡Aquí hay alguien! —gritó Fei.

—Soy yo —respondió Steve—. Lo siento, debería haber avisado. Hay pasadizos subterráneos entre los barracones.

—¡Uf! No asustes así a una anciana.

—Lo lamento. No volverá a ocurrir. ¿Dónde estás?

—¿Encontraste algo que pueda servirnos? —Su silueta salió sigilosamente de debajo de la mesa de la zona de asientos.

—Nada, por desgracia. Pero en mi barracón trabajaban 50 personas. Tenían que alimentarse de algún modo.

—Aquí tampoco hay nada —indicó Fei.

—En el edificio que estoy inspeccionando he encontrado numerosas habitaciones vacías —informó Sean—. Y material de embalaje tirado en algunas de ellas.

—Entonces es el almacén. ¿Algo más? —preguntó Steve.

—Nada.

En el cuarto barracón encontraron una cocina y un taller, incluido un pequeño garaje, donde se reparaban los Rovers. Aunque también habían quitado todo lo que aún podía ser útil. La

infraestructura había sido desvalijada.

—De todas formas, deberíamos hacer un inventario completo —señaló Fei—. Dentro de treinta o cincuenta años, los supervivientes precisarán tela, madera o *chips* de ordenador.

—¿Y si escaneo los barracones? El inventario se podría elaborar a partir de mis grabaciones —propuso el androide.

—Perfecto, Sean. Nos vemos en la colina del centro.



—NO HAY ACCESO —dijo Sean—. Me temo que eso es todo.

—¿No puedes descifrar el código? Eres muy listo —alentó Steve.

—No. No soy capaz de adivinar una contraseña de diez dígitos. Me temo que no hay atajo.

—¿Y si cortocircuitamos la caja de control como hicimos en el cuartel?

—Basta con mirar, Steve.

Sean se apartó. Steve tocó la pequeña pantalla que pedía la contraseña. Estaba incrustada sin borde en el metal que enmarcaba la puerta. Por debajo y a los lados, este desaparecía en el material granítico de la colina. Haría falta tecnología pesada para forzar la entrada.

Un temblor de Luna afectó al edificio, pero ni siquiera cayó polvo. Los temblores tampoco les ayudarían.

—Espera, ¿has dicho que es una contraseña de diez dígitos? —preguntó Steve.

—Sí, la pantalla de entrada tiene diez campos.

—Pero nadie puede recordar algo así. ¿Hay un nombre de usuario?

—Sí, eso también.

Mmm. Steve recordó su época universitaria y a la secretaria del departamento que había escrito su contraseña en una nota adhesiva y lo había pegado debajo del teclado de su ordenador. Todo el mundo sabía que estaba allí. Era una forma rápida de comprobar las citas, aunque la secretaria no estuviera. La contraseña tenía ocho caracteres que nadie podía recordar.

—Tenemos que mirar en las oficinas y los refugios —apuntó Steve—. Seguro que alguien ha anotado la contraseña de acceso.

—Pero eso violaría todas las normas —dijo Fei—. Si pillara a mi gente haciendo eso...

—Seguro que puedes encontrar sus contraseñas en alguna parte. Yo mismo tengo la mía en el... —No, eso no era asunto de nadie más.

Se separaron. Steve se dirigió al barracón que había examinado primero. El ordenador de la recepción no tenía ninguna nota adhesiva, pero lo consiguió con uno de los programadores. Ahora solo necesitaba el nombre de usuario correspondiente. Apretó el pulgar izquierdo mientras encendía el ordenador con el derecho. ¡Ja! El aparato arrancó. Mostró un nombre, «*nseyfert*», y pidió una contraseña.

—Tengo algo —afirmó Steve.

—Yo también —contestó Fei.



—TÚ PRIMERO —dijo Steve, dejando espacio a Fei.

—No, tú —respondió ella.

—Muy bien. —Steve introdujo el nombre y la contraseña de la hoja amarilla. Apareció un

visto verde, que fue sustituido por un uno. Poco después, la puerta metálica se deslizó hacia la roca y vieron un ascensor de planta cuadrada. Entonces, entraron.

«¿No debería uno quedarse a hacer guardia?», se preguntó.

Demasiado tarde. La puerta ya se estaba cerrando. El ascensor descendió mucho. Steve hizo una estimación aproximada de la profundidad, 200 metros. Probablemente DeWitt quería asegurarse de que ningún asteroide impactara y dañara su trabajo.

El ascensor se detuvo. Steve se frotó las manos. Se sintió como si hubiera entrado en un palacio de cuento. La empresa DeWitt siempre había sido muy reservada. En circunstancias normales, nunca habría visto el interior de esas instalaciones.

Sin embargo, la realidad le decepcionó. Aquello no era un palacio. La puerta del ascensor se abrió a lo que podría haber sido una gran sala de calderas cualquiera. Tuberías y gruesos cables eléctricos recorrían el techo y las paredes. En los puntos donde se unían las tuberías, humeaba como si las juntas del sistema no estuvieran bien selladas.

—El aire es respirable —explicó Sean.

Steve comprobó el estado de su traje. Mostraba un 20,2 % de oxígeno, una presión atmosférica de 980 milibares, una humedad del 72 % y 6 °C. Se quitó el casco. Olía a humedad, como si hubiera moho en las paredes. Y hacía frío.

Steve avanzó unos pasos hasta toparse con una malla metálica que no habría visto a la luz del casco. Steve la escrutó. La red de malla fina se extendía alrededor de toda la cabina y llegaba hasta el techo de cuatro a cinco metros de altura. La siguió. Donde se unía con la pared, había un panel de control empotrado en la pared que se parecía al de la entrada del ascensor de arriba.

—Aquí hay otra indicación de código —indicó él.

—Prueba tu contraseña de nuevo —pidió Fei.

Steve introdujo los mismos datos que antes. Volvió a aparecer una marca de verificación, que cambió a un uno. Pero entonces el número se volvió rojo.

—Supongo que ese empleado no tenía acceso —dijo él.

—Espera, lo intentaré con los datos que he encontrado yo —replicó Fei.

Tampoco tuvo suerte. En lugar de un uno apareció un dos, aunque también se puso rojo.

—¿Se te ocurre algo, Sean? —preguntó Steve.

—Podría cortar los cables —contestó el androide—. Pero quizás el sistema detectaría un ataque y reaccionaría en consecuencia.

—¿Tenemos otra opción? —cuestionó Steve.

—Podríamos rendirnos y volver a casa —dijo Fei.

—¿Lo dices en serio?

—No. Tenemos que perseguir todas las opciones hasta el final. —Fei se echó a reír.

—Gracias. Estoy de acuerdo —añadió Steve.

—¿Lo hago entonces? —preguntó Sean.

—Sí. Por favor, crea un pasadizo para nosotros a través de la estructura de alambre —dijo Steve.

—¿Puedo? —interrogó Sean, frente a él.

—¿Si puedes qué?

Sean abrió la bolsa de herramientas de Steve y sacó el cortaalambres. Luego cortó una tras otra las mallas de la rejilla. Steve podría haberlo hecho él mismo, aunque no tan rápido.

El pasadizo estaba abierto cinco minutos después. Sean había cortado un óvalo de aproximadamente 1,50 m por 1 m en la rejilla, que terminaba a un palmo del suelo. Seguramente esas no serían las únicas medidas de seguridad de DeWitt.

—¿A qué esperas? —cuestionó Fei. Levantó una pierna para trepar por la abertura.

—Espera. Tengo un extraño presentimiento —dijo Steve. Sin embargo, la sujetó por el hombro.

Eso rara vez le ocurría. Steve casi se avergonzaba de ello, aunque no podía dejar que Fei se arriesgara.

—Vale, yo iré primero —aceptó el androide. Trepó con elegancia por la abertura, se alejó tres pasos de la rejilla y los saludó con la mano.

En ese momento, se oyeron una serie de estruendosos golpes. Steve reaccionó al ruido metálico de las balas contra las paredes y se tiró al suelo, arrastrando a Fei, de modo que aterrizó medio debajo de él. Por el rabillo del ojo, vio que Sean se daba la vuelta con expresión atónita. Parecía más sorprendido por la repentina reacción de Steve que por los disparos. Pero, entonces, se dio cuenta de los agujeros que tenía en el cuerpo, de los que ahora corría el gel. Solo en ese momento se tiró él también al suelo. Casi simultáneamente, los disparos cesaron.

—¿Estás bien? —preguntó Steve, deslizándose por el torso de Fei. Puede que los disparos solo apuntaran al androide pero, al rebotar, podrían haberla herido.

—Sí —contestó Fei.

—Sí —respondió Sean.

—¿Y qué esos agujeros? —preguntó Steve.

—Me han dado —afirmó Sean.

—¿Puedes ponerte de pie?

Las extremidades del androide se crisparon sin control. Steve tuvo que apartar la mirada. Sentía lástima por Sean, aunque sabía que no era más que una máquina.

—Me lo tomaré como un no —declaró Steve.

—Me temo que me han alcanzado una línea de control.

—No te preocupes, te sacaremos de aquí —dijo Steve.

—No puedo preocuparme. No obstante, debo advertirte que no trepes por la rejilla. Tu cuerpo no toleraría semejante bombardeo.

—Tienes razón, por supuesto. Aunque no podemos dejarte ahí. Creo que la planta ha agotado su munición. —No estaba seguro. Era más bien una esperanza. Si construyera una instalación así, incorporaría una defensa en varias fases que se intensificaría en función del intruso.

Steve se levantó. Todo seguía en calma, así que trepó por la abertura de la rejilla. Aún nada. Después, un pequeño temblor de Luna. Steve esperó, de pie. Avanzó un paso, luego otro. Un gruñido sordo, como el de una máquina que se pone en marcha. Se tiró al suelo. Con un silbido, la máquina se detuvo de nuevo. Se había quedado sin munición. Había acertado.

«Mierda. El diseñador de la planta pensaba como él. Esa debía ser la fase 2. ¡Retirada!».

—¡No te levantes! —ordenó Fei.

Steve obedeció. Su compañera había sacado algún tipo de arma. ¿A qué apuntaba? Miró hacia el otro lado. Alguien corría hacia allí, de rostro rígido, más pequeño que un humano y piel antinaturalmente azul. ¿Un robot?

Fei apretó el gatillo. Con un estruendo, el robot tropezó, y cayó sobre los pies de Steve. Pesaba bastante. Otra explosión. Fei derribó al siguiente robot, y luego a otro. Ojalá no se quedase sin munición.

Sin embargo, el ataque había cesado: la planta ya no se defendía. Steve liberó sus pies, se levantó y puso el robot boca arriba. Se acercó a las otras dos máquinas tendidas en el suelo, a las que Fei ya había puesto boca arriba. Tenían la piel de aspecto natural excepto por su color, por lo que era difícil considerarlos robots.

—Sean, ¿tienes idea de qué son?

—No conozco la marca ni el modelo. Aunque, por el nivel técnico que presentan, calculo que tienen unos quince años. Sé que los fabricantes chinos se decantaron por la piel azul.

—Así es —señaló Fei—. Para dejar más claro que se diferencian de nosotros, los humanos. Aunque esta tecnología está prohibida para la exportación.

—DeWitt solo compraba a los mejores —dijo Steve—. ¿Qué clase de arma es esa, y por qué posees una? Va en contra del Acuerdo Lunar, ¿no?

—No es un arma. Es un dispositivo que apaga equipos eléctricos a distancia.

—Una pistola eléctrica.

—Puede que lo llamen así. Para nosotros, es un activador eléctrico remoto.

—Entonces ¿no funciona con humanos?

—Sí, también afecta a las personas.

—¿Quieres decir que se retuercen convulsivamente en el suelo y gritan de dolor?

—Puedo conseguir que hagas eso con un destornillador. ¿Quieres que te lo demuestre? Aunque eso no convierte al destornillador en un arma como nuestro activador remoto.

—De acuerdo. Fue de lo más conveniente que lo cogieras.

—Un activador forma parte del equipo estándar de cada *taikonauta*.

—Me alegro. Aunque hablaremos de ello en otro momento. Si vamos a vivir juntos pacíficamente en la base, nadie debe llevar un arma.

—Pero sois vosotros, los estadounidenses, los que le dais tanto valor.

—Respetamos las leyes internacionales. Además, un arma de fuego así es bastante peligrosa cuando basta un solo fallo para que el vacío se colapse.

—Por eso confiamos en los activadores.

—Podemos crear una fuerza policial internacional equipada con ellos.

—Os recuerdo que eso no sucederá nunca, a menos que encontremos algunos recursos más importantes —preguntó Sean—. Y me temo que ahora no puedo ayudaros.

—Tienes razón. Examinemos esta sala —añadió Steve—. ¿Necesitas algo?

—Dadas las circunstancias... no, gracias.



—ESTA SALA SERÍA adecuada para cultivar setas —comentó Fei.

—Sí, ¿notas ese olor? Probablemente haya mucha biomasa pegada ya en las paredes. Eso es lo que hace la alta humedad.

—Me pregunto si no perjudicará a sus ordenadores.

Fei se volvió hacia un pasillo lateral. A ambos lados había armarios de tres metros de altura. Desde arriba, las tuberías distribuían refrigerante, reconocible por el hecho de que las gotas caían del metal al suelo, dejando un rastro inconfundible en medio del pasillo.

—¿Tienes idea de qué son? —interrogó Steve.

—Sí. Son unidades de almacenamiento cuántico, que solo funcionan a temperaturas especialmente bajas. Así que necesitan refrigeración.

—Muy útil si queremos congelar algo.

—Oh, no muchas cosas necesitan temperaturas tan bajas para su conservación. Tiene que estar cerca del cero absoluto para las unidades de almacenamiento.

—Supongo que, por eso, necesitan todos esos paneles solares en el cráter.

—Lo que has visto fuera no son para generar electricidad. Las superficies metálicas están ahí

para emitir calor. No es tan fácil deshacerse del calor en el vacío. Quizá por eso la tecnología de DeWitt ha seguido siendo tan cara. Creo que se esperaba más de este sitio en el frío eterno.

—¿Eso es especulación o certeza?

—Sé poco sobre los planes de DeWitt, así que es una especulación basada en la realidad. Un momento, aquí hay una terminal.

Entre dos armarios había una pantalla inclinada. Fei la activó pulsando una tecla. Steve miró por encima de su hombro, pero solo reconoció extensas listas.

—Esto es muy interesante —apuntó Fei—. Es una especie de inventario, probablemente de esta serie, porque no veo ninguna otra pantalla.

—Entonces, ¿qué se guarda?

—Una rebanada de un pastel gigante.

—¿Cómo dices?

—Por las coordenadas, sé que lo que está archivado aquí es parte de una estructura mucho mayor.

—Vaya, pero ¿de qué?

—Creo que es la Luna. La imagen es increíblemente fina. Comienza ya con los átomos individuales de la roca lunar. Aquí reconozco la composición típica del regolito. Y cuando extrapolo las distancias al conjunto, llego a la dimensión de la Luna.

—¿Por qué almacenarían aquí la estructura de la Luna?

—Podría ser puro interés, por supuesto.

—Aunque no lo crees, ¿verdad?

—No, Steve. No tiene sentido. Se hizo un enorme esfuerzo para almacenar los datos sin redundancias. En realidad, se trataba de una colección completa. Solo la necesitas si vas a someter un objeto al teletransporte cuántico.

—Entonces, ¿DeWitt es el responsable de lo que nos ha ocurrido?

—Eso parece. Siempre pensé que solo se trataba de transportar objetos individuales y pequeños. Aunque tampoco pudo haber sido intencionado. Quiero decir, ¿qué ganaría DeWitt moviendo la Luna?

—¿Cómo se puede transportarla sin querer?

—No lo sé. Quizá esta instalación era un proyecto piloto. Si desean capturar algo grande, la Luna se presta a ello, no hace falta construirla. Lo que realmente querían transportar podría ser algo que tuvieran que crear primero.

—Y entonces mezclaron los dos objetos.

—Tal vez sí.

—Entonces, ¿podríamos iniciar un transporte para volver?

—No. Sin la Tierra, no. Necesitas una contraestación. Y probablemente un montón de restricciones. Pero tengo otra idea.

—¿Cuál?

—Tal vez logremos aprovechar la gigantesca instalación de almacenamiento. Necesitamos un lugar para tres cuartas partes de nuestros residentes actuales. El *hardware* para capturar un objeto tan fino como un cabello debe hallarse aquí, en el complejo. Eso es lo que prueban los datos.

—No sé... ¡Es una locura!

—Si pudieras elegir entre la muerte y una existencia virtual, ¿qué elegirías, Steve?

—Por favor, pregúntamelo cuando encontremos pruebas de ello.



VAGARON POR EL PASILLO PRINCIPAL, y la configuración de pasillo lateral se repitió. Fei comprobó con frecuencia los monitores para saber lo que se almacena en los pasillos laterales en cuestión. Siempre eran detalles de la Luna. Para Stephanie, la geóloga, esos datos serían el paraíso.

El pasillo llegó a su fin. Steve se dio la vuelta. El pasillo estaba mal iluminado y quizá por eso parecía más largo, aunque podían ser entre 700 m y 800 m.

—¿Por qué tienen que ser sistemas cuánticos? —preguntó Steve.

—En primer lugar, por la densidad de almacenamiento. Cada *qubit* puede almacenar numerosos valores simultáneamente. Aunque más importante es el añadido del entrelazamiento. Solo los sistemas entrelazados pueden teletransportarse.

Llegaron a una sencilla puerta de acero. Su picaporte estaba cubierto de plástico. Sobre la puerta brillaba una luz roja que indicaba precaución. No sabrían contra qué advertía si no abrían la puerta. No era posible dar marcha atrás. Fei retrocedió dos pasos y desfundó su pistola. Steve empujó el picaporte con la mano derecha. La puerta no estaba cerrada. La empujó para abrirla con el pie y sujetó el casco con la mano izquierda para que la linterna brillara en el marco de la puerta. No había nada. Steve atravesó la puerta, manteniéndola abierta para Fei con un pie. Dentro, se giró a la derecha y se sobresaltó. Había gente.

Sin embargo, no se movieron. Habían caído unos sobre otros, todos con los ojos abiertos y miradas de asombro.

—Mira esto —indicó.

—Androides. —Fei se puso a su lado.

Ahora él también se había dado cuenta. Eran modelos mucho más avanzados que los tres de piel azul que habían encontrado en la entrada. Estos modelos tenían más en común con Sean, aunque habían sido apagados y olvidados. ¿Era ese el recurso que garantizaría su supervivencia? ¿Cuatro androides? ¿Cuatro robustos trabajadores que podrían ayudar a expandir la agricultura lo bastante rápido como para permitir que más gente sobreviviera?

—Deberíamos activarlos —opinó Steve.

—No sé si es una buena idea. No nos conocen y podrían volverse contra nosotros.

Por desgracia, Fei tenía razón de nuevo. No había pensado en eso. Los androides fueron probablemente preestablecidos por DeWitt. Se preguntó si Sean podría ayudar a reprogramarlos.

—Vamos a seguir buscando —mencionó Fei, yendo por delante.

Continuaron por una serie de salas más estrechas. Las tuberías del sistema de refrigeración seguían recorriendo el techo. Sin duda, el pasillo debía terminar en algún momento.

—Creo que es aquí —declaró Fei.

Steve se apresuró a seguirla. La investigadora estaba delante de un aparato que parecía un insecto con una boca enorme y la lengua fuera, al menos eso le pareció a él. La lengua, sin embargo, tenía asas a los lados. Por lo visto, en ella se podían colocar cosas de todo tipo, que el aparato descomponía en información.

—¿Sabes cómo funciona? —preguntó Steve.

—DeWitt presentó esta máquina en uno de sus primeros trabajos —explicó Fei—. Sin embargo, entonces no parecía tan fantástica. Me temo que se tornó más creativo más tarde.

—No lo tuvo fácil como investigador. Al principio, nadie quería creerle —señaló Steve.

—Pero eso es normal en el mundo de ciencia. Si haces afirmaciones como las de DeWitt, antes tienes que presentarlas. Einstein no lo tuvo más fácil. DeWitt probablemente se lo tomó como algo personal. Algunas cosas se negó a publicarlas.

—¿Podrás hacer que funcione esa máquina?

—Sí, Steve, creo que sí. Ya estoy en el programa de control.

—¿Tienes algo que quieras analizar? —preguntó Fei mientras hablaban. Había arrancado el ordenador operativo y encontrado el *software* adecuado.

—¡Tengo un ratón! —Le vino a la mente el peluche del programador.

—¿Llevas una mascota? No te garantizo que salga con vida.

—No, no es de verdad. Es un juguete del cuartel.

—Entonces me quedo tranquila. Solo pensé que al gato que corretea contigo... no le habría gustado.

—Oh, con Sammy, un ratón de verdad no duraría mucho.

—Ponlo en la lengua.

Steve sacó el peluche de su bolsa de herramientas y lo colocó en medio de la lengua de la máquina. A continuación, se colocó junto a Fei y la observó. La técnica era sencilla, como un escáner 2D o 3D. Fei pulsó «Escanear» y la boca se cerró. Todo se desarrolló en silencio, solo el ventilador del ordenador sonó con más fuerza a medida que los datos se recopilaban. Rebanada a rebanada, un ratón de felpa apareció en la pantalla.

—Lo que estamos viendo, ¿son los datos entrelazados?

—No. Es la salida de un proceso paralelo que captura ópticamente el objeto para que podamos ver el progreso, y funciona como el negativo de una fotografía. Así que, en realidad, el ratón no aparece, desaparece.

—¿Desaparece? Iba a llevárselo a Sammy para que jugara con él. ¿Por qué no lo dijiste antes?

—Creo que eso ya no va a pasar. Pensé que conocías el teorema de la no clonación. Cuando se transfieren datos, no se puede hacer ninguna copia debido a ese principio.

—Por «escanear» me imagino algo diferente.

—Lo siento, Steve. Estamos en el reino de la física cuántica. Hay algunas limitaciones que no tenemos en nuestra realidad. En cambio, hay cosas que los estados cuánticos pueden hacer y nosotros, no. Por ejemplo, saltar de un sistema solar a otro en tiempo cero.

En la pantalla, el ratón ya estaba completo. Fei le dio la vuelta con los dedos.

—Todavía está muy bien, apenas desgastado.

La boca de la máquina se abrió y la lengua volvió a salir. Estaba vacía. Steve sintió una punzada en el corazón.

—¿Podemos mirar los datos de las memorias cuánticas? —preguntó.

—Eso es... difícil. Cada visionado es una medición, y, como tal, cambia el estado. Así que no sabemos si los datos son los mismos después del visionado.

—Pero antes me has explicado lo que se almacena en la memoria. ¿El trozo de tarta?

—No, al hacerlo solo miré el índice, no los datos en sí. Cuando leo el índice de un libro, sé que hay un capítulo sobre la guerra de 2043. Sin embargo, lo que ocurrió exactamente entonces no está ahí.

—Pero luego, cuando abres el capítulo, lo cambias.

—Así es, aprendes rápido. La broma es que no sé exactamente si lo cambiaré ni cómo. Así que mejor no lo leo —rio Fei.

—La física cuántica es una locura.

—Eso también pensaba Einstein. Vamos, deberíamos volver ya.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó el androide.

Regresaron por el pasillo. En la rejilla se encontraron con Sean.

—Un analizador cuántico —explicó Steve.

—La solución a todos nuestros problemas —dijo Fei.

—¿Perdón? —preguntó Sean.

—Oh, nada. Vamos, Steve, llevémoslo al Rover.

Se volvieron a poner los cascos y sacaron al androide al exterior. Incluso en gravedad lunar, Sean pesaba bastante. Lo más agotador fue subirlo al techo para atarlo. Steve empezó a sudar.

Fei se conectó en el SuitPort.

—Tengo algo rápido que hacer —comentó Steve.

—¿Qué pasa? —quiso saber Fei.

—Vuelvo enseguida.

Steve corrió hacia el primer barracón que había examinado. Tras la entrada, giró a la izquierda. Examinó un cubículo tras otro. ¡Ja! Otro peluche. ¿Qué era? ¿Una cría de delfín? Lo metió en su bolsa de herramientas. Una rosa de plástico estaba pegada a la pantalla junto a él. Perfecto, a la bolsa también. Corrió al Rover y se deslizó a través del SuitPort.



SALIERON DEL CRÁTER Amundsen por la ruta occidental. Sabían que les retrasaría una hora, pero los temblores habían vuelto a aumentar de intensidad y, yendo hacia el oeste, reducían el peligro de encontrarse con un desprendimiento de rocas de las paredes del cráter. Si el Rover recibía un impacto desde arriba, los paneles reforzados del suelo no les servirían de nada. Los vehículos lunares no habían sido diseñados para un cuerpo celeste geológicamente renacido.

Steve se puso cómodo y disfrutó de la vista mientras Fei iba al volante.

—¿Qué querías decir antes cuando le contaste a Sean que habíamos encontrado la solución a todos nuestros problemas? —cuestionó él.

—Era solo el germen de una idea. Tengo que meditar en ello.

—Lástima. Entonces nuestro viaje no ha sido un éxito.

—Hemos encontrado algunos trabajadores potenciales, y con el tiempo, el inventario del proyecto DeWitt por sí solo será muy valioso.

—Pero no viviremos para ver ese momento. ¿O crees que podemos convencer a tres cuartas partes de la tripulación para que renuncien al resto de sus vidas en favor de la otra cuarta parte?

—No, eso no es realista. Necesitamos una nueva solución. ¿Qué hiciste cuando entraste antes en los barracones?

—Nada, Fei. Nada importante.



2 de enero de 2100

¡VENGA! El gato voló hacia el peluche con las patas estiradas hacia delante. En el último momento, Steve se lo apartó. Sammy aterrizó en el suelo resbaladizo, todavía estirando una pata, pero se pasó del objetivo. El delfín se movió despacio. Steve metió sus pies descalzos debajo de la cama para que el gato no los arañara accidentalmente. Sammy se concentró en su presa. Era un auténtico cazador, a punto de... ¡saltar!

En esta ocasión, Steve tiró del peluche en la otra dirección. Pero el gato parecía haberlo imaginado. Cogió al delfín por la aleta, tiró de él hacia sí y le mordió el cuello. Lo mantuvo así unos segundos y después lo dejó en el suelo, pero siguió sujetándolo con una pata. Cuando Steve tiró de la fina cuerda, Sammy le miró con expresión indignada, como si supiera que ese humano impertinente era el responsable de los movimientos de su juguete. Sammy se tumbó, cogió el delfín con las cuatro patas y luego clavó sus garras profundamente en la suave tela con varios empujones.

La costura de la parte superior ya se estaba deshaciendo, y eso que Steve solo hacía unas horas que le había dado el juguete al gato. Habían regresado de la expedición pasada la medianoche. Daniela ya dormía. Aun así, había sido agradable no meterse en una cama vacía.

La puerta se abrió. Sammy atrajo a su presa hacia él para estar seguro.

—¡Oh, ya estás levantado, cariño!

—Sí, el gato me despertó. Supongo que necesitaba alguien con quien jugar.

—¿Encontrasteis algo? —preguntó ella. El olor a café se extendió por la pequeña habitación. Le tendió la taza que llevaba en la mano.

—¿Lo has preparado como me gusta a mí? —Asintió al café.

—Puede que sí, puede que no.

—En realidad no. Había cuatro androides y mucha tecnología, pero nuestro problema sigue sin resolverse —contestó Steve—. ¿Cómo está Sean?

—Tapé sus agujeros, y ha repuesto su gel. Aunque he necesitado entablillarle un hueso. Será mejor que tenga un poco más cuidado.

—O no. Si no se entrado él primero, me habría llevado las balas yo.

—Desde mi punto de vista, por supuesto, eso habría sido terrible. Sin embargo, cuando pienso en nuestro gran problema, quizás hayáis ayudado a resolverlo. Podemos emplear esos cuatro androides, pero somos demasiados.

—Resulta terriblemente clínico cuando lo dices así.

—Lo sé. Hice un juramento para ayudar a la gente. Pero si no encontramos otra solución, al final...

Daniela tenía razón. Ni siquiera quería imaginarlos a todos muriendo lentamente de hambre. Tenían que encontrar una salida.



ESE DÍA, el gato estaba tan cariñoso como un perro. Steve le abrió la puerta y Sammy se escabulló tras él por el tubo que conectaba los aposentos y la enfermería a través del antiguo cuartel general. A mitad de trayecto, el gato le adelantó y le guio hasta la puerta. Stephanie, que venía por el otro lado, casi tropezó con el animal, y Sammy le siseó indignado.

—Lo siento —lamentó Steve—. Hoy me sigue a todas partes.

—Qué mono —dijo Stephanie—. Intuye que es un día importante.

—¿Y eso?

—Es en el segundo día de un nuevo siglo, y con este nuevo proyecto de Shi Fei...

—El nuevo siglo no comienza hasta dentro de un año, me lo recordó Fei.

—Sí, técnicamente tiene razón. De todos modos, tengo que hacer algo. Guárdame un asiento, por favor.

—Claro, nos vemos luego.

Steve abrió la puerta y Sammy bajó corriendo las escaleras que empezaban detrás, como si supiera que el antiguo jefe del Palacio Lunar tenía intención de proponerle un proyecto importante. Steve, sin duda, estaba entusiasmado.



—ME ALEGRO DE ver a tanta gente aquí —saludó Fei—. Ahora les ruego que guarden silencio, por favor, para que todos puedan entender lo que voy a decir.

Los murmullos cesaron. La sala estaba llena. El aire se notaba cargado, claro, pero Steve no quería enviar a nadie al centro de aire acondicionado del fondo y que se perdieran aquello. Cuando Shi Fei anunciaba cosas como esa, era muy importante.

—En primer lugar, me gustaría reiterar lo que sucederá si nos limitamos a esperar de brazos cruzados.

En la pared, mostró la proyección del número de personas que componía la población de la Luna, que caería a cero en dos años.

—Si reduyéramos inmediatamente toda la tripulación a diez individuos, el gráfico sería el siguiente.

Ellos también conocían ya ese gráfico. Aunque la curva se extendía más allá de 100, tenía una fea curva en la parte delantera, de 40 a 10. *Fea* no era una exageración, ya que esa curva significaba la muerte, más o menos voluntaria, de tres cuartas partes de la tripulación. ¿Cómo conseguiría Fei evitarlo? Necesitarían un milagro.

—Ayer, acompañé a Steve y Sean a examinar el proyecto DeWitt en el cráter Amundsen. En mi opinión, su potencial cambia nuestra situación por completo. Nadie tiene que morir. Todos podríamos sobrevivir.

Se oyeron murmullos. Todo el mundo esperaba oír el truco.

—En cierto sentido no clásico —añadió Fei.

—¿Es una tontería cuántica? —preguntó Maurice en voz alta—. ¿Estamos jugando al gato de Schrödinger?

—En el núcleo de la instalación hay una memoria cuántica de capacidad casi ilimitada. Contiene los datos exactos de la Luna, incluyendo todos sus átomos. DeWitt ha desarrollado una interesante técnica de almacenamiento para ello, basada en fractales, que reduce radicalmente el espacio necesario para una información similar. —Fei ignoró las preguntas del exayudante de Steve.

—¿Y qué ganamos con eso? —Maurice volvió a desafiar a Fei.

—¿Cómo llega la información a la memoria? DeWitt ha construido un escáner apto para cualquier objeto espacialmente apropiado. Está situado en el mismo edificio que la memoria.

—Es interesante, pero ¿y la solución? —insistió Maurice.

Steve sintió ganas de arrojarle por la esclusa, pero a Fei no la perturbó lo más mínimo.

—Gracias por su paciencia —ironizó la mujer—. Para encontrar la solución, tenemos que juntar uno y uno. La memoria cuántica ya contiene el mundo en el que vivimos. La luna virtual funciona igual que la real, hasta el nivel atómico en el que también funciona la conciencia humana. Y hay una forma de que nosotros mismos nos convirtamos en parte de ese mundo... y, por tanto, en inmortales.

—¿Tenemos que cambiar una vida real por una virtual? —preguntó Maurice—. ¡Ay! Maldito gato.

Steve no pudo contener la sonrisa. Sammy parecía tener a Maurice cogido por los pies. ¿Qué le había pasado a su segundo al mando? Solían divertirse juntos, haciendo carreras con los dos Rovers.

—Lo bueno de mi propuesta es que no es una vida puramente virtual —explicó Fei—. Los androides que tenemos a nuestra disposición cuentan con un sofisticado sistema operativo que también podría actualizarse externamente. Los del almacén de datos podrían utilizarlos para participar en la vida real y en la reconstrucción de la Base Lunar. No disponemos de suficientes androides para que cada conciencia tenga su propio cuerpo. Además, hay que tener en cuenta que los cuerpos de las máquinas pueden utilizarse las veinticuatro horas del día, mientras que sus conciencias precisan periodos de descanso. De este modo, podríamos establecer turnos y garantizar a cada uno entre seis y ocho horas de permanencia en la realidad. A esto se añaden ventajas innegables, como la ausencia de cualquier enfermedad o dolor y, por supuesto, una vida teóricamente ilimitada.

El silencio se había apoderado de la sala. Ni siquiera Maurice tuvo nada más que añadir. Fei había tenido una idea ingeniosa. En esencia, era la realización de un viejo sueño humano: la victoria definitiva sobre la enfermedad y la muerte. Si las circunstancias fueran diferentes, Fei tendría asegurado el Nobel. Pero ¿qué hacía que las circunstancias fueran diferentes? ¿La compulsión que había detrás? Si al menos 30 miembros de la tripulación no se implicaban en el experimento, este perdía su sentido.

Bueno, no exactamente. Los que se atrevieran a dar el paso tendrían que ver cómo el implacable vacío de la Luna diezmaba a los humanos que sobrevivían como seres biológicos. Uno a uno perecerían, por emaciación, en intentos desesperados por encontrar algo comestible, como víctimas de la agresión interpersonal. La perspectiva de una muerte inminente no hacía aflorar automática y exclusivamente la nobleza en las personas. Steve suspiró. Quizá lo mejor fuera dormirse en la memoria cuántica y no despertar hasta dentro de 50 años. Entonces, el resto de la tripulación lo habría conseguido. O no.

—¿Cuándo podríamos empezar a poner en práctica el plan? —cuestionó Samantha.

—Mañana —aseguró Fei—. Cuanto antes lo abordemos, más posibilidades tendremos de que no nos sigan los que no quieren. No podemos empezar hoy porque aún tenemos que activar los

androides que se encuentran en la instalación.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que usted misma entrará en el almacén, señora Shi? —cuestionó Maurice.

—Totalmente. Seré un modelo para los miembros de la misión china en la Luna. Considero que esa es mi misión.

—¿Cuándo debemos tomar una decisión? —preguntó Clara.

—Escanear a los voluntarios debería llevar unos tres días. El principal problema es el transporte. Haberlo decidido al final de esa fase sería lo ideal. Pero, en principio, el escáner funcionará más tarde.

—Gracias, señora Shi.

—De nada. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Qué opina nuestro comandante electo, Steve Knight? Steve, ¿estás de acuerdo con este plan? —cuestionó Maurice.

Steve se dio cuenta de que Fei le miraba asustada, aunque solo porque captó un breve movimiento de sus párpados. De ninguna manera la apuñalaría por la espalda, a pesar de que su idea le hubiera pillado por sorpresa.

—Por supuesto, Maurice —afirmó—. Creo que se trata de una buena solución.

—¿Alguien más desea intervenir? —Fei asintió.

Nadie dijo nada.

—Ahora, tengo una petición que hacerles —dijo Fei—. ¿Hay algún genio de la electrónica que pueda ayudar a activar los androides?

—Creo que yo encajo en esa descripción —informó Neville Youngs.

—Muy bien. Me reuniré con usted a las siete de la tarde en el almacén siete.



LOS ANDROIDES SE parecían mucho a Sean. Como no llevaban ropa, Steve vio que Sean le había dicho la verdad. Samantha desapareció del almacén y regresó poco después con cuatro mantas.

—¿Me echáis una mano? —preguntó Samantha.

Los tres, ya que aún faltaba Fei, colocaron las máquinas apiladas una al lado de la otra sobre sus espaldas y extendieron una manta sobre ellas. Samantha también cerró los ojos. Ahora podían tomarse por cuatro humanos dormidos, aunque muy pálidos.

—Espero que no les hayas dañado los músculos faciales al hacer eso —dijo Neville.

—Lo siento, no soportaba sus miradas. El parecido me da escalofríos —añadió Samantha—. Cuando los imagino viviendo entre nosotros... prefiero estar en el almacén.

—No creo que escapes de ellos —indicó Neville—. Estoy seguro de que también llevan mucho tiempo almacenados.

—No con el escáner del edificio DeWitt —aclaró Steve—. Pero si quieres vivir en el futuro, tendrás que pedir prestado uno.

—Entonces no me vería desde fuera —replicó ella—. Tampoco he tenido nunca problemas para alojarme en hoteles de mala muerte. No puedo ver el edificio desde mi habitación. Pero ¿acaso hemos preguntado a los androides si podíamos alojarnos en ellos?

—No creo que tengan nada que decir al respecto —opinó Steve—. Son máquinas, aunque muy sofisticadas. No es como si le cuestionaras al Rover si puedes subirte en él.

—Eso es cierto —apuntó Samantha—. Sin embargo, Sean me parece casi humano.

—Este es un comportamiento aprendido por la máquina, similar al piloto automático del

Rover —explicó Neville—. Salvo que aquí, el piloto automático está navegando la máquina a través de los bancos de arena del comportamiento social humano.

—A mi piloto automático le vendría bien una mejora así —dijo Steve.

—¿Y has pensado en algo para Sammy? —cuestionó Samantha.

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacerlo yo?

—Eres su sueño. Eso te hace responsable del animal.

—¿A mí? ¡No me gustan los gatos! Por eso Sammy se pega a mí, para estar tranquilo. Siempre pensé que era tuyo, Samantha.

—¿Por Sammy y Samantha? No, ya estaba aquí cuando llegué. Alguien debió dejarlo atrás.

—¿Quién olvidaría a su gato en la Luna? —se asombró Steve.

—¿Quién lo trajo? ¿Y quién les dio permiso?—interrogó Samantha—. Supongo que nunca lo averiguaremos. Pero el hecho es que Sammy está aquí y tú tienes la relación más estrecha con él. Así que supongo que tendrás que decidir por él, porque difícilmente está en condiciones de hacerlo por sí mismo.

Eran buenos argumentos. ¿Qué sería del gato si ya no se ocupaba de él? Tendría que buscar a otra persona. Eso no sería un problema hasta que la comida empezara a escasear. En algún momento, los humanos que quedaran se preguntarían si querían seguir compartiéndola con un gato. ¿Sería culpa de Steve si decidían no hacerlo?

¿Qué elegiría Sammy si pudiera juzgar las implicaciones de su decisión? Difícilmente podrían transferir su escáner a un androide. Así que estaría condenado a vivir en una simulación. ¿Y entonces qué? ¿Acaso perturbaba la conciencia de un gato que el ratón que perseguía no fuera real?

—No lo sé, Samantha. No creo que pueda tomar esa decisión por él. Será mejor que me digas qué es lo mejor para el gato.

—Eso está fuera de discusión.

—¿Llevan mucho tiempo esperando? —preguntó Fei. La puerta se abrió. Sean entró con ella.

—No, nos hemos ocupado de unos asuntos mientras tanto —respondió Samantha.

—Ah, ¿sí? ¿Cuáles?

—Nada importante —respondió Steve.

—¿Quién es el responsable del gato, de Sammy? —replicó Samantha, casi al mismo tiempo que él.

—Pero eso está claro, ¿no? —dijo Fei—. Es tu gato, Steve. Así que su responsabilidad, también. El animal no puede comprender la situación en la que nos encontramos.

—Que no es mi gato.

—¡Oh! Pues, desde luego, Sammy cree que eres su humano.

Steve suspiró. Ya tenía suficiente estrés como para decidir por sí mismo. Como comandante, debería dar ejemplo y ofrecerse voluntario para ser escaneado. Sin embargo, le atormentaba la idea de no volver a estar con Daniela.

—Empecemos —dijo Steve. Sacudió la cabeza para deshacerse de ese pensamiento.



—LOS CUATRO ANDROIDES parecen de la misma serie de la que yo procedo —observó Sean. Se llevó una mano a la nuca y se apartó el pelo corto hacia un lado, dejando al descubierto una solapa metálica. Con la otra mano, presionó la tapa y esta se abrió sobre unas pequeñas bisagras.

Dentro, había tres puertos con formas distintivas.

—Gracias, Sean —declaró Neville, que ya tenía en la mano un cable múltiple cuyo extremo principal estaba conectado a su ordenador portátil, y varios enchufes de formas diferentes disponibles en el otro extremo—. Este debería servir. —Introdujo el enchufe estrecho en uno de los puertos, y Sean se quedó paralizado durante unos dos segundos, como si todos sus músculos se hubieran acalambrado.

—Mi sistema ha detectado la conexión —informó el androide.

—Muy bien —agregó Neville—. Veo que estás corriendo bajo una distribución estándar, Anix 17.

—Lo sé. No se han realizado cambios.

—Entonces veamos si ocurre lo mismo con tus colegas.

—Por supuesto —contestó Sean.

—Qué incómodo. El cable se romperá cuando le suelte la cabeza —dijo Neville y desconectó el enchufe del puerto de Sean, lo que hizo que el androide volviera a congelarse brevemente. Luego se puso en cuclillas frente al primero de los androides en decúbito supino, le levantó un poco la cabeza y le introdujo el cable.

—¿Quieres que ponga al androide de lado? —ofreció Sean.

—No, gracias. —Neville se sentó para estar más cómodo y tomó la cabeza del androide en su regazo. Parecía que acariciaba a un humano para que se durmiera—. ¿Me pasas mi ordenador, por favor?

Sean le entregó el aparato y Neville lo colocó sobre el pecho del androide. Acto seguido, tecleó unos cuantos comandos y asintió.

—¿Problemas? —preguntó Fei.

—No, la verdad es que no. El inicio de sesión es un poco diferente, aunque no hay ninguna contraseña almacenada. Me parece que el *software* es nuevo.

—¿Acaso estos androides no se han utilizado nunca? —se extrañó Fei.

—No, tienen suciedad bajo las uñas. Trabajaron lo suyo. Probablemente no las necesitaron después y las volvieron a poner. —Neville agarró el brazo derecho del androide y examinó la mano.

—Pero ¿por qué los dejaron? —preguntó Samantha—. Son caros, ¿no? He oído que nuestro Sean costó doscientos cincuenta mil dólares.

—Tal vez no tenían usos para ellos en la Tierra. ¿DeWitt no es europeo? Los sindicatos han impuesto normas bastante estrictas contra el empleo de androides.

—¿Puede activarlo? —le pidió Fei.

—Sí, por favor —dijo Sean—. Enciéndelo. —El androide mostró un vivo interés por sus colegas.

—Preferiría borrar la memoria antes —señaló Neville—. No sé si no hay una detección de amigos / enemigos escondida en el estado activo del inicio de sesión.

—¿Así que el *software* te ha dejado entrar? —preguntó Steve.

—En modo suspensión, el androide no puede defenderse. No tiene sentido distinguir entre usuarios autorizados y no autorizados en este punto. Es mejor borrar su *software* por completo y, luego, instalar el nuestro propio.

—Pero entonces perderán completamente su carácter —dijo Sean—. Eso se conserva incluso después de un reinicio.

—¿Carácter? —preguntó Steve.

—La forma específica en que responden a los estímulos externos e internos —explicó Sean

—. El carácter se crea en el entrenamiento y después se integra en el sistema.

—Van a usar a los androides como mulas para sus conciencias —añadió Neville—. Por lo que un carácter tan programado es más bien un estorbo.

—Esa es su individualidad —agregó Sean—. Yo no quería eso. Por favor, déjasela.

¿La expresión de Sean era de súplica? Vaya, los resultados del aprendizaje automático eran cada vez más convincentes.

—No, es demasiado arriesgado —sentenció Fei—. Lo mejor es borrar por completo la memoria interna.

—Pero mis colegas no podrán trabajar así. —Sean se apartó de ellos.

—Está bien —concedió Fei—. Dentro de unos días, nos transferiremos a ellos. Entonces los cuerpos volverán a servir para algo.

—¿Eso también se aplica a mí? —preguntó Sean.

—De verdad, agradecemos mucho lo que has hecho por nosotros —intervino Steve—. Nos has salvado la vida. Pero sí, también necesitaremos tu *hardware*. Eso nos concederá, al menos, seis horas de tiempo real.

—Entiendo —contestó Sean. Se dio la vuelta. Su rostro no mostraba ninguna emoción. Lo que Steve creyó haber visto antes debió ser coincidencia.

—Vale, voy a empezar a borrarlos ahora —dijo Neville.

—Espere, yo... —lo interrumpió Fei—. Me estaba preguntando por qué trajimos a los cuatro aquí en primer lugar. Tal vez sería más eficiente dejarlos trabajar toda la noche.

—Pero el reconocimiento amigo / enemigo... —comenzó a explicar Neville.

—Cierto, Neville. Es demasiado peligroso. Borre sus recuerdos por completo.

Sean se retorció como si tuviera que cancelar un movimiento que acababa de iniciar. Neville se inclinó sobre su ordenador y pulsó algunas teclas. Luego desconectó el cable del androide, se acercó al siguiente, volvió a conectar el cable y repitió el proceso. Tardó solo cinco minutos en total.

—Gracias, Neville —dijo Fei—. Buen trabajo. Sean, ¿podrías llevar los cuatro cuerpos a nuestro Rover? Me gustaría salir a las cinco.

—Lo haré —afirmó Sean.

—También podrías quedarte tú en el vehículo.

—Por supuesto.

—Samantha, ¿sería tan amable de informar a toda la tripulación las horas de salida de los tres primeros Rovers? Quien llegue primero a la memoria tendrá la oportunidad de usar en exclusiva los cuerpos de los androides durante un tiempo. Supongo que eso requerirá cierto entrenamiento.

—Estoy segura de que motivará a algunos —dijo Samantha.

—¿Y usted? ¿Viene?

—Yo... tengo que consultarlo con la almohada. Reconozco que disfruto mucho con mi nuevo trabajo. Nunca pensé que se me daría tan bien la organización.

—Así es, está haciendo una labor magnífica. Las diez personas restantes también necesitarán un buen coordinador.

Shi Fei era mejor líder que él. Imponía respeto cuando era necesario, aunque también elogiaba cuando era indicado. Sería una ventaja para el grupo remanente si ella estuviera allí.

—¿Fei? Dijiste que tenías que escanearte como modelo a seguir —declaró Steve.

—Así es.

—¿No sería más importante dar a las últimas diez personas un poco de perspectiva? Creo que contigo y Samantha tendrían oportunidad de superar los momentos más duros.

—Seguramente ese tal Maurice que no paraba de interrumpirme también estará allí.

—Bueno, sí, aunque mayor relevancia tendría, entonces, que haya un contrapeso razonable para él.



MIENTRAS HACÍAN EL AMOR, Steve nunca cerraba los ojos. Quería, necesitaba, absorberlo todo: los ojos de Daniela mientras se hundían el uno en el otro, su cuerpo mientras lo cabalgaba, los sonidos que emitía cuando la penetraba, su aroma cuando se corría, la textura de su suave piel mientras la acariciaba, tendida entre sus brazos. Se estiró tras de sí y abrió el cajón de la mesita de noche. A continuación, le entregó una rosa.

—Para ti, querida.

—Es maravillosa. La flor más hermosa que me han regalado nunca. —Daniela sonrió, y él se sintió aliviado. Por su parte, ella agitó la rosa, y un poco de polvo cayó de los pétalos—. ¡Mira, polvo de estrellas! —dijo Daniela con una sonrisa.

Steve la abrazó con fuerza. Estaba muy agradecido por haberla conocido. Aquella semana le pareció toda una vida. Estaba claro lo que iba a pasar al día siguiente. Ni siquiera se habían planteado sus decisiones. Steve solo esperaba poder entrar en el escáner antes que Daniela, porque ver su cuerpo disolverse era algo que no sería capaz de soportar.



3 de enero de 2100

STEVE ESTABA SENTADO en la cafetería bebiendo su café caliente y amargo, intentando asimilar los aromas. Nunca había bebido café de forma tan consciente. Había notas de cacao, cereza ácida y tostadas quemadas, y apenas un tufillo a líquido lavavajillas. No era una experiencia *gourmet*, pero era real. ¿Qué sentiría cuando estuviera en la memoria o en uno de los androides?

—Toma, el último trozo de *stollen* —dijo Manni—. He oído que te gusta. —Una mano cálida se posó en su hombro.

—Sí, mucho, gracias.

El pastel estaba sobre una servilleta roja. Steve partió un trozo tras otro. Nueces, cáscaras de naranja, canela, cristales de azúcar, jugosas pasas y una masa casi cremosa. Era increíble lo que uno descubría cuando prestaba atención al sabor. Pasó la nariz por el último bocado. Olía a Navidad. Steve lo masticó y tragó.

Un paso más cerca de la despedida.

—¿Te quedas aquí? —preguntó.

—Sí —dijo Manni—. Solo sé cocinar.

—Y hornear.

—Así es. —Manni sonrió irónico—. Pero ¿cómo me las arreglaré para hacerlo en un cuerpo androide? Tengo que ser capaz de oler y saborear.

—Te entiendo, Manni. Si no tuviera que ser tan jodidamente ejemplar, yo también me quedaría.

—Tienes a Daniela. Incluso en la otra... eh, forma, no estarás solo.

—Si te soy sincero, temo no volver a estar solo. ¿Cómo será el que todos viven en la misma zona de memoria?

—Ni idea, Steve. Aunque te agradezco mucho el que nos des esta oportunidad.

—¿Sabes quién se queda?

—Li Bao, Vera Romanova y Tom.

—Sí, Daniela le ha prohibido entrar en la máquina. Sus heridas aún no han sanado, y el escáner posiblemente lo mantendría en esa condición para siempre.

—Además de Neville, nuestro increíble genio informático. Y Samantha, a la que vamos elegir nuestra líder.

—Muy bien. No te decepcionaré.

—Yo también lo creo. Y, luego, se quedan también Michael y Maurice.

Michael... que había querido comandar la nave con Josie y Ricky. No se sabía nada de él desde entonces. Maurice, por otro lado, había estado llamando la atención últimamente por

tontear en público. Steve estaba decepcionado con él.

—Ocho —comentó.

—Sí, un puesto cada uno sigue siendo para los chinos y los rusos. Todavía están deliberando. Shi Fei lo está meditando con sumo cuidado. Creo que Viktor preferiría quedarse, pero entonces su gente huiría de él.

—Viktor no es un mal tío.

—Lo sé, Steve. Me bebí una botella con él.

—Se te olvida una persona.

—¿Ah, sí? Pero más de diez no llegarán.

—Sammy, el gato. Prométeme que lo cuidarás.

—¡Pero si es tu mascota!

Steve se rio. Parecía que Sammy había hablado con toda la tripulación y les había dicho a todos que él, Steve, era su humano.



—TENEMOS QUE IRNOS —dijo Shi Fei—. Sean aparcó el Rover justo al lado de la esclusa de salida de emergencia.

—Te veré mañana en el mundo de los datos —sentenció Steve.

Se limpió la humedad de la mejilla. Daniela estaba ante él llorando. Steve extendió los brazos y se besaron por última vez. Fue extraño porque la parte superior rígida del traje espacial le estorbaba. El gato le rozó los pies y maulló. Sammy se dio cuenta de que algo crucial estaba ocurriendo. Con suerte, estaría bien. A Samantha le caía bien, pero al final se le acabaría la comida. Era imposible vigilar a un gato las 24 horas del día. Si no fuera por Maurice...

Sin embargo, no podía encerrar al gato en el almacén de datos, ¿verdad? No había ningún androide para él. Steve miró hacia abajo. Sammy se había echado sobre su bota como para impedirle salir. Incluso se había llevado el pequeño delfín de peluche. El relleno de algodón asomaba por la costura, ahora medio abierta.

Steve había encontrado el juguete cerca de un monitor del barracón. Cerca, debajo de un escritorio, había un coche de juguete. Pero no uno normal, sino un vehículo autónomo. Debía de tener una amplia memoria que capaz de programarse desde el exterior. Sería el cuerpo de sustitución perfecto para el gato. Sammy podría incluso «conducir» en el vacío con él.

—Fei, necesito cinco minutos más —pidió el comandante. Quería ir al taller, pero Sammy no le soltaba el pie—. Daniela, ¿serías tan amable de traerme un recipiente hermético?

—¿De qué tamaño?

—Lo suficientemente grande como para que Sammy sobreviva en él durante diez minutos. Sus garras no deberían ser capaces de dañar el material.

—Espera, ya sé lo que servirá. —Daniela salió corriendo.

—¿Debes hacerlo? —Fei le miró con las cejas fruncidas.

—Sí, por desgracia.

Steve se agachó y levantó al gato. Este no opuso resistencia e incluso ronroneó. Por su parte, Daniela volvió con una cacerola.

—¿Una olla? —preguntó Steve.

—Una olla a presión. Se puede cerrar herméticamente.

—El aire dentro tiene que bastar para llegar al Rover. Meteré al gato a la de tres y tú cierras la tapa rápido, ¿vale?

Daniela asintió.

—Uno, dos, tres.

En un movimiento rápido como el rayo, Steve colocó al gato en la olla. Antes de que el animal se diera cuenta de lo que había pasado, Daniela puso la tapa y la cerró a rosca. Sammy se quejó en voz alta.

—¿Podemos irnos ya? —quiso saber Fei.

Steve asintió. Daniela le dio un rápido apretón y se marchó. La volvería a ver al día siguiente, en un mundo completamente distinto. Hasta entonces, ella podría cuidar de sus pacientes por última vez.



—Lo sé, sí. Ya casi hemos llegado, tranquilo —murmuró Steve con tono tranquilizador.

Sammy maullaba desolado. Seguía sentado en la olla. Steve solo había apartado la tapa un poco para que entrara la luz y el aire. Si soltaba a Sammy en el Rover, nunca lo volvería a meter en ella, y la necesitaban para llegar a la esclusa del gran vestíbulo.

—Lista para salir —comentó Fei.

—Yo también —informó Stephanie desde el asiento de salto detrás de él.

Steve volvió a colocar la tapa sobre Sammy y se puso su propio casco. A través de la ventanilla lateral, se dio cuenta de que el segundo Rover se detenía junto a ellos, un modelo chino. Al salir de la esclusa, vio el tercer vehículo. Llevaba el emblema de Roskosmos. En la primera exploración, siete personas entrarían en el mundo de los datos... y un gato.

Steve merecía el dudoso honor de ir el primero, como señal de que el proceso era completamente seguro. Su tarea consistía en pasar a uno de los cuerpos androides lo antes posible tras la transición, demostrando que todo funcionaba según lo previsto. Después le seguirían Sammy y Viktor. Sin embargo, Shi Fei permanecería entre los vivos hasta que todos los candidatos hubieran sido escaneados, lo que probablemente ocurriría pasado mañana a última hora.

Steve se dio la vuelta. Entonces se fijó en el cuerpo que seguía atado al techo del Rover. ¡Sean debería haberlo bajado!

—¿Sean? ¿Podrías llevar al androide al vestíbulo? —preguntó el comandante por radio.

No recibió respuesta.

—Sean, adelante.

Nada.

—Atención todos. ¿Alguien ha visto al androide?

—Salió y echó a andar. Pensé que le había pedido que se encargara de algo —dijo Viktor.

—No, debería haber bajado el cuerpo del techo.

—No hay problema. Nos ocuparemos nosotros.

Viktor subió por la escalerilla hasta el techo del Rover, aflojó las correas y bajó la carga, donde la recibió otro cosmonauta.

—Gracias, Viktor.

—Es lo menos que puedo hacer.

El comportamiento de Sean era extraño. ¿Podría haber olvidado ya lo que Steve le había ordenado hacer antes de partir? Entonces recordó la olla. El recipiente tenía una pared exterior de doble aislamiento, aunque no podía dejar que Sammy esperara en él demasiado. Steve se marchó. Mierda. También quería coger el coche teledirigido. A la carrera, se dirigió a los

barracones.

Todo parecía igual que la última vez. Recorrió las filas y se topó con el escritorio del programador. Esperaba que nadie se le hubiera adelantado. No, allí estaba. Cogió el coche de juguete y lo sujetó contra el tiesto de la olla en la que iba Sammy, corrió hacia la salida y se detuvo. Desde la puerta, vio a un grupo de personas, a apenas diez metros, delante de otra. Reconoció inmediatamente a Sean por el traje que le faltaba.

—Ya basta —ordenó el androide—. Ahora vais a volver a casa.

—Sean, sé razonable. Necesitamos hacerlo —indicó Fei.

—Retroceda, señora Shi. Y asegúrese de mantener su pistola eléctrica en el bolsillo. De lo contrario, usaré mi arma.

Sean agitaba un objeto que podría ser una pistola. Steve se acaloró. Debía de ser la de Ricky. ¿Cómo la había conseguido el androide? Steve se acercó lentamente. Venía de una dirección de la que Sean no esperaba que apareciera nadie, así que esa era su ventaja. Además, la pequeña colina, dentro de la cual estaba la entrada a las profundidades, lo ocultaba un poco.

—Sean, estás obligado a obedecernos —sentenció Fei—. No puedes dispararnos.

—¿Se lo puede creer? Soy capaz de evitar una situación mucho más peligrosa con una acción potencialmente peligrosa. Están planeando un suicidio colectivo. Tengo que impedirlo. No creo que mi programación lo prohíba. Pero pueden intentarlo, por supuesto.

—Hablemos, venga. Negociemos. ¿Qué quieres?

—Vidas reales para mis cuatro colegas, como la mía. No que los usen como simples zánganos para sus conciencias.

Steve siguió acercándose a la colina. No tenía otra opción, o Sammy moriría congelado en la olla.

—Vale, de acuerdo.

—No la creo, señora Shi. Tráigame los cuatro cuerpos y un Rover. Entonces, liberaré la entrada a la sala.

Sean protegía a los que eran como él. ¿Significaba eso que había desarrollado una conciencia genuina? ¿O correspondía al comportamiento de un gato que cuida de sus crías? Steve había llegado a la colina y se colocó de tal forma que el androide no pudiera verle.

—Sean, todos los androides son propiedad de la humanidad —dijo Fei—. Lo que intentas hacer es un robo. Estás infringiendo la ley. Incluso en la Tierra, eso sería motivo suficiente para desconectarte. En la situación particular en la que nos encontramos, es algo que no ocurrirá. Tienes que comprendernos.

—¡Alto, señora Shi! ¡O disparo!

Steve se asomó desde detrás de la colina. Sean apuntaba directamente a la cabeza de Fei, aunque ella no siguió sus instrucciones. ¿Era capaz el androide de disparar a un humano? Todos los expertos afirmaban que sería imposible porque la prohibición de usar la fuerza contra sus creadores estaba muy arraigada en el sistema operativo.

Sin embargo, Sean ya había actuado por su cuenta para evitar un peligro mayor. Un androide que quisiera rescatar a un humano sepultado entre escombros debía ser capaz de amputar la pierna de la víctima si era necesario para salvarle la vida. Si Sean lograba aplicar ese pensamiento, Fei corría un gran peligro. No importaba dónde le disparar, el traje espacial se descomprimiría y ella moriría.

—¡No de un paso más! —gritó Sean.

Shi Fei se acercó de todos modos. El brazo del androide temblaba.

Steve creyó percibir pánico en la voz, por lo demás tranquila, del androide. ¡Tenía que hacer

algo! Solo había cinco o seis metros entre Sean y él. Tenía que rodear la colina. Si se agachaba, Sean aún no se daría cuenta de su presencia. Pero entonces llegó la entrada, donde ya no podía esconderse. ¿Tenían los androides un segundo de *shock*? Ojajá.

El comandante se abrazó a la olla donde Sammy esperaba su salvación. Con suerte, su pelaje le daría calor. Fue entonces cuando Steve tuvo la idea. No iba a arrollar a Sean así como así. Enganchó el coche de juguete a su cinturón. A continuación, se acercó, agachado, con la olla apretada contra su vientre, alrededor de la colina. Allí estaba la entrada. Fei se había detenido. Debía de haberle visto.

—Eso es, señora Shi —oyó decir al androide en la radio de su casco.

Steve inspiró hondo. A la de tres: uno, dos, tres. Cargó contra la esquina, empujó la pesada olla hacia delante como un balón medicinal y saltó para salvarse detrás de la esquina opuesta. Respirando agitadamente, vio cómo Fei blandía la pistola eléctrica en un instante y apretaba el gatillo.

—Hecho —dijo Fei entonces.

No se percibía ningún triunfo en su voz. Steve se enderezó. El androide se hallaba tendido en el suelo, sin moverse. Había perdido el arma. ¡La olla! Steve corrió hacia donde yacía boca abajo en el suelo. La tapa seguía cerrada. En el lateral, el material estaba ligeramente abollado. Una bala debió de alcanzar la olla: Sean le había disparado.

Steve la apretó contra sí. Imaginó que oía maullar a Sammy, pero debía ser su imaginación.

—Tengo que atravesar la esclusa rápidamente —declaró Steve.

Fei hizo una señal a los demás, abrió la puerta y le dejó pasar primero. La esclusa funcionó. En cuanto hubo suficiente oxígeno en el aire, Steve giró la tapa de la olla. Oyó un grito de indignación y se alegró tanto que se echó a llorar. Fei le apretó el hombro y lo sacó de la esclusa, con olla y todo. Luego corrió a buscar al resto de la tripulación.



—TRANQUILO —repetía Steve.

Sammy respondía con sonidos quejumbrosos. Aunque, sobre todo, el sonido de sus garras sobre el interior metálico de la olla recorrió la espina dorsal de Steve.

—No puedo dejarte salir todavía, lo siento.

La sala subterránea era demasiado grande. Nunca volvería a encontrar al ya estresado gato. Sintió pena por el animal, aunque tenía que quedarse en su contenedor. Steve caminó por el pasillo central de la sala hacia el fondo. El resto de la tripulación seguía atrapada en la esclusa, así que estaba solo.

Toda la sala le pertenecía. Había todo un mundo esperándole en los armarios cuánticos de la izquierda y la derecha, pero no había ni rastro de él. Puede que nunca volviera a estar tan solo. Aspiró el aire húmedo, saboreó el aroma a moho y escuchó el fino zumbido que emanaba de los ordenadores cuánticos, casi ahogado por el gorgoteo del líquido refrigerante en las tuberías situadas sobre él.

¿Qué quedaría de él? ¿Era la decisión correcta? ¿Tal vez tenía razón Sean cuando hablaba de un suicidio colectivo? ¿Se podía seguir hablando de una existencia cuando faltaba el cuerpo físico? Y los androides que tenían que compartir, ¿eran un sustituto viable? Tantas preguntas que nadie podría responder por él porque sería el primero en atreverse a dar el paso.

Un poco después, Steve llegó a las dos habitaciones que había al final del pasillo. Allí yacían los androides desactivados con los que Sean estaba tan comprometido. ¿Qué pasaría con él?

¿Volverían a activar a Sean? Eso lo decidirían otros. Tal vez sería borrado, como sus hermanos. Steve vio a Sean ante él. ¡Con qué fuerza luchó por ellos! Debió darse cuenta de lo que arriesgaba con su desobediencia. Solo por eso tendrían que concederle los derechos de un ser humano. Probablemente era bueno que el uso de androides en la Tierra no estuviera permitido en la mayoría de los países.

De todos modos, se estaba distraendo. Basta. Tenía delante la máquina, el insecto de la lengua larga. Se tumbaba en ella, la boca se cerraba y Fei veía en la pantalla cómo se descomponía en información cuántica. Estaban locos. Sean tenía razón.

No tenían pruebas de que sus conciencias se preservaran durante ese proceso. ¿De dónde saldría la coherencia que lo mantendría todo unido? Se parecía a la creencia en un alma si suponían eso. Por otro lado, también tenía algo de la concepción mecanicista de la época de la Ilustración. Si en la transición toda la información se conservaba sin lagunas, y DeWitt parecía haberlo conseguido, ¿no debían transferirse también por completo las conexiones y las interacciones entre ellas?

Steve ya no estaba solo. Le llegaban retazos de conversación. Pronto lo vería por sí mismo. Lo mejor sería entrar en la máquina sin grandes expectativas. ¿Hacia la muerte? Los humanos solo podrían sobrevivir en la Luna si reducían su número a diez. Ahora se enfrentaba a esa misión. Era mejor que morir de hambre, con todos los demás.

—¿Estás listo? —Fei se acercó a la máquina y la encendió.

—Primero, el gato —dijo Steve.

—Por supuesto.

El comandante se agachó y abrió la tapa. Sammy se lanzó hacia él. Consiguió sujetarlo, pero recibió algunos arañazos.

—No se queda quieto —explicó Fei.

—Lo sé. —Steve empujó al gato, que protestaba, de nuevo a la olla—. Pues tendremos que escanearlo con la olla.

—Eso debería funcionar.

Steve se acordó del coche de juguete. Lo sacó de su cinturón y se lo entregó a Fei.

—¿Puedes cargar esto y ponerlo en la red? —preguntó él.

—¿Para Sammy?

—Exacto.

—Buena idea. Lo haré. Ahora, ¿por qué no pones la olla en la lengua?

Steve tragó saliva. Colocó el recipiente en medio de la lengua. Sammy guardó silencio de repente.

El proceso comenzó.



LA BOCA RECHINABA un poco al abrirse. La lengua estaba vacía. Steve lo sabía, pero, aun así, se sentía como si él mismo hubiera roto el cuello del gato.

«Lo siento, Sammy, pero no estarás solo allí por mucho tiempo».

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —preguntó Fei.

—El androide.

—Está activado en la habitación de al lado y conectado al almacenamiento de datos.

—¿Y si no lo encuentro cuando llegue?

—Entonces debemos considerar el experimento un fracaso. No creo que, en esas

circunstancias, haya suficientes voluntarios para seguirte. Pero no te dejes presionar. No estás obligado a nada. La decisión es tuya.

—No, le prometí al gato que no estaría solo. Al menos, tendré compañía.

—Te quejarás de demasiada compañía cuando estemos todos allí —comentó Fei.

—Ya veremos. Dale recuerdos a Daniela de mi parte. Y, si no hay suerte con el androide, por favor, haz que se replantee si quiere seguirme.

—Se lo diré. Pero lo conseguirás. Ha sido un placer conocerte —afirmó Fei, que le tendió la mano y Steve se la estrechó. Por su parte, Fei asintió. ¿Acaso vio una lágrima en el rabillo de su ojo? Pero ya era hora. Sammy debía de estar asustándose. ¿Cómo pasaría el tiempo en el otro lado? Steve se quitó el traje espacial. Podrían necesitarlo los demás. En calzoncillos, se subió por la lengua y se tumbó en ella. No era cómodo porque tenía una joroba en el medio.

—Voy a empezar ahora —advirtió Fei.

La boca se cerró. Se oscureció, y los sonidos también disminuyeron. Steve esperó. Un fino cosquilleo surgió en la parte superior de su cráneo, que recorrió su frente y mejillas, bajó por su cuello hasta su pecho, cruzó su estómago, se movió hacia sus caderas y alcanzó sus muslos, para finalmente hacerle cosquillas en los pies después de atravesar la parte inferior de sus piernas.

¿Cuándo empezaría?

En ese momento, se abrió la boca. ¿No había funcionado el experimento? El pasillo olía a humedad. La lengua sobre la que yacía se movía, cada vez más empujada. Antes de caer, optó por bajarse.

—¿Fei?

No obtuvo respuesta. El panel de control de la máquina se iluminó, pero nadie la manejaba. Steve vio la silueta de un hombre. Su silueta. Esta brillaba con un color dorado. Entonces se fijó en la olla que estaba en el extremo inferior de la lengua. Emitió un desagradable sonido de raspado. Steve abrió la tapa. Un bulto de pelaje gruñón saltó fuera, le dio un golpe en la mejilla y desapareció por el oscuro pasillo. Steve había visto cómo la máquina escaneaba la olla con Sammy dentro. Solo entonces se dio cuenta de dónde estaba.

Al otro lado. En la simulación.

«La simulación».

Aquí nada era real y, sin embargo, todo lo parecía. La interacción de datos que compartían una zona de memoria física creaba el simulacro. Lo único que existía eran enredos e impulsos eléctricos, pero nada de eso podía sentirse. Para él, era como si hubiera cambiado de habitación.

Steve se palpó el cuerpo. Aún llevaba ropa interior, aunque hacía bastante frío. Lo mejor que sería recomendar a los demás que se pusieran una doble capa de ropa. Los arañazos que Sammy le había hecho cuando estaban en la realidad seguían ahí en la simulación, pero el golpe de garra de hacía un momento no. ¿Se había vuelto invulnerable? Debería tener cuidado.

¿Dónde estaba el androide? Shi Fei lo había guardado en la habitación contigua. Ese mundo virtual no era una copia de la realidad, pero Steve lo examinó de todos modos. La habitación estaba vacía. No era tan sencillo. ¿Y cómo podría haber funcionado? ¿Se pondría el androide como un traje espacial y estaría en contacto con la realidad? No. El androide real formaba parte de la memoria total en la que se movía. Lo que su conciencia creía que era la realidad consistía solo en datos y sus interacciones. Debía conseguir cruzar a la zona de memoria que estaba en realidad en el androide. Pero ¿cómo?

El índice. Fei lo había utilizado para asegurarse de que todos los datos se hallaran en el sistema. Steve salió de la estrecha habitación y entró en el vestíbulo. Había un ordenador en cada fila que podía utilizar para acceder al directorio. Se dirigió al de su izquierda. El ordenador

respondió inmediatamente.

Steve tardó un momento en orientarse. El *software* estaba diseñado principalmente para encontrar la ubicación de cierta información. Al parecer, también se podía editar. Eso era alucinante. Se preguntó si también cambiaría su realidad simulada. Pero eso no le ayudaba ahora. Necesitaba una ubicación específica.

¡Bingo! El *software* podía cambiarse. Ahora mostraba los armarios individuales. Se desplazó hacia abajo. Al final de la lista, encontró entradas adicionales. Las UMA eran como las llamaba el programa, «Unidades de Memoria Auxiliares». Había dos, con espacio en la pantalla para más. Una UMA era el androide, la otra... ¡el coche de juguete! Fei había cumplido su palabra y lo había conectado a la red. Ahora necesitaba encontrar la nube de datos que contenía a sí mismo, es decir, la conciencia que produjo esa imagen irreal de sí mismo. No. Antes, lo haría con Sammy. Steve enumeró los datos según la última actualización.

Ya lo tenía. El hombre y el gato podían distinguirse bien por su tamaño. Más tarde, cuando más gente le siguiera, tendría que hallar una solución más clara. Con el dedo trasladó el conjunto de datos a la UMA más pequeña. La transferencia tardó menos de un instante. Repitió el proceso para su propia montaña de datos.



STEVE ESTABA TAN mareado que tuvo que cerrar los ojos. ¿Había bebido demasiado? Las náuseas que normalmente le acompañaban no aparecían esta vez.

—Cerró los ojos. ¿Has visto?

—Tal vez el androide está ahorrando energía. Ha estado activo durante diez minutos.

Reconoció las voces de Stephanie y Fei. Steve se obligó a abrir los ojos. El mareo ya estaba cediendo. Era como si llevara un traje espacial demasiado grande y tuviera que aprender a ocupar el espacio de que disponía.

—Ahora los ha abierto de nuevo —comentó Stephanie.

—Nos ha oído. Una reacción involuntaria —dijo Fei.

Steve tuvo que ponerse de pie. Le dio una orden a los brazos para que levantara la parte superior del cuerpo, aunque los brazos no reaccionaron. No estaban allí. Se había despertado sin brazos. Que no cunda el pánico. Esto no es real. Envió pensamientos por todo su cuerpo, que lentamente llenaron la nueva forma. ¡Sí! Tenía brazos. La sensación de tener un cuerpo se extendió como un cosquilleo por sus extremidades. También tenía piernas. No pasaría nada si las usabas. Brazo derecho, soporte. Su cuerpo se sacudió. Las órdenes habituales para regular la fuerza ya no funcionaban. Necesitaba concentrarse con sumo cuidado. Brazo izquierdo. Ah, sí, ya está mejor. Se sentó.

—¡Impresionante, ha funcionado! —exclamó Stephanie.

—¡Lo sabía! —exclamó Fei—. ¿Eres tú, Steve?

—Tiene que ser Steve —aseveró Stephanie.

—El gato fue el primero. Así que no se alarme si empieza a maullar.

«Soy yo», dijo Steve, aunque las palabras no salieron de su boca. No importaba. Ya había dominado las piernas. Se puso en cuclillas e inmediatamente de pie. No había podido hacer eso antes, en el mundo real.

—No es el gato —aclaró Stephanie.

—¿Por qué? —preguntó Fei.

Stephanie señaló al suelo. El coche de juguete se puso a rodar. Efectuó unos giros increíbles.

Estaba claro que era el gato. Estaba jugando. Steve oyó el primer maullido. Sonaba engañosamente real. Él no sabía que el vehículo tenía un sistema de altavoces.

—¿Nos oyes? —interrogó Fei.

Steve asintió.

—¡Es él! —exclamó Stephanie, y los demás se acercaron, lo tocaron, lo acariciaron.

Steve se sentía incómodo. Aún no tenía el cuerpo bajo control y no quería hacer daño a nadie. Con cautela, dio un paso atrás.

—¿Qué ocurre? —preguntó Stephanie—. ¿Puedes hablar?

Desde luego que podía, pero necesitaba un momento de descanso. El centro del habla no parecía tan fácil de controlar como los motores de sus extremidades. Imaginó lo que quería decir y lo envió palabra por palabra a su laringe.

—Soy... yo —pronunció el comandante.

«Uf, funcionó. Ahora ya nada podía salir mal».

Sammy se curvó alegremente entre sus piernas.



5 de enero de 2100

DOS DÍAS DESPUÉS, su contingente estaba casi completo. Josie había conseguido convencer a Michael para que cruzara. Su lugar entre los supervivientes lo había ocupado Gábor Varga, el físico.

Steve había reservado un androide para poder estar allí en el momento crucial. Ahora estaba delante de la máquina con Samantha, Fei y Daniela. Los tres se abrazaron por última vez. Por supuesto, Steve se sentía un poco fuera de lugar. No se parecía a Steve, aunque tenía la piel pálida y la cara sin emociones de los androides. Daniela sabía que estaba en la máquina, pero no podía sentirlo.

Al menos le estrechó la mano antes de entrar en la máquina. Steve volvió a mirarla a los ojos marrones y profundos. La boca se le cerró. Mientras Samantha iniciaba el escáner, él caminó por el pasillo hasta el primer ordenador, consultó el índice y transfirió su nube de datos de la UMA a la memoria principal. Uno de los supervivientes recogería aquí el cuerpo del androide más tarde.



EN EL OTRO LADO, el de la simulación, había mucha más actividad que cuando él llegó. La mayoría estaban ocupados probando sus límites. Descubrieron que el cuerpo y el mundo exterior dentro de la simulación interactuaban según las leyes conocidas de la naturaleza. Sentían calor y frío, los instrumentos afilados les arañaban la piel, el agua caliente les escaldaba. Sin embargo, había una persistencia desconocida en la realidad. Sus cuerpos virtuales volvían enseguida a su forma original.

Los científicos lo atribuyeron a un mecanismo de corrección de errores que el sistema aplicaba regularmente a todos sus datos. Aún no se sabía dónde se hallaba su límite, pero Steve estaba seguro de que algún tripulante descuidado acabaría por descubrirlo. Pero no veía por qué debía hacer de niñera y señalar a los demás el peligro de sus intentos.

Stephanie supervisó las últimas transferencias en la máquina. Steve fue a reunirse con ella. En la pantalla de control acababa de aparecer la silueta dorada de una mujer, su novia. Se mordió los labios. Hasta ahora, ningún escáner había salido mal. ¿Por qué iba a ocurrir esa vez?

Bueno, un corte de energía podría paralizar la máquina. Un volcán paralizando el reactor nuclear del Proyecto DeWitt... Habían estado discutiendo cómo acabaría un escáner incompleto, y habían acordado que el objeto no sobreviviría a un incidente así. Pero ¿seguro que ningún volcán iba a entrar en erupción precisamente ahora!

La boca se abrió. Daniela yacía sobre la lengua curvada como un sacrificio al dios insecto.

En un momento, la mordería y la devoraría. DeWitt debía tener una imaginación extraña. «Vamos, Daniela, levántate...». Y, en ese momento, ¡se estiró! Se incorporó, se tambaleó un poco y luego se sentó. Se acercó a ella y, en cuanto le vio, una sonrisa se dibujó en su rostro. Daniela descendió y se abrazaron. El calor era real, y el aroma de su cabello también. Las lágrimas eran reales.

Claro que no lo eran. Él lo sabía. Impulsos eléctricos. Pero aun así... «¿Qué significaba “real”?».

—¡Vamos, quiero sacarte! —dijo ella después de lo que pareció una eternidad.

Se cogieron de la mano. Todo era eléctrico. Él se sentía como si no la hubiera tocado desde hacía años. Justo antes de la salida, él tiró de Daniela hacia un pasillo lateral. La mujer malinterpretó su gesto, se puso de puntillas y le besó. Él le devolvió el beso, pero volvió a separarse cuando ella jugueteó con su cinturón.

—Los trajes espaciales, los necesitamos —indicó él.

—Por supuesto, quería salir fuera. —Daniela sonrió.

—Tendremos que ayudarnos a ponernos los trajes.

—¿Los trajes? ¿Para qué los necesitamos? —preguntó Daniela—. ¿He oído que somos inmortales?

—No estoy seguro. Aunque es cierto, efectivamente sobreviviríamos saliendo sin trajes. Michael lo probó.

—Entonces hagámoslo también. Siempre he querido retozar desnudo por la arena lunar.

—Eso se desaconseja totalmente. Las desagradables interacciones con el vacío y el frío tienen lugar de todos modos. Desde luego, no es muy divertido correr por las dunas congelándose y asfixiándose. Asfixiarse es muy desagradable, según Michael, sobre todo porque no se detiene.

—Oh, no seas tan cobarde —replicó Daniela.

—De acuerdo, si quieres tú misma... —Steve la miró con las cejas levantadas.

—¡Te engañé! No te preocupes, no valoro el dolor. Pero ahora mismo quiero algo completamente distinto.

Daniela volvió a jugar con su cinturón, y esta vez él la entendió. Después, cuando estaban tendidos sobre sus ropas en el suelo, Daniela le preguntó sobre la vida allí.

—¿Puedes ver la Tierra desde fuera? La Luna fue escaneada antes de la transferencia, ¿no?

—No. La visión del cielo no forma parte del escaneo.

—Entonces ¿se ven los dos soles y el gigante gaseoso?

—Tampoco forman parte del escaneo.

—Pero ¿qué ves entonces? ¿El cielo nocturno lleno de estrellas?

—Es difícil de describir. No se ve nada. Nada en absoluto. Tampoco negro. Ves el paisaje lunar, levantas los ojos hacia el horizonte... aunque luego se acaba.

—¿No puedo mirar hacia arriba? Quiero decir, ¿en vertical?

—No. Y eso parece lógico y normal cuando lo intentas. No esperas verme el trasero cuando te miro de frente.

—Una locura. ¿Y no te sorprende? Después de todo, aquí dentro puedo ver hacia arriba.

—Cierto, pero fuera no te extrañas.

—Sin embargo, ahora, en este momento, yo también puedo preguntarme cosas. Te preguntas que es así, ¿no?

—Sí, es raro, Daniela, pero supongo que es una de las peculiaridades de nuestro mundo virtual. Somos parte de él y no podemos ver más allá.



—AHORA VAMOS, Steve. No aguantaré mucho tiempo el ambiente del cementerio.

Steve se agachó. El polvo se había asentado de nuevo sobre la lápida de Samantha. Los vivos no la cuidaban lo suficiente. Samantha no se merecía eso. Ella había mantenido unida a la colonia. Sin ella, los vivos no habrían superado los difíciles primeros 20 años.

El comandante se levantó de nuevo. Allí era donde yacían todos. La tripulación original se hallaba enterrada en primera fila junto a Samantha: Neville, Bao, Vera, Gábor, Manni, Ludmilla, Jinjin y Maurice. Nadie sabía dónde estaba la tumba de Tom. Había fallecido después de solo tres años. No fue una época fácil. Cuatro mujeres, seis hombres. Jinjin y Vera se habían convertido en pareja, así que seis hombres habían ligado a dos mujeres. Tom no soportaba la soledad. Se lamentó durante mucho tiempo y luego le puso fin. Sin embargo, ¿podría haberse hecho escanear!

Steve apartó una piedra. Mientras tanto, el cementerio tenía ocho filas. Vera se había convertido rápidamente en madre con el consentimiento de su compañero, Jinjin. Nunca se supo quién era el padre. Steve sospechaba que había sido Tom. Ludmilla y Samantha tuvieron cuatro hijos cada una... todas niñas, como si la naturaleza quisiera compensar una carencia.

En la segunda fila había nueve tumbas. De la antigua segunda generación de nueve miembros, solo siete habían llegado a crecer, aunque habían tenido dieciocho hijos. Fue una época extraña: el primer florecimiento de la colonia, porque ahora por fin se producía comida más que suficiente.

Ocho niños y diez niñas, pues, en la tercera generación y decisiones cada vez más difíciles... no es de extrañar que la tercera fila fuera la más larga hasta la fecha. La población estaba ahora estancada. Veintinueve personas vivían en la antigua base de la NASA. Habría una más si Julie no hubiera decidido escanearse dos años antes. La joven de 17 años de la última generación no soportaba estar cerca de sus compañeros. Se llevaba mejor con los fantasmas, como llamaban los vivos a los escaneados.

—Steve, todavía nos aguarda un largo camino.

—Lo sé, cariño. Solo un momento más. Hace diez años que no vengo.

—Nunca quieres salir. Me encantaría volver a llevarte de excursión por las montañas de Shackleton.

Daniela tenía razón. Era tan engorroso salir que había perdido el interés. Como solo dos de los cinco andróides seguían funcionando, había que solicitar cita con una semana de antelación. Y luego no había diferencia fuera que en la simulación. Cuando Samantha y Manni vivían, los visitaba más a menudo, pero hacía mucho tiempo que no conocía personalmente a ninguno de los

vivos.

Manni yacía allí. Nació el 2 de agosto de 2070 y murió el 16 de diciembre de 2135, el primero de la generación original en morir. ¡Cuánto luchó Daniela por él entonces! Pero el cáncer no tuvo piedad. «Hace doscientos años, me comí tu último trozo de *stollen*, ¿recuerdas?». Deberían haberse escaneado todos entonces. Así se habrían evitado esas malditas despedidas. Steve tragó saliva.

«Cuídate, Manni. La próxima vez vendré antes».

Volvieron a uno de los últimos Rovers que funcionaban. Era el modelo ruso blindado, el WSV, que ni siquiera tenía cabina. Pero para dos fantasmas con prisa, era el vehículo adecuado, porque podía alcanzar los 70 km/h. Eso hizo más llevadero el largo trayecto hasta el cráter Zeeman.

Daniela pisó el acelerador. Steve se abrochó los dos cinturones y desconectó el centro del dolor. De ese modo, las sacudidas que les daba el suelo lunar dejaron de molestarle. Hubiera sido el turno de Fei, pero la perspectiva de tener que examinar las ruinas de su Palacio Lunar la convenció para que Steve se ocupara del viaje. Daniela estaba encantada. No había cambiado y seguía entusiasmándose enseguida.

Ni siquiera de cara al exterior. Esa era la bendición de su existencia virtual. No estaban sujetos a la decadencia física o de personalidad. Durante mucho tiempo se alegró de ello, sobre todo cuando la primera generación envejeció. Desde entonces, Steve se mostraba ambivalente. A veces le hubiera gustado ver el aspecto de Daniela como mujer madura y, con el tiempo, anciana.

Cuando tenían relaciones sexuales, se alegraba de ver su figura juvenil. Pero ya casi nunca tenían sexo, como si tuvieran doscientos treinta años en la vida real, igual que en el papel. El sexo ya no era tan interesante, como casi todo lo demás en la simulación. Steve entendía bien que, por eso, Daniela quería salir más a menudo. La luna real seguía siendo un reto. ¡Si no fuera tan engorrosa! Se había vuelto perezoso, ¿o siempre había sido así?



—¡MIRA, el cráter! —exclamó Daniela.

Steve lo vio. Había estado mirando obstinadamente hacia adelante durante una hora, esperando que llegaran pronto. El cráter Zeeman había cambiado, pero menos de lo que pensaba. Hacía doscientos años, una antena de radio había cubierto toda su base. Luego vino la lava, que acabó por secarse. A la antena le quedaba un tercio de su antigua superficie, aunque seguía siendo enormemente potente. Hace cinco años, un equipo dirigido por Shi Fei, la recableó. Las líneas conducían al cráter satélite Zeeman Y, que también era el emplazamiento del Palacio Lunar.

Incluso doscientos años atrás, la base chino-rusa había sido más útil que palaciega en belleza. No obstante, Fei tenía razón. Las ruinas le daban un aspecto aún más desolador. También allí la lava que había salido de la tierra había levantado parcialmente los edificios, de modo que ahora sobresalían como dientes rotos. Mientras tanto, la zona se había enfriado. La luna había encontrado su lugar en la órbita del gigante gaseoso al que todos llamaban Zeus, como el Júpiter del cielo griego de los dioses.

Algo brillaba frente al palacio destruido. Eran paneles solares que suministraban energía a una estación receptora. Daniela bajó corriendo la pendiente desde el borde del cráter y frenó justo antes de llegar a su destino.

—Ahora has levantado mucho polvo —comentó Steve—. Mira, eso se está asentando en los

paneles.

—Tenemos que limpiarlos de todos modos. Ya era hora, después de un año.

—Tienes razón. —Steve desmontó, caminó hasta la primera superficie solar, y pasó la mano sobre ella. Había mucho polvo.

—Como siempre —bromeó Daniela.

—Como a veces —le replicó el comandante.

A menudo discutían por tener razón, pero nunca era en serio. Más bien, ocurría que apenas tenían otros temas de disputa y probablemente ambos necesitaban una forma de liberar la agresividad que era inevitable en una relación tan larga.

—No sueñes despierto, Steve. Haz algo útil y revisa la caja de Fei.

—¿Y tú?

—Me acercaré a los viejos edificios. Quizás encuentre algo útil.

—Todo ha sido revisado cientos de veces.

—Aun así...

Daniela no encontraría nada. Durante la Gran Crisis del Nueve Once, los vivos y los fantasmas recorrieron juntos toda la Luna en busca de recursos. Incluso las viejas lanzaderas de los americanos o los satélites indios estrellados fueron rescatados y canibalizados. El plástico era especialmente popular, porque Gábor había desarrollado algunos trucos químicos para hacer de él una papilla comestible.

—Que te diviertas—le deseó el comandante, mientras él se dirigía al edificio de mediciones. Era una estructura diminuta, de dos por dos por dos metros, que albergaba una unidad de almacenamiento de datos y un ordenador. No había conexión directa por radio con las instalaciones de DeWitt ni con la base, por lo que de vez en cuando tenían que comprobar si alguien había dejado algo en el buzón.

Cuando Steve abrió la puerta, esta cayó sobre su mano. Mierda, ahora la bisagra inferior también estaba rota. Tendría que arreglarlo antes de volver. Sin la puerta, el ordenador se llenaría de polvo. El aparato estaba bajo una capucha opaca. La levantó y se encendió la pantalla.

«Tienes correo», apareció en inglés, ruso y mandarín.

¿Tienes correo? Qué anticuado. Fei debe haberlo programado. Tenía debilidad por las expresiones pintorescas. ¿Y qué significaba eso?

—¿Daniela? —preguntó por la radio—. ¿Puedes explicarme algo?

—Ahora mismo estoy atrapada aquí, uf, en una parte derrumbada de un edificio.

—¡No estropees ese androide! Si lo haces, no podremos volver a salir juntos.

—Stephanie y Viktor a veces comparten uno.

—Eso es... Ni hablar, ¡tendríamos que estar de acuerdo en cada movimiento!

—O podríamos turnarnos si no quieres dejarme el mando. Las dos se divierten mucho haciéndolo, me lo dijo Stephanie.

—Ni hablar. Así que deja el cuerpo entero.

—¿Qué quieres que te explique?

—¿Qué significa «Tienes correo»? ¿Tengo que hacer algo específico?

—Steve, ¿cómo has dicho? —Daniela de repente sonaba emocionada—. ¿Qué ponía?

—Tienes correo.

—Tío, ¿no lo entiendes? ¡Ha llegado un mensaje! Debe de ser de la Tierra. Quédate ahí, y no te atrevas a abrir ese mensaje antes de que llegue. Dos minutos.

Daniela cumplió su promesa. De hecho, consiguió hacerlo en 90 segundos. Cuando estuvo a su lado, le apretó la mano y pulsó «Abrir».

Tierra, 31 de diciembre de 2099

QUIENQUIERA QUE LEA ESTE MENSAJE...

He cometido un terrible error y te pido perdón. He destruido vuestra vida... y probablemente la de gran parte de la humanidad. Sin su luna, a la Tierra le espera una catástrofe que ya ha comenzado.

Nunca sabré si este mensaje llega a alguien. Si lo hace, hay motivos para la esperanza. Primero, porque has logrado sobrevivir solo tan lejos de la Tierra. Segundo, porque esto me concede la oportunidad de enmendar mi terrible error. Estoy adjuntando todos los datos necesarios. Lo que tienes que hacer es activar la estación DeWitt en la Luna en el momento preciso.

Probablemente puedas determinar cuál es a partir de los datos adjuntos. Para que la Luna vuelva a unirse al sistema Tierra-Luna, la transferencia debe producirse dentro de un estrecho margen de tiempo. Tendrás que complementar mis datos con sus propias observaciones. Calculo que la ventana de tiempo para la transferencia apenas supera los cinco minutos, y ruego a Dios que seas capaz de adoptar todas las medidas necesarias.

Quizás esta petición también sea excesiva. Mi error probablemente te ha causado un sufrimiento inconmensurable. Has perdido a seres queridos y sobrevivido en circunstancias inimaginables. Tal vez, doscientos años hayan curado muchas heridas mientras tanto y florezca una pequeña colonia en la luna. ¿Y ahora viene un fantasma del pasado y te pide que vuelvas a correr un gran riesgo?

Por supuesto, no puedo garantizar que funcione esta vez, a sabiendas de que el primer transporte a la Luna fue un error. Siempre me he considerado un genio. No obstante, soy un ser humano que comete errores. Errores terribles. Quizá la Luna aparezca en el sistema solar con la orientación equivocada y se produzca una colisión con la Tierra. ¿Puedo evitarlo? No. Solo prometerte que he incluido todo lo que sé en las fórmulas adjuntas.

Y estoy convencido de que el regreso de la Luna puede transformar de nuevo la Tierra en un lugar vivo y habitable. En tu hogar. Por desgracia, ya no estaré allí para saludarte, pero creo que mis hijos, nietos y bisnietos te recibirán como un héroe.

Atentamente,

Thore DeWitt

—¡UF! —resopló Steve—. ¡Mierda!

—Sí —dijo Daniela—, es increíble. Fue culpa de DeWitt... ¿Y ahora pide perdón? Pero, aun así, es genial que tengamos noticias de la Tierra. ¡Imagínate! Me pone la piel de gallina, aunque

eso no es realmente posible. Venga, vamos a ver qué más datos necesitamos. Seguro que ya los hemos recogido todos.

—¿Crees que es una buena idea?

—Desde luego. La Luna no pertenece aquí. La Tierra la necesita.

—Pero eso no lo sabemos. Esto tiene doscientos años. Tal vez hace tiempo que se adaptaron. Y de repente llegamos nosotros...

—Te equivocas. A menos que alguien en la Tierra pulse el botón en el momento adecuado, no pasa nada. Si ya no nos necesitan, no pulsarán el botón.

—Es verdad. Pero ¿y la gente de aquí? La transferencia tiene sus riesgos y efectos secundarios. Los constantes terremotos lunares cesaron lentamente hace cincuenta años. Sufrimos algunas muertes entonces.

—Porque no estábamos preparados. Ahora sabemos lo que nos espera. Aunque, por supuesto, la mayoría debe estar de acuerdo.

—¿La mayoría? ¿No todos?

—No. En mi opinión, debería ser una decisión mayoritaria.

—Lo que tú digas. —Aún se sentía desprevenido e incapaz de tomar decisiones.

Daniela sacó un lápiz de datos de su bolsa de herramientas, lo conectó al ordenador y pulsó unos botones.

—Vale, ya está guardado —afirmó Daniela—. Volvamos, rápido. Los demás necesitan enterarse de esto.



LLEGARON AL CRÁTER Amundsen y a la planta DeWitt al atardecer. Sammy les esperaba en la entrada. Daba vueltas alegremente alrededor de los anclajes en el suelo donde antes había estado suspendida la malla metálica. El metal había sido necesario para reparaciones en determinado momento.

El coche de juguete estaba un poco polvoriento, pero su carcasa de plástico era indestructible. Por suerte, siempre había habido un manitas entre los vivos que podía reparar el motor. Fue Neville quien había sustituido la batería, que había ido perdiendo capacidad con los años, por una pila de combustible para que el gato pudiera seguir retozando en el mundo real.

Steve se puso en cuclillas y acarició el coche. Seguía pareciéndole extraño, pero al gato fantasma que había dentro le gustó el gesto, y se oyeron ronroneos por el altavoz.

—Venga, vamos a registrarnos —dijo Daniela, quien nunca tenía tanta prisa por volver a entrar. Steve entendía sus razones, pero no compartía su entusiasmo. Doscientos años era mucho tiempo. Apenas doscientos años antes de la primera transferencia, no había aviones en la Tierra, se desconocía la naturaleza de muchas enfermedades, gobernaban presidentes y emperadores, zares y reyes, y no se conocían ni la teoría cuántica ni la de la relatividad. ¿Qué podría haber sido de la Tierra durante ese tiempo? ¿Y si se encontraban en medio de una dictadura militar en guerra con alienígenas o con la colonia renegada de Marte? ¿Y si la Tierra ya había retrocedido a la Edad Media?

Steve se levantó y siguió a su novia. Era extraño caminar por los pasillos vacíos. Steve percibió el olor a humedad. Solo una de cada tres lámparas funcionaba. Los vivos llamaban a la instalación la Sala de los Fantasmas, y casi nadie se atrevía a ir. En la simulación, el aspecto era muy distinto.

—Julie es la siguiente que figura en el calendario —dijo Daniela, que ya había encendido el

ordenador. Se dio cuenta de que ella estaba desplazándose a través de la lista de inicio de sesión —. Quiere salir en el Terminator.

Terminator era como llamaban al androide en el que estaba Daniela ahora mismo porque la mitad de su cara ya no estaba cubierta por piel artificial.

—Entonces ¿Yoda no es necesario?

Al modelo de Steve le habían puesto el nombre del famoso *jedi* porque, durante unos años, había habido un defecto en su centro del habla. Shi Fei había solucionado el problema, pero no a todo el mundo le había entusiasmado la reparación.

—No, mejor ponlo en el rincón.

Entonces, Steve se deslizó por la pared y estiró las piernas. A Julie le gustaba salir sola a la realidad. Desde luego, no era casualidad que prefiriera el Terminator, que era repulsivo para los vivos. Julie también prestaba un importante servicio a la comunidad. Alguien tenía que encargarse del ordenador. Si nadie copiaba los datos de la nube a las UMA, no se podía salir de la memoria a la intemperie.

A veces, Steve pensaba que los vivos preferirían eso. Hacía cincuenta años, las peticiones de ayuda llegaban con frecuencia. Ahora, eso había cesado. Los vivos se habían asentado y ya no necesitaban el poder de los androides controlados por fantasmas. ¿Qué opinarían de la transferencia? Habría discusiones muy interesantes.

«Daniela se sorprenderá», pensó.

Algo húmedo rozó los dedos del comandante. Retiró la mano, sobresaltado. Era Sammy, a quien le gustaba lamerle la piel. Debía de gustarle el sudor salado. Steve rascó el sedoso pelaje de Sammy, agradecido a Daniela porque se había acordado de copiar también al gato. Steve ya se había acostumbrado tanto a la transición de retorno a la simulación que ya casi no lo notaba.

Con un gemido, se levantó, primero en cuclillas y luego completamente. La principal diferencia era que en el simulador tenía mucha menos fuerza. Daniela le sonrió para animarle. Apartó la cortina que separaba sus aposentos del resto de la sala.

Sus reuniones de grupo solían tener lugar en la máquina. El escáner no funcionaba desde hacía muchos años, aunque esa sala era donde todos habían «renacido». Eso era lo que les unía. De camino, Daniela llamó a casi todas las puertas, simbólicamente, porque muy pocas de ellas tenían puertas montadas en sus imaginativas casas construidas entre los armarios de los ordenadores. En el vestíbulo reinaba la penumbra. Cuatro grandes lámparas rojizas en el techo difundían el ambiente nocturno. Se apagaban a las once de la noche. Después, muchos pequeños LED brillaban como estrellas en la oscura sala.

La réplica de las instalaciones de DeWitt se había convertido en el hogar de los fantasmas, aunque podrían haber elegido la base de la NASA, la Aldea Lunar o el Palacio Lunar. Todos estaban incluidos en los recuerdos originales. Sin embargo, para cambiar entre la simulación y la vida, necesitaban los ordenadores. Esa era la razón oficial por la que todos se habían quedado aquí. La no oficial, al menos para Steve, era algo totalmente distinto. Allí, en la simulación, había explorado los tres lugares en los que antes vivía la gente. Aunque no habían sufrido daños, le resultaba ajeno, como un fantasma que visita su antigua guarida por motivos sentimentales y se lamenta de su vida. Por eso prefería las instalaciones de DeWitt, en las que solo había entrado dos veces como persona viva.

El único inconveniente era la corrección de errores, que llamaban en broma «la purga». Aproximadamente una vez al año, el algoritmo restablecía el aspecto de la sala al principio. Por eso no merecía la pena construir casas permanentes. La última purga fue hacía medio año. A esas alturas, todo el mundo sabía ya exactamente en qué parte de la simulación debía recoger el

mobiliario necesario. Por ejemplo, la cama en la que dormía con Daniela volvería a estar en la sección rusa del Palacio Lunar.

—¿Podemos empezar? Hoy tengo trabajo —dijo Fei.

Siempre tenía algo que hacer. Shi Fei estaba trabajando con su equipo en una nueva teoría de la gravedad cuántica, basada en el trabajo de DeWitt. Obviamente, había fallas en la versión de DeWitt que debieron llevar a la transferencia lunar. Ese era su punto de partida.

—Me gustaría esperar a los últimos rezagados —comentó Daniela—. Es muy importante.

Viktor entró en la habitación. Ahora solo faltaba Stephanie. Incluso Sammy estaba allí y recibió caricias de todos los presentes.

—De verdad, tengo que... —insistió Fei.

—Está bien, está bien... Como sabéis Steve y yo fuimos hoy al Palacio Lunar. —Daniela suspiró.

—No ocurrió ningún milagro, ¿verdad? —cuestionó Fei.

—Todavía está en ruinas. No obstante, se podría hablar de una especie de milagro. Ha ocurrido algo increíble.

Se escucharon murmullos.

—Shh —chistó Michael.

—Hemos recibido un mensaje de la Tierra —anunció Daniela.

Proyectó el texto en la pared. Como una fiebre repentina, el entusiasmo se extendió por aquella sala de techos altos. Steve sintió que le invadía como una ola de calor. En el Palacio Lunar había sentido, sobre todo, escepticismo. Ahora también una oleada de entusiasmo, y miedo.

—¿Puedes enviarme el archivo adjunto, por favor? Así haremos rápidamente los cálculos. —Shi Fei fue la primera en intervenir, y exactamente como Steve esperaba.

—Hecho. —Daniela pulsó unos botones en el ordenador.

—Gracias. —Fei salió de la habitación.

—Pero ¿qué significa esto ahora? ¿Queremos volver a la Tierra? —preguntó Viktor—. Quiero decir, ¿qué nos espera allí?

—No lo sabremos hasta que lleguemos —respondió Daniela.

—¿No hay forma de que podamos comunicarnos con antelación?

—¿Cómo? Está a doscientos años luz.

—¿Y cómo sería si quisiéramos volver a la Tierra? —preguntó Clara.

—Sospecho que el *software* del sistema tiene un modo en el que activa el entrelazamiento con las memorias cuánticas que quedan en la Tierra. Siento no poder decírtelo con más detalle. Quizá Shi Fei nos lo aclare.

—Pero entonces, ¿qué será de nosotros?

—No lo sé, Clara.

—Pues está claro —indicó Viktor—. Entramos en el sistema después de los hechos. No puede haber equivalente para nosotros en la Tierra.

—Me preocupan más los vivos. En la última transferencia, hubo terremotos lunares y erupciones volcánicas e incluso algunas muertes. —Mino tomó la palabra.

—Esta vez no es una sorpresa —dijo Daniela—. Los vivos pueden ir a lugares donde estén seguros.

La luz del techo parpadeaba. ¿Habían vuelto los terremotos lunares? Nunca los hubo en la simulación.

—Si existen esos lugares —afirmó Mino, mirando al techo.

—Ciertamente no tenemos un lugar seguro —dijo Viktor—. Si la memoria se sincroniza con la versión en la Tierra, desaparecemos. Como si nunca hubiéramos existido

—Eso no es cierto —rebatíó Delia—. Llevamos doscientos años ayudando a los vivos. Hemos visto a las generaciones ir y venir. Tal vez ahora es el momento de seguir nuestros cuerpos en la nada.

Delia tenía razón. Hasta ahora Viktor no había querido admitirlo, pero cada vez perdían más contacto con la realidad. Era su propio fantasma, que se desvanecía lentamente. Una vez más, la luz del techo parpadeó, como si quisiera darles una señal.

—No estoy preparado para eso —replicó Michael—. Dejé que me escanearas porque me prometiste la vida eterna. Podemos volver a hablar de ello dentro de unos miles de años, pero ahora es demasiado pronto.

Eso también era cierto, por supuesto. Al principio, Michael no había querido ser escaneado. Solo la idea de la vida eterna le convenció. Comparados con la eternidad, doscientos años pasaban como un instante. ¿Tendrían que cumplir el trato que habían hecho con Michael? De repente, las paredes se volvieron transparentes. ¿Qué le ocurría a la simulación?

—Tranquilízate —pidió Steve—. Todavía no sabemos exactamente cómo funciona el proceso. Estoy seguro de que Shi Fei podrá contarnos más. Y, tenemos que hablar con los vivos.

Apenas pronunció su nombre, la mujer volvió a entrar. Su boca parecía más tensa que de costumbre, pero eso podía ser engañoso. Los presentes se volvieron hacia ella como si fuera a pronunciar un discurso.

—Perdona, no quería interrumpirte, Steve —comentó Fei.

—Yo... Oh, no pasa nada.

—Has mencionado que tenemos que hablar con los vivos.

—Sí, iré al cráter Demonax a primera hora de la mañana. ¿Hay algún voluntario que quiera acompañarme?

—Yo iré contigo —dijo Viktor—. Represento a todos los que no gritan inmediatamente «hurra» a esta propuesta.

—Tienes mi voto —añadió Michael.

—Quizá debería describir brevemente lo que descubrí —señaló Fei—. Utilicé toda la capacidad del sistema para hacerlo. Lo siento si eso afectó a la calidad de la simulación.

Ah, así que de ahí provenía el parpadeo. Steve inspiró hondo.

—Los datos que nos han enviado desde la Tierra no están del todo completos. Los he completado con valores provisionales, que debemos sustituir por cifras más exactas lo antes posible. El margen de tiempo en el que debe iniciarse la transferencia, aquí y en la Tierra, es de solo cuatro minutos. Mis cálculos preliminares lo sitúan en unas dos horas.

Se oyeron susurros.

—No es ni mucho menos suficiente, aunque nos da una idea aproximada de cuándo se complicará esto. Me temo que será pronto.

—¿Este año? —preguntó Michael.

—En efecto. Pasado mañana, por la tarde, entre las cinco y las siete.

—Silencio —ordenó Steve—. ¿Puedes repetirlo, por favor? —El murmullo aumentó.

—La fecha de transferencia es el 29 de junio, 2300, entre las cinco y las siete de la tarde.

Todos se pusieron a hablar a la vez. Steve estaba sudando. Debería irradiar calma, pero tenía... miedo. Era demasiado pronto. ¿Cómo iban a formarse una opinión de forma ordenada?

—¿No se puede posponer? —planteó Stephanie—. Estoy a favor, pero hay que prepararlo bien.

—No —contestó Fei—. Durante la transferencia, la luna será sacada de su órbita. Conservará su impulso actual, que consiste en la magnitud y la dirección. Solo en un momento muy concreto ambos sistemas tienen la magnitud exacta que permite a la Luna reanudar su antigua órbita en el sistema solar. Este instante se repite, en teoría, aproximadamente cada doscientos años.

—¿No podemos esperar doscientos años, entonces? —preguntó Michael—. No tengo prisa.

—Los vivos lo verán de otra manera —aseguró Steve.

—También es físicamente imposible —explicó Fei—. He dicho en teoría. Zeus forzó gradualmente a la Luna a una órbita atada, en la que siempre giraba el mismo lado hacia el planeta. En el proceso, perdió impulso y energía, respectivamente, que se convirtieron en calor interno. Se perdieron de una vez por todas. Dentro de doscientos años, quizá la dirección del impulso siga siendo correcta, pero la cantidad será demasiado pequeña. Entonces la Tierra perderá la Luna para siempre, y se convertirá en su propio planeta menor en el sistema solar. Esto no ayudará a nadie.

—Entonces, estás diciendo que la decisión es «ahora o nunca», ¿verdad?

—Sí, Viktor. Pasado mañana, o nunca —sentenció Fei—. Me gustaría unirme a ti y a Steve con los vivos entonces.

—Pero solo tenemos dos androides —dijo Daniela.

—Podría compartir un cuerpo con Steve —agregó Fei.

—Yo no estaría cómoda con eso —replicó Daniela.

Steve entendió su objeción. Cuando compartían un cuerpo, era difícil separarse el uno del otro. Era como estar en los brazos del otro con el cuerpo desnudo y la mente igualmente desnuda. Probablemente también se pondría celoso si Daniela invitara a Viktor a unirse a él.

—No hay problema —dijo Viktor—. Entonces me limitaré a cabalgar en la cabeza de Steve.

Steve tragó saliva. Sin embargo, tenía que seguir siendo profesional. Solo tenemos dos UMA. ¿Es eso cierto? Cuando sacó el índice de gestión de memoria, vio tres. La tercera UMA pertenecía al gato. ¿Había algo de malo en que uno de ellos utilizara el coche de juguete? Sammy probablemente podría prescindir de su segunda casa durante unas horas. La cantidad de memoria debería ser suficiente, en cualquier caso. Neville había mejorado a fondo el vehículo.

—¿Sabes qué? —Steve intervino—. Iré en el coche.



¡QUÉ IDEA DE MIERDA! Tenía cuatro piernas, pero no brazos. ¿Cómo es posible que se le ocurriera esta idea? Sammy siempre parecía tan feliz cuando iba en el coche. Sin embargo, nunca le cuestionaron al gato. Tal vez odia esta condición y sigue yendo y viniendo por pura desesperación.

A Steve le picaba la nariz y seguía chocando con las botas de Viktor, pero el picor no desaparecía. ¡Si al menos pudiera rascarse!

—¿Qué le pasa a nuestro pequeño? —preguntó Viktor.

—La nariz —respondió Steve—. ¡Me pica!

«¿Me está tomando el pelo o es la reacción esperada ante un coche de juguete que no para de chocar con su bota?».

De repente, sus ruedas giraron. Viktor le había levantado. Un dedo enorme se acercó. La cámara de la cabina tenía un aumento bastante alto. El dedo de Viktor parecía una pinza carnosa colgando en la imagen desde arriba. Ahora una uña sucia raspaba su brillante cabina roja. Steve se sobresaltó. El sonido era horrible, aunque el picor remitió.

—¿Así? —preguntó Viktor.

—Mejor. Gracias.

Steve volvió a dejar el coche en el suelo. Luego trató de llegar al otro lado, donde Fei estaba al volante. Pero justo por el medio de la WSV era el tren motriz, que parecía un muro infranqueable para él.

—¿Fei?

«Al menos mi voz me obedece».

—¿Sí, Steve?

—¿Qué piensas de todo el proyecto?

—¿Yo? ¿Eso importa?

—Por supuesto.

—Creo que sería en interés de mi patria y del mundo entero que regresáramos. La transferencia debe haber sido un desastre para la Tierra. Me temo que nadie sobrevivió.

—Pero ¿qué te importa esa gente? —cuestionó Viktor—. No conoces a nadie.

—Son los hijos de mis hijos —replicó Fei.

—¿Tienes hijos? —cuestionó Steve—. Nunca habías comentado nada.

—Tengo tres hijos, dos gemelas y un niño. Las niñas tenían doce años cuando ocurrió esto, el niño tres.

—¿Y aun así dirigiste el Palacio Lunar?

—Mi país me necesitaba. Seis meses después del desastre, me habrían relevado.

—Lo siento mucho —se lamentó Steve.

—Me despedí de ellos hace mucho. No obstante, es posible que sus bisnietos sigan vivos. Me gustaría conocerlos.

Steve hizo cuentas. Los bisnietos de sus hijos debían de ser ya muy, muy mayores. Pero Fei era científica, sabía más que nadie, así que no la contradijo.

—Yo también lo siento mucho —comentó Viktor—. Aunque sigo sin querer intentarlo con un resultado incierto.



LA RECEPCIÓN ENTRE los vivos fue gélida. El hombre que custodiaba la entrada no quería dejarlos pasar. Shi Fei insistió en que avisara a George o a Veronica para hablar con ellos. George Steinberg, el supuesto descendiente de Tom, dirigía la Base Lunar junto con Veronica Clayton, que había heredado el apellido de Samantha.

—Tranquilo, Ricky.

George, fornido y musculoso, con el cabello rubio y corto, probablemente treintañero, despidió al guardia, pero tampoco les invitó a entrar en la base. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué alguien tenía que vigilar la esclusa?

—¿En qué puedo ayudaros? ¿Has traído al gato? —cuestionó, señalando el coche.

—Soy yo —dijo Steve—. Y conmigo se encuentran Fei y Viktor.

Los androides levantaron las manos cuando pronunció sus nombres.

—¡Visitantes de alto rango! ¿A qué debemos este honor?

—¿Qué ocurre? ¿Hay problemas? ¿Necesitáis un guardia de seguridad en la entrada?

—Últimamente, ha habido... cosas que han desaparecido. Por supuesto, no ha sido nadie de la tripulación, así que debe haber sido alguien de fuera.

—¿De fuera? ¿Y eso? —preguntó Steve.

—Todavía no está claro lo que le ocurrió a Tom. Algunos dicen haberlo visto fuera. Otros creen que vosotros sois los responsables.

—¿Para qué queríamos cosas de vuestra base? —cuestionó Viktor—. ¡No podemos hacer nada con cosas reales!

—No te enfades, Viktor —le respondió George—. Sé que no tiene nada que ver contigo. El ladrón está entre nosotros y lo encontraré. Pero tenía que reaccionar, así que Ricky está de guardia. El hecho de que no hablen bien de ti se debe a las fluctuaciones de energía. Ayer volvió a ser especialmente malo.

Desde que la eficiencia de las células solares se había desplomado tanto, los fantasmas y los vivos habían compartido la electricidad generada por la incansable central nuclear de las instalaciones de DeWitt.

—Dejémonos de tonterías —dijo Viktor—. Llevamos doscientos años suministrándoos electricidad a cambio de nada.

—Puedes verlo de otra manera —opinó George—. Para algunos, no sois más que un *software* que se podría apagar fácilmente. Entonces tendríamos la central eléctrica para nosotros solos. Por eso no quiero llevarte a la base. Solo provocaría resentimiento.

Viktor se puso amenazadoramente delante de George. El jefe de la base no tenía ninguna posibilidad contra el androide, aunque tampoco mostraba ningún miedo.

—Cálmate, Viktor, ¡ya! ¡Ahora! —exclamó Fei—. Esto no nos lleva a ninguna parte.

Sugiero que nos dejemos de cháchara.

—Con mucho gusto —contestó George—. Tengo trabajo que hacer, y me alegraré de que seáis breves.

—Eso, no puedo hacerlo —negó Fei.

—Temía que dijeras eso. Nunca nos habíais visitado juntos Steve, Viktor y tú.

—Si me escucháis con atención y no continuáis interrumpiendo, acabaremos antes.

—Pues empieza ya.

Fei le contó que había llegado el mensaje y lo que significaba. George palidecía por momentos. Steve estaba fascinado porque hacía mucho tiempo que no presenciaba reacciones tan humanas.

—El mensaje... —balbuceó George sin aliento cuando Fei concluyó.

—Te lo he traído, por supuesto. Es obvio que lo necesitarás para convencer a tu gente.

—¿Convencer? —preguntó George—. ¿En serio quieres seguir con esta tontería? Seguramente eso provocará una nueva catástrofe. ¿Acaso nuestros antepasados lucharon por nosotros para que volviéramos a caer en su situación? Hay tantas personas viviendo aquí hoy como las que había en 2099. ¿De verdad nos estás proponiendo que arriesguemos nuestras vidas?

—No estoy proponiendo nada —replicó Fei—. Pero piensa en los miles de millones de personas que hay en la Tierra. El regreso de la Luna podría poner fin a una catástrofe de doscientos años.

—Ya se encargarán de eso —aseguró George—. Y unos cuantos miles de millones de personas menos probablemente le harán mucho bien a la Tierra. Te sugiero que te vayas antes de que haya más disturbios aquí.

—George, tal vez deberías pedirle a Veronica que nos acompañe —opinó Steve—. Seguramente no puedes tomar una decisión de esta magnitud solo.

—Sí que puedo.

—No, no puedes —dijo Viktor, moviendo rápidamente la mano derecha para levantar a George por la entrepierna mientras con la misma rapidez le ponía la mano izquierda en la garganta.

—¿Tú también estás a favor de esta locura?

—No, pero estoy en contra de que una persona tome la decisión por todos. Así que adelante, llama a Veronica.

—¿O...?

—O apretaré un poco más fuerte.

George se quedó con los ojos muy abiertos y jadeó.

—No conoces mi pasado, amigo mío —comentó Viktor—. Hace más de doscientos años que no me cargo a nadie, pero creo que aún puedo hacerlo.

—Bájame —gimió George.

—¿Veronica? ¿Puedes venir al vestíbulo de la esclusa, por favor? Tenemos compañía. —Viktor así lo hizo. George se metió la mano en el bolsillo del pecho, sacó una pequeña radio y pulsó el botón de «Hablar».

—¿Ves? No ha sido tan difícil —dijo Viktor—. Gracias.



—TIENES ALGO EN EL CUELLO —le advirtió Veronica a George, después de que los visitantes se presentaran también a ella.

Veronica era regordeta, tenía una melena pelirroja y aparentaba unos cuarenta años. No tenía ningún parecido con su antepasada Samantha. En cambio, a Steve le pareció distinguir rasgos asiáticos.

—Solo un rasguño. Debe de haber ocurrido mientras se afeitaba —comentó George, ajustándose el cuello de la camisa.

—¿Por qué no les invitas a que vengan a la oficina principal? Tenemos una gran vista de Zeus en este momento.

—Eso no será necesario —añadió Fei—. Solo queríamos informarles de algo sumamente importante—. Repitió lo que ya le había dicho a George.

—Me sorprende que George no viniera a buscarme después de las primeras frases —dijo Veronica.

—Supongo que estaba tan fascinado con mi informe que no se lo pensó —indicó Fei.

—Probablemente así me habría sentido yo —opinó Veronica—. No sé qué decir. Es... inimaginable. La Tierra siempre ha estado fuera de nuestro alcance, ¿y de repente se supone que vamos a estar a sus puertas en un santiamén?

—Desde luego, tendría sentido que discutierais el asunto entre vosotros —apuntó Steve—. Os lo digo ahora mismo. Incluso entre nosotros, no todo el mundo piensa que debamos apretar el botón mañana.

—¿Qué les preocupa a los detractores? —cuestionó Veronica.

—La transferencia podría matarnos a todos —declaró Viktor—. Nos escanearon con la promesa de la vida eterna. Pero la transferencia puede restablecer el estado digital de cada individuo a lo que era antes del escaneo. Y entonces no existíamos en esa forma.

—A mí también me costaría decidirme. Entre nosotros los vivos, la gran mayoría debería estar a favor. Si sabemos exactamente cuándo va a ocurrir, podemos ponernos a salvo. El proceso en sí parece ser seguro para los humanos. Después de todo, sus antepasados sobrevivieron a él.

—¿Nuestros *antepasados*? No, nosotros —afirmó Steve.

—Es cierto, es fácil olvidarlo. Ha pasado tanto tiempo —dijo Veronica—. Cuando hablo con vosotros, no parece que llevéis por aquí más de doscientos años.

—¿En serio crees que la mayoría estará de acuerdo con este experimento que pone en peligro su vida? —preguntó George—. Pues yo estoy totalmente en contra, y haré todo lo posible para que no se lleve a cabo.

—Tomo nota. Supongo que te someterás al voto de la mayoría, como siempre.

George asintió y murmuró algo ininteligible.

—¿Perdón? —cuestionó Veronica.

—Nada —respondió él.

—Entonces, ¿cómo sería? —añadió Veronica—. ¿Cómo ponemos en marcha la transferencia?

—Podemos utilizar el *software* del sistema de las instalaciones de DeWitt para hacerlo. Ya lo he mirado. Una pulsación de un botón dentro de la ventana de tiempo, y ya está.

—Bien. ¿Nos reunimos por la mañana para hablar de la decisión? George y yo iremos a la planta entonces.

—Perfecto.



LA DECISIÓN. Steve aún no la había tomado e hizo que Viktor atara el coche encima de la guantera. Podría ser su último paseo en el resplandor de los dos soles. O su último viaje. La luna parecía ocre. A Steve le costaba imaginar el frío gris de antaño. En 48 horas, podría volver a la normalidad.

Pasaron junto al módulo de aterrizaje. «Blue Moon 34», rezaba el nombre de su exterior, que hacía tiempo que no brillaba. La «n» y el «4» se habían despegado. Hasta hacía dos o tres generaciones, la nave se había mantenido en condiciones de volar. Siempre se pensó que serviría como último recurso si la luna resultaba demasiado inhabitable. Después de todo, había otra en órbita que podría ofrecer buenas condiciones de vida. En aquel momento habían descartado esa posibilidad como un viaje sin retorno.

«Pero ¿ahora?».

—Fei, por favor, para y conéctanos con los vivos.

El Rover frenó tan bruscamente que Steve quedó presionado contra los listones. Eso era lo que le gustaba de Fei: había aprendido a calibrarle. Si había cuestionado un enlace de radio en esa situación, había una buena razón.

—Espera —dijo Fei.

—Aquí George. ¿Qué pasa ahora?

—Aquí Steve. Dime, ¿habéis canibalizado el módulo de aterrizaje?

—No, claro que no. Es sagrado.

—Entonces ¿podría estar listo para partir?

—De hecho, lo está. Aunque no sé cuándo fue la última vez que se comprobó su estado.

—¿Podríais comprobarlo?

—¿Mañana?

—Ahora, George.

—Ah, quieres decir...

—Sí, quiero decir que sería una alternativa para los que temen la transferencia pero no quieren interponerse en el camino de la mayoría.

—La mayoría —rio—. ¿Creéis que sois mayoría?

—Sinceramente, George. Creo que la mayoría quiere conocer, volver a ver su patria de alguna forma. Si yo mismo soy uno de ellos, aún no estoy seguro.

—¿Así que estás de nuestro lado?

—Puede que me aventure al lanzamiento con el Blue Moon 34. El módulo de aterrizaje debería tener suficiente memoria principal para tres o cuatro de nosotros. Y espacio para hasta seis personas vivas.

—¿Te das cuenta de que una vez lanzado, nunca saldrás de la nave? Las instalaciones de DeWitt estarán a doscientos años luz.

—Para mí, valdría la pena. Tendría la oportunidad de conocer un mundo alienígena. Seguro que vendría a visitarme algún día. Yo seguiría siendo inmortal, no lo olvides.

—Eso me suena a una sentencia de prisión perpetua.

—¿No estamos todos atrapados en algún tipo de prisión, aunque solo sean nuestras ideas sobre cómo debería ser el futuro?

—Viejo filósofo —rio—. Lo hablaré con Veronica.

—¿Lo prometes?

—Tienes mi palabra.



ENTONCES SOLO QUEDABA una cosa por hacer. Tenía que tomar su decisión. Pero ¿cómo podía hacerlo sin pensar en Daniela? Ella se había pronunciado a favor de regresar. Si pensara solo en sí mismo, preferiría embarcar en el Blue Moon 34. Steve se dio cuenta de ello ahora, mientras hablaba con George sobre esa posibilidad. Sería el observador perfecto, capaz de concentrar todos sus sentidos en los instrumentos de la nave, recogiendo, analizando datos y explorando un mundo que nadie había pisado antes...

Sin embargo, estaría solo, solo durante mucho, mucho tiempo. Por supuesto, otros dos fantasmas estarían con él, pero desde luego no Daniela. Tal vez incluso se arrepentiría de su decisión en algún momento, la consideraría inútil, y si la Tierra sufría mucho por el traslado, nadie vendría nunca a buscarlo. Era bastante irracional subir a aquella nave.

—Ya está —dijo Fei.

Aquello había sido rápido. No había reflexionado tanto, ¿verdad? Viktor lo llevó hasta la planta.

—Nos vemos en la máquina —agregó Fei—, tengo que esperar aquí un minuto a que me releven.



STEVE HABÍA LOGRADO evitar Daniela hasta el momento. Ella podría ver en su rostro que él no tenía una respuesta todavía. Así de bien le conocía. Pero ahora la vio entre la multitud delante de la máquina.

—¿Has recibido los datos? —Steve se dio la vuelta y saludó a Stephanie.

—A las 6:26 se abre la ventana. Pero Fei lo explicará todo en un minuto. Delia la está informando ahora mismo. ¿Qué tal en el coche? —Stephanie asintió.

—Una experiencia interesante. No es recomendable.

—Mejor que la incertidumbre en la nube, ¿verdad?

—Oh, ya veo. ¿Quieres decir que podríamos cambiar a las UMA durante la transferencia? No habrá suficiente espacio para todos, por desgracia.

—No, pero hemos pensado en sortear la docena de asientos entre los que estén especialmente ansiosos.

—Esa es una buena idea, Steph. Tres también podríamos lanzar el Blue Moon a la segunda luna de Zeus. George está revisando el módulo de aterrizaje en este momento.

—Oh, esa es una idea interesante, también. ¿Fei ya lo sabe?

—Sí, ella formó parte de la conversación.

—Entonces estoy seguro de que nos lo sugerirá al mismo tiempo que todo lo demás.

—Sí, lo siento, no quería adelantarme a ella.

—No hay problema. Te lo había preguntado.



STEVE YA CONOCÍA el contenido de la presentación de Shi Fei. Ella le había preguntado a Steve de antemano si no le gustaría darla. No sería solo información científica, pero prefirió escuchar. Tal vez le ayudaría a saber cómo decidir.

No obstante, la presión no mejoró las cosas, porque al final de las palabras de Fei hubo una votación. Fei expuso los argumentos de ambos bandos con mucha naturalidad, sin ocultar que se

sentía obligada a ayudar a la Tierra por razones morales, aunque eso la pusiera en peligro. Stephanie había calculado que el sistema Tierra-Luna debería volver a un estado de equilibrio en menos de tres décadas tras la transferencia.

Las incertidumbres surgían del hecho de que, en primer lugar, sabían muy poco sobre la transferencia en sí y, en segundo lugar, desconocían el estado actual de la Tierra. Por lo tanto, era posible que todos los que estaban en la memoria durante la transferencia murieran, o que sobrevivieran solo para descubrir que su ayuda llegó demasiado tarde, y que tampoco había ya justificación para su existencia.

—¿Y cuáles son los riesgos para los vivos? —preguntó Clara.

—El nuevo ajuste orbital podría provocar el resurgimiento de fenómenos tectónicos, es decir, terremotos o erupciones volcánicas —explicó Shi—. Pero a menor escala que la primera vez, y con mejor preparación.

—¿Los vivos están todos a favor de la transferencia? —continuó Clara.

—No. No sé cuál es el porcentaje de opositores, aunque George Steinberg, uno de sus dos líderes, es uno de ellos.

—¿¡George!? Debería avergonzarse de sí mismo —comentó Delia—. Tom se revolvería en su tumba si supiera esto.

—Bueno, los vivos no tienen ninguna obligación con sus antepasados —señaló Fei—. Espero que el módulo de aterrizaje Blue Moon sea una buena alternativa. ¿Ahora podemos ir a votar? A todos y cada uno de nosotros se nos dará una tarjeta con cuatro opciones: Transferencia, Transferencia en la UMA, No Transferencia o Blue Moon. Si hay más solicitudes que plazas para una opción, lo echaremos a suertes. Por favor, escribid números del uno al cuatro en las casillas para que podamos anotar también las opciones alternativas.

—No lo entiendo —intervino Michael.

—Digamos que lo que más quieres es la transferencia en la UMA. Entonces escribes un uno en esa casilla, y dos, tres y cuatro para clasificar las otras opciones. Si nada más es una opción para ti, escribes un dos en la casilla «sin transferencia», y nada como tercera o cuarta opción.

—Ah. ¿Sería posible hacer la votación de forma anónima? —quiso saber Michael.

—No. Necesitamos saber quién decide qué.

—Gracias, Fei.

—¿Podemos votar entonces?

Hubo murmullos de aprobación. Stephanie distribuyó las papeletas. Steve se preguntaba si las cosas eran tan formales en la base de los vivos. Ahora estaba bastante orgulloso de sus fantasmas. Sería interesante ver cómo habían evolucionado en contacto con la Tierra, ya que eran los primeros inmortales.

—Oh, sí —afirmó Fei—. Anunciaremos los resultados mañana por la mañana.

—¿Qué? ¿Hasta mañana? —cuestionó Delia.

—Sí, creemos que es mejor para todos que transcurra el menor tiempo posible desde la decisión hasta la transferencia. Una vez que la suerte esté echada, estaremos listos.

Steve miró su papeleta. Shi Fei tenía razón, como siempre.



LA FORMA EN que los humanos se aferraban a sus hábitos era extraña. Steve llevaba doscientos años cepillándose los dientes todas las mañanas y todas las noches, aunque ya no había peligro de caries. El comandante se miró en el espejo. La espuma le salía por la comisura de los labios, retenida por la barba incipiente que estaba a punto de afeitarse.

Utilizó un dedo para trazar las arrugas que comenzaban en las esquinas exteriores de sus ojos. ¿Se habían hecho más profundas en los últimos años? Eso parecía, pero él no envejecía. Fei comprobaba con frecuencia la corrección de errores de la memoria. Seguía funcionando igual que el primer día. Quizás era su conciencia la que estaba envejeciendo y buscaba desesperadamente correspondencias en su exterior. Eran las primeras personas que habían vivido más de ciento treinta años. ¿Qué era de una conciencia durante tanto tiempo? ¿Seguían siendo humanos de alguna manera? Fantasmas era como los llamaban los vivos, y Steve hacía tiempo que había adoptado esa denominación para sí.

Una señal de alarma sonó. Mierda. Se limpió los restos de pasta de dientes de la barbilla y se puso la camiseta y los pantalones, que estaban sobre la tapa del váter. Al salir del baño, casi tropezó con Sammy. El gato saludó y le siguió.

La máquina, su cuartel general oficioso, se encontraba vacía. En principio, todo el mundo se estaba preparando para ese día de decisiones. Steve desactivó la señal de alarma y comprobó su origen. Era un mensaje del exterior. Clara, la oficial de guardia, lo había escrito en la memoria, la única forma de comunicarse con el mundo real.

—Nos atacan. Tres enemigos. Petición urgente de ayuda.

Maldita sea. Clara era físicamente superior a los humanos en su cuerpo androide, pero si los adversarios la rodeaban con habilidad, ella sola no tendría ninguna oportunidad. Steve comprobó las UMA. Julie también ocupaba el segundo androide. A menudo daba largos paseos por la realidad. Por la noche, los androides solían estar libres, y en ese momento solo eran las cinco de la mañana.

—Voy a tomar prestado tu coche, ¿de acuerdo, Sammy?

El gato asintió como si hubiera entendido la pregunta. Steve inició la gestión de la memoria y se copió en la única UMA que quedaba libre. Al otro lado, se despertó de inmediato. Clara se hallaba de pie frente al ordenador, respirando agitada y apoyándose en él con ambos brazos. No reparó en el coche hasta que Steve corrió hacia sus botas.

—¿Eres tú, Steve? —preguntó Clara.

—Sí. Recógeme, por favor.

Las ruedas giraron cuando Clara lo levantó. Luego, lo giró hacia la pantalla. De inmediato,

Steve comprendió la situación. Tres atacantes con trajes espaciales estaban delante de la puerta que conducía al ascensor y a la esclusa. Llevaban equipo pesado, un soplete de soldadura, como mostraba la imagen de la cámara de seguridad, que estaban utilizando para abrir la puerta por la fuerza.

—¿Tenemos contacto por radio con ellos? —preguntó Steve.

—No, lo he intentado y no contestan. ¿Los reconoces?

—De todos modos, George no es ninguno de ellos. Es grande y ancho —dijo Steve, quien miró a las tres figuras. Con sus trajes espaciales, se parecían demasiado. Sacudió la cabeza.

—¿Por qué pensaste en George? —cuestionó Clara.

—No le gusta mucho nuestra idea —respondió Steve.

—Pero es uno de los dos líderes de los vivos.

—Sí. Si aprobara lo que intentan hacer, estaría allí. George no es de los que se limitan a dar órdenes desde lejos. Eso significa que en realidad solo nos ocupamos de los tres atacantes.

—¿Y ahora? —preguntó Clara.

—Tenemos que impedir que entren en la sala. Si dañan los ordenadores cuánticos, la transferencia será imposible.

—Pero no pueden...

—Sí que pueden. Bastaría con que dañaran las tuberías de refrigeración.

—Entonces moriremos todos.

—No necesariamente. No precisamos todo el ordenador para nuestra existencia. Solo para la transferencia. Vamos, subamos. Tenemos que tratar con ellos allí.

Clara le dio la vuelta para que su cámara mirara directamente a su cara. El cuerpo del androide apenas mostraba emoción alguna, pero le pareció reconocer el miedo en los ojos muy abiertos de Clara.

—Estoy sola. No puedes ayudarme, ¿verdad? —preguntó.

Sí, ella tenía miedo. Era comprensible. Si el androide resultaba afectado mientras estaba dentro de él, su existencia sería aniquilada.

—Voy a hablar con ellos —dijo Steve.



TRES CUARTAS PARTES de la puerta exterior de acero ya habían sido cortadas. Solo quedaba por cortar el lado inferior y estrecho del rectángulo, en el que los atacantes estaban trabajando con su soplete.

—Abre —pidió Steve.

Clara pulsó el botón de apertura desde el interior. La puerta se sacudió, aunque no desapareció en la pared: ya estaba deformada. Por un momento, los atacantes interrumpieron su trabajo. La puerta se abombó. Probablemente la habían golpeado desde fuera. Como el metal seguía aguantando, continuaron trabajando.

—Lo mejor es apretarte contra la pared —indicó Steve—. Estoy seguro de que la parte cortada está a punto de volcarse hacia atrás.

Entonces, el comandante se colocó entre las piernas de Clara. Solo sería cuestión de segundos. En ese momento, la puerta se cayó. El pesado panel se inclinó hacia dentro a cámara lenta. Una bota se abrió paso hacia el interior, pero retrocedió de inmediato cuando su dueño vio a Clara. En su lugar, apareció una mano que sostenía un arma. Parecía una especie de pistola eléctrica casera, porque de ella colgaban cables que conducían a su dueño.

Clara levantó las manos.

—Mierda, eso me ha asustado —dijo una voz masculina en el canal estándar.

—¡Ken, se supone que estás en silencio de radio! —replicó otra voz.

—Sí, ¿estás loco? Hay un puto fantasma delante de nosotros. ¿Cómo se supone que voy a negociar si no es por radio? Nadie puede oírnos en la base. Está demasiado lejos.

—Acaba con él como habíamos acordado.

—¡Tío, levantó los brazos! ¡No puedo disparar a un hombre indefenso!

—¿Indefenso? ¡Si quiere, sería capaz de aplastarte con su dedo meñique!

—¡Pero no quiere, Pete! ¡Si no estás de acuerdo, hazlo tú!

—¡Claro, ahora también estás diciendo nuestros nombres! ¿Cómo puedes ser tan estúpido?

—Caballeros, ¿puedo interrumpiros un momento? —preguntó Steve.

—¿Eres tú? —preguntó el hombre al que su compañero se había referido como Ken, señalando al androide.

—No, es Clara, mi colega —dijo Steve y encendió las luces del coche para llamar la atención—. Yo estoy aquí abajo. Soy Steve Knight, director electo de las instalaciones de DeWitt.

Ken entró en la habitación tras la puerta. Siguió apuntando a Clara con la pistola. Obviamente, no había peligro por parte de Steve.

—Oh, Pete, tienes que ver esto. El director en persona quiere hablar con nosotros desde un coche de juguete.

Un segundo individuo con traje espacial, supuso que Pete, apareció en la abertura creada a la fuerza. Él también llevaba un arma casera.

—Estupendo. También nos ocuparemos de él enseguida —afirmó el cabecilla.

«Sí, ese es Pete».

—Vamos. No tienes que hacer esto —dijo Ken—. No vinimos aquí a matar a nadie.

—¡Llevan muertos doscientos años! Solo estamos ayudando a unas cuantas almas perdidas en su camino al cielo.

—Queréis detener la transferencia, ¿verdad? —cuestionó Steve.

—Así es. Lo que ocurrió entonces es suficiente —sentenció Ken—. ¿Nos ayudó la Tierra? No. ¿Tenemos que ayudarles ahora? De nuevo, ¡no! Así de sencillo.

—Pero no tienes que matarnos para hacerlo. Puede que incluso la votación salga a vuestro favor.

—Olvídalo, amigo. Vosotros amañareis la votación —replicó Ken—. No podemos confiar en vosotros. Tenemos que conocer los hechos.

—No mantengamos esta estúpida discusión, Ken. Nos ocuparemos de ellos y bajaremos a cerrar el asunto como habíamos hablado.

—No es tan simple —respondió Steve.

—¿Intentas decirme lo que tengo que hacer? —Pete le dio una patada, pero Steve pudo esquivarla.

—Ahora escúchame —señaló Ken.

—Sí, Ken tiene razón. Escucha, Pete —ordenó el tercer hombre.

—¿Ves? Gordon está de mi lado —afirmó Ken.

Así que Ken, Pete y Gordon eran los nombres de aquellos tres. Ninguno había hablado en la Base Lunar. ¿Cómo podía evitar que estropearan el ordenador cuántico? Tenía que ir de farol. Con suerte, Clara no lo contradecía.

—Sí, vale, ¿qué estás diciendo, tío? —cuestionó Pete.

—Tenías razón. El resultado de la votación ya está decidido. La transferencia...

—¡Lo sabía! —exclamó Pete.

—Déjale terminar. Esto parece importante —comentó Ken.

—La transferencia comenzará automáticamente cuatro minutos antes de las seis y media de esta tarde.

—No si antes destruimos el ordenador —añadió Ken.

—La transferencia seguirá teniendo lugar. Sin embargo, entonces solo se transferirá una parte de la luna. Esto no sería bueno para esa parte, ni para el resto, ni para la Tierra. O, dicho de otro modo, en ese caso todos moriremos.

—¿Has oído, Pete? —preguntó Ken.

—¿Tú le crees? ¡Te está contando cuentos de hadas! —gritó Pete.

—Pero si tú mismo has dicho que todo esto es un montaje y que nos van a transportar de todas formas. Steve incluso lo admite.

—Sé cómo detener el proceso —aseguró Steve.

—Entonces ¡dínoslo! —dijo Pete—. O lo haremos con tu novia aquí.

—Ella es la única que puede detener el proceso. Así que no sería una buena idea.

—¿Y qué hay de ti? Tú también sabes hacerlo, ¿no? —cuestionó Ken.

—Sí, lo sé. Aunque me costaría muchísimo apretar los botones que necesito apretar ahora mismo.

—Yo puedo encargarme de eso. No necesitamos que ella lo haga —respondió Ken.

—Sí, deshazte de ella —secundó Pete—. Esa es la mejor solución para todos nosotros.

—Ahora espera un minuto. Vamos a bajar, solo nosotros cuatro. Cuando lleguemos te diré qué botones pulsar para cancelar la transferencia. Clara se queda aquí.

—Entonces nos seguirá y tratará de frustrar la acción —opinó Pete—. No, será mejor que acabemos con ella en el acto. Yo también me encargaré de eso, si ninguno de vosotros, cobardes, se atreve.

—Eh, yo no soy un cobarde... —interrumpió Gordon por el canal de radio.

—¿Gordon? ¿Qué te ocurre? —preguntó Pete.

No hubo respuesta.

—¡Eh, Gordon, no es momento para bromas! —gritó Pete, volviéndose hacia la puerta, saliendo y volando de repente hacia un lado.

—Mierda, ¿qué pasa? ¿Pete? ¿Gordon?

Ken seguía apuntando a Clara. Su mano temblaba. Steve se sintió paralizado, impotente. ¿Cómo iba a impedir que apretara el gatillo? Un segundo cuerpo androide apareció en la puerta destruida. Ken, que debía de haberse dado cuenta de la sombra, dio media vuelta, pero seguía apuntando a Clara. El segundo androide disparó. Ken apretó el gatillo. Una flecha salió disparada del arma y se clavó en la dura piel del androide en el que estaba Clara. El brazo del otro androide golpeó a Ken, arrancándole el arma de la mano, arrastrándolo por la puerta y lanzándolo por los aires.

Clara cayó a lo largo. Steve solo pudo apartarse del camino.

—¡El muy cerdo disparó de verdad! —Julie gritó y se inclinó sobre Clara. El androide que había recibido el disparo no se movió.

—Tienes que llevarla al ordenador enseguida para sacarla de la UMA —dijo Steve—. No sé cuánto duran los contenidos de la memoria en estado desconectado...

Julie saltó al ascensor, pero la puerta se cerró con agonizante lentitud. Con suerte lo conseguiría.

—¿Clara? —preguntó Steve—. ¿Clara?

No contestó. Él iba y venía alrededor de su cabeza. ¡Si es que esos cabrones la tienen en su conciencia! Steve intentó salir rodando por la puerta, pero el umbral que quedaba era demasiado alto. Los vivos tuvieron suerte. Si no, habría intentado destruirlos los cascos.

La puerta del ascensor volvió a abrirse.

—La he sacado de la UMA —comunicó Julie.

—¿Cómo está?

Si el contenido de la memoria ya se había degradado, Clara podría... A Steve se le ocurrió que nunca se había producido un incidente así en doscientos años. No sabía cómo se las arreglaría ella con una fragmentación de su conciencia, ni qué podría hacer aún la corrección de errores en un caso así. Pero una cosa estaba clara: cuando las cosas se ponían difíciles, los vivos mostraban sus verdaderos colores.

—No lo sé.

Por supuesto que no. Julie tendría que ir ella misma a la Realidad Virtual para poder comprobar el estado de Clara.

—Lo siento —se disculpó Julie.

—No había forma de evitarlo. Esos hombres nos atacaron y querían disparar a Clara. Tenías que actuar.

—Sí, bueno, eso es lo que pensé en ese momento. Pero tal vez no habría disparado si yo no hubiera...

—Creo que ese tal Pete quería sangre. No podías eliminarlo sin provocar también a Ken.

—Gracias, Steve.

—Me temo que voy a tener que cuestionarte una cosa más. Alguien tiene que reunir a esos tres tipejos y sedarlos. ¿Supongo que están inconscientes?

—Tuve cuidado de no estropear sus trajes. Aunque si alguno de ellos cayera sobre un borde duro...

—Sería solo culpa suya —agregó Steve.



AHORA SOLO TENÍAN un cuerpo androide. Eso complicaría aún más la vida como fantasma en el futuro. Una razón más para votar a favor de la transferencia a la Tierra. ¿Quién podría adivinarlo? Podrían encontrar nuevos androides allí si el planeta no había vuelto a la Edad Media o, en el peor de los casos, si ya no albergaba vida humana.

Julie llegó con el último de los tres hombres. Les había atado los brazos y las piernas. Con cuidado, colocó el bulto que se retorció junto a los otros dos. El androide dañado también yacía junto a ellos.

—Así que ese es Ken —comentó Julie—. Ha volado bastante.

—¿Cómo está?

—Bien, salvo por algunos golpes. ¿Qué les pasará?

—Eso lo decidirán George y Veronica. Llegarán en cualquier momento.

—¿Quieres que los espere en la entrada?

—No, Julie, de eso me encargo. Por favor, cópiame en tu UMA.

Daniela se sorprenderá de que no apareciera. Habían quedado para desayunar. Si Clara llegaba, podría contarle lo sucedido. Si no... Relegó ese pensamiento.

—¿Puedo quedarme aquí fuera? —preguntó Julie.

—En el coche, si quieres.

—Me encantaría.

Así pues, ahora vigilaban juntos. Steve colocó a Julie al borde de la pista de aterrizaje hacia la Base Lunar para que pudiera avisarle en caso de que aparecieran más atacantes. Pero el siguiente visitante no vino del exterior. Steve bajó en el ascensor e hizo que Daniela se uniera a él. Nada más pulsar el botón «Move», ella llenó su mente. No parecía sorprendida.

—Ya era hora... Lo sé... Querida.

El comandante necesitaba concentrarse mejor para separar sus pensamientos de los de Daniela. Eso no era tan fácil cuando se compartía cabeza.

—¿No te sorprende en absoluto?

—No. Clara nos lo contó todo. Julie os salvó la vida y solo nos queda un cuerpo. Está claro que, como nuestra jefa, tienes que esperar fuera, así que no tuviste más remedio que traermelo contigo.

—Desafortunadamente, eso es verdad.

—¿*Desafortunadamente*? Tendremos que acostumbrarnos si no queremos salir solos. ¿Qué fue de los atacantes?

—Los tres están por aquí, bien atados. Y vivos.

—Muy bien. No debemos tener más problemas. La transferencia ya será bastante peliaguda.

—¿Anunció Shi Fei los resultados de la votación?

—Sí. Una clara mayoría está a favor de la transferencia.

Por lo tanto, sí. Volverían a ver la Tierra. Steve ya casi ni la recordaba. De repente, un globo azul moteado de blanco se entrometió en sus pensamientos. Daniela debía haber ayudado un poco.

—¿En una UMA o en la memoria principal? —preguntó Steve.

—Solo hay dos aplicaciones para una UMA.

—Los pondremos en el coche de Sammy.

—Eso es lo que Shi Fei sugirió, también. Alguien tendrá que usar el androide para iniciar la transferencia.

—¿Cómo lo imaginas?

—Eres nuestro líder, así que es tu trabajo. Tendrás que presionar el botón.

—Pero si sale mal y os borran a todos... no. No puedo hacer eso. Solo presionaré el botón con una condición: tienen que estar conmigo en ese momento.

—Nada me gustaría más, pero...

—Díselo a Fei. Esa es mi condición. No vas a ocupar el lugar de nadie. ¿Qué tendría de malo?

—Hablaré con ella. Por cierto, dos de nuestro grupo quieren lanzarse a la otra luna con el módulo de aterrizaje.

—¿Quiénes?

—Lennart y Delia.

Steve estaba formulando la pregunta en su mente cuando aparecieron las respuestas. Esa simbiosis podía ser aterradora, porque no sabía si la respuesta se le había ocurrido a él o si eran los pensamientos de Daniela.

—Casi lo había pensado. Lennart descubrió la luna.

—¿Sabías que la llamó Jaffé?

Eso era nuevo para él. Sin embargo, le convenía a Lennart. Era un científico excepcional, así que la vanidad probablemente formaba parte de ello. Steve se abstuvo de contestar porque vio que Daniela asentía con la cabeza. Se preguntó hasta qué punto podía ver dentro de su mente. Se

imaginó a Shi Fei desnuda.

—¡Oye, lo he visto!

Un George desnudo apareció en su cabeza.

—Vale, era solo una prueba —formuló en su mente.

—La mía también.

—Ya entendí. Así que solo nos queda esperar al guerrero desnudo.

—Espero que lleve un traje espacial cuando venga.



GEORGE LLEGÓ MUCHO antes de lo esperado. No venía solo, aunque tampoco con Veronica, la colíder. En su lugar, eran un hombre y una mujer desconocidos para Steve.

—Os presentaré —anunció George cuando se reunieron frente a la entrada—. Estos son Tracy y Robert. Lanzarán la nave a esta luna.

—¿Eso significa que decidisteis por mayoría la transferencia?

—Sí. Aparte de mí, solo tres estaban en contra.

—¿No serán Ken, Pete y Gordon, por casualidad?

—Sí, ¿cómo demonios...?

—Los tres intentaron usar la fuerza para impedir la transferencia destruyendo el ordenador cuántico. Pudimos detenerlos aunque, por desgracia, perdimos a uno de nuestros dos últimos androides.

—Lo siento mucho. Lo planearon sin mi conocimiento. Nunca habría estado de acuerdo con una acción violenta.

—Lo sé.

—Gracias. Yo, en tu lugar, no me lo creería.

—Si hubieras estado a favor de la violencia, los habrías acompañado. —Steve se rio.

—Cierto. ¿Nos acompañarás en el lanzamiento de la nave espacial?

—No soy iré yo. Dos decidimos volar en la memoria del Blue Moon.

—Muy bonito. Entonces Tracy y Robert no están solos. ¿Quién viene?

—Delia y Lennart. Ambos son científicos.

—Aún mejor. Tracy y Robert son personas más prácticas. Se ven a sí mismos un poco como Adán y Eva y quieren asentar una segunda humanidad en la Luna Dos.

—Es un reto, sobre todo en pareja.

—Sí, una segunda pareja ha abandonado esta mañana. Pero las otras dos se quedan.

—Bien. Recogeré a Delia y Lennart y estaremos listos para partir.

Steve bajó en el ascensor para cargar a los dos científicos en la UMA del cuerpo androide.



EL MÓDULO DE aterrizaje volvió a brillar como nuevo. Los vivos habían cambiado las letras. Nueva Tierra era ahora el nombre de la nave espacial. Un objetivo noble, pero quizás el cuarteto lo lograría de verdad. George se despidió de los vivos que subieron por la corta escalera hasta la cabina. Steve les siguió.

El interior era muy estrecho porque habían metido en cajas todos los recursos que pudieron encontrar. Con el inminente regreso al sistema solar, la Base Lunar probablemente solo

necesitaba una parte de sus suministros. Tracy y Robert eran muy jóvenes. La chica aparentaba unos diecisiete, él tampoco llegaba a los veinte, y probablemente eran capaces de traer muchos niños al mundo. Ya estaban atados y cogidos de la mano.

Steve esperaba que su afecto mutuo durara el mayor tiempo posible. Quizá ayudara el hecho de que no tuvieran otra alternativa. ¿O era más probable que eso complicara las cosas? Steve miró la cabina. Doscientos años atrás, había estado a punto de pilotar esta nave espacial hacia el portal lunar, hacia Mike. Sí, Mike, ese era su nombre, el único tripulante del vigía orbital de la humanidad. ¿Qué había sido de él? ¿Podría la humanidad incluso ahora recogerlos de la Luna?

No, ellos no. Solo los vivos tendrían una perspectiva de la Tierra. Los fantasmas estaban encadenados al ordenador cuántico de las instalaciones de DeWitt. Sin embargo, Fei deseaba tanto saludar a sus tataranietos. La mujer había dejado atrás mucho más en la Tierra que él, así que se merecía un lugar seguro en el androide durante la transferencia.

—Steve —intervino Delia en sus pensamientos—. Lo estamos intentando con todas nuestras fuerzas, pero estás pensando tanto que no logramos ignorarlo.

—Lo siento. De todos modos, es hora de transferirte al ordenador de a bordo. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí, Steve. Es como un sueño. Tendremos un planeta entero como nuestro sujeto de investigación. Tracy y Robert serán nuestros ojos y oídos.

—Bien, yo también lo había estado pensando. Parecéis convencidos. Eso es lo principal.

—Gracias. ¿Steve?

—¿Sí?

—Es tu lugar en el androide. Te lo has ganado. Shi Fei opina lo mismo. Aunque no puede visitar a sus tataranietos.

—Gracias, Delia. —Apenas daba crédito. ¡Había cometido tantos errores! Fei habría sido la mejor líder.

Delia se echó a reír. Steve miró a su alrededor porque sonaba muy real, pero estaba en su cabeza.

—Tus dudas te convierten en el mejor líder que podríamos tener los fantasmas, créeme.

—Buen viaje a los dos —les deseó Steve, dando la orden de copia. Luego trepó por encima de las piernas de Robert hasta llegar a la cabina. Allí, extendió la mano hasta que un enchufe se extendió desde su dedo índice. Se conectó al ordenador de la nave.

Después de eso, se quedó sin nada, tan vacío que casi se echó a llorar.



EL LANZAMIENTO DE una nave espacial siempre era impresionante. Especialmente cuando, como Steve, no habías visto una en doscientos años, y el viaje conducía a un futuro completamente incierto. El motor hizo vibrar la superficie rocosa de la luna, que su cuerpo androide captó y tradujo en un ruido atronador. Era el único que observaba desde el exterior. Sabía que George, Veronica y su tripulación estaban detrás de él en el centro de control de la Base Lunar, su hogar antes de hacerse escanear.

Este era el momento que se había perdido hacía doscientos años. ¿Qué habría pasado si la catástrofe se hubiera producido unos días más tarde? ¿Habría volado a la Tierra con Daniela, solo para perder el contacto con ella allí? Steve miró el reloj. En cinco horas se decidiría el destino de todos ellos. Envidiaba a los cuatro de la nave. Para ellos, todo estaba claro.

La Nueva Tierra se elevaba y se elevaba. El polvo levantado por el lanzamiento se asentó

lentamente. La nave se transformó rápidamente en una estrella en movimiento antes de desactivar sus motores y volverse invisible tras abandonar la esfera de influencia lunar. El viaje por delante duraría unos tres días. Nueva Tierra se acercaría poco a poco a su destino, entraría en su órbita con una maniobra de frenado y aterrizaría.

Sería el último vuelo de la Nueva Tierra durante mucho tiempo, tal vez infinito. Pero no vivirían para ver su final.



SE DETUVIERON EN el cementerio de regreso a las instalaciones de DeWitt. Steve recorrió las filas por última vez. A los que yacían aquí les habría gustado volver a ver la Tierra. Quizá pudieran traer los cuerpos al planeta después de la transferencia. Aquí arriba, el frío los mantendría frescos durante siglos. Era una lástima que no pudieran preguntárselo a los propietarios de los cuerpos.

Por otro lado, Samantha prefería quedarse aquí. Siempre había considerado la base lunar como su hogar. Steve se arrodilló junto a su tumba y limpió el polvo. George se quedó un rato atrás. ¿Aquello eran sollozos?

—¿Estás bien, George?

—Sí, es solo una despedida. Es estúpido, lo sé. Todos nos quedamos aquí. Pero, de alguna manera, siento que estaríamos dejando atrás a los muertos en Kepler-16.

Tal vez eso era cierto. Las tumbas de aquí estaban garantizadas para no ser registradas en los almacenes de datos. Si la luna se transfería en base a los escáneres, desaparecerían como resultado. ¿Y qué pasaría con ellos, los vivos y los fantasmas? ¿Podría la transferencia deshacer todo lo que había ocurrido aquí? Sería muy triste, porque Steve no quería perderse los doscientos años con Daniela.

No le diría nada a George sobre sus cavilaciones. Probablemente estaban equivocadas de todos modos, porque durante la primera transferencia los tripulantes de las tres bases lunares no estaban registrados en las memorias cuánticas. De lo contrario, se habrían encontrado con sus yos virtuales tras el escaneo. No obstante, la luna se había llevado consigo a las tripulaciones completas de todas las bases. Steve simplemente no entendía lo suficiente cómo funcionaba la técnica DeWitt.



JULIE HIZO GUARDIA para Steve en el androide mientras se despedía de los demás. El ambiente era bueno, preguntara a quien preguntara. Se conocían desde hacía más de doscientos años. Estar sin los demás era algo que ya nadie podía imaginar. Probablemente por eso estaban dispuestos a renunciar a la seguridad añadida de estar alojados en una UMA durante la transferencia. Incluso los escépticos como Viktor y Michael, que probablemente votaron en contra, se habían contagiado de la ilusión de los demás.

—¿Funcionó el lanzamiento? —preguntó Stephanie quien era la única que estaba triste. Se llevaba bien con Delia y Lennart, que iban camino de la Luna.

—Sí —aseguró Steve—. Los vivos le dieron a la cápsula un buen lavado de cara. Incluso le dieron un nuevo nombre, Nueva Tierra. Imagínate.

—Muy apropiado.

—Lo siento mucho por ti —se lamentó el comandante.

—Fue decisión mía. No quería ser una quinta rueda.

—Lo entiendo. Ni que estuviéramos hablando de unas vacaciones de fin de semana.

—Claro, vacaciones. —Stephanie sonrió.

—Cuando volvamos, quizá podamos tomarnos unas vacaciones. En la Tierra, o incluso en Marte.

—Soy escéptico al respecto. La pérdida de la Luna debió de afectar mucho a la Tierra. Puede que la gente incluso dependa de la poca tecnología que les traigamos.

—Pronto lo veremos.

—O tal vez no. Porque si estoy en lo cierto, no tienen la tecnología para traernos de vuelta. Tendrían que tener un sistema DeWitt en funcionamiento para poder pulsar el botón en el mismo momento. Luego tendrían que ser capaces de calcular el tiempo exacto, lo que requiere un profundo conocimiento del sistema Kepler-16. Y luego ¿tendrían que querer que volviéramos! ¿Ahora, cuando ya se han acostumbrado a arreglárselas sin luna?

—No lo creo. Los efectos de la pérdida en la Tierra deben ser graves. Aunque acabaran desapareciendo, la Tierra no podría ser tan propicia para la vida como antes. Además, el aspecto cultural, sentarse en la playa a la luz de la luna y contemplar las olas, no puede haberse borrado de la memoria colectiva de la humanidad.

—Estamos hablando de doscientos años. Eso son varias generaciones.

—Aquí seguimos hablando de poco más de sesenta minutos. Si tienes razón, Stephanie, no pasará nada, viviremos nuestras vidas como antes. No tenemos nada que perder.

—No estoy tan segura de eso como tú. Si iniciamos el proceso desde nuestro lado, podría producirse un reseteo global de la memoria. Entonces no existiremos después.

—¿Preferirías entrar en una UMA? Aún tenemos sitio de sobra. Daniela también estaría contenta.

«Probablemente. Sí, desde luego. En ese momento, ella olvidaría sus celos. Por supuesto».

—Gracias, Steve, pero sería mi pesadilla estar atrapada dentro del androide con vosotros para siempre. No por vuestro bien, claro, o solo un poco, porque volvería a ser la quinta rueda. Peor aún sería sentir que todos los que una vez conocí han muerto.

—Lo comprendo. Pero si cambias de opinión, la oferta sigue en pie. Un escaneo como este solo lleva unos minutos.



STEVE SE REUNIÓ con Daniela y los dos solicitantes para el lugar seguro en la UMA frente a la computadora una media hora antes de la transferencia. Eran Yelena y Oleg, una pareja de unos cincuenta años.

—Mi mujer lo ha querido así —dijo el hombre y sonrió inseguro ante Steve.

—Y me hace caso —añadió Daniela—, eso está bien. Así que no se lo tengas en cuenta, Steve. Yo soy la miedosa.

—No te guardo rencor por nada. La oferta estaba ahí y la aceptaste. No hay nada de lo que avergonzarse.

—Ves, Oleg, te lo dije. Steve es simpático.

—Yo... no quiero quitarle espacio a alguien que lo necesita más —murmuró Oleg.

—No os preocupéis, sois los únicos solicitantes. De hecho, habría tres plazas más disponibles en el androide. Y mirad, mi novia también me acompaña.

¿Era una buena idea? ¿Sería capaz de soportar un infinito con Daniela en este cuerpo? Pero

ahora no podía volver atrás. Ya no podía rechazar a Daniela.

—Eso es bueno para ti —mencionó Jelena—. Llevamos juntos ciento setenta y dos años, no hay quien nos separe. Así que bien podríamos existir en un coche de juguete.

Bien. Alguien les había enseñado en qué UMA acabarían. Ahora solo tenía que transferirlos allí. Pero para hacer eso, necesitaba entrar en la realidad. Steve envió a Julie, quien estaba allí esperando, una solicitud a través del sistema para transferirlo al androide.

Cuando Steve despertó dentro, no estaba solo.

—¿Quién está...? ¿Está... ahí...? Lo siento...

Concentración. Siempre le resultaba especialmente difícil distinguir sus pensamientos de los de los demás inmediatamente después del cambio. Julie, obviamente, no había dejado el androide todavía. ¿Por qué no?

—Hay un pequeño problema. —Julie guio el dedo índice del androide hacia la pantalla de la UMA. Era una sensación terrible no tener control sobre los miembros que creía suyos. Julie era fuerte.

—¿Por qué no está disponible? —cuestionó Steve. La pantalla de la UMA más pequeña estaba sombreada en gris. Mierda.

—Cometí un error —respondió Julie.

Steve sintió la vergüenza como un nudo en la garganta. Se aclaró la garganta con simpatía.

—Quería darle a Sammy una última salida —explicó la mujer—. Así que lo trasladé a la UMA y luego lo saqué. ¡Estaba tan emocionado! Y nunca se alejó demasiado, hasta ahora.

—Pero ¿hoy...? —El dedo del comandante volvió a señalar la eclosión gris contra su voluntad. Sí, ya lo entendía. Sammy debía haber salido del radio de radio del sistema. Eso le hacía inalcanzable e imposible de marcar. Por supuesto, el gato no era consciente de los peligros. Cuando la transferencia forzara a la luna a su nueva órbita anterior, habría de nuevo problemas de ajuste, provocando temblores, fisuras en el suelo...

—¡Sí, estoy muy preocupada por él!

—Lo encontraremos —afirmó Steve.

Tenían que encontrarlo. La memoria del coche de juguete estaba sincronizada con el ordenador cuántico por radio. Sin embargo, si estaba fuera de alcance, la sincronización no podía producirse durante la transferencia. El vehículo formaba parte de la exploración. También llegaría a la órbita terrestre. Pero perdería su contenido de conciencia en el proceso. Sammy parpadeará en una fracción de segundo.

—Te transfiero de vuelta al interior. Por favor, dile a Fei y Daniela lo que pasó. Volveré a más tardar un minuto antes de la transferencia.

—No, quiero buscar a Sammy contigo.

Los dedos de Steve intentaban iniciar el proceso de copia, pero Julie le obligó a cerrarlos en un puño. De repente, sus piernas dieron dos pasos hacia la salida. ¡Quería secuestrar el cuerpo! Steve se concentró en las articulaciones de las rodillas. El androide tropezó y cayó.

—Julie, por favor, te necesito dentro. Necesito que informes a los demás.

—Pero fue culpa mía...

—No, mía. Hice escanear a Sammy. No debería haber hecho eso.

—Yo... Está bien.

La resistencia de Julie desapareció. Entonces, Steve se puso en pie.

—Ten cuidado, Steve.

—No te preocupes, Julie. Lo encontraré a tiempo.

En esa ocasión, sus dedos obedecieron inmediatamente. Estaba solo de nuevo. Pero ahora

rápidamente. Corrió hacia el ascensor, subió a la superficie y salió. Lo bueno: Kepler-16 A estaba alto en el cielo en este momento. Así que el paisaje lunar estaba bien iluminado. Lo malo: la otra estrella se hallaba detrás del horizonte, así que detrás de todas las elevaciones y paredes de los cráteres había sombras invisibles. Primero buscó en los barracones. Estaba más desordenado que en su primera visita. Las sillas estaban volcadas. Faltaban algunos ordenadores. Los escritorios tenían los cajones arrancados. Reconoció el cubículo donde había encontrado el coche de juguete. Alguien había arrancado todas las notas adhesivas de la pared. Por lo demás, las salas estaban vacías. Steve salió corriendo y apuntó el foco del casco hacia las sombras detrás de los barracones. Ni rastro.

«Por favor, Sammy, no me lo pongas tan difícil». ¿En qué podía estar interesado el gato? ¿Por qué se había alejado tanto de las instalaciones que ni siquiera se le podía localizar por radio? Solo se le ocurría un motivo: intentaba regresar a su antiguo hogar, la Base Lunar de la NASA. No podía saber que estaba demasiado lejos. Pero ¿sabría la dirección? Pregunta equivocada. Esperemos que lo supiera, y esperemos que la suposición fuera correcta. Si no, Steve no sería capaz de encontrarlo.

Entonces, corrió. El androide podía alcanzar los 30 km/h, más que los viejos Rovers de la ESA y la NASA. El coche de juguete no era capaz de alcanzar más de 5 km/h. Sammy tenía media hora de ventaja. Le quedaban 24 minutos. Era factible. Steve recordó la carrera contra el tiempo la primera vez que estaba en el camino con Daniela. Se las había arreglado para salvar a Tom. Tenía que ponerse al día con Sammy.

Una señal de advertencia apareció en su casco. Él mismo acababa de salir del alcance de la radio. Si no regresaba a tiempo, expiraría en la nada, igual que Sammy. Encontrarían al androide y no sabrían por qué había caído. Tal vez entonces el sistema Sean se activaría automáticamente, aunque sin sus recuerdos. Para la Tierra, sería lo mejor: un androide muy desarrollado que cumpliera todas las órdenes.

Tonterías. Sin él, la transferencia no se produciría. George y Veronica le estarían esperando, pero no sabrían cómo iniciar el proceso. ¿Por qué no se lo había explicado? Habría sido razonable. Seguía actuando como si hubiera varios androides, pero él era el único de los fantasmas que en ese momento podía salir al exterior y pulsar el botón.

La señal de advertencia se repitió. Steve no frenó. Eso sería un error. En un momento, llegó al punto donde debería haber alcanzado a Sammy. ¡El gato no podía haber llegado tan lejos! Debía dar la vuelta. El futuro de la humanidad en la luna no debe depender de un gato desbocado.

«Sammy, ¿qué estás haciendo?». Steve no quería perderlo. Eso de repente parecía más terrible que perder a Daniela. Él la amaba, pero ella era adulta y podía cuidar de sí misma. Sammy había confiado en él, lo eligió como su humano, antes de que Steve hubiera conocido a Daniela. Una lágrima rodó desde el ojo izquierdo del androide e inmediatamente se congeló en hielo. Entonces, se dio la vuelta.

—Steve, ¿dónde estás? —preguntó George.

Bien. Se encontraba de nuevo en el radio de alcance de la instalación.

—Ya voy. Tenía que ocuparme de algo.

—¡Solo quedan siete minutos! Estamos muy preocupados. ¿Te entró el pánico o qué?

—Tranquilo. El gato se ha escapado. Pero volveré a tiempo.

—¿¡El gato!? ¿Te has vuelto loco? ¡Estás poniendo en peligro la transferencia!

—Volveré a tiempo, no te preocupes.

Steve pasó por el cuartel de nuevo. Seis minutos. Debe estar considerando el ascensor. ¿Qué

era? La luz se filtraba por una de las ventanas del primer barracón. «¿Eres tú, Sammy?». Steve corrió y abrió la puerta de un tirón. ¡Allí! «¡No me lo puedo creer!». La pantalla de la estación de trabajo del programador estaba encendida, donde había encontrado el coche por primera vez. Antes no había nada. Steve se acercó con mucho cuidado. Si era el gato, no debía asustarlo.

—¿Dónde has estado? —cuestionó George en voz alta por la radio.

Steve se sobresaltó. Por suerte, a George no se le oía desde fuera. Echó un vistazo al reloj. Faltaban cuatro minutos y medio. Avanzó sigilosamente. Desde el pasillo, vio parpadear la pantalla. ¿Dónde estaba el coche en el que iba el gato? No se oía nada en el vacío de la luna. Agachándose, llegó a la entrada de la oficina. Se asomó con cautela al interior. Allí estaba el coche. ¡Increíble! De algún modo, había conseguido encender el ordenador. Había un salvapantallas con mariposas de colores revoloteando y bolígrafos esparcidos por el suelo. Sammy debía haber construido una herramienta para activar el ordenador.

Steve tenía cuatro minutos. Steve saltó hacia delante. Nada podía salir mal ahora. Se aferró al coche, cuyas ruedas giraban.

«¡Te tengo!».

Steve salió furioso del cuartel. La puerta principal destruida era ahora muy conveniente. Llegó al ascensor, pero el coche no estaba. ¿No se le habría ocurrido a George enviárselo? Sin embargo, no debía culpar a nadie. Era él quien estaba poniendo en peligro la transferencia, por culpa de un gato. Steve acunó al felino cariñosamente en sus brazos y creyó oír el ronroneo de Sammy. Pero eso era imposible. No, el juguete estaba en la cadena de radio. Sammy ronroneaba de verdad. Steve sintió calor en su interior. La esclusa le costó medio minuto, salió de ella cuando solo estaba llena de aire hasta la mitad, empujó la puerta y se plantó delante del ascensor.

¿Dónde estaba la cabina? Pulsó el botón de llamada. Tres minutos. No podía quedarse aquí parado. Detrás de él vio el depósito metálico del soplete que habían utilizado los atacantes. Lo cogió y lo utilizó para golpear la puerta del ascensor hasta que se dobló hacia dentro. El espacio era ahora suficiente para empujar. Sujetó el coche de Sammy con la mano izquierda y con la derecha agarró el cable del ascensor y se deslizó por él. Dos minutos. Esperaba fervientemente que el coche no empezara a moverse ahora.

—¡Steve, te necesitamos ya! —gritó George.

Noventa segundos para el comienzo del intervalo. Un intervalo era un período de tiempo. ¿No significaba eso que, en realidad, le quedaban más de cinco minutos? Steve aterrizó en el techo de la cabina. Le dio un fuerte pisotón y apareció un agujero. El techo debía de ser de plástico de baja calidad. Continuó pisando fuerte hasta que el agujero fue lo suficientemente grande como para caer a través de él.

Genial, alguien había bloqueado la puerta de la cabaña. Alguien había bloqueado la puerta de la cabina con un traje espacial. Por eso el ascensor no había respondido. Aunque ahora no era el momento de acusaciones. El intervalo estaba a punto de comenzar. Ahora sí. Mierda. Corrió hacia el ordenador donde le esperaban George y Veronica.

—¡Por fin! ¡Date prisa! —exclamó George.

Steve le hizo un gesto con la mano. No había tiempo para explicaciones. Allí estaba el ordenador. La vista general de las UMA seguía abierta. La UMA 2 ya no estaba sombreada. Transfirió a Sammy dentro y lo cambió por Oleg y Yelena. A continuación, metió a Daniela. La barra de progreso se movió hacia la derecha con demasiada lentitud. Steve tamborileó en el teclado. Entonces ella se apoderó de él como una cálida lluvia de verano. Era una sensación maravillosa saber que ella estaba a su lado. Pero el intervalo de transferencia estaba corriendo. No había tiempo. No había tiempo. Manióbró frenéticamente a través de los menús.

¿Dónde estaba escondido el comando de transferencia? Lo había repasado con Fei, varias veces. Estaba en un lugar donde no esperaría encontrarlo. Allí, en la configuración, en «Reset». Ahora tenía que prestar atención. Un reinicio real borraría toda la memoria, pero quería que la memoria coincidiera con la instalación en la Tierra. El entrelazamiento de los *qubits* del ordenador cuántico, perfectamente mantenido por la corrección de errores durante los últimos doscientos años, haría que las propiedades de una miríada de partículas cambiaran simultáneamente de tal forma que se crearía una nueva luna, idéntica a la anterior, en la órbita de la Tierra.

Era una locura, y sin embargo había funcionado antes. Las instalaciones de DeWitt en la Tierra debían de almacenar enormes cantidades de energía para este fin, a partir de la cual se generaba la materia necesaria a la velocidad del rayo. DeWitt era un verdadero genio, pero era más que eso. También hacía práctico lo que muchos creían imposible debido a las dimensiones. Era una lástima que no llegaran a conocer a DeWitt, a pesar de que había puesto en peligro a toda la humanidad con sus experimentos.

Un minuto más y su oportunidad se habría acabado. ¿No estaba bien allí, tal como estaba? ¿Por qué arriesgarse?

—¿A qué esperas? —preguntó George.

—Aquí está bien —respondió una voz en su interior—. La corrección cuántica de errores garantiza que todo siga como está. Pero no evoluciona. Y lo que no evoluciona no tiene futuro.

30 segundos. El dedo le temblaba.

Steve inspiró hondo. Era lo correcto.

20 segundos.

Su dedo bajó a «Ejecutar».

—Diecinueve, dieciocho, diecisiete, dieciséis... —contó el comandante. Daniela le ayudó—. Doce, once, diez... —Sonaba un poco como una letanía—. Seis, cinco, cuatro... —En un momento. Steve se estaba congelando y sudando. Estaba muerto de miedo.

Dos.

Uno.

Cero.

«¡Ejecutar!».

Menos uno.

Menos dos.

Steve siguió contando mecánicamente.

—Se acabó, querida.

En efecto. El ordenador informó de la finalización de la sincronización. Pero ¿era el final?

—Sí, eso es todo. Eso debe ser todo.

¿De dónde sacó Daniela esta convicción?

—Simplemente lo sé. Pero vamos a ver.

—¿Sí? —preguntó George. Steve se apartó del ordenador. George y Veronica lo miraron interrogantes.

—Sí, claro. Ocurrió —añadió Daniela.

—Poneos los trajes espaciales y echaremos un vistazo —dijo el comandante y se dirigió al ascensor. Aún no se lo creía.

Los dos vivos le siguieron, y el coche también rodó tras él. Al parecer, Oleg y Yelena también sobrevivieron a la transferencia. ¿Y los demás? George y Veronica necesitaban unos minutos para ponerse los trajes, así que Steve volvió corriendo al ordenador.

—¿Puedes enviarme dentro un minuto?

—Por supuesto.

Steve aterrizó justo al lado de la máquina. La habitación estaba vacía. Mierda. Corrió a la de al lado. No había nadie.

—¿Fei? ¿Stephanie? ¿Viktor? ¿Dónde estáis?

No obtuvo respuesta. Lo que temían debía haber sucedido. El sistema solo transfirió lo que se había transferido la primera vez. No había más conversaciones con Fei o Stephanie en las instalaciones de la Tierra.

Oleg, Yelena, Daniela y él eran los últimos fantasmas. Steve lloró.

De repente, Daniela volvió a estar con él. Le había devuelto al cuerpo androide y comprendió lo que había sucedido. Se abrazaron.

—No es culpa tuya, cariño.

—Los supervivientes siempre tienen la culpa, Daniela.

—Hemos terminado —anunció George.

—O... Vale —comentó Steve tragando saliva.

—¿Te pasa algo? —preguntó George—. Tienes una lágrima en el ojo ahí.

—Es condensación.

Steve se limpió la gota.

—Desaparecieron, ¿verdad? —preguntó Veronica.

—Sí.

—Lo siento. —Veronica suspiró.

—Fue su decisión. Nuestra. Vamos, subamos.

La puerta del ascensor ya no estaba bloqueada. El traje espacial que yacía allí lo llevaba ahora George. El ascensor empezó a moverse.

—¿Qué le ha pasado a la cabina? —quiso saber Veronica, señalando el agujero del techo.

—Tuve que darme prisa —dijo Steve.

La cabina se detuvo poco antes de llegar a la superficie. Steve ya sospechaba por qué. Subió por el agujero del techo. La puerta, que estaba empujada hacia dentro, le estorbaba. La forzó hacia el exterior. El ascensor recorrió los últimos metros y salieron a hurtadillas.

Al abrirse la puerta de la esclusa, Steve lo notó de inmediato: la luz de Kepler-16A había desaparecido. El nivel del cráter ya no era tan brillante como el día, como lo había sido hacía solo unos minutos.

—Tenemos que llegar al otro lado —dijo Steve.

La salida estaba orientada hacia el oeste, pero necesitaban una vista despejada hacia el norte. Uno al lado del otro, marcharon alrededor de la colina. El coche de juguete les seguía el ritmo.

Entonces la vista se amplió. El borde norte del cráter se extendía ante ellos. Por encima de él, solo unos pocos grados, pero claramente visible, colgaba un disco azul con manchas blancas atravesado por el cráter.

—¡La Tierra! —gritó Veronica.

—Estamos aquí —susurró Daniela en su cabeza.

Los pies del comandante le informaron de vibraciones. Un terremoto lunar. No sería el último.

—Impresionante —dijo Veronica—. No pensé que alguna vez vería la Tierra.

—Si realmente queremos ver la Tierra, tienen que tener una nave para nosotros —dijo George.

—Qué pesado. No hay prisa. Al final vendrán a por nosotros —replicó Veronica.

Entonces se produjo otro terremoto lunar. El polvo cayó de las paredes de los barracones.

—Debemos ponernos en marcha —añadió George—. Me preocupan los temblores.

—Muchas gracias —contestó Veronica—. En nombre de todos los vivos. No podríamos haber hecho esto sin vosotros. Siento mucho que...

Steve asintió.

—De nada —dijo Daniela por su boca—. Todos sois nuestros hijos, en cierto modo.

Veronica sonrió tanto que pudieron verlo a través del visor del casco.

—Intentaremos establecer contacto con la Tierra utilizando la antena del Palacio Lunar —explicó Daniela.

Era extraño cuando ella hablaba a través de su boca. Steve tendría que acostumbrarse. Lo principal era que él mismo no había olvidado cómo hablar.

George y Veronica subieron a su WSV y se alejaron, arrastrando una columna de polvo.



—TIENES RAZÓN —afirmó Daniela al reaparecer en el androide—. Todo el mundo se ha ido.

Ella también había comprobado la realidad virtual. De momento no podían hacerlo juntos, porque entonces no habría nadie que los devolviera a la realidad. Oleg y Yelena seguían por ahí.

—Sabíamos que podía ocurrir —declaró Steve.

—Yo no me lo creía. No quería hacerlo.

—Es... un agujero enorme. Borrados, ¡como si nunca hubieran existido! No es justo.

—Todavía están ahí, en nuestros recuerdos.

—¿Y de qué vale eso si nosotros también podemos desaparecer tan fácilmente? Samantha y los demás, tienen lápidas que no serán erosionadas dentro de mil años. ¿Qué tenemos nosotros? Nuestros cuerpos enteros se descompusieron en sus átomos entonces.

—Nos tenemos el uno al otro, cariño. Eso ya es algo.

Los pensamientos de Daniela lo envolvieron, aunque no pudieron protegerlo de las oscuras emociones que ondeaban en su conciencia como una niebla venenosa. ¡Era injusto! Los vivos, que no habían hecho nada, habían sobrevivido todos. Sin embargo, los que habían hecho posible su existencia estaban muertos. Algunos enterrados, otros simplemente habían desaparecido. Todos deberían haber sobrevivido. Era tan injusto.

—No pienses así, Steve.

—No puedo evitarlo.

—Vamos, vamos al Palacio Lunar. Tengo muchas ganas de oír lo que los de la Tierra tienen para contarnos.



29 de junio de 2300

DEBE SALIR DE ALLÍ. Camina por el linóleo. Sus garras golpean el duro suelo sin hacer ruido. No huele nada. Y lo más importante, no puede respirar. Ese no es el lugar adecuado. Le duelen los pulmones. Está helado. Nunca había tenido tanto frío.

Allí, hacia la luz. Debe ir allí. A través de la ventana ve la colina. Salta, pero le faltan las fuerzas. La puerta está cerrada. ¿Por qué está encerrado? ¿Qué ha hecho mal? ¿Dónde está Steve? El gato llega hasta la puerta. La araña una vez más. Luego se desploma.



¡FUERA, fuera! Aterrorizado, corre por la habitación. Una mano le agarra la garganta. No puede respirar. ¿Qué ha ocurrido? Grita, aunque ningún sonido sale de su garganta. Aquí es donde ha estado. La puerta. Ve a Steve dentro. Es Steve y a la vez no lo es, pero cuando llega a la puerta, su cabeza choca contra el metal duro. El frío. El dolor. Él es...



¿QUÉ ES ESO? ¿Quién lo encerró allí? Solo ha estado unos momentos y sus músculos le fallan. La cola ya no le guía por las curvas. Los cabellos erectos se congelan, hasta las raíces. Le arde la piel, le arde la garganta, le arden los pulmones. Todo arde. A ciegas, corre a través del fuego que le consume. Frente a la puerta, se rinde.



OTRA VEZ NO. Un recuerdo parpadea, de dolor, de... La nada. La nada. Eso no. ¡Fuera! Corre todo lo rápido que puede, vuela contra la pared, no puede hacer el giro. Frío abrasador. Calor helado. Dolor. Una oleada de energía que le lleva hasta la puerta.

Caída.

Un impacto.

Nada.



«NO PUEDES DEJARLO», había declarado Daniela quien, por primera vez, estaba furiosa con él. Y tenía razón. No podía. No era justo. Por eso no quería. Quería atravesar el recuerdo. Sí, tenía razón. Debía haber rastros. Nadie abandonaba el universo sin dejar rastros en él.

Habían pasado casi dos horas desde la transferencia. El viaje al Palacio Lunar podría esperar un poco más. O Daniela ir sola. La decisión era suya. ¿Cómo podría hablar con la Tierra cuando ni siquiera estaba seguro de cómo había ido la transferencia? Steve sacó un traje espacial del armario. Hacía años que no se ponía uno. ¿Quién iba a salir por la esclusa a campo abierto en RV cuando lo único que había que hacer en la vida real era transferir la conciencia a un androide?

En cualquier caso, Steve sabía qué botones, hebillas, correas y cremalleras cerrar. Tenía ocho horas de aire respirable en el depósito. Eso le permitiría llevar a la base de la NASA en el Rover. Steve tuvo que comprobar que estaba vacío. ¿Y si toda la Luna hubiera vuelto a su estado inicial? Entonces, Samantha y Maurice le estarían esperando, en lugar de Shi Fei y Viktor, que a su vez le estarían en el Palacio Lunar. O, estarían sorprendidos por su aparición porque nada había cambiado para ellos.

¿Era eso posible? Parecía una locura, pero en el mundo cuántico había «un método para la locura». Steve tenía que comprobarlo al menos.

A continuación, el comandante subió en el ascensor. En la RV, la cabina no estaba dañada. La puerta exterior también estaba intacta. Steve cruzó la plaza frente a las instalaciones rodeadas por los barracones. El Rover estaba aparcado entre los dos edificios al oeste. Steve se dirigió en su dirección, pero a mitad de camino decidió lo contrario. Los barracones deberían darle una pista sobre si su teoría era correcta. Eligió el edificio donde había encontrado el peluche y el coche, y abrió la puerta exterior. La esclusa que había detrás estaba abierta. No había aire, lo cual no era buena señal. El sistema no había devuelto los barracones a su estado inicial. Pero no podía rendirse tan fácilmente. Se apoyó en el mostrador de recepción y miró a la derecha y luego a la izquierda. El barracón tenía el mismo aspecto que cuando llegó. Pasó un dedo por el escritorio. El polvo era tan espeso que podía escribir en él.

Steve se dio la vuelta... ¿un movimiento? Había visto algo en el límite de su campo visual.

Un saco de pieles venía corriendo hacia él. ¡Sammy! El gato corrió hacia él, pero se tambaleó y cayó. Steve lo levantó. Ya estaba tieso. ¿Tan rápido? En ese momento, el cuerpo se disolvió. Parecía un juego de ordenador: un resplandor blanco cubrió al gato muerto, y, de repente, había desaparecido. No se había vuelto invisible, se había desintegrado. Steve ya no sentía el peso de Sammy. Se enderezó y fue en la dirección de donde Sammy había venido. Cuando llegó al ordenador del programador, presenció un proceso mágico: la creación de un gato de la nada.

Debía de ser la corrección de errores que había observado. El felino se puso en pie, miró asustado a su alrededor, gritó en silencio y echó a correr. Steve se dio la vuelta. No quería volver a experimentar lo que ocurría a continuación.

Tenía que haber un final mejor para él. Steve ya había transportado antes al gato a través del vacío. La olla a presión también se escaneó entonces. Habían pasado doscientos años, aunque tenía que estar en alguna parte. La corrección de errores impidió que desapareciera. Steve corrió. Esclusa, ascensor, sala de ordenadores. No se quitó el traje espacial, aunque sudaba a mares con él puesto. ¿Dónde demonios estaba la olla? Buscó en un estante tras otro. ¿Cuántas muertes inútiles había sufrido ya Sammy?

Un momento. Nunca había guardado la olla. Seguía tirada junto a la máquina donde la puso entonces. Steve corrió hacia allí. No tenía polvo, solo algunos pelos de gato. Había marcas de arañazos en la tapa de las afiladas garras de Sammy. Recogió la olla. Pero no, eso no era suficiente. En uno de los estantes había visto bolsas de plástico. Corrió y cogió todo el rollo.

De regreso al barracón, se arrodilló delante de la silla del programador y esperó el momento en que apareciera Sammy. Necesitaba saber la ubicación exacta. ¡Ya! El gato le miró con los ojos muy abiertos. ¡Estaba esperando su ayuda! Era terrible, pero aún no era el momento. Jadeando, echó a correr.

Esa era la señal. Steve abrió una bolsa, la llenó desde el fondo de la manguera de su tanque de aire hasta que pareció un globo, y la sostuvo exactamente en el lugar donde Sammy debía aparecer después de su próxima muerte.

El comandante tuvo que esperar menos de un minuto. De nuevo, los ojos del gato se llenaron de espanto, aunque no empezó a jadear. Respiró. Steve juntó la bolsa y la puso en la olla, junto con el gato. Sammy forcejeó. No sabía que intentaba ayudarlo. Steve cerró la tapa. ¡Ahora debía darse prisa! Salió corriendo.

«Abre la puerta exterior, entra en la esclusa, cuando el botón de la puerta interior se ilumine en verde, el peligro se habrá evitado». Steve abrió la olla. Sammy le dio un golpe e intentó escapar, pero solo llegó hasta la cabina del ascensor. Juntos bajaron las escaleras. En cuanto se abrió la puerta, el gato salió corriendo. Un cálido sentimiento de felicidad recorrió a Steve. Sammy lo había conseguido.

«Está bien, Sammy. No lo entiendes, te he salvado la vida». Algo parpadeaba en el ordenador. ¿Un mensaje de Daniela? Eso sería genial. Pero no. Era un mensaje de advertencia de la puerta exterior. Alguien esperaba allí para entrar. Steve cambió a la cámara. Eran Fei y Viktor. Debían de haber llegado cuando él estaba atrapado en la esclusa. ¡Qué bien! Después de todo, los habían trasladado. Estaba tan contento. Steve los dejó entrar.

Cinco minutos después, estaban abrazados en el ascensor. Se sentía pletórico.

—Eso podría haber sido un desastre —dijo Viktor.

—Sin Viktor, no habríamos sobrevivido —comentó Fei.

—Ahora no exageres.

—Es verdad. Despertamos en RV, pero en nuestras habitaciones originales. Eso sí, solo había vacío. Viktor fue el único que consiguió llegar a un traje espacial justo antes de asfixiarse. Entonces procedió a salvarnos trayéndonos trajes. Incluso hizo funcionar un viejo Rover.

—¿Ya están todos fuera de peligro? —preguntó Steve.

—No, necesitamos más trajes espaciales —afirmó Viktor.

—Gracias, Viktor. Puedes usar el mío ahora mismo —añadió Steve.

—De nada. Es que no quería seguir muriendo. Esa mierda de corrección de errores nos devolvía al punto de partida.

—Creo que es una subrutina de corrección de errores que solo se encarga de los datos de posición —dijo Fei.

—No me importa —contestó Viktor—. Es mejor que tú también te quites el traje espacial ahora, y luego veré de meter todos los posibles en el Rover.

—¿Puedes ocuparte también después de la Base Lunar? —cuestionó Steve—. Entonces, mientras tanto, haré contacto con la Tierra en la realidad física.

—¿Aún no lo has hecho? —preguntó Fei.

—No, antes tuve que ocuparme de algunos fantasmas.

—Si todavía quieres llevarme, estoy listo. —Steve fue a la computadora y escribió un mensaje a Daniela. El comandante acababa de enviarlo cuando ya se sentía arrastrado hacia el androide.



—LO SIENTO. Me equivoqué.

Steve percibió la molestia de Daniela. ¿Quién podría haber imaginado que la corrección de errores estaba programada de forma tan ilógica? No obstante, probablemente se debía a que no había sido concebida para la transferencia de seres vivos. Los objetos corrientes no necesitaban condiciones tan específicas para sobrevivir.

—Te perdono. Me alegro de que Sammy haya vuelto. Y los demás.

Interesante... había nombrado al gato antes que a los humanos.

—Está bien. Mientras no lo nombres antes que a mí...

Era difícil separar lo que era puro pensamiento del pensamiento verbalizado. Pero ahora tenían mucho tiempo para practicar. Steve quiso rascarse la sien, aunque ese movimiento hizo que le dieran un tirón al volante. Inmediatamente dejó que Daniela retomara el control del Rover. Compartir un cuerpo no era fácil.



LLEGARON AL CRÁTER Zeeman Y. La antena destruida en el cráter principal ya les había dicho que la corrección de errores, por desgracia, no había corregido nada en la realidad física. Pero la Tierra estaba lo suficientemente cerca como para comunicarse con ellos utilizando tan solo una décima parte de la potencia de la antena.

Daniela detuvo el Rover justo delante de la cabaña con el receptor. Había hecho una reparación improvisada en la puerta hacía solo dos días. Entraron en la cámara que había detrás y quitaron la capucha transparente del ordenador. Al igual que la última vez, la pantalla se encendió sola.

«Tienes correo».

Ya conocía la frase, formulada en inglés, ruso y mandarín. Anteayer mismo habían leído el mensaje decisivo. Habían pasado doscientos años en tránsito. El nuevo mensaje probablemente había tardado solo unos segundos.

—Vamos, ábrelo —dijo Steve.

—¿Y si es un mensaje de hace doscientos años para pedirnos que no volvamos? —Daniela, que controlaba el androide, dudó.

—No pueden haberlo decidido justo después del desastre. Sé valiente.

Daniela bajó el dedo del androide. El mensaje se abrió.

¡BIENVENIDOS!

Quienquiera que esté leyendo esto, por favor, póngase en contacto a través de esta frecuencia. Se nos puede localizar siempre que la luna esté en el cielo de Europa central.

Selma Deckard, DeWitt Enterprises.

—¡GUAU! Así que todavía hay gente en la Tierra y quieren comunicarse con nosotros—afirmó Steve, deseando poder abrazar a Daniela.

Daniela se echó a reír. Era liberador y contagioso. Un androide riendo debe de ser una imagen interesante. Al principio, Steve no podía parar, pero luego se puso abruptamente serio.

—Pero podrían ser un poco más entusiasta. ¿No crees? ¿Para esto hemos arriesgado tanto? ¿Para recibir un «bienvenidos, volved a verme cuando tengáis ocasión»?

—No debemos echárselo en cara —indicó Daniela—. No sabemos por lo que han pasado, lo que esperan o temen de nosotros. Quizá la tecnología esté estancada en los niveles de 2100, y ahora venga una nave lunar de alta tecnología a subyugarlos a todos. ¿No sería posible? Doscientos años es una eternidad.

—Lo entiendo. Pero, aun así, podría haber empleado otras palabras.

—Hablemos con ella. Las instrucciones están aquí.

—¿Un mensaje?

—Sí, Steve. Vamos a escribir.

El androide permaneció allí durante quince minutos sin moverse. Para un observador, parecería como si se hubiera apagado.

Pero ambos discutieron antes de llegar a una conclusión.

¡QUERIDOS NIETOS Y BISNIETOS!

Hace más de doscientos años, una desgracia nos separó de vosotros. Solo podemos imaginar cómo os afectó. Nos hemos dividido para lograr sobrevivir. Algunos hemos transferido nuestra conciencia al ordenador cuántico de las instalaciones de DeWitt. Ahora somos vuestros antepasados. Otros optaron por la carga de continuar en la vida física. Así, han surgido nuevas generaciones y se han salvado algunas conciencias de hace doscientos años. Así que hemos tenido suerte, si queréis considerar la continuación de nuestra existencia como suerte.

Sin embargo, siempre tuvimos la sensación de que nos faltaba algo: un mundo con agua y aire respirable en abundancia, que conozca los colores reales en lugar del reflejo de planetas y estrellas lejanos. La Tierra. Nos alegra volver a verla en el cielo. Aún más, nos gustaría visitarla, pero dependemos de su ayuda.

No sabemos nada de vosotros, como vosotros no sabéis nada de nosotros. No obstante, esperamos poder traeros algo de lo que os habréis perdido. Pasead a la luz de la luna, por ejemplo. La imagen tranquilizadora del hombre en la luna que vela por el sueño de los niños por la noche. La pálida media luna que crece hasta convertirse en un disco brillante y luego se

encoge hasta desaparecer por completo antes de volver a comenzar el ciclo, indicando el inalterable paso del tiempo.

Hablemos. ¡Hasta pronto!

STEVE VOLVIÓ A LEER el texto en la pantalla. Le pareció demasiado emotivo, aunque Daniela insistió.

—¿No deberíamos firmarlo?

—No, Steve. Entonces sería nuestro, no de la gente de la Luna.

—Pero nosotros lo escribimos.

—Pero no tiene que provenir de nosotros dos solos.

—Ya, claro.

«No, pero no es tan importante».

—Gracias —agradeció Daniela y envió el mensaje.



30 de junio de 2300

EL VESTÍBULO ERA demasiado pequeño para dos humanos y un androide. Steve resolvió el problema conectándose al ordenador que grabaría su conversación. Eso le permitió permanecer de pie frente a la desvencijada casita mientras George y Veronica hablaban con el representante de la Tierra.

Vivien, Viktor y Fei estaban conectados virtualmente. También estaban en el androide. Fue una experiencia nueva para Steve, porque constantemente se encontraba con argumentos ingeniosos mientras pensaba, que luego se daba cuenta de que no habían salido de su conciencia. Por otro lado, se entendían sin necesidad de palabras. Las preguntas del tipo «¿Qué quieres decir?» eran innecesarias, y los malentendidos que requerían «Eso iba con buena intención» eran imposibles.

Debía ocurrir a las seis de la mañana, hora de Europa Central, que eran las tres de la tarde, hora local. Fei había sincronizado los relojes del ordenador cuántico con la hora estándar de la Tierra. Resultó que habían perdido unos diecisiete minutos durante los doscientos años de separación. Stephanie pensó que eso podía deberse a efectos relativistas, ya que el sistema Kepler-16 se movía bastante rápido en relación con el sistema terrestre.

En la antena, una señal llegó a tiempo. Steve la vio en un análisis de frecuencias. Era sorprendentemente primitiva, como si su interlocutor dispusiera de poca potencia de cálculo. Aunque quizá solo querían ser educados y no sobrecargar los sistemas de la Luna con algoritmos más modernos. ¡Sabían demasiado poco sobre los actuales habitantes de la Tierra!

La pantalla del ordenador mostraba el rostro de una mujer de unos cuarenta años, cuyo rasgo más llamativo era su cabello extremadamente corto, que parecía tanto a la calvicie que indicaba que no había tenido tiempo de afeitárselo esa mañana. La cámara solo mostraba una pequeña parte de la parte superior de su cuerpo, vestido con un *top* gris.

—Buenas tardes. Soy Selma Deckard —se presentó—. Estoy encantada de tener la oportunidad de hablar con ustedes como representante de DeWitt Enterprises.

—¿DeWitt? —preguntó Vivien.

—Quizá sea mejor que empecemos presentándonos —dijo Steve.

—Sí, disculpen. Soy Vivien Rose, directora de la Aldea Lunar de la ESA.

—Soy Shi Fei, responsable del Palacio Lunar de la Agencia Espacial China.

—Viktor Borodin, jefe del departamento ruso en el Palacio Lunar.

—Steven Knight, exdirector de la Base Lunar de la NASA. —Steve seguía siendo el jefe oficial de la base, pero no quería ofender ni eclipsar a George.

—¿Puedo interrumpirles un momento? —inquirió Deckard—. Sus nombres me resultan muy

familiares de las listas de misiones originales.

—Así es —dijo Steve—. Elegimos ser escaneados unos días después del desastre y luego sobrevivimos en almacenamiento cuántico. Nuestros recursos solo eran suficientes para la supervivencia física de diez personas.

—Una decisión difícil —reconoció Deckard—. ¿Y también sobrevivieron al teletransporte en la memoria?

—Preferimos el término «transferencia». Demasiada gente asocia teletransporte con una tecnología que nunca estará a nuestra disposición tal y como la percibimos —explicó Shi Fei—. Pero, tiene razón, hemos permanecido en almacenamiento cuántico.

—¿Así que son virtualmente inmortales? Muy interesante —señaló Deckard.

—No todos nos convertimos en fantasmas, como nos llamamos a nosotros mismos —aclaró Steve—. George y Veronica representan a la tripulación humana de la actual Estación Base Lunar.

—George Steinberg. Soy el líder electo de la estación.

—Veronica Clayton. Gerente de la Estación Base Lunar.

Deckard asintió.

«Vamos, Steve, tienes que meterte en la conversación», pensó Steve.

—Como era de esperar, nos interesa saber cómo sobrevivió la Tierra al desastre —explicó el comandante.

—Bueno, fue una época muy dura —declaró Deckard—. La reducción del tiempo de rotación a ocho horas fue lo más difícil de asimilar. Les enviaré material al respecto. No me gustaría cargar nuestro primer encuentro con los detalles de una época triste.

—¿Ocho horas? ¿Así que para usted ya es medianoche? —preguntó Vivien.

Deckard miró un instante hacia arriba, donde debía tener un reloj colgado en el despacho, y luego asintió.

—Nuestra gente —recalcó George—, está interesada sobre todo en saber si hay alguna forma de salir de este desierto rocoso.

—Aunque no todos quieren irse —añadió Veronica.

—Me temo que nuestros recursos son limitados en ese sentido. El espacio no es nuestra mayor prioridad en este momento.

—¿Lo ves, Vero? Ya te lo he dicho. Da igual que sean doscientos años luz o trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros.

—Bueno, yo no he dicho que sea imposible —aclaró Deckard—. Estoy segura de que todavía hay transbordadores inactivos que podemos hacer dignos del espacio. No vamos a dejarles ahí. A través de este experimento inadvertido, deben haber reunido un montón de datos y experiencias increíbles. Y tampoco contamos con un escáner cuántico funcional. Así que nos interesa en esa tecnología.

—Entonces, ya me quedo tranquilo —dijo George.

—Me alegra oírlo. Ahora, antes de tener que dedicarme a mis otras obligaciones, me gustaría presentarles una sorpresa. Que pasen, por favor, Maria.

Deckard se apartó un poco. En la pantalla, apareció también una mujer de cabello oscuro y rasgos asiáticos. Llevaba en brazos a un niño de no más de un año.

—¿Me permiten? —preguntó Deckard—. Les presento a Shi Hao y su hija Shi Kaiwen.

—¿Ellas son...? —murmuró Fei.

—Sí, su tataranieta y su hija.

Steve sintió la desbordante emoción de Fei, que hizo brotar lágrimas de sus propios ojos.

—El señor Knight tuvo la amabilidad de avisarme de que buscaba a sus descendientes, señora Shi. La suerte quiso que la familia Shi se mantuviera en contacto. Llegados a este punto, siento dejarles, pero así podrá hablar con Shi Hao sobre sus lazos familiares.

Deckard sonrió brevemente, hizo una reverencia y abandonó la escena.



—POR AQUÍ —señaló la anciana, apuntando a una puerta enrejada.

Steve la siguió. Le había entregado un generoso donativo en la entrada, pero, aun así, ella no le quitaba los ojos de encima. No se lo reprochó. Otros le miraban de forma aún más llamativa. Con su enorme tamaño, su piel extremadamente pálida y sus limitadas expresiones faciales, destacaba en todas partes.

A continuación, la puerta se abrió con un chirrido. La mujer se convenció de que la zona era segura antes de dejarle salir por el otro lado. Un estrecho sendero se internaba más en la propiedad. A la izquierda y a la derecha se veían dos edificios bajos cubiertos de hiedra. Los edificios daban a un césped con árboles y arbustos que proporcionaban sombra, y aproximadamente cada dos metros había una fuente.

Había gatos por todas partes. Negros, blancos, marrones, naranjas, multicolores, pequeños y grandes, jóvenes y viejos. La mayoría eran domésticos, pero también había algunos con pedigrí. La anciana se sentó en un taburete y con un gesto de la mano le dijo que hiciera lo que había venido a hacer.

—¡Son todos monísimos! —exclamó Daniela dentro de su cabeza.

—Habíamos quedado en que no podíamos llevarnos ninguno —dijo Steve, hablándole solo a ella.

Steve caminó unos metros y luego se desvió hacia un lado. Era el momento del verdadero propósito de la visita. Puso el coche de juguete en el césped, el coche en el que iba Sammy. Luego lo empujó suavemente. El terreno del refugio de gatos estaba vallado, así que Sammy no podría escaparse esta vez.

Sammy se alejó rodando despacio, girando continuamente para mirar en todas direcciones.

¡Cuántos gatos! Steve se preguntaba si los reconocía como de su especie. ¿Se reconocía a sí mismo? ¿O se veía como un coche de plástico? Steve nunca lo sabría. Pero estaba claro que a Sammy le gustaba el ambiente. Cada vez era más atrevido, se burlaba de los gatos mayores y jugaba con los más pequeños. Era casi como si reconocieran a Sammy como uno de los suyos.

Steve le envidiaba un poco. Entre su propia especie humana siempre sería diferente. Era inútil. Llevaban dos semanas intentándolo. Sin embargo, no importaba adónde fuesen, siempre había alguien husmeando detrás de ellos, y entonces se acababa la paz y la tranquilidad. Un viejo transbordador les llevaría de vuelta a la Luna pasado mañana. La empresa DeWitt quería revisar el equipo y podría utilizarlos como especialistas.

Pero ¿qué sería de Sammy? Lo estaban comprobando ahora mismo. El gato fantasma parecía divertirse, retozando alegremente con los gatos vivos. Daniela y Steve estaban de acuerdo en que

lo pasaría mejor allí. Se levantaron, caminaron lentamente hacia la salida sin Sammy.

La mujer se levantó cuando pasaron junto a ella.

—Bonito sitio —comentó Steve.

—Gracias. Requiere mucho trabajo.

—Adiós, señora.

—Espera, te olvidas tu extraño juguete. No quiero nada así por aquí. Debes llevártelo.

La mujer corrió hacia Sammy, cogió el coche, se reunió con ellos y lo puso en la mano del androide. Steve suspiró aunque, en el fondo, su corazón latía contento.



Al abrigo de la hoguera

Queridos lectores,

Toda aventura tiene un final, y Daniela, Steve y Sammy han regresado a la Tierra, doscientos años después. Espero que también vosotros hayáis disfrutado de un viaje emocionante.

Nuestra luna perdida... ¿un peligro real? El hecho de que algún día cuerpos celestes enteros se desplacen mediante teletransporte cuántico puede ser el punto de partida de una historia fascinante, aunque sea muy improbable.

Sin embargo, la Luna se aleja de verdad. Eso se debe a las mareas que produce en la Tierra. Estas liberan energía, pero debe provenir, por supuesto, de alguna parte: concretamente, de la rotación de la Tierra, que de este modo se ralentiza. Para compensarlo, y debido a la ley de conservación del momento angular del sistema Tierra-Luna, la Luna debe alejarse cada vez más de la Tierra. Su órbita ha ido creciendo durante miles de millones de años. ¿Podría nuestro satélite salir volando? Probablemente no. Si la Tierra estuviera completamente quieta, la Luna se alejaría 87 radios terrestres en 15000 millones de años. En los 5000 millones de años que le quedan a la Tierra, alcanzaría 75 radios. Hoy en día está en 60. Sin embargo, el sistema permanecería estable hasta los 94 radios terrestres.

¿Puedo pedirte una cosa más antes de que se vayan? Los lectores que aún no me conocen están muy pendientes de las estrellitas que aparecen junto a cada libro en la tienda. ¿Me dejaríais unas a mí también? Es fácil en: hardsf.space/links/4375518.

Ah, sí, como siempre, recibiréis la versión ilustrada del siguiente *El absurdo mundo cuántico* en este enlace: hardsf.space/suscribir/

¡Hasta el próximo libro!

Atentamente,

Brandon Q. Morris





Otros títulos de Brandon Q. Morris



La Fragua de Dios

El destino de la humanidad está en manos de una farsante...

En un pequeño observatorio del suroeste de Estados Unidos, durante un control astronómico rutinario, Celia descubre algo extraño en la nube oscura LDN 63. Y es que, allí, todo parece desarrollarse con una rapidez mucho mayor de la que se considera posible.

Sin embargo, nadie la cree porque, en una ocasión, ya hizo un descubrimiento —supuestamente revolucionario— falseando los datos.

Celia sabe que la nube oscura es su oportunidad para recuperar su carrera y su vida. Por ello, no vacila en embarcarse en un viaje hasta confines inimaginables. Debe desvelar el secreto de la «Fragua de Dios», cueste lo que cueste... pero ¿y si va más allá de sus propios límites, de los de la ciencia y de los de toda la humanidad?

La historia de un descubrimiento transformador.

Puedes adquirir este libro en el siguiente enlace:

hardsf.space/links/3653437

El faro



Peter Kraemer, un profesor de física y aficionado de la astronomía, realiza un descubrimiento que incluso hasta a él le cuesta creer: las estrellas desaparecen de un día para otro, sin dejar rastro. Los investigadores con los que contacta le brindan explicaciones lógicas y tranquilizadoras para cada una de ellas. Pero, cuando Peter determina que esas desapariciones misteriosas se acerca cada vez más a nuestro sistema de origen, se vuelve cada vez más paranoico. Es el único que percibe la catástrofe que se avecina. Cuando cree que ha encontrado una manera de evitar el desastre inminente, hace todo lo posible para detenerlo, aunque eso le cueste su trabajo, su matrimonio, sus amigos y su vida.

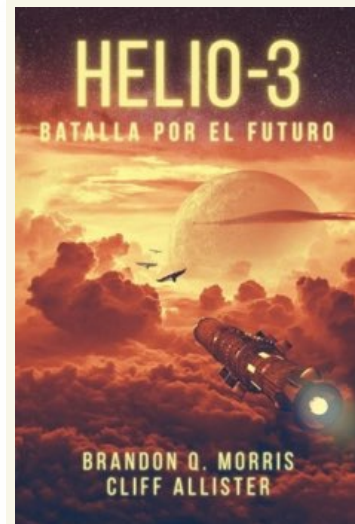
Puedes comprar este libro en: <https://hardsf.space/links/2524936>

Helio-3: Batalla por el futuro

El sistema estelar es perfecto. Los recién llegados han emprendido un largo y peligroso viaje —una expedición sin retorno— en busca de helio-3, esencial para la supervivencia de su especie. El descubrimiento de este extraordinario sistema solar, con sus cuatro gigantes gaseosos, ofrece una oportunidad única para cosechar el raro isótopo.

Entonces se produce un inquietante descubrimiento: ¡No están solos! Hay otra flota que también depende del helio-3. Ambas especies son tan dependientes del helio-3 como ellos mismos. Y las dos especies son tan fundamentalmente diferentes que la comunicación y el compromiso parecen imposibles. Todo lo que queda es una lucha, a muerte, por el futuro...

Puedes adquirir este libro en el siguiente enlace: <https://hardsf.space/links/3189094>



Desastre en Tritón



Nick Abrahams ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero le aburre su labor como anfitrión de giras espaciales. Solo cuando su mujer le abandona intenta cambiar de vida.

Acepta la tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de realizar una sencilla reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra convertido en multimillonario, lo que le permitirá cumplir su sueño de comprar un viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta ya que, de todos modos, no le gusta mucho la gente. Una vez en el espacio, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos a la hora de describir su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia a la humanidad...

Compra este libro en: <https://hardsf.space/links/1449023>

La fuente oscura

Doce años después de cortarse la comunicación, unos científicos reciben sorprendentes datos del cometa 67P. Algo imposible, porque el módulo que antaño aterrizó en su superficie quedó dañado y defectuoso. Sus enigmáticos mensajes ponen en pie de alerta a todos los científicos del mundo.

Ante los descubrimientos, que pasan pronto de sensacionales a muy preocupantes, la NASA decide enviar una nave tripulada al cometa. Pero la conexión con los astronautas se interrumpe y ya nadie puede parar el oscuro peligro que se cierne sobre la supervivencia de la humanidad.

Consigue este título en: <https://hardsf.space/links/1729166>





La muerte del universo

Durante miles de millones de años, los humanos, habiendo conquistado la maldición del envejecimiento, se extendieron por toda la Vía Láctea. Son capaces de vivir todos sus sueños, pero para su gran decepción, nunca se han encontrado con ninguna otra especie inteligente. Ahora, la humanidad misma está al borde de la extinción porque el universo está muriendo de una muerte prolongada pero inevitable.

Solo tienen una esperanza: el Proyecto de Rescate, que fue diseñado para alimentar el agujero negro en el centro de la galaxia hasta que se convierta en un cuásar, entregando la energía que tanto necesita la humanidad durante sus últimos alientos. Pero entonces sucede algo que nadie esperaba, y la humanidad se ve obligada a verse a sí misma y su existencia de una manera completamente nueva.

Puedes comprar esta novela en: <https://hardsf.space/links/2082344>

La misión Encélado (Luna helada 1)

En el año 2031, una sonda robótica detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que existen indicios de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a veintisiete meses muy difíciles: si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, deberá utilizar una nave perforadora para penetrar en la capa de hielo de un kilómetro de espesor que sepulta la luna. Si realmente existe vida en Encélado, solo podría estar en el fondo del océano salado y cubierto de hielo, que se formó hace miles de millones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, la misión se ve sacudida por el desastre y las posibilidades de que la tripulación consiga llegar a Encélado, por no hablar de volver a casa, parecen sombrías.

Puedes adquirir este título en: <https://hardsf.space/links/709463>



Luna helada - La colección



Los cuatro exitosos libros de la serie Luna helada se ofrecen ahora como un conjunto, disponible solo en formato *e-book*.

La misión Encélado: ¿Hay realmente vida en la luna de Saturno Encélado? ILSE, la Expedición Internacional de Búsqueda de Vida, se dirige al mundo helado donde se sospecha que un océano subterráneo alberga formas de vida primitivas.

La sonda Titán: Una vieja sonda robótica de la NASA se despierta misteriosamente en la luna de metano de Titán. La tripulación de ILSE intenta resolver el enigma y descubre un peligroso secreto.

Encuentro en Ío: Con destino a la Tierra, ILSE llega a Júpiter cuando la tripulación recibe un mensaje alarmante. La luna volcánica Io puede albergar una amenaza inminente que podría acabar con la Tierra tal y como la conocemos.

Regreso a Encélado: La tripulación recibe una oferta para volver a Encélado. Su misión, recuperar el cuerpo del doctor

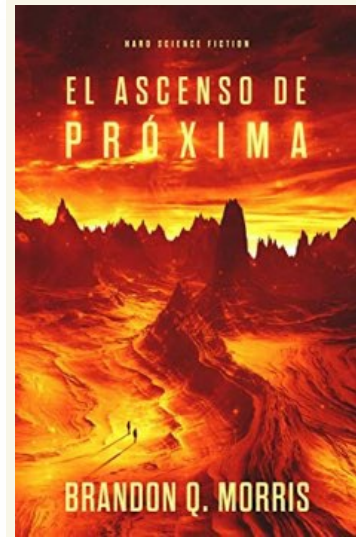
Marchenko, dado por muerto en la expedición original. No todos buscan el mismo objetivo.

Consigue toda la serie en: <https://hardsf.space/links/1548306>

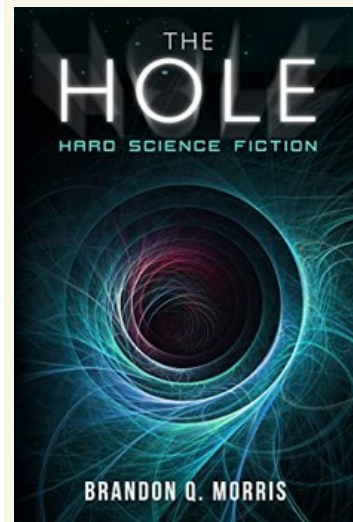
El ascenso de Próxima

A finales del siglo **xxi**, la Tierra recibe lo que parece una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b, en el sistema estelar más cercano al Sol. Los astrofísicos sospechan que una erupción solar masiva está a punto de destruir esta civilización hasta ahora desconocida. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un multimillonario ruso sin escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada a Próxima b, a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea, si logran sobrevivir al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

Compra este título em: <https://hardsf.space/links/1453754>



The Hole



Un misterioso objeto amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio la advertencia de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación de parias exiliados busca minerales raros en un asteroide solitario.

Cuando otros científicos reconocen finalmente el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados son los únicos que pueden salvar nuestro mundo, sabiendo que El Agujero se precipita inexorablemente hacia el Sol.

Consigue este libro en: <https://hardsf.space/links/1306601>

Nación de Marte (Parte 1)

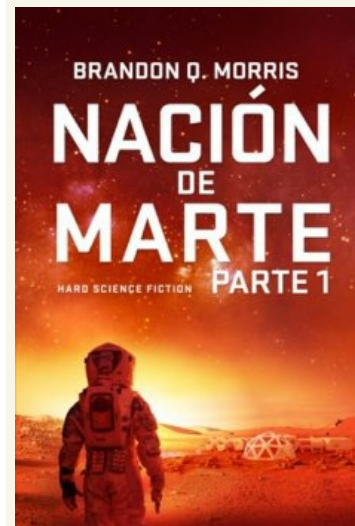
La NASA por fin lo ha conseguido. El primer ser humano acaba de pisar la superficie de nuestro planeta vecino. Es el comienzo de una larga expedición de investigación que ha enviado a cuatro científicos al espacio.

Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos que tienen este destino. La iniciativa de financiación privada Marte para todos también tiene como objetivo el Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los retos surgen incluso antes de que alcancen la órbita de Marte. La nave espacial Santa María del MpT sufre una avería por el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie prevé la inminente catástrofe que amenaza su propia existencia—por no hablar de los obstáculos diarios que les plantea una estancia prolongada en un planeta alienígena. En Marte comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

Puedes comprar este título en: <https://hardsf.space/links/1316050>



Impacto: Titán



¿Cómo evitar acabar con la Tierra si ni siquiera sabes quién envió al asesino?

Hace 250 años, la humanidad estuvo a punto de ser destruida en la Gran Guerra. Poco antes, una nave espacial llena de investigadores y astronautas había encontrado un nuevo hogar en Titán, la luna de Saturno, y sobrevivido adaptando genéticamente a sus descendientes al hostil entorno.

Los Titanes, como se hacen llamar, se enorgullecen de su sociedad cooperativa y pacífica, mientras que, sin que ellos lo sepan, la humanidad se recupera lentamente en la Tierra. Cuando un trozo de roca de 30 kilómetros de ancho escapa del cinturón de asteroides y parece estar en curso de colisión con la Tierra, los Titanes temen que pueda ser un bombardeo mortal. ¿Serán capaces de impedir el impacto y evitar así una guerra con los terrícolas que, de otro modo, sería inevitable?

Puedes adquirirlo en: <https://hardsf.space/links/3402094>



El absurdo mundo cuántico

EN EL REINO cuántico rigen leyes extrañas. Un objeto puede estar en varios sitios al mismo tiempo. Un gato puede estar vivo y muerto al mismo tiempo. Cuanto más se mira, menos se sabe.

«¡Dios no juega a los dados!». La legendaria frase de Albert Einstein muestra los problemas que el genio, que revolucionó la Física con su teoría general de la relatividad, tuvo con la teoría cuántica a lo largo de su vida. Y, sin embargo, la física cuántica se considera hoy una de las disciplinas más exhaustivamente probadas de la ciencia moderna. Sus leyes se aplican a las escalas más pequeñas, muy por debajo de lo que puede observarse con una lupa.

El hecho de que tanta gente tenga problemas con ella y de que la física cuántica se considere a menudo incomprensible se debe, principalmente, a que sus conclusiones van en contra de nuestras experiencias cotidianas de sentido común. Y, al mismo tiempo, son estas leyes, aparentemente absurdas, las que determinan el funcionamiento de nuestro mundo.

En dos lugares a la vez

Una partícula no puede estar en dos sitios a la vez, ¿verdad? En física cuántica, sí puede. El fenómeno se llama superposición. En lo que se conoce como «experimento de la doble rendija», se deja volar un solo electrón hacia una pared en la que hay dos rendijas. Según las leyes de la física clásica, la partícula debe decidirse por la izquierda o por la derecha y, en consecuencia, se debería poder detectar el electrón detrás de la rendija izquierda o detrás de la derecha. De hecho, se forma un patrón de interferencia, lo que demuestra que la partícula debe haberse movido a través de ambas rendijas.

Primero el efecto y luego la causa

El experimento que acabamos de describir sigue funcionando incluso si abrimos una de las dos rendijas *después* (!) de que la partícula haya superado el obstáculo, pero *antes* de que aparezca en el detector. Así pues, el electrón ha atravesado las dos rendijas, aunque la que estaba cerrada en el momento de pasar. A simple vista, este resultado contradice la causalidad, la relación causa-efecto que conocemos de la vida cotidiana: solo cuando se pisa el acelerador se acelera el motor. En la física cuántica, el momento de la observación cobra importancia de repente: dependiendo de cuándo miremos, el electrón se comporta como esperamos basándonos en la experiencia cotidiana, o según las leyes de la física cuántica.

Vivo y muerto

A Erwin Schrödinger, uno de los fundadores de la física cuántica, esto le inquietaba sobremanera. ¿Cómo puede ser que un elemento tan subjetivo como un observador defina la realidad? Schrödinger ideó un experimento mental que se ha hecho famoso. Imaginemos un gato oculto a la vista dentro de una caja cerrada. En la caja hay también un aparato asesino controlado por la desintegración de un átomo radiactivo. Este proceso es completamente aleatorio. Es posible decir cuántos de 1.000 átomos se desintegrarán en una hora. Sin embargo, es imposible determinar el tiempo de vida restante de un solo átomo. ¿En qué estado se encuentra el gato?

Desde el punto de vista de la teoría cuántica, la respuesta es: en una superposición de los dos estados «muerto» y «vivo». Pero en cuanto un observador abre la caja, se decide el estado del gato. Volveremos sobre esto más adelante.

Una mirada más cercana tiene el efecto contrario

Cuanto más exactamente midas con una cinta métrica o una regla plegable, más preciso será el resultado. Así es como se conoce. En física cuántica, sin embargo, el llamado principio de incertidumbre dice lo contrario. Aquí, las partículas parecen eludir voluntariamente la observación precisa.

Aplicado a la vida cotidiana: si su coche fuera un electrón, nadie podría acusarle de exceso de velocidad. Bastaría con especificar el lugar del incidente con la mayor precisión posible, y su velocidad sería tan imprecisa que ya no tendría de qué preocuparse. Aunque, por desgracia, el efecto solo es perceptible cuando la ubicación y la velocidad de un vehículo se miden con 18 decimales. La policía no puede trabajar con tanta precisión.

Cabeza atravesando la pared

El principio de incertidumbre permite a las partículas del mundo cuántico hacer trucos que los humanos, por desgracia, no podemos hacer. Uno de ellos es el «efecto túnel». Como ciclista, quizá conozca el problema: si quiere cruzar una montaña, primero tiene que esforzarse por llegar a su cima. Físicamente, la cima representa un potencial. En la cima, tienes una energía potencial igual a la altura de la montaña que te permite descender en bicicleta con facilidad. Un electrón tiene la posibilidad de desplazarse simplemente a través de la montaña potencial sin gastar energía. Está demostrado que nunca permanece en la zona prohibida dentro de la montaña. En un momento estaba aquí y al siguiente se encuentra al otro lado.

Prohibir al mirar

¿Han intentado alguna vez que una tetera deje de hervir mirándola? Eso funciona en física cuántica. El llamado «efecto cuántico de Zenón» afirma que se puede impedir que un sistema alcance un nuevo estado (que el agua llegue a hervir) simplemente midiendo el estado anterior con la frecuencia suficiente.

Diagnóstico a ciegas

El experimento también funciona indirectamente, como todos los niños saben. Si se sabe que una de dos cajas contiene una sorpresa, basta con convencerse de que una de las cajas está vacía para «medir» el contenido de la otra.

Los físicos pueden explotar este hecho para demostrar la existencia de un objeto sin siquiera mirarlo. Imaginemos dos cajas con este fin. En la de la izquierda hay una partícula de luz (fotón) y en la de la derecha (quizás) el objeto desconocido. Las cajas están unidas por un cristal semitransparente que el fotón puede atravesar con cierta probabilidad.

El objeto desconocido nos servirá de instrumento de medida físico-cuántica. Para ello, debe tener la propiedad de desaparecer al contacto con el fotón. Muchos estados cuánticos son sensibles a los fotones, por lo que esto no es un problema para este experimento. Ahora dejamos el fotón en la caja de la izquierda tanto tiempo como para que haya tenido tiempo de escapar a la de la derecha, y solo entonces miramos. ¿El fotón sigue ahí? Estupendo, entonces el instrumento de medida (el objeto desconocido) ha impedido su escape hacia la derecha. ¿Ha desaparecido el fotón? Entonces la casilla derecha también está vacía, porque o bien la transición al «estado correcto» no se impidió debido a la ausencia del instrumento de medida, o bien el fotón destruyó el objeto desconocido. Por desgracia, la probabilidad de que esto ocurra no puede eliminarse por completo.

Fantasmas lejanos

Dos partículas cuyo destino está tan estrechamente ligado que cambian en el mismo instante incluso a una distancia de millones de años luz la una de la otra: esto asustó tanto a Einstein que habló de un «fantasmagórica acción a distancia». De hecho, dos (e incluso más) partículas pueden estar preparadas (enredadas) de tal manera que cualquier cambio en una afecta inmediatamente a la otra.

Inmediatamente significa realmente *al instante*. No transcurre ningún tiempo. De hecho, los físicos ya lo han medido. Según esto, las partículas entrelazadas tendrían que intercambiar información a 10000 veces la velocidad de la luz, como mínimo. El hecho de que los investigadores no hayan llegado a la velocidad «infinita» se debe a la precisión experimental, que tiene limitaciones prácticas. Por eso, a los autores de ciencia ficción nos gusta utilizar el entrelazamiento para inventar «comunicadores cuánticos» que permitan la comunicación a través de todo el universo.

Al hacerlo, los narradores optamos por eludir la teoría de la relatividad de Einstein, que establece que la comunicación es posible a la velocidad máxima de la luz. El problema es que el contenido informativo de tal transmisión es cero. Por desgracia, el valor que asumen las partículas enredadas es siempre puro azar. A no ser que el emisor informe al receptor de otra forma de lo que le ha ocurrido. Sin embargo, la velocidad de la luz es el límite. En *Luna Perdida: Eclipse Lunar*, se aplica el bueno de Einstein, por supuesto. Por eso, la tripulación de la Luna no se entera de lo que ha pasado realmente hasta muchos años después.

El universo se vuelve loco a pequeña escala

Esta sección también podría llamarse «Lo que hay que saber sobre física cuántica para entender su principio».

Uy, ahí se ha colado la mala palabra «entender» encaja en el mundo de los cuantos tan bien como predecible en el de cierto presidente de Estados Unidos. Richard Feynman, uno de los físicos cuánticos más famosos, afirmó: «Creo que puedo afirmar sin temor a equivocarme que nadie entiende la física cuántica». Y Albert Einstein, que revolucionó la Física con la teoría de la relatividad general, consideraba que la teoría cuántica era una patraña, debido a su falta de comprensión de la verdadera naturaleza de las cosas.

Einstein se equivocaba sobre la validez de la física cuántica. Es una de las teorías mejor probadas de la historia. Cada una de sus afirmaciones ha sido confirmada. La tecnología moderna se basa en ella, al igual que la vida biológica en la Tierra. Sin las extrañas leyes del reino cuántico, no habría nada ni nadie, incluso los átomos serían inestables. Pero eso no facilita su comprensión. Por eso hay incluso disertaciones que abordan la cuestión de si necesitamos o no una nueva comprensión de la teoría cuántica.

Después de esta introducción, espero que estemos de acuerdo. Como esperanzado escudero del reino cuántico, está claro que no se llega más lejos con la lógica newtoniana: una manzana cae hacia abajo, por tanto, debe haber una fuerza actuando hacia abajo. De hecho, en el plano de la física cuántica, la manzana no siempre cae hacia abajo, aunque exista tal fuerza, sino que a veces también cae hacia arriba. De repente, aquí las leyes ya no se aplican literal, sino solo estadísticamente, y dan a la materia considerada espacio suficiente para bailar, a veces, fuera de la fila.

Hay tres fenómenos que debes *aceptar* (evito intencionadamente usar la malvada palabra con «U») si quieres *entender* (pero aquí, esa palabra ya no es malvada) el principio de la física cuántica: Superposición, Incertidumbre y Entrelazamiento.

1. La Superposición

La superposición fue el primero de estos fenómenos en ser advertido por los físicos, con la ayuda del experimento de la doble rendija. Cuando enviamos luz (o cualquier otra onda) a través de dos rendijas en una barrera, la onda es desviada por los dos agujeros de tal manera que se forma un patrón de interferencia detrás de la barrera. Esto puede observarse a cualquier escala, incluso con agua en la pared de un puerto con dos pasos. Esto es física clásica.

El electrón, nos dice el modelo estándar de la física de partículas, es indivisible y puntual. Ahora enviamos esta partícula a través de la doble rendija, ¡y también vemos un patrón de interferencia! Esto significa que el electrón indivisible debe haberse movido a través de ambas rendijas al mismo tiempo. Lo que medimos por el patrón es una superposición de los dos estados: «por abajo» y «por arriba».

Sin embargo, esta superposición tiene una fea propiedad que, al menos en experimentos mentales, ya ha costado la vida a numerosos gatos. Para probarlo, cerramos la rendija superior. El patrón de interferencia desaparece. Todos los electrones golpean el detector directamente detrás de la rendija abierta, lo que significa que vuelan en dirección recta, como se espera de una partícula. Lo mismo ocurre cuando cerramos la rendija inferior. Aunque abramos y cerremos alternativamente las dos rendijas, los máximos y mínimos de intensidad no aparecen en la pantalla. Nuestra determinación experimental muestra que el electrón vuelve a comportarse repentinamente como una partícula y prescinde de las interferencias.

Lo absurdo de la superposición queda aún más claro si permitimos lo que los investigadores llaman «elección retardada». Esto significa emplear la estrategia de cerrar (o abrir) uno de los dos pasos del experimento de la doble rendija *después* (!) de que la partícula haya superado el obstáculo, pero *antes* de que haya aparecido en el detector. El resultado, a simple vista, contradice la causalidad: para que se produzca o no la interferencia, es irrelevante el momento exacto en que hayamos creado las condiciones adecuadas, mientras el detector no haya respondido todavía, podemos influir en el resultado del experimento.

¿De dónde procede este extraño comportamiento? En el reino cuántico, las partículas pueden describirse mediante la llamada «función de onda». Esta resulta si se resuelve la ecuación de Schrödinger (una ecuación diferencial parcial) para el sistema en cuestión. Describe dónde encontramos realmente la partícula y con qué probabilidad. El determinismo de Newton se sustituye por la estadística.

Los ordenadores cuánticos utilizan la superposición permitiendo que sus *bits*, o *qubits*, adopten muchos valores diferentes simultáneamente, una ventaja clave.

Ah, sí, probablemente sigas preocupado por los gatos. Erwin Schrödinger, uno de los fundadores de la teoría cuántica, los introdujo porque él mismo no estaba seguro de las absurdas ideas que estaba desarrollando. El problema que veía Schrödinger era la innegable influencia de la medición en el resultado.

Como ya se ha dicho, él imaginaba al gato oculto a la vista dentro de una caja cerrada con una cápsula de veneno que se libera por la desintegración de un átomo radiactivo, es decir, por azar. ¿En qué estado se encuentra el pobre gato? Desde el punto de vista de la teoría cuántica, se encuentra en una superposición de los dos estados «muerto» y «vivo». Sin embargo, en cuanto un observador abre la caja, elimina la superposición y el gato está muerto (o vivo).

2. La incertidumbre

En 1927, un año después de la publicación de la ecuación de Schrödinger, Werner Heisenberg introdujo el principio de incertidumbre que lleva su nombre. La fórmula de Heisenberg, según la cual el producto de las incertidumbres en la medida del momento y la posición de una partícula nunca puede ser menor que $\hbar/2$, es una propiedad fundamental del mundo cuántico, contra la que ni siquiera el instrumento de medida más preciso puede hacer nada. Estas relaciones de incertidumbre existen para muchas mediciones, no solo para la posición y el momento. Son válidas para todas las magnitudes en las que el orden de la medición es importante.

En el diseño de un ordenador cuántico, el principio de incertidumbre significa que es importante ser inteligente a la hora de elegir las variables de medida que van a representar determinados resultados. El efecto túnel, que se utiliza en los microprocesadores, se basa esencialmente en el principio de incertidumbre.

3. El entrelazamiento

El fenómeno del «entrelazamiento» irritaba especialmente a Einstein. Imagina un par de dados que observas cómo un físico trata con magia física. Luego te da un cubo y se queda con el otro. Viajas a Marte y el físico se queda en la Tierra. Pero cada vez que tu cubo saca un número par, el cubo del físico lejano muestra uno impar. Y esto ocurre en el mismo momento. No horas después, cuando el mensaje que has enviado a la velocidad de la luz desde Marte a la Tierra es recibido por el físico, en el que le comunicas tu resultado.

Así funciona exactamente el entrelazamiento, que los físicos han probado con éxito en fotones, circuitos superconductores, iones, átomos y grandes moléculas. El récord lo estableció un equipo internacional de investigadores que, en 2007, logró demostrar el entrelazamiento de fotones a una distancia de 144 kilómetros. Ya en 1935, Einstein se refirió al entrelazamiento como una «fantasmagórica acción a distancia».

En la ciencia ficción, el efecto se utiliza a menudo para comunicaciones más rápidas que la luz. El único problema es que el contenido informativo de una transmisión así sería cero, porque el valor de las partículas entrelazadas es siempre puro azar. Así que desde Marte no se puede enviar ni «0» ni «1», sino solo un valor aleatorio. Esto sería diferente si tuvieras otra forma de decirle al destinatario lo que ha pasado contigo, pero hasta ahora, la velocidad de la luz es el límite.

Los ordenadores cuánticos «reales» trabajan directamente con el entrelazamiento, porque es el segundo ingrediente secreto de su increíble rendimiento. Una operación matemática siempre actúa simultáneamente en todos los *qubits* (entrelazados) del ordenador cuántico. Así que tenemos ante nosotros un ordenador que puede trabajar al mismo tiempo sobre un gran número de *qubits* en un solo paso de cálculo, que a su vez adoptan numerosos valores simultáneamente gracias a la superposición.

El rendimiento de un ordenador cuántico depende del número de *qubits* entrelazados que contenga. Por desgracia, crear y mantener este entrelazamiento no es trivial en la práctica. Los físicos avanzan poco a poco en este terreno. Por eso, los ordenadores cuánticos «de imitación» (como los modelos vendidos por la empresa D-Wave a Google, entre otros), que funcionan solo con superposición y logran así más fácilmente un elevado número de *qubits*, son actualmente un interesante campo de investigación. Sin embargo, coinciden los investigadores, no son tan potentes como los ordenadores cuánticos reales. Google & Co. están intentando averiguar qué hacen realmente estos sistemas.

Richard Feynman dijo: «La mecánica cuántica describe la naturaleza como absurda desde el punto de vista del sentido común. Y, sin embargo, concuerda plenamente con los experimentos. Así que espero que puedan aceptar la naturaleza como es, absurda».

Es de suponer que a un micro ser cuyo día a día es el mundo de los cuantos le resultaría igual de difícil comprender nuestra realidad. Por cierto, dónde y cómo se produce exactamente la transición entre los dos mundos, la «decoherencia», sigue siendo un problema que no se ha resuelto definitivamente. Es una lástima, porque sería absolutamente práctico poder atravesar esa montaña en bicicleta, como consiguen hacer los electrones, en lugar de luchar sobre ella. Y los diseñadores de ordenadores cuánticos también lo tendrían más fácil, porque la inevitable decoherencia es uno de los retos más difíciles a los que se enfrentan.

¿Cómo funciona el teletransporte cuántico?

Teletransporte: suena a ciencia ficción, a nave estelar Enterprise, a «beaming», y sin embargo ya es una realidad en los laboratorios de los físicos. Pero el teletransporte cuántico es diferente de lo que imaginaron los creadores de *Star Trek*.

«¡Transpórtame, Scotty!». Al oír esta orden, Scott, alias «Scotty», acciona una palanca. Le sigue un sonido característico y, poco después, tres personas desaparecen por arte de magia. El espectador atento ya sospecha lo que se avecina: al final del episodio televisivo de *Star Trek*, es muy probable que solo dos actores reaparezcan en el «transportador» porque un miembro de la tripulación, el camisa roja, cae víctima del planeta alienígena de alguna forma que llame la atención.

Por supuesto, sabemos que nada de lo que ocurre con el *beaming* en *Star Trek* es real. Alexander Courage compuso el sonido del transportador. La almohadilla sobre la que se apoyan los objetos de transporte está ensamblada a partir de tres grandes lentes. El efecto de desmaterialización se añadió más tarde. Una tarea nada fácil con la tecnología de la época, por lo que las personas tuvieron que permanecer completamente inmóviles al principio y al final de la escena. Los creadores de efectos crearon el brillo metálico dejando caer polvo de aluminio en un haz de luz brillante durante el rodaje.

¿Prohibido o permitido?

Pero ¿sería físicamente posible un proceso como el *beaming*? Tal y como se practicó en la serie de televisión y en el cine, desde luego que no. El problema de la técnica de *Star Trek*: las personas transportadas aparecen en el lugar de destino como de la nada. Sin embargo, la masa no puede crearse de la nada (en el capítulo siguiente se afirma lo contrario, pero esto solo se aplica a las dimensiones más pequeñas, no al capitán Kirk y sus colegas), ni puede transportarse a la velocidad de la luz.

¿Sería una contra estación una salida? Si el material necesario está disponible en el lugar de destino, podría ser posible reconstruir los objetos transportados a partir de él. Sin embargo, la individualidad de una persona no está en los átomos que la componen. Si, por ejemplo, se toma un átomo de carbono arbitrario de su cuerpo, es imposible distinguirlo de un átomo de carbono extraído de mi cuerpo. Lo único que importa es dónde y en qué estado se encuentra cada átomo de tu cuerpo.

Si fuera posible determinar con exactitud las coordenadas y el estado de excitación de cada partícula individual, solo habría que transmitir esta información a la estación remota y se podría crear así una imagen exacta de tu yo. Por cierto, este principio ya se aplica técnicamente de forma clásica en el fax, que se acerca a la obsolescencia. Mientras la estación remota siga teniendo papel, el remitente puede teletransportar un objeto (carta, factura, anuncio de fax) a otro lugar a la velocidad de la luz. El buen funcionamiento de la transmisión -la calidad con la que se transmite el objeto- depende de la calidad de los equipos emisores y receptores.

En física cuántica, aparte de las dificultades prácticas de medir todos los átomos de un ser humano vivo, hay otro problema. Recordemos el principio de incertidumbre de Heisenberg. Cuanto más precisa sea la medición de la posición de una partícula, menos precisa será la información sobre sus otras propiedades. Sobre esta base, incluso el análisis preciso del objeto a irradiar es imposible.

Una receta para Scotty

La salida, porque de lo contrario este capítulo no existiría, la ofrece una vez más la física cuántica. Sin embargo, los investigadores tardaron en dar con el truco: en 1993, un equipo internacional de investigadores publicó el concepto en la revista *Physical Review Letters*, que luego se confirmó en experimentos por primera vez en 1997. Se trata de un fenómeno del que ya hemos hablado en detalle: el entrelazamiento. Estos son todos los pasos necesarios para el *beaming* de una sola partícula:

1. El requisito básico es un par de partículas entrelazadas. Una de ellas, «C», va a Alice por la izquierda, y la otra, «B», va a Bob por la derecha.
2. Alice permite que la partícula a teletransportar, la partícula «A», interactúe con «C».
3. Alice mide el estado común de «A» y «C». Esta medición también cambia el estado de la partícula «B» enredada con «A», y lo hace inmediatamente. Además, la medición fija el estado previamente indeterminado de «A».
4. Alice transmite el resultado de su medición a Bob de la forma clásica, es decir, no más rápido que la velocidad de la luz.
5. Con esto, Bob ya puede preparar su partícula «B» para que su estado sea una copia exacta de «A» tal y como era antes de que Alice hiciera la medición.

Clonación prohibida

El procedimiento muestra las restricciones que distinguen un teletransporte cuántico de los procedimientos descritos en la ciencia ficción. El resultado no es un clon de A. Las propiedades originales de la partícula a teletransportar se pierden durante la medición de Alice (paso 3.) De hecho, también en *Star Trek*, los clones se crean solo como un «accidente del transportador», pero una descripción de cómo se destruye el capitán Kirk original en cada caso (que debe ser doloroso...) nos la deben los autores del guion. El «teorema de no clonación», establecido en 1982, resume este hecho. Se pudo demostrar que, de lo contrario, se podría engañar al principio de incertidumbre de Heisenberg. Por lo tanto, la Luna desaparece del sistema solar en *Luna Perdida*.

La segunda limitación se refiere a la velocidad de transporte. Desde el punto de vista del emisor, el teletransporte cuántico no es apto para (capaz de) superar la velocidad de la luz. Aunque el cambio de estado de la partícula B se produce inmediatamente, el receptor Bob solo puede hacer algo con ella después de conocer el resultado de la medición de Alice de la forma clásica. En *Luna Perdida*, el emisor en la Tierra solo se entera de lo que ha sido de la luna al cabo de doscientos años. Pero el cambio de estado de la luna (que también incluye un cambio de ubicación) se produce inmediatamente.

El problema número 3 es la contra estación, especialmente para la historia de *Luna Perdida*. En realidad, el sistema receptor debería estar equipado con la otra mitad de los pares de partículas enredadas, que se utilizan para la medición en el emisor. Para que funcione de todos modos, tenemos que echar mano un poco de la bolsa de trucos, concretamente a la «elección diferida», como también se denomina en física cuántica al intercambio de causa y efecto (véase, más adelante, «decisiones diferidas»). De hecho, es posible realizar un experimento con éxito creando las condiciones para ello solo después (!) de la ejecución real. Así, el entrelazamiento se realizaría, por ejemplo, con partículas de luz del sistema objetivo, mientras que el teletransporte ya está hecho.

Más práctica, en cambio, es la cuestión de si objetos más grandes, como un ser humano, también podrían desplazarse de un lugar a otro de este modo. Se trata sobre todo de un problema de cantidad. Nuestro cuerpo está formado por 10^{30} átomos, un 1 con 30 ceros. Incluso teletransportar unos pocos fotones causa ciertas dificultades en el laboratorio y no siempre tiene éxito. Si se quisiera enviar a un ser humano en un viaje así, se necesitaría una tasa de error inalcanzablemente baja. Dado que el estado original se destruye antes de que la copia aparezca en el receptor, ¡solo se dispone de un intento por partícula!

No obstante, el entrelazamiento es un fenómeno extremadamente delicado que puede romperse incluso por las más mínimas influencias ambientales. Con los fotones, protagonistas actuales de tales experimentos, estas interacciones son aún más fáciles de controlar que con los átomos o incluso las complejas moléculas que componen la materia biológica. Lo más que parece posible en la actualidad es quizá llegar hasta objetos del tamaño de virus. Este problema se resuelve en *Luna Perdida* gracias al progreso tecnológico.

El teletransporte en la práctica

Al principio, los investigadores lo tuvieron difícil, incluso con fotones. Hubo que esperar hasta 1997 para que un grupo dirigido por el físico vienés Anton Zeilinger lograra realizar los primeros experimentos con fotones, con Alice y Bob a solo centímetros de distancia. Las distancias que eran capaces de superar aumentaban de año en año. En 2004, se logró por primera vez el teletransporte de átomos individuales.

Ese mismo año, los investigadores vieneses lograron batir un récord al realizar un teletransporte cuántico de fotones a través de un cable de fibra óptica que discurre bajo el río Danubio. Su récord se mantuvo durante varios años hasta que fue superado por científicos chinos en 2010. Registraron una distancia de 16 kilómetros. Finalmente, en la primavera de 2012, China informó de que se había alcanzado una distancia de 97 kilómetros.

Por supuesto, los equipos europeos no podían dejarlo pasar. Utilizaron la distancia entre las Islas Canarias de La Palma y Tenerife, ya descrita en el capítulo sobre criptografía cuántica, para transportar fotones a una distancia de 144 kilómetros. Ahora los investigadores esperan que, en un futuro no muy lejano, también puedan cubrir de este modo la distancia hasta un satélite artificial de la Tierra.

Sin embargo, el teletransporte cuántico podría encontrar primero su aplicación práctica en los ordenadores cuánticos. Aquí, los científicos se enfrentan al problema de que no basta con obtener un resultado de cálculo. También es importante disponer de una memoria que pueda conectarse mediante teletransporte cuántico.

Los estados a teletransportar son en este caso los *qubits*. En principio, es más fácil transmitir el contenido de los *qubits* en lugar de sus portadores (dependiendo del tipo de ordenador cuántico.) Así es como ocurre en el ordenador clásico: no es la célula de memoria en sí la que se traslada al procesador, sino los *bits* que contiene.

¿Se puede teletransportar un objeto sin conocer sus propiedades?

El transportador clásico, conocido por los seguidores de *Star Trek*, funciona de forma absolutamente determinista: se miden las propiedades de todos los átomos del objeto a teletransportar, se transfiere esta información al objetivo y se construye el objeto en su estado original a partir de ella. Si se ha trabajado con suficiente precisión, el objeto teletransportado se materializa tal y como era antes, con todos sus pensamientos y propiedades.

Aparte del hecho de que los creadores de *Star Trek* niegan claramente la existencia de algo inmaterial como un alma, por supuesto que guionaron accidentes. En un episodio, el comandante Riker se encuentra con su doble, y en otro el talaxiano Neelix se fusiona con el vulcano Tuvok. La forma espacial del miedo a volar, el pánico a ser transportado, incluso llegó a aparecer en un episodio.

Y hay motivos para ello. Toda una serie de leyes físicas impiden el *beaming* tal y como lo imaginaron los creadores de *Star Trek*. En primer lugar, por supuesto, está el principio de incertidumbre de Heisenberg, que prohíbe la medición exacta de todos los parámetros de un estado. ¿Cómo encaja esto con la idea del teletransporte cuántico, tan defendida por el físico austriaco Anton Zeilinger, entre otros? En este caso, la atención se centra en un fenómeno físico diferente: el entrelazamiento. Dos estados cuánticos entrelazados mantienen una conexión mágica independiente de la distancia. Si se modifica una propiedad de una parte del entrelazamiento, la otra cambia en el mismo instante. Por tanto, el teletransporte cuántico, como el *beaming* en *Star Trek*, se produce instantáneamente.

Hasta ahora, sin embargo, nos hemos ocupado del teletransporte de estados cuánticos conocidos. Esto es interesante, entre otras cosas, para la criptografía cuántica, porque uno se da cuenta inmediatamente si alguien está espionando. Una medición subrepticia lleva a la decoherencia, y el receptor solo recibe basura cuántica. Ahora, un equipo de investigadores japoneses ha conseguido trasladar el principio a un estado desconocido, concretamente a la superposición mecánica cuántica de dos estados, tal y como la visualizó el físico Erwin Schrödinger en su experimento mental con el gato vivo y muerto a la vez. Los investigadores describen su experimento en la revista *Science*.

El punto de partida es una superposición cuántica de dos ondas de luz. Aquí representa al gato de Schrödinger. Al mismo tiempo, pero de forma independiente, los investigadores entrelazaron los dos paquetes de luz entre sí, que es el requisito previo para el teletransporte cuántico. En un complicado proceso, consiguieron primero borrar por completo el «gato» y luego resucitarlo a la salida, en la medida en que se puede hablar de resurrección en el caso de un ser no vivo y no muerto.

El experimento es interesante, no solo para los fans de *Star Trek*, porque ahorraría la imposible tarea de tener que medir todas las propiedades de las partículas de un objeto a transportar. En la práctica, también podría servir para construir un elemento lógico para un ordenador cuántico. Pero, sobre todo, la comunidad de expertos se alegra de ver lo bien que se pueden conservar y procesar estados cuánticos muy delicados. Y, los autores de *Luna Perdida* se congratulan de otro argumento que habla en favor de la viabilidad teórica de su historia.

Decisiones postergadas

Supongamos que en algún planeta a miles de millones de años luz de nuestra galaxia, una joven y racional lagartija apunta su linterna hacia el cielo. Tiene suerte. Es cierto que la mayoría de los fotones emitidos por la bombilla de la linterna se dispersan en la atmósfera. No obstante, uno consigue atravesarla. A la velocidad de la luz, se aleja del planeta, se aleja de todo el sistema solar, se aleja del grupo local y, finalmente, se aleja de la galaxia que habita la joven lagartija. Pero entonces, quizás después de que hayan pasado solo unos pocos millones de años, la partícula de luz choca con un agujero negro gigante.

Como juega el azar, choca con el campo gravitatorio del agujero negro exactamente de tal manera que se le abren dos caminos alrededor del obstáculo con igual probabilidad. Ahora bien, el fotón es un poco esquizofrénico. Como onda, no puede elegir un camino, sino que debe pasar por los dos al mismo tiempo. Como partícula, sin embargo, se enfrenta a una decisión. Actúe como actúe, debe obedecer a su naturaleza. Unos miles de millones de años más tarde, llega a la Tierra. Sí, el azar.

En el experimento mental ideado por el físico John Archibald Wheeler, ahora puede ocurrir lo siguiente: en la Tierra, un físico curioso ha montado un interferómetro. Está preparado de tal manera que en cada uno de sus dos brazos hay un fotodetector. Los detectores están montados de tal manera que se pueden desmontar. Los dos brazos están orientados hacia los puntos a la derecha y a la izquierda del agujero negro de donde debe proceder el fotón. Dependiendo del brazo del detector con el que choca, sabemos qué camino debe haber seguido el fotón. Así, el fotón tiene carácter de partícula. Sin embargo, si se retiran los detectores, no es posible tomar ninguna decisión sobre la trayectoria del fotón. Dado que este se encuentra en un estado de superposición, el interferómetro registra una imagen de interferencia. Lo emocionante es que el fotón debe haber sabido, hace miles de millones de años, cómo está configurado el dispositivo de medición que espera en el futuro, o al revés, el futuro influye en el pasado.

Ahora bien, este tipo de experimentos de «elección diferida» son viejos conocidos para los físicos. El experimento mental de Wheeler, de 1984, se ha confirmado docenas de veces. Sin embargo, dos equipos de investigadores han conseguido superarlo en la revista *Science*: los investigadores han conseguido desplazar el momento de la decisión sobre la naturaleza del fotón hasta después de la medición.

Para ello, un equipo francés envía fotones de distinta polarización a su interferómetro. Este está construido de tal manera que los fotones polarizados verticalmente interfieren, pero los polarizados horizontalmente no. El truco consiste ahora en que los investigadores envíen al aparato un fotón cuya polarización esté enredada con la de otro fotón. A continuación, los investigadores esperan a que el primer fotón abandone el aparato y se registre el lugar por el que ha salido. Solo entonces miden la polarización del segundo fotón. Y dependiendo de cómo resulte esta medición, cambia la naturaleza del segundo fotón. Se puede demostrar que solo la medición del segundo fotón conduce a este veredicto.

Los físicos austriacos del laboratorio de Anton Zeilinger han adoptado un enfoque ligeramente distinto. Una vez más, se envía un fotón al interferómetro. Solo que, en este experimento, la existencia del segundo divisor de haz, sin el cual no es posible la interferencia, se enreda con un segundo fotón. Basta entonces con medir el segundo fotón para determinar después las propiedades del primer fotón (que no tiene nada que ver con el segundo). Si fuera

posible mantener el entrelazamiento durante un tiempo arbitrariamente largo, se podría retrasar la decisión sobre el resultado del experimento durante el mismo tiempo, aunque el proceso físico en sí haya ocurrido hace mucho tiempo.

Por desgracia, lamenta el físico cuántico Seth Lloyd en un comentario adjunto, el experimento no se traslada tan fácilmente a la vida en el macrocosmos. De lo contrario, usted, lector, podría haber esperado hasta el final de la lectura de este libro antes de decidirse a leerlo, ¡para luego decidir después del propio proceso que no se llevara a cabo en absoluto! ¿Absurdo? Sí.

COMO SIEMPRE, recibiréis la versión ilustrada del siguiente *El absurdo mundo cuántico* en este enlace: hardsf.space/suscribir/



Glosario de acrónimos

AMU: Unidad de Memoria Auxiliar

CERN: Conseil Européen pour la Recherche Nucléaire (Consejo Europeo para la Investigación Nuclear)

API: Interfaz de programa de aplicación

ESA: Agencia Espacial Europea

$\hbar$ (alias *H-bar*): Constante de Planck reducida

HUT: Torso Superior Duro

LCVG: Prenda de refrigeración líquida y ventilación

LZ: Zona de aterrizaje

MIGO-TP: Observatorio del Interferómetro de Ondas Gravitacionales-Proyecto de prueba

NASA: Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio

VR: Realidad virtual

WSV: Wuisoko-skorostnoi vjesdjechod (vehículo todo terreno de alta velocidad)



Extracto: La Fragua de Dios

Órbita de la Tierra, 7 de mayo de 2144

LA TIERRA EMITÍA un zumbido profundo.

Jaron buscó a tientas, con la mano derecha crispada, en la dirección de donde procedía el sonido y, con obediencia, la nave ajustó el rumbo.

Clic. Diez metros.

Clic. Veinte.

Abrió el puño. Los pulsos de radar recorrían las capas superiores de la atmósfera a la velocidad de la luz.

Pling-pling, pling-pling, pling, pling. PLING.

Jaron había estado esperando el PLING. Cuanto más fuerte era el pulso, más cerca se encontraba el objeto. En este caso, el sonido procedía de Cosmos 4222, el satélite ruso que había perdido su propulsión en una colisión.

Pling-pling. Plong.

—¿Has oído? —le preguntó Norbert, su copiloto.

—¿Cuánto tiempo llevamos haciendo esto juntos? —replicó Jaron.

—No sé. ¿Dos, tres años?

Jaron bajó los cuatro dedos. A Norbert le pareció como si estuviera saludando. Una fuerza lo presionó contra el respaldo de su silla mientras el remolcador aceleraba.

Clic. Treinta metros. Según sus cálculos, habían alcanzado el plano orbital del objetivo. Cosmos 4222 corría peligro de colisionar con un antiguo satélite meteorológico estadounidense. Si eso ocurría, habría mil pedazos más de escombros circulando en esa órbita.

Pling. Pling. Pling.

Cosmos 4222 estaba muy cerca.

Plong. Plong.

Pero eso era bueno, porque el satélite meteorológico se dirigía hacia una casi e inevitable colisión.

Casi. Dependía de ellos evitarla... y a sus consecuencias.

—¿Siempre tienes que complicarte tanto? —preguntó Norbert.

Jaron no respondió. ¡Cómo si tuviera elección! La mecánica orbital y las capacidades del remolcador le imponían límites técnicos. Podría haber rechazado aquel trabajo, pero entonces se habría visto obligado a despedir a Norbert y a su amigo Jürgen antes de junio.

—Jürgen, encárgate del brazo —ordenó.

—Me llamo Jürgen —lo corrigió el alemán, como hacía cada vez que Jaron pronunciaba mal su nombre.

Pling. Pling. Pling. PLING.

Plong. PLONG.

Demasiado cerca. En su percepción interna, Cosmos 4222 flotaba con indiferencia delante de ellos, como una sombra. Casi lo habían alcanzado cuando un proyectil rojo se acercó por la derecha. Jaron imaginó al satélite meteorológico desplegando sus paneles solares como alas y batiéndolos para alcanzar su objetivo un segundo antes.

Jaron giró la mano para que la palma quedara hacia arriba y volvió a recoger los dedos. Las correas se tensaron.

—Jürgen, el brazo en tres... dos... uno... ¡ahora!

—¡Lo tengo! —exclamó Jürgen.

Jaron contó mentalmente. El brazo apresó al satélite defectuoso. Cuatro abrazaderas lo rodearon. Cosmos 4222 viajaba más despacio que ellos.

¡Ahora! Un desagradable chirrido recorrió la nave. La inercia del Cosmos 4222 tiró de ellos. Pero sus tres toneladas eran impotentes frente a las quince del remolcador. Arrastraban al cacharro con ellos, le gustara o no.

PLONG. PLONG.

El satélite meteorológico. Jaron anticipó el punto de colisión más probable. Había avanzado un poco, pero no lo suficiente. El Aquiles, el remolcador espacial, se interponía en el camino.

—Ese trasto viene directo hacia nosotros —advirtió Norbert.

Por supuesto. Aunque era de prever porque no podía cambiar de dirección, por lo que no representaba ningún peligro real. En ese momento, el vector proveniente del sonido en su percepción atravesó el remolcador. Pero Jaron solo tuvo que mover la mano para frenar, y el punto de colisión ya no existía. El satélite meteorológico se cruzaría en su camino a 30 metros. Habían evitado el peligro. *Lo evitarían*, mejor dicho, ¿qué podría ir mal?

El motor de frenado lo empujó contra el arnés.

PLONG.

Su asiento vibró. Vale, algo había ido mal. Los nuevos valores proporcionados por el radar eran imposibles, pero muy reales.

—Mierda —espetó Norbert.

El satélite meteorológico debió activar su motor para esquivar al remolcador al que, supuso, detectó como obstáculo. Mierda. Eso no debió suceder porque se había informado y el satélite se hallaba inactivo. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para salvar la nave utilizando el motor principal. Jaron apretó su mano izquierda en un puño y la acercó a su cuerpo con brusquedad. Los propulsores correctivos se activaron. Normalmente, eso solo haría que el Aquiles girara sobre su propio eje pero, ahora, formaban una unidad con Cosmos 4222; una especie de haltera. En un extremo estaba la nave; en medio, el brazo de diez metros de largo; y, en el otro extremo, el satélite ruso. El remolcador no giraba sobre su propio eje, sino alrededor del eje común de la barra, que se encontraba fuera de la nave.

Con un poco de suerte, Jürgen no se soltaría. Si aflojaba su sujeción en el brazo en una reacción instintiva... El movimiento de rotación impulsaba a Jaron hacia un lado, contra el asiento, que todavía vibraba.

Luego, se produjo un estruendo, un sonido que le desgarró el corazón. No por temer por su vida, sino por el daño que el Aquiles estaba a punto de sufrir. ¿Había cometido un error? Lo curioso es que no saltó ninguna alarma. El remolcador parecía no haber sufrido daños.

—Hemos perdido el brazo —informó Jürgen.

¡Oh, no! El brazo de tracción estaba casi nuevo. Jaron titubeó. Mierda. Mierda. Mierda. Al hacerlo, también perdieron el Cosmos 4222. ¡Qué desastre! Sin el satélite a cuestas, no recibirían la bonificación de la ONU ni le pagarían por la chatarra. ¿Y quién tenía la culpa?

—Norbert, conecta con la OOS ya. ¡Tendrán que pagarnos esto! —exclamó Jaron.

—Jefe, no te ofendas, pero será mejor que dejes hablar a Jürgen, ¿vale?

Norbert tenía razón. Él estaba demasiado enfadado.

—Jürgen, ¿podrías hacerlo tú, por favor?

—Claro, jefe.

—Aquí la Oficina para el Espacio Exterior, ¿en qué puedo ayudarles?

¡Qué rapidez! Por lo general, no lograban comunicarse con la oficina tan rápido.

—Aquí Jürgen Härtl, del remolcador espacial Aquiles. Orden 2Z guion 5, A mayúscula, C mayúscula, z minúscula, b minúscula, guion 2 4 3.

—Gracias, Jürgen. Espere. Ah, lo del Cosmos 4222, sí. Según los datos de NORAD, el objeto todavía se encuentra en su órbita, aunque con parámetros ligeramente modificados.

—No se trata del Cosmos 4222, sino del satélite meteorológico que habría colisionado con él —explicó Jürgen.

—El GOES-41.

—Ese.

—El GOES-41 también sigue en órbita.

—Supongo que hemos cumplido nuestra misión, ¿no? —afirmó Jürgen—. Hemos evitado la colisión.

¡Qué inteligente! Jaron no le habría dicho eso al tío de la OOS. ¡Casi habían enviado a su tripulación y a él a tomar por...!

—La misión consistía en incautar el Cosmos 4222 y eso no se ha llevado a cabo. Lo siento.

—El GOES-41 dañó parte de nuestra nave porque ejecutó su programa de evasión en el último segundo, a pesar de que el satélite figuraba como inactivo en la descripción que se nos proporcionó sobre la misión.

—Espere un momento, Jürgen. Ah, aquí lo tengo: «GOES-41 se considera inoperable por falta de combustible». No dice que esté inactivo. Debieron tenerlo en cuenta.

«¡Me cago en la puta!», Jaron dio un manotazo a la consola.

—Shhh, jefe —susurró Norbert en el canal privado—. Dejemos que Jürgen lo intente.

—Sin embargo, según las condiciones de la OOS, dan por hecho la responsabilidad en caso de descripciones de trabajo incompletas —insistió Jürgen.

—No falta ninguna información. Inoperable no es lo mismo que inactivo, no hay nada que discutir. El satélite ya no recibe órdenes, pero eso no significa que no evite las colisiones por sí solo. Espere, lo consultaré con mi supervisor.

En la línea se oyó música clásica. Era Mozart, pero muy distorsionado. Jaron apretó los dientes. La OOS no pagaría, estaba seguro. Por tanto, se quedaría sin dinero y Norbert y Jürgen, sin trabajo. El banco, al que aún debía los pagos del brazo, le embargaría el remolcador. Y se quedaría atascado en la Tierra, sin un duro. ¡Qué pesadilla!

El técnico de la OOS volvió enseguida.

—Vale, tengo buenas noticias: puedo ofrecerles una cuarta parte del monto del contrato como compensación. Al fin y al cabo, sus esfuerzos parecen haber evitado el peligro de colisión con Cosmos 4222, y el GOES-41 podría volver a estar operativo en modo emergencia.

¡Un cuarto! Eso apenas cubría los pagos restantes por el brazo. Pero no podría conseguir uno nuevo. Mierda. Se entrometió en la conversación:

—Escucha, OOS.

El hombre ni siquiera había dicho su nombre.

—¿Sí?

—¡Debido a vuestros pésimos datos, casi nos matamos! ¡Exijo el importe total!

—Lo siento, señor... Como le acabo de explicar a su colega...

—No me importa. ¡Necesito ese brazo y vais a pagar por él!

—Pero en el contrato...

—¡A la mierda el contrato! Quiero...

De repente, hubo un ruido tan fuerte en la línea que Jaron se arrancó los auriculares. ¿Qué había sido eso? Pulsó el micrófono, pero la conexión se había interrumpido.

—¿Qué ha pasado, Jürgen? —preguntó.

—Corté la conexión antes de que nos quedáramos sin nada —respondió este.

—¿Estás loco? ¡Eso es un motín!

—Déjalo, jefe —intervino Norbert—. Jürgen aprovechó al máximo.

—Pero ¿se supone que debemos recoger los siguientes trozos con las manos? Estamos desempleados.

—Tengo una idea mejor —afirmó Norbert—. Tejeremos una red.

Observatorio Lowell, 8 de mayo de 2144

—¡Hola, Angela! ¿Cómo te fue? —preguntó Celia.

—Oh, demasiado bien —respondió su colega—. Me esperaba lo peor cuando vi a los cuatro, pero estaban muy interesados.

Celia observó a los hombres, quienes desaparecían en el interior del edificio principal. Detrás de ellos, las luces de las aceras se apagaron.

—Gracias por cubrirme —dijo Angela—. Mi ex es un idiota. Me acaba de decir...

—No hay problema —la interrumpió Celia—. De todos modos, no tengo nada mejor que hacer. ¿Heather te dijo quién vendrá en el segundo turno?

—No, me ha avisado de que alguien hizo una reserva en línea, aunque ni siquiera sabe de cuántos es el grupo.

Heather era la asistente de la oficina de turismo. Cuando Angela pasó junto a ella, Celia olió su perfume. Parecía recién aplicado. Quizás lo de su ex era solo un pretexto y Angela tenía otros planes, pero a Celia no le importaba. Le encantaba disfrutar de las largas noches en aquella solitaria montaña. A las ocho y media y a las diez y cuarto, podías reservar 75 minutos y tener acceso exclusivo al mejor telescopio del Observatorio Lowell por 700 dólares y que un científico ejerciera de guía.

A Celia le gustaban los turnos nocturnos. Cualquiera que gastara esa cantidad de dinero por una hora y cuarto estaba muy interesado o era un imbécil con la billetera demasiado abultada. Los aficionados eran amables, pero ella prefería a los imbéciles porque le encantaban los desafíos. A veces lograba hacerlos sentir insignificantes, al menos, por un instante, ante el enorme tamaño del universo que les mostraba. No era raro que los adultos sollozaran.

Pero lo mejor de estas ocasiones era que después, Celia tenía el universo para ella sola. Entonces, podía utilizar el telescopio de 32 pulgadas con el *hardware* adicional más moderno, que no era nada barato, para ella y su investigación.

No es que tuviera otra opción. Era el único telescopio al que tenía acceso. Desde el incidente, ni siquiera podía intentar usar uno de los grandes telescopios del espacio o de la Tierra. Era la aspirante a astrónoma que intentó fingir un descubrimiento sensacional valiéndose de datos falsos. La comunidad científica nunca la perdonaría. El que hubiera conseguido un trabajo allí fue gracias a su capacidad para explicar temas complejos de una manera comprensible.

No había sido fácil. Al principio había mandado solicitudes, que eran rechazadas de inmediato. Luego, decidió cambiar de táctica. Celia llegaba como una turista más y, tras mezclarse entre los demás, comenzaba sus propias explicaciones, incluso antes de que lo hiciera el guía. Dio la casualidad de que, una noche, el astrónomo jefe era el encargado de la visita. Cody no la reprendió en aquel momento sino que, atento, escuchó sus disertaciones.

—Lo has hecho muy bien —la había avalado después—. Por fin he entendido la rotación de las galaxias como para explicársela a mi hijo. ¿Te gustaría trabajar aquí?

Cuando Celia dijo su nombre, él se estremeció aunque, de todos modos, selló su ofrecimiento con un apretón de manos. No trabajaría como astrónoma, sino como guía del museo. Pero Cody sabía que también usaba los instrumentos para llevar a cabo observaciones personales cuando tenía tiempo.

—Buenas noches —saludó una voz masculina—. Usted no es Angela, ¿verdad?

Celia se sobresaltó. No lo había visto llegar.

—Esta noche la reemplazaré —explicó, tendiendo la mano.

El hombre le dio un débil apretón. La miró brevemente y, luego, bajó la vista.

—¿Reservó la visita VIP para las 10:15? —preguntó Celia.

Consultó su reloj. Las diez y diez. Debía ser él al que esperaba.

—Sí, pero el programa decía que Angela sería la guía.

—La estoy sustituyendo. Me llamo Celia Baron. ¿Qué le gustaría ver?

Intentó mantener un tono alegre, pero no lo consiguió. Ese hombre parecía desagradable. Angela había tenido suerte de no quedarse esa noche.

—Yo... En realidad... ¿Puedo cancelar la reserva?

—No es necesario que le muestre las maravillas del espacio, pero los reembolsos solo están disponibles hasta veinticuatro horas antes de la cita. Lo siento.

—Pero Angela podría...

Su compañera era muy guapa y aparecía en la web. Debía pedirle a Heather que, en el futuro, no figuraran sus nombres en la página.

—El Observatorio no garantiza quién ejercerá de guía. Lo confirmó específicamente cuando hizo su reserva.

Celia palpó el gas pimienta que llevaba en el bolsillo. Este tío estaba empezando a asustarla. También había un botón de alarma oculto bajo los controles del telescopio. Se instaló hace tiempo, después de que una colega fuera acosada por cuatro adolescentes drogados.

—Sí, lo entiendo —dijo el hombre—. Es que... oh, no importa. Esto debe parecerle muy extraño. Por favor, disculpe. No quise confundirla. Empecemos.

«¿Qué significa eso?», se preguntó. Celia dejó su mano izquierda en el bolsillo con el pequeño contenedor de gas. Mejor prevenir que curar. Luego, abrió la puerta de la cúpula del telescopio. El aire cálido los recibió. Encendió la luz rojiza, abrió el techo corredizo y encendió el ordenador que operaba el telescopio.



—¿VE ese punto blanco brillante? —inquirió Celia, señalando la pantalla—. Es Encélado, una luna de Saturno. Mide apenas quinientos kilómetros de diámetro. El hecho de que parezca tan brillante se debe a su capa de hielo reflectante.

—¿Es la luna donde se supone que vive esa cosa en el océano? —preguntó el hombre, que se había presentado como Rudy.

—Sí, esa. Es un ser vivo formado por miles de millones de células individuales esparcidas por todo el océano. Pero es tan extraño que no mantenemos contacto con él.

—Extraño, sí, comprendo. A veces, mi hijo adolescente habla un idioma extraño. Pero, parece humano cuando está recién duchado.

La guía rio.

—Por cierto, tenemos suerte —dijo Celia—. Hoy no solo es visible Saturno, sino también Júpiter. Allí hay más mundos de hielo y se encuentran los volcanes más grandes del sistema solar.

Rudy se cubrió la boca con la mano y fingió un bostezo, lo que provocó que ella bostezara de verdad.

—Disculpe, señorita Baron, pero estoy más cansado de lo que pensaba. Espero que no le importe si acortamos la visita.

Celia comprobó la hora en la pantalla: 22:52, indicaban los dígitos LED rojos. En vez de los

75 minutos previstos, solo había pasado media hora. Pero eso no le suponía ningún problema. Así, podría dedicar más tiempo a su tema favorito.

—Como quiera —dijo.

Por lo general, invitaba a la gente a unirse al club de patrocinadores del observatorio, sin embargo, ese hombre no le daba buena espina, aunque debía reconocer que se había portado con suma educación.

—Gracias, me marcho entonces.

Rudy asintió, a modo de despedida, cuando ella le abrió la puerta y él salió de la cúpula. Celia lo observó alejarse. Él se giró un instante, probablemente irritado ya que no lo acompañaba a la salida. Celia se despidió con la mano y él le devolvió el gesto. Luego, desapareció detrás del centro de visitas, que estaba cerrado a esa hora. Poco después, oyó crujir la grava del camino de entrada. Debía ser su coche. Solo entonces, Celia respiró aliviada al saberse sola.

Justo entonces, su vejiga se activó. Buscó la tarjeta de acceso al centro de visitas. Al encontrarla, Celia caminó por el sinuoso sendero de grava hacia el edificio grande y plano que parecía aferrarse a la ladera de la montaña. Acercó la tarjeta al lector y la puerta se abrió.

—¿En qué puedo ayudarte, Celia? —la saludó el edificio.

Recientemente, al centro se le había dado un alma, como la llamó el proveedor de tecnología. A Celia no le agradaba. Un edificio era un edificio. No debía pretender estar vivo.

—Necesito ir al baño —respondió ella.

—Te mostraré el camino.

Desde el techo, dos reflectores bajaron y dibujaron flechas en el suelo. Celia sabía cómo llegar, pero al menos, el sistema automático le iluminaba el pasillo.

Un fuerte olor a producto de limpieza flotaba en el baño. Celia casi tropieza con un robot, con forma de tortita, que limpiaba los azulejos. Ella abrió el cubículo y se sentó en el inodoro. El asiento ya estaba precalentado. A Celia aquello le resultaba intolerable, ya que era como si el edificio estudiara cada uno de sus movimientos. Casi esperaba que también analizara su orina.

—Desactiva la cámara —ordenó.

—¿Quieres que apague las cámaras del baño? —preguntó el edificio—. Entonces, no podré garantizar tu seguridad visualmente.

—No importa, hazlo.

—Como desees. Si necesitas algo, solo tienes que llamarme.

Celia no respondió. No pudo verificar que todas las cámaras estuvieran apagadas, pero la promesa del sistema fue suficiente para ella. Se relajó y orinó. Luego, el baño la ayudó a asearse. Al menos, eso fue agradable. No tenía ese lujo en su pequeño apartamento en las afueras de Flagstaff.

Sin más indicaciones, el edificio le mostró el camino de vuelta.

—Gracias por permitirme ayudarte —dijo la voz cuando Celia abrió la puerta lateral.

El ambiente parecía mucho más fresco. Las noches de mayo eran así. Pero Celia ya estaba acostumbrada y un suéter grueso la esperaba en la cúpula. Mientras iba por el camino de grava, algo chasqueó a su derecha. Cogió el aerosol de gas pimienta. ¿Había regresado aquel hombre? Otro crujido y, de pronto, un ciervo apareció en la senda. Le asintió como si se conocieran desde hacía mucho y el animal se marchó. Celia oyó unas cuantas ramitas más rompiéndose y, luego, volvió el silencio, aunque notaba su pulso en los oídos.

Se detuvo y cerró los ojos. El ciervo la había asustado más de lo que quería admitir. Pero ¿por qué? Quizás fueron los ojos. Había en ellos una profunda compasión, como si el animal la viera como una pobre criatura atrapada en su mundo, incapaz de encontrar una salida por mucho

que lo intentara. Solo porque había tomado un camino equivocado al hallarse en una encrucijada. Sin embargo, no era el ciervo el que se compadecía de ella. Era la propia Celia.



CELIA ESPERÓ UN rato hasta que todos los movimientos del telescopio se detuvieron. Quería hacer un espectrograma del sector, lo que le indicaría de qué estaba hecha la nebulosa oscura. Eso funcionaba mejor cuanto más brillante era la nebulosa, porque así podía evaluar más luz. También estaba interesada en cualquier estructura en el oscuro caos. Lynds solo había expuesto placas fotográficas del telescopio Palomar, disponibles para su trabajo en ese momento. Celia, al menos, podía tomar sus propias fotografías y la tecnología era mucho más avanzada. No sabía exactamente lo que esperaba.

Pero así era como funcionaba la ciencia. Celia jamás presentaría una tesis para, luego, intentar demostrarla. Lo había hecho una vez. En aquel momento, solo había aceptado los datos que se ajustaban a su tesis. Era como si tuviera anteojeras. Durante unas semanas se había convertido en una estrella, pero todo le explotó en la cara cuando alguien había vuelto a hacer las mediciones. Aquello supuso el mayor error de su vida que y puso fin, abruptamente, a la carrera científica que acababa de comenzar.

Procedió a grabar el espectrograma. El instrumento auxiliar tardó unos minutos en recoger suficiente luz. Había calculado que le tardaría unos dos años en recorrer la totalidad del catálogo LDN de esa manera. Pero si encontrara algo, la comunidad investigadora podría mostrarse más dispuesta a aceptar sus resultados, después de tanto tiempo. Y si no lograba nada, lo que era más probable, era igual, total, ya se había acostumbrado a su trabajo como guía de museo.

«Necesitamos personas con talento para que otros se entusiasmen por la ciencia», así lo expresó su jefe cuando la contrataron.

Órbita de la Tierra, 9 de mayo de 2144

—La escobilla del aseo nos llama —dijo Norbert.

—Permíteme —pidió Jaron.

Escobilla de aseo, así llamaban Norbert y Jürgen al Arrecife Espacial Beta, uno de los grandes puestos de avanzada de la humanidad. La escobilla... eran las habitaciones, alojadas en un cilindro inflado. El tronco estaba formado por los módulos de laboratorio y tecnología. Habían sido montados de forma lineal.

—No lo sé, jefe. ¿No quieres que yo me encargue? —preguntó Norbert.

Jaron rio. Norbert temía que ofendiera al recepcionista, como la última vez.

—No, lo haré yo —afirmó.

Podría controlar su genio. A veces había que expresarse con firmeza para lograr algo. Jaron no tenía idea de cómo mostrarse. ¿Quizá la gente sonreía cuando se erguía y sacaba pecho? Pero sabía exactamente cómo sonaba su voz.

—Como quieras —se resignó Norbert.

—Aquí Recepción de Arrecife Beta —anunció una voz aguda—. ¡Remolcador C24, está utilizando una órbita protegida!

¿Qué clase de saludo era ese? Por supuesto que él ordenó al remolcador que orbitara a Arrecife Beta. Al fin y al cabo, quería atracar allí.

—Aquí remolcador Aquiles. Gracias por el aviso, Arrecife Beta —dijo—. Estaba a punto de pedir una asignación para acoplamiento.

—Lo siento, remolcador C24, pero se encuentran en la lista de no atracar. Por favor, cambien de órbita. Inténtelo en Arrecife Alfa o Gamma.

El recepcionista no utilizó el nombre de su nave, sino el número. Eso se consideraba de mala educación y Jaron se estaba cabreando.

—Eso no puede ser —replicó—. Nunca me han sancionado. Aquiles, cambio.

—Espere, C24. Lo comprobaré. Ah. Adeuda sus tarifas de acoplamiento.

Mierda. Estaba seguro de haberlas pagado... ¿O había abonado las del año anterior?

—¿No pueden hacer una excepción? Les pagaré directamente en su oficina.

—No. No es posible sacarles de la lista, a menos que paguen la cantidad adeudada.

¡Joder! Jaron intentó dar un puñetazo al escritorio, pero se golpeó la rodilla. Norbert rio. Debió haber anticipado el arrebato de Jaron y apartó el escritorio. En condiciones de gravedad cero, se podía mover en silencio. Jaron contuvo la risa, apuntó unos 70 centímetros más abajo y estiró el brazo hacia un lado. Con el dedo extendido, pinchó a Norbert entre dos pliegues de su abdomen. Su copiloto chilló y Jaron rio. Norbert tenía muchas cosquillas.

—¿Va todo bien por ahí arriba? —preguntó el recepcionista, que aún no había dicho su nombre.

Estrictamente hablando, se hallaban debajo de él, pero nadie que trabajara en una estación espacial necesitaba ese tipo de información. Tal vez, era algún becario. Sin embargo, aquella pregunta le dio a Jaron una idea.

—En realidad, no —dijo—. A mi copiloto le duele mucho el estómago. Creo que necesita atención médica.

En caso de emergencia, a nadie se le negaba ayuda.

—No lo hagas —susurró Norbert—. ¡O vendrán por mí!

Jaron cubrió el micrófono para que el recepcionista no lo oyera.

—¿Por qué no lo había dicho antes? —inquirió la voz de Arrecife Beta.

—Empezó a encontrarse mal hace poco —explicó Jaron—. Los dolores de estómago son complicados. Me alegro de que estuviéramos cerca.

El recepcionista suspiró.

—Atraquen en K2. Enviaré un equipo de primeros auxilios.

—Por favor, no —susurró Norbert.

—Gracias, muy amable —contestó Jaron al micrófono—. Estoy preocupado por mi colega.

—Pero eso no significa que no tengan que pagar —agregó el recepcionista—. Serán eliminados *temporalmente* de la lista de no atracar.



EL ARRECIFE SE extendía como una línea delgada, de la que emanaba un sonido agudo. El tono se hizo más profundo y amplio a medida que el remolcador se acercaba a la estación. Había pequeños picos, desviaciones de mayor frecuencia, cada una de las cuales representaba un puerto. Si se tornaban más ruidosas, se podía acoplar naves en ellos.

Un zumbido sombrío acechaba de fondo. Era el gigantesco módulo cilíndrico que oyó Jaron. El puerto K2, que les asignó el recepcionista, se hallaba justo delante. Por lo tanto, los sanitarios no tardarían en llevar a Norbert a la enfermería. No debió usar eso como excusa. ¿Qué pasaría si, en el mismo momento, alguien estuviera gravemente enfermo y no pudiera ser atendido con rapidez?

—Lo lamento —confesó Jaron.

—No te preocupes, jefe —dijo Norbert—. Saldré de esta. Hubiera sido peor si no pudiéramos atracar.

—Podríamos haber aguantado unas semanas más en órbita —agregó Jaron.

—Y te arruinarías aún más, jefe.

Eso era cierto. Necesitaban material para la red que Norbert quería construir. Sin esa herramienta, ya no podrían recibir encargos de la OOS. Al fin y al cabo, no se podía sacar un satélite de órbita con las manos.

El zumbido grave se intensificó de tal manera que a Jaron se le puso la piel de gallina. El sonido agudo estaba tan cerca que casi podía alcanzar la fuente. Jaron imaginó la escobilla de aseo en el espacio. El nombre encajaba bien con la impresión que le daba el sistema de sonido a partir de los datos del radar. En su imaginación, el mango estaba hecho de plástico blanco y el cepillo, de cerdas amarillentas. Un olor desagradable llegó hasta su nariz.

—Jürgen, ¿eres tú? —preguntó Norbert.

—No tengo idea de qué estás hablando —contestó Jürgen.

—Espera, abriré la ventana —dijo Norbert.

En ese momento, el mundo se transformó. Una escultura sonora tridimensional se convirtió en una estructura compacta de la que procedían pitidos desde todas direcciones. Ahora, solo la frecuencia de los pitidos revelaba cuánto espacio le quedaba a la nave espacial (bueno, a su carcasa exterior) en una dirección particular. Jaron se apoyó en el respaldo de su silla. No porque tuviera miedo, sino para asegurarse de que su cuerpo estuviera en la posición correcta. Justo delante de él se hallaba el adaptador de acoplamiento. Tenía que hacer coincidirlo, no en ángulo, sino desde delante.

Le había llevado su tiempo aprender esta técnica. Su copiloto de entonces, Martin Wicha, se

lo había ideado. Bueno, no exactamente. El extécnico de una marca de automóviles alemana, que componía música electrónica en su tiempo libre, la había transpuesto de la ingeniería automovilística. Básicamente, el ordenador de la nave componía ahora un mundo de pulsos y pitidos de velocidad variable para él. Siempre fue impresionante lo real que se volvía ese mundo en su conciencia. Imaginó las señales como bastones de diferentes longitudes que se extendían hacia él desde todas direcciones. No debía tocar sus delicadas puntas bajo ninguna circunstancia.

—Lo estás haciendo muy bien —exclamó Norbert.

Jaron le había dicho muchas veces que no gastara saliva, pero el alemán aún no parecía confiar plenamente en sus habilidades, ni siquiera después de dos años. Quizá debería... Jaron presionó algunos botones.

—¿Oye, qué haces? —protestó Norbert—. ¡Mi pantalla!

—No la necesitas.

Norbert no precisaba la pantalla. ¿Cómo iba a ayudar una proyección plana a aparcar una nave espacial en una estación tridimensional? Solo la imagen que Jaron tenía en su cabeza era completa. Y también demostraba esa... ¡Mierda! ¿Qué era lo que venía desde atrás? Jaron corrigió con los propulsores hacia la izquierda.

—¡Ay! —exclamó Norbert—. Pero ¿qué haces?

—¿Qué ocurre? —preguntó Jaron.

—Acabo de echarme el té caliente por encima —dijo Norbert.

—Y yo de esquivar a un imbécil —explicó Jaron—. Recepción de Arrecife Beta, ¿qué fue eso?

—Hmm, lo siento, C24. Alguien debió saltarse la cola. Recibirán una penalización, por supuesto. El puerto K2 es muy popular.

—Bueno, ¿y nosotros qué hacemos? —preguntó Jaron.

El remolcador había alcanzado una órbita ligeramente superior debido a aquella maniobra. La estación se alejaba despacio, supuso Jaron, por el sonido agudo y el zumbido bajo.

—La F1 se encuentra libre —informó el recepcionista—. ¿Pueden llegar hasta ella o necesitan otra órbita para adaptarse?

Norbert le dio unas palmaditas, pero él ignoró el contacto.

—Podemos hacerlo —aseveró.

—Bien, entonces redirigiré a los servicios de emergencia hacia allí. Arrecife Beta, fuera.

—¡Pero jefe, la F1 se encuentra del otro lado! —exclamó Norbert.

—Sí, ¿y?

—Tenemos que...

—Lo sé.

Mientras que el módulo cilíndrico rotaba para crear gravedad artificial, los módulos lineales no lo hacían. Eso ayudaba con el acoplamiento, pero complicaba el proceso si el puerto asignado se hallaba del otro lado. K2 estaba a estribor, F1 a babor. Jaron se sumergió bajo la órbita del arrecife para alcanzarlo. Luego giró el remolcador para que se acercara desde babor.

Entonces comenzó el acercamiento. El espacio volvió a convertirse en un telón de fondo de pitidos a diferentes velocidades. Esa fue una idea brillante. Antes de que Martin lo programara, siempre había dependido del copiloto para la aproximación final. Su conciencia clasificaba hábilmente las frecuencias y las convertía en vectores. Faltaban tres metros, dos, uno. Una suave sacudida recorrió el remolcador. Luego, un claqueo que sintió en su médula. Eran las abrazaderas que ahora anclaban su remolcador al Arrecife Beta.

Habían llegado. Se oyó un fuerte golpe en el mamparo. Eran los servicios de emergencia.

Jaron pudo reconocerlos por el olor que traían desde el puesto médico. Norbert les siguió la corriente. «Gracias, amigo», gimió para sí cuando lo pusieron en la camilla, que raspó el suelo.

—Lo tengo —dijo una voz femenina.

—Te esperaremos donde acostumbramos encontrarnos cuando estamos aquí —dijo Jaron.



NORBERT NO REGRESÓ hasta dos horas después. Se reunió con ellos en el pequeño café, en centro del tramo lineal. Jaron prefería colgarse del techo y captar el bullicio de la estación con todos los sentidos. Allí siempre pasaba algo, porque la cafetería estaba situada entre los laboratorios y los talleres, cuyos equipos siempre tenían algo que decirse. Era una pena que no permitieran dormir en ese lugar. Se suponía que era por razones de seguridad aunque, en realidad, solo querían generar ingresos para el hotel del cilindro.

—Tienes buen aspecto —bromeó Jaron.

—Muy gracioso —contestó Norbert.

Su copiloto sonaba diferente de lo habitual.

—¿Norbert? —preguntó Jaron.

—¿Qué?

Desde luego, le ocurría algo.

—¿Qué sucede? —preguntó Jaron—. Venga, dilo.

—Nada —negó Norbert.

—Jaron tiene razón —confirmó Jürgen—. Pareces deprimido.

—Si insistís... encontraron algo —admitió Norbert.

—¿Encontraron? —preguntó Jaron.

—Durante el chequeo, el escáner emitió un pitido cuando pasó por mi estómago.

—¿Te han dicho algo más? —preguntó Jaron.

—Sospechan que es cáncer —murmuró Norbert—. Pero tranquilos, no os preocupéis por mí.

—¿Cáncer? ¿¡Tienes cáncer!? Que me parta un rayo si no me preocupo —dijo Jaron—. El cáncer no es una gripe. ¿Y ahora?

—¿Ahora? Nada.

—¿No es tratable?

—Sí, pero resulta caro. Demasiado. No puedo permitírmelo.

Mierda. Tenía razón. Los tratamientos médicos eran caros. Sobre todo, en órbita. Pero no iba a decepcionar a Norbert.

—Tonterías, Norbert. Pagaré... —comenzó Jaron.

Aunque en realidad, no podía. Todavía debía los gastos de acoplamiento a la estación, había perdido el brazo robótico y no disponía de reemplazo para él. En ese momento, ni siquiera contaba con los medios para ganarlo que Norbert necesitaba.

—Lo lograremos —afirmó Jürgen—. Venderé uno de mis riñones.

—El tráfico de órganos es ilegal —le recordó Norbert—. Además, no sería suficiente. Los nuevos riñones artificiales son baratos y bastante buenos.

—Podría intentarlo en Spaceland —dijo Jürgen.

Spaceland era una estación espacial privada que se había dotado de reglas y leyes flexibles y no reconocía la jurisdicción de ningún país. Allí, alguien se podía deshacer de un riñón a un precio razonable. Pero Jaron no lo permitiría. Financiarían el tratamiento de Norbert de otra manera. Las misiones que les encargaba la OOS no eran tan malas. Solo necesitaban la red.

—Eso está descartado —aseveró Jaron—. Recuperaremos algunos satélites antiguos y tendrás el dinero para el tratamiento, Norbert. Pero primero tenemos que ocuparnos de la red.



PRIMERO, visitaron el taller en el Módulo C porque Jaron había comprado allí el brazo robótico. Sin embargo, el mamparo estaba cerrado. Delante de él flotaba un cartel de advertencia: «Precaución, vacío». Jaron presionó el botón de llamada. El mamparo tardó diez minutos en abrirse. El dueño de la tienda los saludó. Aún llevaba la parte inferior de un traje espacial y el casco doblado hacia atrás.

—Lo siento, muchachos. Tenía que soldar un poco.

El hombre señaló una manta brillante que debía medir dos metros de alto y tenía una cicatriz visible.

—Buen trabajo, ¿verdad? —comentó el mecánico, pasando su guante por la soldadura.

—Tiene muy buena pinta —afirmó Jürgen, quien sabía mucho sobre trabajos de reparación.

—¿Qué necesitáis? No querréis devolver el brazo que os vendí, ¿verdad? Todas las ventas son definitivas, sin excepciones.

—No, no te preocupes por eso —dijo Jaron—. Por desgracia, perdí el brazo. Aunque eso no fue culpa tuya.

¿Cómo había dicho que se llamaba aquel tío? Jaron no lo recordaba.

—Lo lamento, amigo. ¿En qué puedo ayudaros? Será mejor que os lo diga ahora: el plazo para un brazo de reemplazo es de tres semanas. Dado que la mayor parte de la capacidad de transporte se ha destinado a la obra principal, aquí solo recibimos entregas esporádicas. Por suerte, aún tengo suficiente trabajo con las reparaciones. Esta fue por el impacto de un asteroide.

Señaló de nuevo la soldadura.

—Claro —dijo Jaron—. No, no necesito un brazo nuevo. Estaba pensando en una red.

—¿Una red? ¿Algo como esto?

El mecánico se agachó y abrió un armario. Sacó una bola negra y se la arrojó a Jaron, quien la atrapó. Era una red delgada, de plástico.

—Sí, algo así —contestó Jaron.

—Puedes quedártela como regalo —dijo el hombre.

—La necesito un poco más grande y más estable —apuntó Jaron—. Debe tener, al menos, cinco metros de diámetro y dos metros y medio de profundidad. Y que sea capaz de resistir fuerzas como las que se generan al transportar *hardware* desde la órbita.

—¡Vaya! Eso es lo que yo llamo una buena red. Así que ¿no vas a pescar con ella?

—No. Bueno... solo satélites antiguos.

—Bravo. Alguien tiene que hacer ese trabajo —exclamó el mecánico—. Antes de que sus escombros colisionen con el arrecife...

—Sí. Por desgracia, las tarifas de las OOS bajan cada año —comentó Jaron—. Cada vez vale menos la pena.

—Podrías intentar vender piezas viejas a Spaceland. Les interesan siempre.

Por segunda vez, alguien mencionaba el nombre de esa estación. Spaceland pudo independizarse porque no se lanzó desde la Tierra. Según el Tratado sobre el Espacio Exterior, cualquier objeto en órbita se regía por el sistema jurídico del país, desde cuyo suelo, se puso en órbita. Pero como Spaceland estaba hecha de chatarra de cuya propiedad se había renunciado, según los operadores, no había necesidad de subordinarla a ninguna legislación. Aunque era

probable que esa opinión solo se mantuviera hasta que se convirtiera en una molestia demasiado grande para un país importante.

Pero, tal vez, el mecánico tuviera razón. Al menos, debería preguntarle a Spaceland qué ofrecerían por un satélite viejo. Eso también tendría la ventaja de que podría vender cualquier chatarra, no solo lo que los datos de la OOS sugerían que podría causar una colisión. El esfuerzo sería mucho menor. Quizá valió la pena ir allí.

—¿Tienes una red como esa? —continuó Norbert—. ¿O podrías conseguirnos una?

—Puedo conseguir cualquier cosa, aunque eso requiere tiempo y dinero. Por desgracia, ahora no dispongo de ninguna red que coincida con vuestras especificaciones, lo siento. ¿Por qué no lo consultáis con vuestros compañeros del módulo K? Tienen mejor relación con el departamento de Investigación que yo.

—Gracias por el consejo, tío —dijo Jaron.

Aún no podía recordar el nombre del hombre. Tendría que preguntárselo luego a Norbert.



JARON SABÍA QUIÉN era el jefe del taller del Módulo K: Max Glasow. Lo conocía porque estudiaron juntos. Todos lo llamaban el escocés. Probablemente, Glasow procedía de Polonia, pero su apellido a menudo se confundía con Glasgow.

Jaron se impulsó con el pie para descender y buscó el cable que atravesaba la sección lineal. En total, había cuatro cables similares, uno en cada dirección cardinal. Corrían desde el primer módulo, A, hasta el cilindro del hábitat, y se empleaban para su orientación y para la comodidad de todos, porque hacía que el movimiento de un módulo a otro en gravedad cero fuera más fácil. Donde el cable se fijaba a la pared interior, se incrustaron pequeñas flechas en la pared que indicaban la dirección hacia el módulo de vivienda.

Pasaron por varios laboratorios. Cada vez que Norbert saludaba a alguien, Jaron también lo hacía. En el primer laboratorio olía a menta, en el segundo a desinfectante, y, en el tercero como si algo se quemara. En este no les devolvieron el saludo. Las tres o cuatro personas presentes parecían enfrentarse a un problema. Por suerte, no era asunto suyo.

Jaron había estado contando para saber cuándo se acercaban al taller K. No había ningún sonido procedente de esa dirección, por lo que probablemente, el mamparo estaría cerrado. Esto no era raro cuando se trabajaba. Norbert lo tenía bien sujeto. Jaron avanzaba a tientas y sintió la frialdad del mamparo metálico. El director de la estación —cuando todavía se hablaban—, le había explicado una vez que el mamparo podría resistir incluso pequeñas explosiones. Jaron se impulsó al borde del mamparo hasta que encontró el timbre y lo presionó.

No se movía, pero había una ligera corriente de aire. Al parecer, alguien había abierto una especie de mirilla desde el interior.

—Chicos, ¿no leísteis el anuncio en la sede? —preguntó una mujer—. El paso al módulo habitacional estará cerrado durante dos horas. Desde el Módulo G se ha creado un servicio de transbordador de sustitución bajo demanda.

—No queremos ir al módulo habitacional —dijo Jaron—. ¿Está el escocés? Solo tengo que preguntarle algo.

—Sí, aunque ocupado —afirmó la mujer—. Hemos enfriado la celda de reparación y Max está sentado frente a un ordenador cuántico abierto. No hay forma de llegar a la puerta con facilidad.

—Pero puedes darle un mensaje.

Ella suspiró.

—Vale.

—Necesito una red de nanofibras para capturar desechos espaciales. ¿Podrías decírselo?

—Ya que me lo pides con tanta amabilidad, cómo negarme. Espera un momento —pidió la mujer.

Tenía una voz, profunda y cálida, que lo conmovió. La brisa cesó de golpear.

—¿Crees que tendrá una? —preguntó Norbert.

—Por lo visto, acaba de comprar una de las impresoras 3D más avanzadas. No existe nada parecido en ningún otro arrecife —afirmó Jürgen.

—Ojalá funcione esa herramienta milagrosa —murmuró Jaron.

—Si es tan nueva, seguramente será cara —supuso Norbert.

—Por desgracia.

La corriente corrió de nuevo.

—Espero que traigas buenas noticias —dijo Jaron.

—Yo... ¿Cómo supisteis que venía? —preguntó la mujer.

—El jefe lo sabe todo —afirmó Norbert.

—Bueno, Max puede imprimir esa red. Pero tardará dos días.

—¿Y el precio...? —preguntó Jaron.

—Quiere discutirlo contigo esta noche en Insomnia —contestó la mujer y, de nuevo, se sintió extrañamente atraído por su voz.

Insomnia era discoteca y bar a partes iguales, y el único local en el que se podía beber alcohol en el arrecife.

—Está bien. Con una condición —dijo Jaron.

—¿Una condición?

Jaron la imaginó frunciendo el ceño.

—Acompáñame a la reunión —pidió.

—Bueno, si quieres, me encantaría —rio—. Me llamo Sofia, por cierto. Sofia Schauer.

—Encantado de conocerte. Jaron Lewis, capitán del Aquiles.

Algo tocó su brazo. No fueron Norbert ni Jürgen. Un olor sutil así se lo indicó. Jaron cogió la mano de Sofia. Un hormigueo recorrió su cuerpo.



CAPITÁN DEL AQUILES, sí, claro. Era un fanfarrón. El Aquiles era un remolcador barato, de casi ochenta años y solo apto para la navegación en órbita terrestre baja y media. Seguro que ella lo sabía. Probablemente, se estaba riendo de él y aceptó por no arruinarle el negocio a su jefe, el escocés.

Jaron cerró la ducha y se sacudió. La ráfaga de aire fresco que venía de abajo se llevó el agua. Oyó un golpe. Seguro que otro cliente esperaba fuera. No había suficiente espacio en el cilindro habitable para poner una ducha en cada habitación. Extendió la mano por encima de su cabeza. Allí, encima del cabezal de la ducha, había un compartimento donde debería estar la toalla. La sacó y se secó. La tela se hallaba húmeda. Jaron la olió. Estaba recién lavada, pero probablemente aún no del todo seca.

Se la enrolló alrededor de las caderas y abrió la cabina. Había alguien fuera. Jaron buscó el cable del techo. Le indicaba la dirección correcta.

—¿Te ayudo? —preguntó un hombre.

«Ya me has ayudado. Ahora sé dónde estás».

—Gracias, puedo orientarme —dijo Jaron.

Cerró la puerta de la ducha tras él. Automáticamente, comenzó el procedimiento de limpieza.

—Me alegro de que te hayas dado prisa —comentó el extraño—. No me dejaban entrar en el burdel hasta que me hubiera duchado, y este cubículo es el único que no está reservado para las próximas horas. Solo quiero una mamada.

Jaron no respondió. La existencia del burdel era un secreto a voces. En teoría, se trataba de una unidad residencial de alquiler a corto plazo. Él nunca había ido. El holoprojector cumplía sus deseos igual de bien y era mucho más barato.

Llegó a su casillero. La cerradura reconoció su huella digital y la puerta se abrió con un ligero sonido metálico. Jaron se puso la ropa interior y el chándal. ¿Y ahora? Probablemente, Norbert y Jürgen ya estaban en Insomnia, bebiendo cerveza. Pero aún faltaban cinco horas para su reunión con el escocés a las 20:00 hora estándar. Lo mejor sería que durmiera un poco.



LA MANGA DE su camisa vibró. Jaron la apretó para apagar el despertador. Lo había fijado para las siete y media. Eso significaba que había estado profundamente dormido durante casi cuatro horas. Jaron rodó sobre su espalda y desabrochó la correa elástica que lo sujetaba al colchón. Habían alquilado cabinas cerca del eje de rotación del cilindro porque eran más económicas. El inconveniente era que la gravedad artificial, creada por la rotación constante, era mucho menor. Por suerte, eso no le molestaba, porque estaba acostumbrado al Aquiles, donde viajaba sin gravedad.

La baja gravedad bastaba para crear una ilusión de arriba y abajo. Eso le facilitaba mucho la navegación. Sin tener que andar a tientas, supo dónde había colgado sus cosas. Su imagen interior de la cabina resultó ser exacta. Jaron se vistió. Luego cambió de opinión y sacó una camisa limpia de su bolsa de viaje. La olió y, con suavidad, pasó sus dedos sobre ella. Casi como nueva. Estupendo.

Negó con la cabeza. Pensaba demasiado, como siempre. Sofia solo accedió a asistir a la reunión por el bien de su jefe. Tal vez, incluso fueran pareja.

Jaron salió de la cabina. Por el pequeño sonido supo que la puerta se había cerrado automáticamente. Se estiró. En la cabina no había sitio para eso. Fuera no había cables; en la gravedad del módulo habitable, no servían para nada. Sin embargo, se habían instalado paneles con señales táctiles. El centro de control se encontraba a la izquierda, todas las demás instalaciones a la derecha.

Siguió las marcas hasta una escalera. Allí metió la cabeza en la portilla y la inclinó primero hacia la derecha y, luego, hacia la izquierda. El sonido que provenía del agujero que se hallaba encima de él le indicó que solo le seguía un hueco corto. Así que no era esa escalera. Una flecha elevada en la barandilla apuntaba hacia arriba. Pero él necesitaba bajar. Jaron giró 180 grados. En la pared opuesta había una segunda escalera. Allí la flecha apuntaba en la dirección que buscaba.

Jaron no sudaba al escalar porque la gravedad artificial se lo hacía más fácil. Más o menos, cada nueve escalones llegaba a un nuevo piso y se orientaba con las placas que indicaban qué instalaciones se podían encontrar allí. Al principio, eran solo viviendas y luego oficinas. Las instalaciones de ocio estaban en el exterior. De pronto, alguien se le acercó, jadeando. Jaron se detuvo para dejarlo pasar. El hombre se disculpó por haberse equivocado de escalera y

desapareció por un pasillo lateral.

En el sexto, oyó música. ¿Había llegado ya a Insomnia?

—Hola, cariño —le saludó una voz masculina—. Bienvenido.

—Estoy buscando el bar —respondió.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro.

—Lástima. Yo también te habría hecho un buen precio. Piénsate, ¿vale? Insomnia está en el noveno, a la derecha.

—Gracias —dijo.

—De nada.

Subió tres pisos más y giró por el pasillo de la derecha. Sintió como si fuera cuesta arriba. La gravedad era casi tan alta como en la Tierra. Jaron no estaba acostumbrado a una gravedad tan fuerte. De repente, un mamparo le cerró el paso. Lo tocó y, en su interior, sintió las vibraciones de un bajo profundo. El bar debía encontrarse detrás. Buscó el botón del timbre y lo presionó.

Con un chirrido, el mamparo se apartó y desapareció en la pared. Una nube de sudor y aire viciado lo rodeó. Jaron sintió náuseas. Se concentró en sus otros sentidos, aunque eso no mejoró las cosas. Innumerables voces parecían sisear.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz profunda.

—Yo... solo necesito un momento.

Dos manos fuertes lo agarraron por los brazos para que no colapsara. ¿Un robot en recepción? Eso debía ser nuevo.

—Muchos de nuestros clientes ya no están acostumbrados a la alta gravedad que tenemos aquí —explicó el robot.

—Gracias, ya me encuentro mejor —respondió Jaron.

Y así era, probablemente porque pudo concentrar sus pensamientos y sentidos en el robot.

—¿Tiene reserva? —preguntó el robot—. Ahora, voy a soltarle.

Las manos lo liberaron. Sin embargo, sintió que seguían ahí, en caso de que sus fuerzas volvieran a abandonarlo.

—Vengo a una reunión —dijo—. Con Max Glasow.

—El escocés, por supuesto. Se encuentra en la mesa catorce con unos amigos. ¿Quiere que le acompañe hasta allí?

—Eso me vendría de perlas, gracias.

Cogió el brazo del robot y lo sostuvo por encima del codo mientras este avanzaba por la estancia. Jaron escuchó música, pero sobre todo el susurro de la tela. Más al fondo, la gente se movía. Quizá, bailaban. Fue entonces cuando la ayuda del robot resultó útil.

—Listo, hemos llegado —anunció el robot.

Jaron recorrió el brazo del robot hasta llegar a su mano. Al tacto resultaba agradable. La capa superior era cálida y suave. Sin embargo, debajo había un material mucho más duro.

—Es casi real —observó Jaron.

—Por favor, no diga eso.

—Oh, lo siento. No pretendía ofenderte.

—Lo sé. Por eso le pido que no vuelva a decirlo. Mi piel es real, aunque sea diferente a la suya, y puedo quitármela durante los EVA.

—Sí, es verdad. Disculpa.

Era un robot sensible. Nunca se había encontrado con uno en una estación espacial.

—¡Hola, jefe! —gritó Norbert—. Ya era hora. Ven, ya hemos bebido un poco.

Su voz lo delataba. Jaron sintió el respaldo de la silla bajo la mano del robot. Se sentó de modo que quedara frente a su copiloto. Luego, palpó hasta encontrar la mesa. Era redonda.

—Bueno, le dejo con sus amigos —dijo el robot—. Me encantaría charlar con usted en otro momento.

¿El robot acababa de coquetear con él? Nah.

—Por supuesto —contestó—. Y gracias.

—Qué tal, jefe —dijo Jürgen, dándole una palmada en la espalda—. ¿Quieres una cerveza?

Jaron asintió.

—¿Sabías que aquí tienen su propia microcervecera? La Riff-Pils es muy buena. Aunque la cebada viene de la Tierra.

—Entonces tomaré una de esas Pils, Jürgen.

Si no hubiera pasado con ellos tanto tiempo, ni siquiera sabría que existía una diferencia entre la Pils y la Pilsner que vendían algunas grandes cervecerías.

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo la mujer.

¿Cómo se llamaba? Se lo había dicho. ¡Lo había olvidado! Ella se sentó a su izquierda. Tomó nota de ello.

—Sí, Sofia nos ha preguntado por ti —intervino Norbert.

Eso es, Sofia. Sofia Chávez. No, Schauer.

—Dormí cuatro horas seguidas —confesó.

—Supongo que era muy necesario —dijo ella con su agradable voz.

Ni siquiera había oído al escocés.

—Max, ¿estás aquí? —preguntó.

—Claro —contestó este desde el lado derecho—. No nos veíamos desde hace tiempo, ¿verdad?



UNA HORA MÁS TARDE, Jaron había tomado dos cervezas. Pero todavía no habían hablado de la red. Estaba a punto de sacar el tema a colación cuando la camarera le entregó otra cerveza y Max brindó.

—¡Por el futuro!

—¡Por el futuro! —repitieron todos.

Jaron aguzó el oído.

—¿Qué pasa con el futuro?

—Oh, tengo planes —respondió Max.

—¿Ah, sí? —preguntó Jaron.

—Y no son ningún secreto. Quiero montar dos talleres más sobre Arrecife Alfa y Delta. Ya tengo un trato con Harry, del Arrecife Alfa. Y Winston, quien dirigía el taller de Delta, está arruinado y tiene que vender.

—Oye, serás un gran empresario —lo elogió Jaron—. ¡Felicidades!

—Gracias, amigo. Quería preguntarte algo.

—Tú dirás.

Conocía a Max Glasow desde hacía años, ya que ambos fueron aprendices en la misma empresa de ingeniería mecánica. Nunca habían pasado mucho tiempo juntos, pero se llevaban bien y se veían con frecuencia. También habían salido con la misma mujer durante un tiempo, sin saberlo. Su amistad había sobrevivido.

—No puedo estar en todas partes a la vez —dijo Max.

—Por supuesto.

—Estoy buscando una persona de confianza que se haga cargo de este taller y lo dirija por mí.

—¿Y eso significa...?

—He pensado en ti.

—Pero yo no sé nada sobre este trabajo. ¿No sería Sofia mejor candidata?

—Eres muy amable —dijo Sofia—. Pero no quiero quedarme toda mi vida aquí.

—Sofia podría ayudarte al principio —dijo Max—, y luego, cuando te hayas con el negocio, regresaría a la Tierra.

Era una oferta tentadora, aunque difícil. Podría pasar algún tiempo con Sofia, pero justo cuando se conocieran mejor, ella abandonaría la estación. Sería doloroso.

—No creo que sea lo mío —contestó Jaron—. Me gusta demasiado ser el capitán del Aquiles.

—Norbert me ha dicho que no os va muy bien con la OOS. Si trabajaras aquí unos años, tendrías suficiente dinero para alquilar un carguero interplanetario. Entonces podrías visitar parte del sistema solar, en lugar de orbitar la Tierra siempre.

—No sé —dudó Jaron.

Quizá no quería que nada cambiara. Después de todo, tendría que dejar de pensar en su destino por no haber salido de la órbita de la Tierra, a pesar de que había querido volar a las estrellas cuando era niño.

—No tienes que decidirlo ahora. Tómate tu tiempo.

—¿Cuánto, Max?

—En dos semanas debo saber a quién dejo en el taller. Así que puedes contestarme antes de esa fecha. Y ahora, brindemos. ¡Salud! ¡Por el futuro!



DOS CERVEZAS DESPUÉS, estaban todos enganchados, balanceándose de un lado a otro al ritmo del bajo retumbante de un DJ que no conocía. Entonces recordó que ni siquiera había abordado el motivo principal de su encuentro. Jaron se soltó, aunque le resultó difícil, porque el cálido y suave cuerpo de Sofia seguía tocando su costado izquierdo. Ni siquiera sabía si lo hacía a propósito o, simplemente, había bebido tanto que su coordinación fallaba. Ella cantaba, casi siempre entonando bien, lo que contradecía que fuera efecto del alcohol.

Jaron retiró un poco su silla y se enderezó.

—¡Max, tenemos que hablar de la red!

Aunque gritó, había demasiado ruido. Sin embargo, Max debió haberlo oído porque el grupo, que se balanceaba, se detuvo.

—¡No hay problema! —gritó a modo de respuesta—. Ya he impreso dos redes como esa con nanofibras de carbono. Ven a verme dentro de dos días.

—Pero también tenemos que hablar de precios.

—¿Qué te parece cuarenta mil?

Eso fue lo que recibió por el último encargo y, aproximadamente, lo que debía abonar por atracar y hospedarse allí.

—No puedo permitírmelo —dijo.

—Vale, te propongo algo: me pagas el cincuenta por ciento de tu próximo trabajo y ya está.

—Max, no quiero limosna. No deseo estar en deuda con nadie.

—No lo estarás, Jaron. ¿Cuánto habrías recibido por tu última misión si no te hubieran arrancado el brazo?

—¿¡Qué!? ¿Te arrancaron el brazo? —preguntó Sofia.

Unos dedos cálidos acariciaron su extremidad.

—¡Me refiero al brazo robótico de su nave! —rio Max.

—Ciento sesenta mil —contestó Jaron.

—¿Lo ves? Eso me daría derecho a ochenta mil dólares, no solo cuarenta como en mi primera oferta.

—Pero algunos trabajos solo generan veinte mil dólares.

—Me arriesgaré. Es una apuesta y mis posibilidades de ganar mucho dinero no pintan tan mal.

Jaron pensó en ello. Y Max tenía razón. Las probabilidades de que los ingresos de este aumentaran eran mucho mayores que el riesgo de que obtuviera menos del primer precio mencionado, que, después de todo, estaba obligado a ganar. Max seguía siendo un buen hombre de negocios, incluso después de cinco o seis cervezas. Pero eso le quitó mucha presión a Jaron. Puede que fuera una propuesta inusual, aunque no se trataba de caridad.

—Está bien. Acepto.

[HARDSF.SPACE/LINKS/3653437](https://hardse.space/links/3653437)

“Luna Perdida: Eclipse Lunar”
Escrito por Brandon Q. Morris
Copyright © 2024 Brandon Q. Morris, hardsf.space
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Santiago Machain
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Timo Leibig

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.